QUERIDO SANTA, ESTE AÑO ~~HE SIDO MUY BUENA~~ ¡VOY A SER MALA!

ANNY PETERSON





~~QUERIDO~~ SANTA, ESTE AÑO... ¡VOY A SER MALA!

ANNY PETERSON

COLECCIÓN milamores

Santa, este año... ¡Voy a ser mala!

ISBN: 9788419941268
ISBN eBook: 9788419941909

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: Anny Peterson
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







"La Navidad no es una época del año,
es un sentimiento"
Anónimo





Índice

1. Pesadilla antes de Navidad 9
2. Qué bello es vivir 19
3. Fiesta de empresa 31
4. Operación feliz Navidad 39
5. El Grinch 51
6. Un deseo por Navidad 63
7. Bad Santa 73
8. La joya de la familia 85
9. Kiss Kiss Bang Bang 97
10. El hombre que inventó la Navidad 111
11. Blanca Navidad 123
12. Atrapado en Navidad 131
13. El día de Navidad 143
14. Sobreviviendo a la Navidad 153
15. ¿Tu Navidad o la mía? 163
16. Elf 171
17. ¡Vaya Santa Claus! 179
18. Un padre en apuros 189
19. Un regalo inesperado 199
20. Love Actually 211
21. Negra Navidad 221
22. Como en casa en ningún sitio 233
23. Family Man 245
24. Soltero en Navidad 255
25. Navidad cancelada 265
26. Jungla de cristal 271
27. Una boda en Navidad 281
28. No puedes regalar a tu familia 287
29. Solo en casa 295
30. Mientras dormías 301
Epílogo 1. Serendipity 311
Epílogo 2. Last Christmas 321
Epílogo 3. ¡Al fin es Navidad! 331



1
Pesadilla antes de navidad

Me llamo Nataly Evans y nací el día de Navidad.

Vaya fecha para venir al mundo, ¿verdad? No me extraña que mi madre me odie, pero a mí siempre me ha gustado que mi cumpleaños caiga en un día tan bonito y especial. Por algo soy una loca de la Navidad.

Bueno, lo era, porque ahora mismo estoy a un villancico de apuñalar a alguien y no ayuda que mi móvil no deje de sonar incesante con el tono de llamada *All I want for Christmas is you* de Mariah Carey.

No lo cojo por miedo a sufrir una crisis existencial.

¡SOLO QUEDAN DIEZ DÍAS!

Diez días para la boda del año. Lo tengo todo preparado, como buena obsesa del control, pero yo no lo estoy. ¿Quién lo estaría, cuando la que se casa es tu hermana, nada más y nada menos, que con tu exprometido?

Todavía no me lo creo...

Y por otra parte, no sé de qué me sorprendo, si se veía venir de lejos. No es el primer novio que mi dulce y tierna hermana pequeña me levanta en mi vida.

Madison. La perfecta, vibrante y encantadora Madison. Siempre ha sido la favorita de mis padres, qué leches, de todo el mundo: familia, amigos, vecinos, repartidores de lo que sea... Su influjo alcanza hasta a los perros. No lo dicen en voz alta, pero se nota. Al verla, vienen corriendo a saludarla, meneando el rabo sin control. ¡Sin ningún tipo de control! Es increíble... Todos la miran como si fuera un ser celestial rubio de ojos azules que no ha roto un plato en su vida, cuando en realidad, es la mayor *destroyer* que ha pisado la faz de la tierra.

No importa cuánto la lie, se le perdona todo porque es preciosa, extrovertida y vivaz. Y porque sus tetas están tan arriba que casi puede lamérselas. La expresión de su cara es la de estar en medio de un eterno orgasmo; creo que la mayoría de los tíos la ven a cámara lenta. No tiene más que sonreír para ganarse la aprobación de todo el mundo y ahora está a punto de casarse con Dylan. ¡Con mi Dylan!

Para mí era el hombre perfecto.

Un reputado odontólogo de Londres al que conocí por casualidad. Estuvo muy atento y simpático conmigo y me dijo que tenía una sonrisa preciosa. Me enamoré de él al instante y pensé que podría ser el adecuado. Cuando empezamos a salir, todo fue de maravilla, era caballeroso, ordenado, responsable... Mis padres lo adoraron desde el primer momento y yo estaba convencida de que por fin había encontrado a alguien que encajaba conmigo, pero a duras penas superó la prueba de fuego de conocer a Madison.

Dylan no podía apartar los ojos de ella y no era difícil entender por qué. La seguridad en sí misma que irradiaba Madison era muy atrayente; mis fortalezas eran otras. Yo era la «buena

chica» de pelo castaño y ojos marrones. La que nunca dice «no», la que todos saben que siempre estará disponible para lo que necesiten, sin importar la hora o el favor.

Me convencí de que ese era mi rol cuando mis padres me suplicaron que les ayudara con Madi-Terremoto, y pensé que, algún día, el karma me lo compensaría. ¡Qué equivocada estaba! Ese espectro retorcido y cabrón se dedica a reírse de chicas como yo. ¿Por qué los malos siempre se salen con la suya y a los buenos no dejan de sucederles desgracias? No lo entiendo.

Todo ocurrió delante de mis narices.

La forma en que los ojos de Dylan se encendían cada vez que la veía... La forma en que se reía de sus chistes malos y cómo se inclinaba hacia ella cada vez que le hablaba. Intenté fingir que no estaba sucediendo, pero una parte de mí sabía que ya lo había perdido.

Supongo que él pensaba que no tenía ninguna posibilidad con ella. A Madison le gustaban otro tipo de hombres: los capullos musculados y tatuados con su mismo punto de locura en los ojos. Esos eran sus *crushes*, no un dentista apacible que buscaba sentar la cabeza.

Mis dudas se disiparon un poco cuando mi madre, que no sabe guardar un secreto, me contó que Dylan le había pedido el anillo de compromiso de mi abuela para regalármelo esa Navidad por mi cumpleaños.

Toda la oficina me miró ojiplática cuando solté mi chillido de ardilla y tuve que pedir perdón. Dylan sabía lo importante que era ese anillo para mí. Le había hablado de mi queridísima abuela, de la historia de mi familia y de por qué mi madre se puso de parto justo el día de Navidad. Todo tiene su explicación.

La Navidad es «el agosto» en casa de los Evans desde hace décadas. Mi abuela era la repostera más famosa del condado. Su tarta *Estrella Fugaz* era un reclamo turístico obligado para los visitantes a los tradicionales mercadillos navideños de la zona. Me crie en los Cotswolds, la campiña inglesa que alberga los pueblos más bonitos y pintorescos de Inglaterra, a dos horas de Londres, y en su pastelería, Delicias Evans, se trabajaba sin descanso de octubre a diciembre, horneando la famosa tarta una y otra vez. Mi madre, lejos de cogerse la baja por embarazo avanzado, estuvo en pie de guerra hasta el último minuto.

Mi abuela y yo siempre estuvimos muy unidas, gracias a ella empecé a amar la repostería, y cuando murió, me dejó su anillo en herencia. Bueno, para no hacerle un feo a mi hermana, dijo que sería para la primera que se casase, pero Madison ya había anunciado que ella jamás se casaría y que además el anillo no era de su agrado. Así que, definitivamente, la sortija sería para mí. Porque si algo me obsesiona, además de la Navidad, son las bodas. ¡Me pirran!

La última Nochebuena, cuando todo el mundo se fue a la cama (y cuando digo *todo el mundo* me refiero a los veinticinco que nos juntamos en la mansión de mis padres en Navidad), yo me quedé horneando unos pasteles para el desayuno. No podía dormir tras detectar un pequeño paquete a mi nombre bajo el árbol con el tamaño exacto de la caja de un anillo.

Llevaba un mes soñando despierta con aquel momento. Por la mañana, Dylan se arrodillaría delante de todos y me lo pediría. Ya tenía la boda idílica planeada en mi cabeza. Sería la Navidad del año siguiente, en una carpa de ensueño que levantaríamos en el jardín de la casa, rodeada por árboles con lucecitas preciosas y otros detalles de cuento. Pero cuando me fui a dormir, descubrí que Dylan no estaba en la cama...

No tenía ni idea de dónde se había metido, pero una idea horrible anidó en mi mente y sentí un escalofrío. Mi intuición me llevó directa a la habitación de Madison y escuché voces al otro lado de la puerta. Tuve que pegar la oreja.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —jadeó mi novio desesperado. Parecía acalorado...—. ¡Me vas

a volver loco!

—¡No pares ahora! —gimió Madison excitada.

Mi corazón frenó en seco y mis ojos se abrieron como platos.

Puse la mano en el picaporte dispuesta a abrir la puerta enfadada, pero me detuve al pensar que si lo hacía, lo perdería todo.

Me planteé hacerme la sueca. Me planteé ceder a su capricho lascivo y dejar que mi hermana perdiera el interés en él. Así de asumido tenía mi lugar frente a ella.

—Tenemos que dejar de hacer esto, Madi... —exhaló Dylan—. Cada vez es mejor que la anterior, ¡y ya no sé ni lo que siento!

Al oírlo, le di una patada a la puerta que les hizo mirarme con cara de pasmo. La imagen de los dos enganchados como perros me dejó herida de muerte. Ese Dylan tan rudo y excitado, agarrado a la cintura de mi hermana, me dejó sin respiración. Mi Dylan era dulce y cálido y siempre lo hacíamos cara a cara.

—¡¿Qué coño estáis haciendo?! —grité con todas mis fuerzas.

Esperaba que varios testigos acudieran a la escena del «crimen».

—¡Por Dios, Nat! —balbuceó Dylan, afanándose en subirse los pantalones. Mi hermana solo tuvo que dejar caer su minifalda de vuelo, recolocarse las bragas, y girarse hacia mí, aburrida.

—No es lo que parece, Naty —se excusó.

—¡¿Ah, no?! ¡Pensaba que te estabas follando a mi novio!

—Bueno, técnicamente, él me estaba follando a mí —dijo con inocencia. Como si ella solo fuera una preciosa niña desvalida a la que habían tomado de improvisto y no hubiera podido defenderse. ¡La muy...!

—Nat... —repitió Dylan.

—No me llames así —ladré severa, pero mis ojos comenzaron a empañarse al ver su cara de angustia. Me sentí imbécil al pensar que podría llegar a perdonarle si se arrepentía, pero debía recordar que no había sido solo una vez, habían sido varias, según dijo.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —Llegaron mis padres alarmados. Observaron la situación y también mi cara.

—Acabo de pillarles teniendo sexo —expliqué con un hilo de voz.

Mis padres los miraron asombrados y Madison hizo un puchero que tenía ensayado desde los cuatro años. Le salía a la perfección.

—Yo no quería que pasara esto... —sollozó angelical.

Mis padres fulminaron a Dylan con la mirada, como si fuera el demonio en persona.

—Rosaline, Martin... —comenzó mi ex, desolado—. Lo lamento mucho.

—¡Pero Dylan...! —clamó mi madre atónita—. ¡Ibas a pedirle matrimonio a Nataly mañana! ¡Me pediste el anillo!

—¡Lo sé! ¡Pero eso fue antes de saber que Madi me correspondía! Necesitaba saber qué sentía por mí antes de dar ese paso tan importante. Siempre he pensado que había algo entre nosotros...

—Y lo hay —Lo abrazó Madison mimosa. La imagen me revolvió tanto el estómago que pensé que iba a vomitar. ¿Cómo podía ser tan falsa? Ella no quería a nadie más que a sí misma. Dylan solo era una muesca más en su cinturón de conquistas. Otra oportunidad vacía para quedar por encima de mí.

De pronto, apareció más gente en la habitación, algunos primos, varias tías y hasta sus perros, y no les hizo falta preguntar nada al verlos tan abrazaditos. La fama de robahombres de mi hermana ya era legendaria.

—Madi y yo estamos enamorados —anunció Dylan de pronto para salvaguardar su honor delante de mi familia. Mi hermana no pudo disimular su sorpresa—. Lo siento mucho, Nataly... —Me miró con ojos de cordero degollado—. No queríamos hacerte daño, pero no hemos podido evitarlo. No se puede luchar contra el amor...

Toda mi familia se giró esperando que reaccionara como la buena, comprensiva y generosa Nataly. Excepto mi prima Arizona, que me miraba a punto de estallar de indignación y con una sola mirada me instó a que agarrara a mi hermana de su precioso pelo rubio y la sacara a rastras fuera de la casa para ahogarla en nieve virgen.

¿Y qué hice yo? Lo de siempre. Me tragué el dolor, les dije que lo entendía y les di mi bendición bajo un «Aw» del resto de mi familia. Porque eso es lo que hace una buena chica, ¿verdad? Dejar que otros sean felices, aunque sea a costa de su propia felicidad.

Fueron las peores Navidades de mi vida.

Debería haberle hecho caso a Arizona y largarme esa misma noche, pero mi madre me chantajeó emocionalmente diciendo que no podía dejarla tirada con la comida de Navidad. Eso me pasa por proclamarme la chef oficial de la familia y tenerlos acostumbrados a vivir a mesa puesta.

A la mañana siguiente, mi vida parecía un chiste de mal gusto.

Madi y Dylan estaban acaramelados frente al árbol abriendo regalos y yo no sabía dónde meterme. Algunos familiares que me tenían aprecio observaban la estampa con cierto recelo, y como mi ex no pudo soportar que alguien pensara mal de él, no se le ocurrió otra cosa que darle el anillo de mi abuela a mi hermana y pedirle matrimonio delante de todos. Juro que aquello me rompió por dentro. Estuve el resto de mi cumpleaños encerrada en el baño.

—¡¿Cómo pueden hacerte esto?! —gritó Arizona enfadada—. ¡Puto Dylan, me lo voy a cargar! Y luego me reiré en su cara cuando dentro de dos meses, ella lo abandone y vuelva arrastrándose a ti. ¡Y no pienso dejar que le perdones, ¿me oyes?! Sea como sea, ese anillo volverá a ti, Naty. ¡Te pertenece! ¡Esa boda no va a llegar a producirse!

—Ya, pero la pedida ha quedado muy romántica de cara a la galería para justificar mi sufrimiento. Dylan es muy listo.

—Dylan es un hijo de perra. Y tu hermana una zorra.

Solía frenar el genio de Arizona, pero esa vez no pude rebatírselo.

Deseé que fuera cierto eso de que Dylan volviera arrastrándose, y aún más, que yo tuviera el valor de rechazarlo. Porque dudaba que pudiera hacerlo. Era tan patética...

Estuve meses haciendo punto, cocinando pasteles y leyendo mientras esperaba la ruptura inminente, pero no llegó. Es más, Madi y Dylan viajaron en primavera a Japón y en verano a Bali, dejando su felicidad inmortalizada en muchas imágenes de Instagram. Supongo que su dinero y sus caprichos compensaban que no tuviera tantos tatuajes o músculos como a ella le gustaba.

No sé cuántas veces habré dicho «Estoy bien» este año, pero quizá demasiadas porque cuando llegó el otoño recibí una llamada de lo más surrealista de mi alocada hermana.

Antes de contestar suspiré tratando que mi voz sonara neutral.

—Dime, Madison...

—¡Hola, hermanita! —exclamó animada, como si lo que estaba a punto de decirme no fuera un cuchillo clavado en mis entrañas—. Necesito un favor... —empezó con su familiar deje pucheril —. Llevamos meses buscando un lugar adecuado para celebrar la boda y estamos desesperados. Mamá me ha contado la idea que tenías tú de hacerla en Navidad en el jardín de la mansión

Evans, con una carpa, lucecitas y todo nevado y... ¡me he enamorado! ¡Oh, sería tan perfecto, Nataly! Y quién mejor que tú para organizarlo todo, si ya lo tienes visualizado en tu cabeza. Nos haría mucha ilusión que ese fuera tu regalo de bodas. ¿Qué dices, Nat? ¿Lo harás? Porfiii...

El silencio llenó la línea durante unos segundos; me había quedado sin aire. ¿Cómo se atrevía a pedirme algo así? Era como si hubiera olvidado que, en algún momento, yo había estado enamorada de él. Aquel era mi sueño, no el suyo.

—¿Sigues ahí, Naty? —preguntó extrañada.

—Sí, sigo aquí —balbuceé con voz estrangulada—. ¿Queréis que... organice una boda navideña en casa para vosotros?

—¡Exacto! Mamá ya está emocionada con la idea, y tú siempre has sido tan buena con estas cosas, ¡eres la persona ideal para ayudarnos!

Me sonó a que lo harían con o sin mí, pero claro, les interesaba mucho que la *Wedding planner* les saliera gratis. Además, lo haría sin quejarme, aunque por dentro me estuviera muriendo.

—Claro, lo haré... —me escuché decir, mientras mi corazón gritaba frenético que ni de coña.

Colgué la llamada después de llenarme de agradecimientos y de promesas sobre lo genial que sería todo, pero en cuanto el teléfono se apagó, me desplomé sobre mi escritorio odiándome a mí misma.

¡¿Cómo podía ser tan estúpida?!

Durante las semanas siguientes, lo dispuse todo como una autómata, os juro que ni siquiera parpadeaba, pero notaba cómo, poco a poco, el vaso de mi paciencia se iba llenando hasta límites peligrosos cada vez que quedábamos para hablar de los detalles nupciales y veía a mi hermana apropiándose de mis sueños.

Lo peor fue cuando me preguntaron si iba a llevar a alguien a la boda.

—No, ahora no tengo tiempo de salir con nadie... —musité—. Estoy muy liada en el trabajo.

—Si quieres, puedo organizar una cita a ciegas con algún amigo mío —ofreció Dylan. Me dieron ganas de darle un puñetazo.

—No, no... —contesté avergonzada.

—Yo te presentaría a mis amigos —intervino Madi—, pero creo que no eres su tipo. Eres demasiado... responsable para ellos.

—Y tú eres demasiado loca para Dylan —dije impulsiva. Ella sonrió con inquina.

—Eso es lo que le enamoró de mí, Nat. ¿No lo entiendes? En realidad, os hice un favor, chicos. ¡Vuestra vida hubiera sido muy aburrida! —rio maliciosa—. Deberías darme las gracias por quitártelo de encima.

—¡Oye...! —se quejó Dylan ofendido.

—¡Dy, conmigo eres otro! Con ella eras... uf... tope aburrido.

—Tienes razón, mi amor. Nos salvaste de cometer un gran error. Este año contigo ha sido el mejor de mi vida...

Apreté los dientes mientras se besaban como dos babosas y les dije que tenía que irme. Después de aquello, acudí a una terapeuta muy buena que me dio herramientas para afrontar la rabia contenida y convertirla en productividad. Y funcionó. Les organicé la mejor boda navideña sin necesidad de volver a verles la cara. Volvía a estar «bien».

Pero ahora solo quedan diez días. Es inminente. Se acerca el punto de no retorno...

Y tengo la sensación de que no sobreviviré a estas navidades.



2
Qué bello es vivir

Mi móvil sigue sonando en silencio sobre mi mesa y sé que no puedo tardar mucho en cogerlo o mi madre llamará a emergencias.

—Dime, mamá...

—¡Al fin! ¿Por qué no me cogías el teléfono?

—Porque estaba plantando un pino —Es mentira. Pero, ¿y si lo estaba haciendo? ¿Por qué la gente cree que tengo que estar disponible para ellos en cuanto chasquean los dedos? ¡Igual estoy haciendo algo!, como tener una crisis existencial DEFCON2. ¿No pueden esperar su dichoso turno?

—Por Dios, hija, hablando así nunca conseguirás un hombre.

—Me estaba limpiando el culo, no podía cogerlo. Asúmelo.

—Bueno, escucha... Tienes que venir a Castle Combe hoy.

—¿Qué? ¡Si estuve ayer! Ya me había organizado para no ir hasta el viernes.

—Lo sé, pero los montadores de la carpa tienen muchas preguntas que yo no sé responder.

—¡Les hice un maldito croquis!

—Pues no lo entienden. Tienes que venir, Nataly. El viernes ya será tarde, la Navidad se nos echará encima y Madison se pondrá histérica como no esté todo listo. Hazlo por tu hermana...

Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué no le doy un riñón también?

—Vale... Iré después de comer.

—¿No puedes pedirte el día libre y llegar antes?

—¡No, no puedo! Tengo una reunión importante —contesto arisca.

Cuando digo que estoy al borde de un ataque de nervios, no es broma. Siento que toda mi frustración está a punto de salir disparada y acribillar a alguien. Soy un peligro andante.

—Ah, por cierto —dice mi madre ajena a mi irritación—, ayer hablé con Dylan y le prometí que harías tu famosa crema de marisco para la comida de Navidad.

—¿Por qué has hecho eso, mamá? ¡Ya hay demasiada comida! No pensaba hacerla...

—No seas así. Pasa por el súper y coge lo necesario para cocinarla antes de venir. Luego te lo pago.

Ya me conozco sus «luego te lo pago». Como les sobra el dinero, no le dan importancia a esas cosas, y yo no es que sea una agarrada, pero me toca el higo que no solo tenga que cocinar para mi ex, ¡sino que encima tengo que invitarle!

—Intenta estar aquí antes de que anochezca, Nataly.

—Bien. Adiós. —Cuelgo disgustada y aprieto los puños contra mis ojos. Vivo al límite de mi cordura, en serio. Voy a acabar mal.

—¿Algún problema, Evans?

Escuchar esa voz termina de desequilibrarme. Hay quien tiene el don de elegir el peor momento

para tocar las narices, y Andrew Norton es una de esas personas.

Mi vista tarda en adaptarse a su escultural silueta, pero hasta borroso está bueno, el imbécil. No obstante, es todo lo que no soporto en un hombre. Chulo, descarado, irresponsable... ¡Un niño, vamos! Tiene un puñetero aro en la nariz y otros dos en las orejas, ¡¿se cree un pirata?! Eso sí, sus hombros son el paraíso. Te dan ganas de ponerte un bikini y tumbarte sobre ellos. Los tatuajes de su pecho suben hasta su cuello y le bajan por los brazos hasta los nudillos, ejem... ¿Cómo puede sentirse limpio con tanto garabato en el cuerpo? Oler huele bien, de eso doy fe. Porque su colonia se detecta a distancia y va dejando su impronta por donde pasa. Pero lo peor es su sonrisita diabólica capaz de convencerte de ahogar gatitos... Sus ojos azul Maldivas son como el triángulo de las Bermudas, por eso yo nunca le miro. Es tan «¡oh, mira qué ojos tengo, con ellos todo vale!». Pero conmigo no cuela. Mis ojitos color caca también son preciosos y mi piel blanco nuclear se ve desde el espacio. ¡Ea!

—Que más quisieras que tuviera problemas, Drew... Vete de mi mesa, por favor.

—Te veo muy estresada, Naty...

—No me llames así. Para ti soy la señorita Evans.

—¿Por qué estás de tan mal humor? La campaña de Navidad ha sido un éxito, quedan dos días para las vacaciones y eres incapaz de borrar esa mueca de amargada. ¿Es que nunca te relajas?

—Algunos no podemos, ¿sabes? Existen más responsabilidades que no sean pillar la clamidia...

Su sonrisa de gigoló se ensancha.

—Venga, Nataly... Algo te pasa. Quizá pueda ayudarte...

¡Ja! ¡El buen samaritano!

Lo conozco y es un tiburón empresarial. Nunca hace nada que no sea en su propio beneficio. No busca ayudarme, sino hundirme más en la miseria para que me coja la baja por depresión o que me dé un ictus.

Si supiera lo cerca que estoy de eso, estaría perdida.

No os he contado lo más importante... Andrew es mi máximo rival en la empresa para optar al puesto de futuro director cuando mi jefe Ric se jubile dentro de nada. ¿Cómo puede ser que, un tío que en estos momentos se apoya en mi mesa haciendo equilibrios con sus Dockers de quinceañero y llevando una camiseta dos tallas más pequeña que le marca hasta lo que ha desayunado, sea mi competencia directa?

Pues lo es.

Porque detrás de su imbecilidad se esconde un tío listo. Cada vez que abre esa boca te deja patidifusa, y no lo digo por su atrayente sonrisa traviesa que te desconecta el cerebro por un instante, sino por su locuacidad.

Aunque me cueste admitirlo, la vacante está muy reñida.

Tanto, que ahora mismo está aquí porque ha detectado lo alterada que estoy y quiere meter aún más el dedo en la llaga. Es un tipo verdaderamente odioso.

—Lo que me pasa no es asunto tuyo —zanjo borde—. Vete ya, tengo mil cosas que hacer antes de la última reunión.

—¿Vas a ir a la fiesta de Navidad? —insiste toqueteando todo lo que hay sobre mi mesa. Mi calendario de adviento, la grapadora, el subrayador, un mini árbol de Navidad... Yo voy apartándole la mano de todo, pero no se da por aludido. ¡Es igual que un niño pequeño! Cero autocontrol.

—Mierda, la fiesta... ¿cuándo era? —digo cayendo en la cuenta.

—Mañana por la noche —Sonríe como si le hiciera gracia que lo hubiera olvidado. Lo

entiendo, él solo vive por y para divertirse—. He pensado que podríamos bailar una lenta, ya sabes, olvidar nuestras diferencias por una noche...

—No bailaría contigo ni por un millón de libras.

Su sonrisa vuelve a la carga; siempre le ha divertido mi rechazo. Supongo que es una novedad refrescante para él. Tiene a todas las chicas del edificio revolucionadas. Algo que se acabaría si le obligaran a ponerse un burka, pero a los «creativos» nos dejan venir vestidos «como mejor fluyan las ideas».

Un día vino al despacho solo con un chaleco de punto y ni Dios pudo concentrarse. Ahí sí que le llamaron la atención, pero fue peor, porque al día siguiente apareció con una camisa que parecía de licra de lo justa que le quedaba, remangada hasta el codo y abierta hasta el ombligo, con la corbata colgando como si fuera un maldito collar... No tenía remedio. Le salvaba que era bueno en su trabajo. Pero se puede ser bueno y usar ropa sobria, como hago yo. No es tan difícil.

—Te sorprendería lo bien que bailo, Evans —dice provocador.

—Seguro que sí, pero paso de que la chica de reprografía me coja manía y empiece a dejarme la última para imprimir mis informes.

—¿Cómo sabes que he estado con ella?

—Uso el baño de señoras. Sé muchas cosas de ti, Andrew. Tamaños, formas, pecas... Existe una tabla de tus conquistas express que mide el tiempo que te duran. Va perdiendo Kelly, de administración, dicen que ni te molestaste en subir a su casa; el coche te bastó.

—Te veo muy interesada en mi vida sexual —sonríe canalla.

No sé ni cómo consigo morderme la lengua dado mi estado, porque sé más cosas de él de lo que imagina. Incluso algún detalle que podría meterle en un buen lío con mi jefe y dejar de ser un candidato para el puesto. Pero quiero ganarle con deportividad. Sin trucos sucios. Solo por mi valía.

—Tu vida sexual no podría importarme menos, Norton.

—Pues a mí la tuya, sí.

La frase me descoloca, pero sé que solo busca ponerme nerviosa. Es su juego y no tengo tiempo para alimentar su ego. Hoy no.

—Vete a enredar a otra, tengo el día muy liado —resoplo.

—¿Vendrás a la fiesta o no? —insiste.

—Te veo muy interesado en mi vida social... —Se la devuelvo.

—Solo quiero saber si tendré a Ric solo para mí en la fiesta o aprovecharás tus armas de mujer para convencerle de que te elija por encima de mí.

—¿Mis armas de mujer? —repito molesta—. A mí no me hace falta ponerme un escote para impresionar a nadie, guapo. Mi mejor arma es mi cerebro y creo que Ric ya se ha dado cuenta. La campaña de Navidad fue idea mía.

—Pero yo la mejoré con muchos detalles.

—Detalles que a la larga se me habrían ocurrido a mí. Aquí sobras, Andrew. Ric sabe que no eres más que un complemento.

Su cara se torna seria por un segundo, y como soy idiota, me siento mal por él. Es curioso, pero si con alguien puedo ser dura, es con Andrew. Quizá porque me recuerda un poco a mi hermana. Mismo espíritu caradura, mismo «si no me salgo con la mía, lloro». Puede ser tan encantador de serpientes como ella, pero a mí no me engaña. Solo es otra persona caprichosa y egoísta de la que no te puedes fiar.

—Piensa lo que quieras —musita bajándose de mi mesa—. Solo me he acercado porque no me

gusta verte mal. Hemos hecho un buen trabajo y deberíamos poder celebrarlo, pero si tú no lo haces, es como si yo tampoco pudiera...

No entiendo esa lógica, pero empieza a alejarse de mi mesa.

—No somos amigos, Norton —le recuerdo. Él se gira, serio.

—No, pero somos compañeros. Estamos en el mismo equipo.

Se va por donde ha venido y no me preocupo más por él; en dos minutos estará otra vez sonriente cuando una chica le devore con los ojos. Lo siento si mi amargura le estorbaba en su mundo de unicornios. ¡Pero que le den!

Me centro en mis problemas, que no son pocos.

No tenía planeado viajar a Castle Combe hoy, pero apuro los recados que tengo que hacer para llegar cuanto antes al que siempre ha sido mi hogar.

Nada más entrar en el pueblo, se me hace un nudo en el estómago, no falla.. ¿Cómo puede ser tan bonito y guardar tanta historia?

Fue duro para mí irme de aquí, pero tenía que hacerlo. Me marché para estudiar un módulo carísimo de repostería en Le Cordon Blue, una de las instituciones de enseñanza culinaria más prestigiosas a nivel mundial, pero cuando volví a casa para implementar las nuevas técnicas aprendidas en Delicias Evans, me topé con la prohibición rotunda de mis padres.

—No queremos complicarnos la vida, Nataly... Ya somos mayores. Con lo que ganamos, tenemos más que suficiente para vivir.

—Pero... ¡podríamos doblar la fabricación! ¡Hacernos más conocidos!

—Si tu abuela levantara la cabeza y viera su pastelería convertida en una cadena prefabricada, volvería a morirse. No podemos destrozar el espíritu de Castle Combe.

—Yo no quiero destrozarlo, ¡pero podríamos vender tres veces más con unos pocos cambios! La demanda es tan grande que no la cubrís. ¡Estáis en disposición de subir los precios al doble!

—Cuando ya no estemos, haz lo que quieras con el negocio, hija, pero mientras nosotros vivamos, seguiremos con el modelo tradicional y al mismo precio de siempre. No hace falta arreglar algo que funciona bien.

Quise gritar. Pero me contuve, una vez más.

No podía hacerles entender que el mundo estaba cambiando y que teníamos un filón sin explotar entre manos. Tampoco querían oír hablar de abrir otra sucursal de Delicias Evans en Londres para que la llevara yo. Estaba desesperada. ¿Qué querían que hiciera, trabajar con ellos, repartiendo las mismas ganancias para tres y esperar a que un fornido leñador del pueblo, tipo Gastón, quisiera casarse conmigo y procrear?

Me sentía atrapada en Castle Combe y necesitaba buscarme la vida. Lo único que se me ocurrió fue echar el currículum en una gran multinacional de bollería para estudiar su logística y poder llevarla a cabo algún día con mis propios productos. Quizá en un futuro pudiera venderles la patente de la tarta Estrella Fugaz y ponerla al alcance del mundo sin romper el hechizo de Castle Combe, pero de momento, debía aprender todo lo que pudiera para prosperar y no quedarme estancada en el pueblo.

Abro la puerta de la mansión y mi madre aparece corriendo.

—¡Al fin has llegado! ¡¿Por qué has tardado tanto?!

—Hola, mamá —digo obviando un abrazo, un «qué tal» y el «gracias por venir».

—¡Llevan horas esperándote!

Salgo al jardín para solventar la crisis con los montadores y adelanto trabajo que pensaba hacer el viernes. Quiero vigilarlos un rato. Se me pasan dos horas volando y entro de nuevo en la casa.

—Mamá, me voy a ir. Ya es tarde.

—¿Lo tienes todo listo para la boda, Naty? Flores, música, fotógrafo...

—Sí —mascullo apretando los dientes. ¡¿Y TÚ?!

—¿Y para la comida de Navidad? ¿Has hecho el *planning* de cocina para el día veintitrés y el veinticuatro? ¿Está todo comprado?

—Sí, pero necesitaré ayuda, mamá.

—Claro, claro...

Ya me conozco sus «Claro, claro». Me hacen preparar mil platos diferentes y luego todo el mundo se escaquea en el último momento.

Suelo aplacarlo con mi potente espíritu navideño, pero este año, estoy demasiado sensible. Si se les ocurre quejarse, igual me como a alguien.

Ojeo el teléfono antes de irme, y de pronto, lo veo.

—Oh, Dios mío...

Mi corazón se para al sentir una horrible puñalada.

—¡¿Qué pasa?! —pregunta mi madre asustada.

—No... es... posible...

—¿Qué?

Giro el teléfono y se lo enseño, todavía sin dar crédito a lo que muestra la imagen.

Mi madre no pone cara de asombro, sino de circunstancia.

—¡¿Tú lo sabías?!

—Lo he visto antes... —murmura apurada. Disimula fatal el hecho de que tiene los pelos de punta temiendo mi reacción.

—¡¿PERO QUÉ HA HECHO?! —grito fuera de mí.

—Nataly...

Vuelvo a mirar la fotografía de Madison luciendo en su mano un anillo parecido al de mi abuela, pero con una forma distinta. En otra imagen se ve el antes y el después. «¿Os gusta cómo ha quedado la remodelación de mi anillo de pedida?», leo en el post. El corazón comienza a galoparme. Lo ha modificado a su gusto...

—Hija... —farfulla mi madre ante mi cara de psicópata.

—¡¡HA DESTROZADO UNA RELIQUIA FAMILIAR!!

—Bueno... Sigue siendo el mismo anillo.

—¡¿El mismo?! ¡Será en cuerpo, pero no en alma! ¡¿Cómo ha podido, mamá?! ¡¿CÓMO HA PODIDO?! —exclamo fuera de mí.

Mi madre no dice nada y cierro los puños ante su silencio. Ante su permisividad. Ante la idea de que es la responsable de haber creado ese monstruo.

—Ya sabes cómo es tu hermana... —intenta mediar.

No esperaba que se pusiera de mi parte, pero tampoco que le quitara hierro al asunto.

—¡Porque se lo consentimos, mamá! Pero eso se acabó... ¡LO QUE HA HECHO ES IMPERDONABLE!

—Cálmate, Naty...

—¡No voy a calmarme! ¡Ese anillo debería haber sido para mí! ¡La abuela quería dármelo! ¡Es lo único que me queda de ella!

Siento cómo las lágrimas saltan desde mis ojos con un pesar inaudito. ¡Me lo ha quitado todo, joder! El amor, la Navidad y ahora también a mi abuela.

Me giro y me seco las lágrimas.

—Cariño... —Me toca el hombro.

Mi madre no es la persona más cariñosa de la tierra, al menos, no conmigo. Soy como un borrador de algo que a la segunda le salió más bonito. Solo tiene miedo de que me rompa y no siga siendo su «chica para todo».

—No creo que pueda perdonarla nunca, mamá.... A Madi jamás le gustó ese anillo, y ahora lo ha destrozado. Ya no existe...

Me cubro la cara con las manos y mi madre se acerca preocupada.

—Ya está hecho, hija... No te pongas así, por favor. Sé sincera y admite que esto no es por el anillo, sino por Dylan. Todavía te duele, y es normal, pero tienes que superarlo... Asumir la derrota.

Me quito las manos de la cara sin poder creer lo que acabo de oír. ¿La derrota?

Ahora mismo me siento como la niña del exorcista. Acabo de mutar de dulce criatura a un ser maléfico y terrorífico.

—¡¡Dylan me importa una mierda!! ¡Estoy así por el anillo de la abuela! ¡¿Por qué a ti no te importa?! ¡Era tu madre! ¡Lo ha destruido sin consultárselo a nadie! Te juro que la mataría...

—¡No digas eso!

—No se merece nada, mamá... Ni esta boda, ni a Dylan ni ese anillo. Se acabó, esto no va a quedar así... Me voy.

—¡No te vayas tan disgustada!

—¡Llevo disgustada un año! ¡Ahora no finjas que te importan mis sentimientos!

—Cariño, tus sentimientos por Dylan deberían desaparecer...

—¡¡Que le jodan a Dylan!! —exclamo furiosa dirigiéndome a la entrada. Diga lo que diga, no ve más que a una mujer despechada.

—¡Naty...! —me frena su alarido. Creo que mi madre nunca me había perseguido. Me giro—. No te olvides del calcetín de la chimenea de la nueva novia de tu primo. Vendrá por primera vez y no quiero que se encuentre sin ninguno.

Aprieto los puños. Incluso esa chica es más importante que yo.

—Mamá... —jadeo agonizante.

—¿Qué?

Una frase hiriente se desliza por mi lengua, algo tipo «¡La abuela debe de estar revolviéndose en su tumba y a ti solo te importa un estúpido calcetín!», pero me la muerdo y dejo que la ira se arremoline dentro de mí.

Me voy sulfurada sin decir nada. Soy consciente de que es una temeridad coger el coche en este estado, pero me da igual. No puedo seguir aquí ni un segundo más.

En el trayecto hacia Londres toco fondo. Necesito un plan si no quiero arañarle la cara a mi hermana la próxima vez que la vea.

Llamo a mi prima Arizona por el manos libres.

—¿Nat? ¿Cómo estás...? —pregunta asustada. Se ha enterado.

—¿Has visto el Instagram de Madison?

—Sí...

—Pues imagínate cómo estoy...

—Lo siento mucho. ¿Qué puedo hacer por ti? ¡Haré lo que sea! ¿Te consigo un vuelo a Hawai para mañana? Yo huiría lejos y que les jodan a todos. Me voy contigo. Me apetece pasar el día de Navidad borracha entre caipiriñas.

—No pienso huir. Seguirán aquí, felices, cuando volvamos.

—¿Entonces qué? ¿Quieres que el día de la boda le tire una copa de vino tinto en su vestido de novia? Porque lo hago. Me tropezaré con elegancia y zas. Quedará muy creíble. Y me da igual que me odie para siempre.

—Se merece algo peor que eso... —mascullo apretando el volante—. Se merece que dinamite su maldita boda por todo lo alto.

—¡Pero ya lo tienes todo listo y es la mar de cuqui!

—Algo se me ocurrirá... Tengo que pensar.

—¡Vale, pero que sea muy perverso, por favor!

—No sé, pero va a pagar haber destrozado ese anillo. Ella sabía cuánto me importaba y ni siquiera ha tenido las agallas de decírmelo a la cara, porque sabe que ha hecho mal. Muy mal. La ha cagado, Ari. Se acabó la buena chica. Este año... voy a ser mala.

—¡Wow! —celebra entusiasmada—. ¡Llevo años rezando para que te transformes en un alter ego maligno! ¡Estas van a ser las mejores navidades de todas!



3
Fiesta de empresa

Me miro al espejo, pero mis ojos no van hacia mi cara, sino hacia mi escote. No estoy acostumbrada a ver mis pechos tan arriba, mostrando una sensual curva, pero esta mañana me he comprado un vestido rojo Navidad y un sujetador *push up* para la fiesta de esta noche. Mis labios rojo Ferrari y mi mirada inyectada en sangre lo acompañan, solo me faltan unos cuernos de diablo para dar por inaugurada mi conversión al mal.

Voy a usar cada una de mis armas en esta guerra. ¡Que se preparen todos!

Me he despertado sabiendo exactamente lo que tenía que hacer: atacar el punto débil de Madison. ¿Y cuál es? ¿Qué es eso a lo que no puede resistirse? ¡A quitarme el novio, por supuesto! Y si aparezco con alguien en su boda, no podrá soportarlo. Pero no puede ser un hombre cualquiera, debe ser alguien hecho a su medida, un capullo buenorro de tomo y lomo como Andrew Norton.

Arrolladoramente guapo y provocador nato. Un tío tan sexi que Madi pierda la cabeza por él. Y las bragas. Drew podría conseguirlo...

He pasado la mañana en la oficina observándolo con nervios de acero. Nada podía distraerme de mi objetivo, ni siquiera un mensaje de mi hermana preguntando si había impreso todos los papeles necesarios para su luna de miel.

«¿Qué luna de miel? ¡Si no va a haber! Muajaja». Lo que habrá es un jodido eclipse lunar que dejará su vida sumida en una noche perpetua.

Cojo las llaves de casa y las meto en mi minibolso negro de pedrería. Llevo puestos unos taconazos de vértigo que jamás me pondría si no fuera a coger un taxi desde la mismísima puerta de mi casa hasta la de la fiesta. El vestido es realmente escandaloso, pero me importa un bledo, necesito hacer una entrada triunfal en el infierno para que Norton acepte ayudarme. Quiero que me tema y que entienda que el diablo de mi hombro ha tomado el control.

No voy a pedírselo por favor, eso lo haría la antigua Nataly. Bueno, ella nunca pediría nada a nadie, pero se me ha apagado el chip de la empatía, y si Andrew no se presta a ayudarme, lo lamentará... Obligarlo será como hacer que un gato se deje poner un disfraz de reno: difícil, irritante, pero no imposible.

Antes de cerrar la puerta de casa, miro hacia el montón de cajas y bolsas que tengo amontonadas en la entrada. Son detalles para la boda y las festividades navideñas que tengo que llevar a Castle Combe mañana. Cuando veo la cantidad que hay, me convenzo aún más de que ha llegado el momento de hacer justicia. Y si no es por las buenas, será por las malas.

Entro en el local de la fiesta y todo el mundo se me queda mirando como si no me reconocieran con el pelo suelto y sin gafas. Quitaos de la cabeza que soy *Betty, la fea* en la oficina. Mis gafas son monísimas y el pelo recogido me sienta de maravilla, lo que les descoloca son mis tetas como dos carretas. La verdad es que desconocía que las mías podían ser armas... Pero han

resultado ser como esas bombas de humo que dejan a la gente aturdida y desubicada.

La fiesta ya está en pleno apogeo porque llego tarde. Algunos deben ir por su tercer cóctel a tenor de las risotadas que resuenan en el aire, pero mis ojos buscan solo una cosa... bueno, a una persona. Personajillo, más bien...

Localizo a Andrew en la zona de los sofás, charlando con varios compañeros como si el mundo girara alrededor de sus palabras. Su boca exhibe esa mueca de suficiencia que les encanta a todas. Lleva un *blazer* negro que le sienta de rechupete, sin corbata, con una camisa blanca abierta, por donde asoma el tatuaje tribal que le sube desde los pectorales hasta el cuello. ¿A quién intenta impresionar? ¡Ah, ya! ¡A cualquiera que respire!

Tomo aire y me acerco a él con decisión.

Su cara de asombro al verme es para enmarcar, pero enseguida muestra una sonrisa petulante sabiendo que estoy allí por él.

—Buenas noches, caballeros...

—Evans... Vaya cambio, ¿te ha visitado tu hada madrina?

Las risas a coro de sus amigos no se hacen esperar.

—Más bien he hecho un pacto con el diablo. O estoy a punto de hacerlo. ¿Me acompañas a tomar algo? —Me muevo sensual para que me siga y lo hace encantado, disculpándose con sus compañeros con mofa.

—¡Joder, qué suerte tiene! —escucho mascullar a uno.

—¡¿Cómo lo hace?! ¡No lo entiendo!

Cuando llegamos a la barra, esa mueca que no soporto reina en su cara. Si supiera la que le espera...

Llamo al camarero y dejo que se condene diciendo alguna estupidez.

—¿El diablo soy yo? —pregunta deslizando la vista por mi cuerpo con descaro—. Desde luego, vienes lista para pecar...

—Sí, eres tú.

Un destello de deseo cruza su mirada, pero no termina de fiarse de mí. En el fondo es listo, aunque se comporte como un idiota.

—¿A qué viene este repentino interés en mí? —cuestiona receloso—. ¿Cuál es tu plan? ¿Calentarme y luego dejarme tirado?

Sus palabras hacen que me ruborice. ¿Yo podría calentarle? Vestida de Jessica Rabbit, puede. Pero lo que de verdad le gustaría es que me abriera de piernas para él, rebajándome a su nivel.

—Sabes que no eres mi tipo, ¿no?

—¿Entonces qué quieres? ¿Vienes a pavonearte de que vas a seducir a Ric vestida de diablesa, y a quedarte con mi puesto?

—No. Es mucho peor que todo eso... Un Dry Martini —le digo al camarero—. ¿Tú quieres algo?

—Una cerveza.

El barman se retira e ignoro la calidez que me causa su forma de mirarme, pero lo que de verdad me gusta es que ahora está más interesado en lo que tengo que decirle que en mis tetas. Por fin tengo toda su atención.

—Necesito hablar contigo de algo importante...

Drew levanta una ceja y se inclina un poco más cerca de mi cara. Demasiado cerca. Hasta puedo discernir su verdadero olor corporal, y es embriagador.

—Debe serlo, porque siempre tratas de evitarme a toda costa.

—Ahora necesito tu ayuda.

—Mi ayuda... —repite sardónico. Sus ojos brillan con su toque de picardía característico—. Vas a tener que ser más específica, Evans. Aunque, viendo ese vestido, estoy bastante abierto a escuchar todo lo que necesitas de mí...

Resisto la urgencia de lanzarle el Martini a la cara. «Céntrate, Nat...».

—Necesito que finjas ser mi novio esta Navidad —expongo.

Por primera vez, su expresión de seguridad en sí mismo, desaparece por un segundo.

—Perdona, ¿tu qué?

Antes de que suelte una carcajada, se lo explico.

—Mi hermana se casa en Nochevieja con mi exnovio y necesito llevarte a casa en Navidad para que ella le ponga los cuernos contigo.

—¡¿CÓMO...?!

—Mi hermana Madison me ha robado todos los novios que he tenido, es como una tradición para ella. Y no podrá resistirse a ti, eres totalmente su tipo.

—¿Cuántos novios has tenido?

—Eso no importa. Necesito que pases este fin de semana con mi familia en el pueblo de mi infancia e impidas esa boda.

Su cara se desfigura cual Picasso y no tarda en llegar una sonora carcajada que hace que varias personas se giren hacia nosotros.

—Para el carro, Evans... ¡¿Esto es en serio?!

—Muy en serio.

Niega con la cabeza, sonriente.

—Ni en tus sueños más locos, pequeña.

—Te conviene aceptar, Norton...

—¿Por qué? —Se acerca a mí con los ojos entrecerrados y me pongo nerviosa.

Antes de contestar, bebo un sorbo de mi copa con tranquilidad. Sé que odia esperar. Y está nervioso. Necesita tiempo para asimilar lo que le he pedido, y al hacerlo, sonríe con incredulidad.

—¿De verdad crees que voy a pasar la Navidad con unos completos desconocidos en vez de con mi familia?

—A ti no te gusta la Navidad —contraataco—. Siempre te estás burlando del espíritu comercial de estas fiestas, y si no recuerdo mal, dijiste que el año pasado te fuiste de viaje con unos amigos en vez de pasarla con tu familia.

Pone la misma cara que si le hubiera herido de muerte.

—Este año tengo planes...

—Cancélalos —digo tajante. No puedo mostrarme débil ante él. Llevo años cediendo a los planes de todo el mundo y ya es hora de que alguien sacrifique los suyos por mí. Y le ha tocado a él.

—¡No voy a cambiarlos a estas alturas! Mañana es día veintitrés.

—Es fácil. Diles que quieres ir a casa de tu novia por Navidad.

—¡¿Mi novia?! ¡No se lo creerán!

—Diles que estás muy enamorado.

—¿Te encuentras bien? —dice preocupado poniéndome una mano en la frente—. ¿Qué has tomado? ¡Porque todo esto suena a que estás colocada! Mis hermanos saben que no quiero tener novia ni atarme a nadie. ¡Me pondrán pegas!

—Si no lo haces, le contaré a Ric tu secretito —le amenazo con tranquilidad. Así da mucho más miedito.

Su expresión cambia tanto que no parece ni él. Seguro que tiene más de uno y no sabe a cuál me refiero.

—¿Qué «secretito»?

—Sé quién es tu madre. Podría ir ahora mismo a contarle a Ric que eres un espía industrial y que planeas destruir la empresa.

Su expresión se vuelve peligrosa, indicándome que estoy en lo cierto. No estaba segura. Y por cierto, acaba de demostrarme que es un actor pésimo.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Ya te dije que mi cerebro es mucho más valioso que mis tetas.

—¿Por qué no me has delatado ya?

—Porque estaba esperando el momento adecuado para usarlo en mi beneficio.

Nos mantenemos la mirada sin parpadear. Este es el auténtico Drew, tenaz, implacable, todo lo demás es una pantalla protectora tras la que esconderse. Pura fachada. Está claro que vive bajo el lema: Si la gente espera poco de ti, jamás decepcionas.

—Estás jugando con fuego, Nataly...

—Y tú estás a punto de quemarte... —Sonrío triunfal—. Si no quieres que nadie lo sepa, harás esto por mí.

—¿Me pides que me prostituya? ¿Que tenga sexo con tu hermana?

—No, solo que hagas lo necesario para demostrar que es una come-hombres y que nunca cambiará. Pensaba que, precisamente, tú no tendrías ningún problema con tirarte a nadie. Tu reputación te precede.

—No soy un puto *gigoló* a sueldo. Me follo solo a quien quiero.

—Tranquilo, ella también es un pibón, no vas a tener queja.

—¿También? —repite ufano—. Estás loquita por mí, Evans...

—Preferiría que desapareciera la Navidad antes que acostarme contigo, Norton.

Su cara refleja su ego herido, pero no es por mi abierto rechazo, lo que le cabrea es sentirse acorralado por mí. Le he vencido, pero su mente brillante y perversa busca la manera de librarse de ello porque no es de los que se rinden fácilmente, y como temo que la encuentre, me veo obligada a añadir:

—Si pasas este fin de semana conmigo y me ayudas con esto, además de guardarte el secreto, me retiraré de la lucha por la vacante para ser la sucesora de Ric. Te lo juro. Tendrás vía libre.

Noto que la ofrenda le seduce. Que realmente temía que pudiera llegar a ganarle, y esa validación me basta.

Se pasa una mano por el pelo y noto que cede. Suelta un profundo suspiro de resignación al decir:

—Trato hecho. Iré contigo mañana.

—¡Fantástico! —Le doy una palmada en el hombro e intento ocultar lo aliviada que me siento.

Me giro para irme. Saludaré a un par de personas y volveré a casa, pero antes de que pueda desaparecer, lo oigo murmurar con desidia:

—No me esperaba esto de ti, Naty...

De pronto, la culpa me golpea con fuerza. Mi personalidad endiablada parpadea cual holograma y me muero por ponerme de rodillas y rogarle que me ayude de todo corazón. Pero debo ser fuerte. Esto solo es el clásico puchero de Madison en versión Andrew.

—Lo siento por ti, Andrew, pero necesito un *bad boy* y tú eres el único al que puedo chantajear.

—Justo a eso me refiero. Venir así vestida, chantajearme a muerte... —De repente, sonríe maquiavélico—. No eres tan aburrida como pensaba, Evans...

Algo se retuerce en mis tripas al observar la mueca granuja que aparece en sus labios. Soy nueva en esto de ser mala, ¡pero está claro que él me da mil vueltas!, y lejos de sentirse mal, mi plan le parece excitante.

¡DIOS! Por un instante, solo un instante, he creído tener la sartén por el mango. ¡Ilusa!

Andrew es peligroso. Sus ojos lo son, y su sonrisa, más todavía. Pero lo más inquietante es que es un tío impredecible, de esos que no sabes por dónde te van a salir. Dylan era predecible. Nunca me sorprendía con nada. Y eso puede parecer malo, pero para una obsesa del control como yo, os aseguro que lo considero casi una virtud.

Andrew me da miedo. No hay por dónde cogerlo. Su actitud siempre me ha provocado, y ahora mismo, soy más vulnerable que nunca. ¿Estoy segura de meterlo en mi vida hasta el fondo...?

Creo que no soy consciente del lío que me estoy buscando.

Todo el mundo sabe que los pactos con el diablo nunca salen bien.



4
Operación feliz navidad

Nataly se fue pronto de la fiesta, pero yo también. Tenía muchas cosas que hacer si tenía que marcharme con ella al día siguiente.

Cuando la vi avanzando hacia mí con ese vestido rojo tuve un mal presagio, entre otras cosas, porque mi entrepierna reaccionó sin permiso. Pero ella tenía razón el día anterior al decir que no necesitaba vestir así para impresionar a nadie, con su cerebro le bastaba.

Era la típica buena chica responsable y alérgica a los tipos como yo que, normalmente, no me llamaría la atención. A mí me gustaban las mujeres divertidas, las atrevidas, las que no tenían miedo de usar todo su potencial y no se quedaban ancladas en un único rol: ya sea de madre, de puritana intachable, de zorrón verbenero, de neurótica insegura, de adicta al trabajo... Yo quería todas las cuñas del maldito queso. El trivial completo. ¿Era mucho pedir?

Supongo que nadie es perfecto. Yo tampoco. Aunque a muchos se lo pareciera a simple vista. Bendecido por la genética, con don de gentes, avispado... Lo capto, pero yo me tengo por un chico divergente, es decir, las cinco facciones de la famosa película reinan dentro de mí a sus anchas. No soy fácil de definir.

A veces tengo golpes de brillantez y me siento la persona más inteligente del mundo, pero en el ámbito familiar, soy el abnegado hermano mediano de una familia rota desde la muerte de mi madre. Ella era nuestro pilar maestro, y cuando ese falla, todo se viene abajo. ¿Cómo habrá descubierto Nataly la verdad sobre ella?

Dijo «sé quién es tu madre», por lo tanto no sabe que ha fallecido recientemente.

Mi físico siempre me ha permitido ser osado con las chicas. Soy sincero con mis amigos, quizá demasiado, y pacífico con los desconocidos; necesito conocer a alguien a fondo para odiarle. Pero con cada persona soy distinto. Con mi jefe Ric me hago el sabiondo. Con Tommy, mi hermano mayor, el único que ha logrado huir del barrio marginal en el que nos criamos, soy un perdedor, sobre todo cuando su mirada señala todo lo que todavía no he conseguido en la vida a mis treinta. Tengo un sueldo digno, como mi hermano menor, Kyle, pero los dos estamos en el paquete de la morralla... Para Tommy, si no tienes un BMW y un chalet en un buen barrio, eres un fracasado.

Con mi padre soy todo cordialidad, porque soy incapaz de decirle que abandonarse a la depresión tras la muerte de mi madre, ha paralizado mi vida por completo. Pero con Nataly... Con Nataly siento que puedo ser yo mismo. Y eso es raro en mí. Ella me obliga a ser todas las facciones a la vez. Inteligente para ponerme a su nivel, a veces sincero hasta la mala educación, otras, osado, y cordial, y... no es como ninguna mujer que conozca. También me parece un poco divergente. Sobre todo al verla aparecer con ese vestido para chantajearme. ¡¿Se le ha ido la pinza?! Porque el día anterior, en la oficina, parecía a punto de tener un brote psicótico.

En la fiesta, no me dejó alternativa. Necesitaba ese maldito puesto y me lo estaba sirviendo en

bandeja de plata.

Esta mañana, nada más levantarme, he tenido que hacer una llamada muy incómoda.

—¿Tommy?

—¿Qué pasa ahora? —ha respondido cansado de mí. Mientras mi madre vivía, su vida era genial alejado de nosotros, ganando seis cifras en la otra punta del país sin recordar que existíamos, pero este último año, le hemos necesitado para todo y se nota que está harto de nosotros. De pronto, es quien debe tomar las decisiones porque mamá ya no está, y papá...

—Tengo un problema...

—A ver... suéltalo.

—No voy a poder ir este año a tu casa en Navidad.

—¿Por qué no me sorprende? —Su tono de decepción aparece.

—Es por un tema ineludible de trabajo...

—Pues yo no puedo ir a buscar a papá hasta Londres.

—Kyle te lo llevará.

—¿Pero no se iba con sus amigos a algún sitio?

—Le he convencido para que vaya a tu casa.

—¿Y cuántas libras te ha costado eso?

Mi hermano Tommy es más listo que yo, y sabe que el egoísta de mi hermano Kyle solo se mueve por dinero. Lo mío me costó convencerlo anoche de que renunciara a su viaje a Zermatt por llevar a mi padre hasta Manchester, donde reside mi hermano.

—¡¿Qué?! —Fue su primera respuesta cuando fui a su casa y lo encontré jugando a la Play, tras dejar la fiesta. Tiene veinticinco años, pero se ha quedado anclado para siempre en los quince. A todos los niveles.

—No te lo pediría si no fuera importante...

—¡No me jodas, Drew! ¡Tenía planes con una tía buena!

—Es la primera Navidad sin mamá, deberías estar con papá.

—¡¿Y tú qué?!

—¡Yo no puedo! ¡Pero tú no quieres!

—A papá le da igual si estamos o no. ¡Solo le importaba ella!

La razón de su rebeldía cruzó su mirada, pero en algún momento tendría que hacerle frente a la situación. Llevaba todo el año pasando de mi padre y de todo. Era su forma de afrontar la pérdida. Yo, sin embargo, me había trasladado a vivir con mi padre porque prácticamente estaba catatónico, dejándose morir. Los médicos decían que estaba bien de salud, que podía desenvolverse solo y cumplir con sus funciones vitales, pero vivía con la mirada perdida y me daba la sensación de que, si lo dejábamos solo, no duraría mucho. Y no podía dejar que su muerte cayera sobre mi conciencia.

—Te daré tres mil libras si lo llevas con Tommy mañana y te quedas allí hasta el lunes. Imagina el viaje que podrás pegarte después con ese dinero.

—Joder, Drew... —rezongó malhumorado—. Conocí a una piba en una App que tiene un apartamento en Zermatt, bueno sus padres, pero ya son mayores y no lo usan. ¡Iba a pasarme todas las navidades follando frente a una chimenea encima de una piel de oso de veinte mil pavos!

—Por favor, Kyle, te necesito. Está en juego mi trabajo...

—¿Pero adónde irás tú? ¿Qué tienes que hacer? ¿Dónde estarás el día de Navidad exactamente?

—Es largo de contar...

—Tengo tiempo. —Dejó el mando y se tumbó hacia atrás.

—Es... por una chica... Una chica de la oficina... Tenemos que trabajar juntos en algo importante.

—¡Serás cabrón! —rio ladino—. ¿Está en juego tu trabajo o tus huevos, hermanito?

Pensé rápido qué decir. No podía contarle la verdad. Tampoco saltarle con el rollo de que estaba enamorado, como sugirió Nataly.

Y de pronto, vi la luz.

—Es una *vendetta*, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —Arrugó el ceño.

—Me estoy jugando el puesto de director con ella y estoy a punto de conseguirlo. Últimamente hemos acercado posturas, y si me la ligo, me dejará vía libre. ¡Enamorarla es la única forma de conseguirlo! Le dije que no tenía planes para las fiestas y me invitó a su casa. Estoy a un paso de conseguir que caiga en mis redes.

—¡Andrew! Pero ¿de qué vas? ¡Admite que te mola esa chica y punto!

—Te equivocas. Es solo una cuestión laboral.

—A mí no me engañas. Te mueres por follártela y te has inventado esa excusa. ¡Estás pilladísimo!

—¡Que no! ¡Yo follo con quien quiero y cuando quiero, ya lo sabes!

—Menos con ella —replicó sagaz—. Ella se te resiste, ¿verdad?

—¡Te digo que no! No es una tía normal, es una jodida mojigata adicta al trabajo. Pero es lista, rápida y letal. Y quiere quitarme el puesto. Además, yo no le atraigo en absoluto.

—Eso sí que no me lo creo. ¡Eres ambrosía para las mujeres!

—Te juro que es un bicho raro inaccesible, pero no puedo perder esta oportunidad de oro. En enero mi jefe elegirá sustituto y esta es la única forma de lograrlo. ¡Estoy muy cerca, Kyle! Ya sabes lo importante que es para mí... Hazlo por mamá. Sé que puedo seducirla.

—Y yo creía que era siniestro con las tías...

—No es nada personal. Solo tengo un objetivo.

—Lo mío tampoco es personal, pero quiero los tres mil por adelantado —dijo extendiendo la mano en el aire.

Primera meta: conseguida.

La llamada de esta mañana con Tommy, ha sido diez veces peor.

—Discúlpame con Marcia y los niños, ¿quieres? Diles que iré a verles en cuanto pueda y que les llevaré regalos.

—No te molestes... Ya tienen muchos —«No necesitamos nada de ti. Ni a ti», podía haber añadido mi hermano mayor.

—Lo siento mucho, de verdad... Quería ir, pero...

—Ya. Lo mismo dijiste el año pasado. Pero está claro que no se puede contar contigo. Pásalo bien y feliz Navidad.

Me ha colgado y me he quedado mirando la pantalla. Es lo que tiene cuando a tu madre le da un infarto el último día del año y a ti te pilla en Nueva York, listo para hacer fila todo el día en Times Square para ver bajar la bola. Llegué al entierro de puto milagro, directo desde el aeropuerto, y sé que nunca me lo perdonará.

El chantaje de Nataly va a costarme caro...

Y esta mañana, cuando la he visto en el trabajo, tan modosita como siempre, he tenido un severo ataque de ira, pero se ha desvanecido cuando se ha acercado a mi mesa con cierta

inseguridad. Parecía uno de esos animales curiosos que no quieres asustar haciendo movimientos bruscos.

—Hola...

—Hola —He levantado una ceja confuso. Si cuando digo que no hay por dónde cogerla es por algo...

Se ha mordido la uña de un modo encantador mientras me miraba llena de dudas. Hace esas cosas a propósito, lo de quedarse callada para que yo diga algo, y como soy bobo, pico.

—¿Qué pasa, que después de consultarlo con la almohada te has dado cuenta de que tu plan hace aguas? —He dicho esperanzado.

—Algo así... —ha admitido. Es una divergente de manual.

De pronto, su teléfono ha sonado y ha rodado los ojos al ver quién era. Ha levantado un dedo en el aire para mí y ha contestado con desazón.

—Dime, mamá... Sí. Sí... Lo tengo, tranquila. Llegaré sobre las siete. ¡No, no puedo llegar antes, ya te lo dije! Sí, no te preocupes. ¡Que sí...! Vale. Vale... Adiós.

Ha suspirado con pesar y la he mirado suspicaz.

—¿Todo bien?

—No. Nada va bien. —Ha juntado las manos en su nariz—. No sé lo que estoy haciendo. ¿Y si llevarte no funciona? ¿Y si no eres capaz de seducir a mi hermana y detener esa boda?

—Oye... Un poquito de fe en mí. Soy un profesional.

«¡¿Qué coño dices, Andrew?! ¡Desaliéntala! ¡Líbrate de esto!», he oído a mi subconsciente. Pero la cara que ha puesto en esa llamada, me ha demostrado que esa boda la pone histérica y que está a un regalito con sus iniciales de volarse la tapa de los sesos. Me ha parecido que necesita mi ayuda de verdad.

—Este finde ya va a ser lo suficientemente duro sin añadirte a ti a la ecuación de cosas que me sacan de quicio —ha dicho sincera.

No he tenido más remedio que sonreír. Es uno de los dones de Nataly, nunca me han insultado tan sutilmente como ella lo hace.

—Lo mejor será que dejes que tu hermana se case con tu ex.

—De eso ni hablar —ha dicho rotunda frunciendo el ceño.

—¿Por qué estás tan empecinada? ¿Sigues enamorada de él?

—Para nada. Pero mi hermana ha hecho algo imperdonable y no voy a dejarlo pasar. Ha sido peor que lo de pillarles en plena faena...

—¡¿Les pillaste?!

—Sí. En pleno acople animal.

—¿Y qué dijeron? ¿Les sigues hablando? —digo alucinado.

—No solo les pillé yo, sino toda mi familia y dijeron que estaban enamorados y que no se puede luchar contra el amor...

Boqueo flipado.

—A la mierda. Que sea lo que Dios quiera. A las cinco en punto en tu casa. Envíame la ubicación. Más vale que estés listo para la guerra, Norton...

—¿Y tú lo estarás, Evans? —he replicado perspicaz.

—¿A qué te refieres?

—A lo que implica hacernos pasar por una pareja...

He intentado no reírme cuando se ha puesto roja como un tomate.

—No sé qué estás pensando, pero solo con verte, Madison ya te deseará. ¡No tenemos que

hacer nada! Ni manitas ni besitos ni lo que sea que tu mente calenturienta haya imaginado... Solo sé tan capullo como siempre.

—Eso no va a ser suficiente. Tendremos que provocarla para que lo desee de verdad. La envidia mueve el mundo, pequeña. ¿Vas a hacer lo necesario o no?

Se queda pensativa sabiendo que esto es un momento crucial. Casi un contrato verbal. Después, ya no habrá vuelta atrás.

—Sí, lo haré. Te veo a las cinco.

Se ha ido sin decir nada más, pero sin estar muy convencida. Si voy a cargar con la mala cara de Tommy por no estar en Navidad, al menos esto tiene que salir bien. Pero nadie dijo que no pudiera divertirme un poco por el camino... Voy a hacer que Nataly se arrepienta de habérmelo pedido.

Mi móvil suena y veo que es ella.

—¿Sí?

—Son las cinco. ¿Dónde leches estás?

—Saliendo por la puerta de mi casa. ¿Te bajo una tilita para tranquilizarte un poco?

—¡BAJA YA!

—Sí, jefa.

Cuando aparezco, la encuentro fuera del coche con los brazos cruzados desbordando mala leche. Verla en vaqueros y con un jersey navideño de lo más ridículo en vez de con sus aburridos trajes me provoca una sonrisa. Tiene la sensualidad en el culo, pero es bastante graciosa. Fatídicamente graciosa. Tragicómica.

—Menuda puntualidad británica —masculla abriendo la puerta de atrás—. Deja aquí tu bolsa. Tengo el maletero a reventar.

—¿De qué, de elfos cantando villancicos?

—De un montón de cosas para la boda.

—¿Para qué las necesitas, si vamos a detenerla?

—Tengo que llevarlas igualmente. Va a ser Madi la que se cargue su boda siendo infiel, yo voy a cumplir como la que más.

—Buf, se te da fatal ser mala. Todavía tienes mucho que aprender...

—¿Por qué lo dices?

—Porque no estaría de más que se llevara un chasco por algo de la boda que no sale como ella espera. Se llama sabotaje.

—La boda es cosa mía. Tú cumple con tu parte. Súbete ya.

—Sí, jefa...

—No me llames jefa.

—Vale, cariño. Pichurrita. Cosita. Pompón... ¿Cómo te llamo?

—¿Qué tal Nataly? Es mi puñetero nombre.

—Nadie llama a su pareja por su nombre real. Y menos por el completo.

—¿Cuántas parejas has tenido, lumbreras?

—*Touché.* Pero sé lo que digo. Te llamaré Nat. Naty es nombre de hámster.

—Sube de una vez —me ordena arisca.

—¡Qué mandona! ¿Eres igual en la cama?

Me ignora mientras dejamos la ciudad y no puedo evitar reírme cuando veo que del retrovisor cuelga un reno y conduce escuchando villancicos. No sabía que estaba tan obsesionada con la Navidad. No le pega a una tía tan seria como ella.

Una vez en la autopista, deja de ser un duende y empieza a hablar de nuevo. Bueno, a dar órdenes.

—Hay que ponerse de acuerdo en lo que vamos a decirles a mis padres. Cómo nos conocimos, cuánto llevamos saliendo y ese estilo de cosas... No puede ser mucho, pero tampoco poco.

—Empezamos a finales de verano —sugiero—. Me viste con mi bronceado y se te hizo la boquita agua.

—No cuela —fuerza una sonrisa—. Mejor..., te enamoraste de mí cuando tuve una idea genial para un problema que no tenía solución.

—¡Sí, claro!, porque los hombres nos enamoramos de esas cosas... Sería más realista decir que un día te vi llegar a la oficina empapada porque te pilló una tormenta y al momento quise tenerte encima de mí, cabalgándome desnuda y mojada con tus pechos a la altura de mi cara.

Me mira tan alucinada y durante tanto tiempo que casi tenemos un accidente.

—¡Cuidado! —grito a tiempo de que dé un volantazo—. ¡No quiero matarme por tu estúpido plan de venganza!

—¡No es estúpido! Es brillante.

—¿Qué ha hecho tu hermana que sea tan imperdonable?

La veo apretar el volante con furia y me lo cuenta todo. Me habla de su abuela, del anillo y de cómo le pidió matrimonio al día siguiente.

—¡Qué fuerte! Parece increíble...

—No sabes el efecto que causa Madison en los tíos. Te vas a enamorar de ella al instante. Cuando la veas, esto dejará de ser una imposición para convertirse en el mayor reto de tu vida. Ya verás... No hay nadie que no la desee.

—¿Siempre le has tenido tanta envidia?

—No es envidia, es que no se merece esa veneración... ¡No ha hecho nada para ganársela! Al contrario. Destruye el anillo de mi abuela y no pasa nada; ha querido recrear mi boda soñada y seguro que el año que viene, cuando esté embarazada, querrá ponerle el nombre que yo siempre he querido ponerle a mi hijo. ¡Me lo roba todo! No tiene ideas propias ni personalidad.

—Quizá sea ella la que te tiene envidia a ti.

—Sí, claro... —dice sarcástica.

—¿Qué pasa?

—Cuando la veas, lo entenderás todo.

—¿Estás segura de que te vas a sentir bien cuando le hundamos la vida y termine llorando y sin marido? —pregunto con cautela.

—Tranquilo, probablemente, cuando llore, Dylan le perdone su *affair* contigo —masculla torturada—. Madi nunca pierde. ¡Nunca!

—Eso va a cambiar —sentencio tajante. Y que me mire como si fuera su puto héroe, me conmueve de una forma inesperada.

—No va a ser fácil. Habrá unas veinticinco personas en casa de mis padres, todas bailándole el agua como si fuera un bebé con *wonderbra*... Quiero hablarte de ellos para que no te asustes mucho.

—¡¿Veinticinco?! ¿Dónde viven tus padres, en un hotel?

—Es una mansión grande, de cuatro plantas. Con muchas habitaciones.

—¿Eres rica?

—Yo no. Pero mi abuela lo fue en su momento y mi madre heredó la propiedad. Es un lugar precioso. Tiene un jardín enorme perfecto para una boda. Lástima que no se vaya a producir...

La frialdad con la que lo dice me pone cachondo. Me gusta esta nueva Nataly perversa. Pero supone una gran presión para mí, más que nada, porque yo soy el encargado de procurar que sus deseos se hagan realidad tirándome a la novia.





5
El Grinch

A medida que nos acercamos a Castle Combe me voy poniendo más nerviosa. Algunos familiares no habrán llegado todavía, pero los importantes estarán: Dylan y Madison.

El encuentro va a ser apoteósico porque no se lo esperan. He creído que sería mejor llevarlo por sorpresa. Sin vuelta atrás. Como esa tirita que te arrancas rápido para que duela menos.

Aparco en la entrada y Andrew parece muy impresionado con la edificación. No es para menos. ¿Recordáis la casa blanca colonial de *Lo que el viento se llevó*? Pues es parecida.

—¿Te gusta?

—Es alucinante...

Sonrío halagada, pero la mueca se difumina en mi boca porque no es oro todo lo que reluce, tras esas paredes se esconde una familia peor de lo que podría imaginar.

—Dime una cosa, ¿tus parientes son muy pijos? —pregunta intrigado.

—No. Son como yo.

—Oh, Dios...

—Tú actúa normal. Y no te pases de gracioso.

—¿Crees que soy gracioso?

—No. Creo que te crees gracioso. Es muy distinto.

—Y tú eres una sosa.

—Ya sé que te van las locas, pero disimula. Cuanto menos digas, mejor. Con tu presencia será más que suficiente.

Se me queda mirando como si le hubiera ofendido. ¿Qué he dicho?

Andrew saca las maletas y todas las bolsas que puede del maletero, que son todas, y nos acercamos a la puerta principal. El corazón me martillea en el pecho cuando busco las llaves en mi bolso. Respiro profundamente antes de entrar. Allá vamos...

Nada más abrir, escucho barullo en el salón y en la cocina, pero en el recibidor no hay nadie. Un golpe de suerte...

Dejamos casi todo en el suelo, lo primero es saludar.

—Ven —ordeno a Andrew, dirigiéndome a la cocina. Al entrar en la estancia, se me cae el cielo a los pies al encontrar un caos que después tendré que limpiar. ¡Les dije que esperasen a que llegara!

—Mamá... —saludo quejosa.

—¡Nataly! ¡Menos mal que ya estás aquí! ¡Llegas tardísimo!

—Te dije que llegaría a esta hora y que no tocaras nada.

—¡Pero hay un partido en la tele y los chicos tenían hambre! ¡No sabía qué darles! —En su mano veo unos minicruasanes que estaba reservando para rellenar de cangrejo con mahonesa.

—¡Mamá, esos eran para Navidad!

—Lo siento, tu primo Roger los ha visto y se le han antojado.

Resoplo y me parece extraño que ni mi madre ni el resto de mis tías desvíen la vista de mí. ¿Es que no ven al pedazo de hombre que tengo detrás? Me giro y veo que Andrew no está. ¡¿Dónde se ha metido?!

—¡No des un paso más! —escucho gritar a mi padre desde el salón.

—¡Dios mío...! —exclamo antes de salir pitando hacia allí.

Mi madre y mis tías me persiguen para no perderse el drama.

En el salón encuentro a Andrew encarado con mi padre, dos de mis tíos y Dylan. ¡Menudo comienzo!

—He venido con Nataly —explica indolente Drew, cogiendo una patata frita y haciéndola restallar en su boca con parsimonia.

Los hombres de mi familia me miran anonadados.

—¡¿Es cierto, Naty?! ¿Lo has traído tú? —pregunta Dylan molesto.

En ese momento, aparece Madison. Seguro que estaba en el baño retocándose el pelo y el escote. Analiza la situación con detalle y fija su mirada en Drew.

—¿Quién es ese? —Su dulce voz retumba en el habitáculo con la misma entonación que lo haría alguien en una película porno. Andrew la mira y evalúa en un segundo lo buena que está.

«¡Din, din, din, vendida!».

—Es Drew, un compañero de trabajo. Le he invitado a pasar las fiestas aquí, pero debería haberme seguido a la cocina. —Lo miro mal—. Siento el susto. Se habrá despistado...

—Lo siento, Brownie, he oído el fútbol y ya sabes lo que pasa cuando veo algo que me gusta, meto la directa y soy imparable...

A mi espalda, las féminas suspiran imaginándolo en la cama.

Lo ideal en este momento hubiera sido que Andrew ofreciera su mano a mi padre, mientras se muestra encantado de conocer a la familia de su chica, pero en lugar de eso, se entretiene toqueteando la decoración navideña de las paredes. ¡Qué manía tiene de tocarlo todo!

—Una casa preciosa... —dice burlón, como buen Grinch. Le he pillado antes riéndose de mi jersey navideño, de mi música y del precioso reno colgado en mi retrovisor. Es un tío insoportable...

—Llegas tarde, Nataly —aprovecha para reñirme Dylan, como si él tuviera algún tipo de autoridad aquí—. Tu madre estaba desesperada.

Desde que lo dejamos, todo lo que dice suena a justificación de su abandono. Se esfuerza por señalar todo lo que hago mal.

—Le dije a mi madre que llegaría a esta hora, Dylan. No es culpa mía que se vuelva loca y empiece a utilizar la comida que tenía reservada para los canapés del domingo...

—No llames loca a tu madre —murmura mi padre.

—Podía haberme llamado para preguntarme qué podía daros si teníais hambre. Me llama a todas horas por cualquier gilipollez.

—Nataly, esa boca —recrimina mi madre.

—La culpa es mía, señores Evans —salta Andrew de pronto—. Hemos parado a llenar el depósito y una cosa ha llevado a la otra en los baños de la gasolinera. Ya me entienden...

Se me para el corazón. ¡¿Qué coño acaba de decir?!

Empiezo a hiperventilar. Creo que ha sido muy mala idea traerle. ¿Se está vengando de mí? ¿Es eso?

—Entonces... ¿es tu novio? —pregunta mi madre temerosa.

—No, solo follamos asiduamente —responde Drew con desparpajo.

Esa frase me deja sin respiración. A mí y a toda mi familia. ¡¡Esto no está pasando!!

—¿Hay algo de beber? Estoy sediento —añade despreocupado.

—Tenemos ponche de huevo —señala mi primo Brise, mirándole con admiración.

—¡Ese era el postre de esta noche! —exclamo ultrajada. ¡Maldita sea! ¡¿Por qué lo han cogido?!

—Paso. No me van esas mierdas navideñas —dice mi supernovio—. ¿No hay cerveza normal?

—Sí —respondo con rapidez—. Ahora te traigo una.

No es que sea servicial, es que necesito huir de esta habitación.

—Nataly no nos dijo que traería a alguien —oigo decir a mi padre mientras me voy—. Soy Martin Evans, el padre de Nataly —Le ofrece la mano.

Me giro porque no quiero ver si Andrew se la da o no, porque ahora mismo su expresión corporal es más bien un «que te jodan, viejo».

Noto que mi madre me sigue hasta la nevera, enfadada.

—Nataly... —me aborda nerviosa—. ¿Por qué has traído a ese chico sin avisar? ¡¿Y por qué sales con él?! ¡No te pega nada!

—Si por ti fuera, no saldría con nadie, mamá.

De hecho, no había salido con más chicos en mi vida porque sabía que a mis padres no les agradarían. Y cuando por fin encontré a uno decente, Madi me lo robó.

—Hija, ese chico no es bueno para ti —dice mi padre, entrando en la cocina—. ¿Dices que trabaja contigo? ¿Haciendo qué, fotocopias? Seguro que ni siquiera fue a la universidad...

Andrew tiene razón. ¡Mis padres son unos pijos clasistas!

—Drew es muy bueno en su trabajo —lo defiendo. Porque es la verdad. Es odioso, pero se le da bien el marketing.

—Tu follamigo quiere su cerveza. —Aparece mi primo Brise en la cocina—. Y yo otra. No me apetece más ponche ahora.

—Lógico. ¡Es un maldito postre! —rezongo enfadada—. ¿No encontrabais las cervezas en la nevera, mamá? ¡Ya os vale!

Saco dos y se las paso a Brise para que se las lleve.

—Naty, sé que sigues enfadada por perder a Dylan —dice mi madre condescendiente—. Pero no lo pagues con nosotros.

—¿Perderle? —repito chirriando los dientes—. ¿Te refieres a que me engañara con mi hermana varias veces? —señalo sarcástica.

—Nataly, controla el tono con tu madre —avisa mi padre. Quieren que sea la callada, correcta y sumisa de siempre, pero eso se acabó. El vaso ha rebosado. Ahora soy una malota.

—Tienes que buscar un buen chico para ti, hija. No te conformes con el primero que pase... Ese chico no es...

—Voy a poner los aperitivos que tenía preparados para antes de la cena de hoy —digo molesta, sacando una bandeja de la nevera.

Me dirijo al salón, y al entrar, oigo que Dylan sigue hablando con mi novio ficticio:

—Nos preocupamos mucho por Nataly, ¿sabes?

¡JA! ¡Qué mentiroso!

—Y necesitamos saber qué tipo de hombre eres, Andrew, háblanos un poco de ti.

«¡No, por Dios, que no abra esa bocaza otra vez!», pienso alterada.

Cuando deposito la bandeja en la mesa, varias personas se lanzan sobre ella para degustar mi

famosa salsa de queso para los nachos.

Andrew me mira e intento transmitirle que se calle, que quiero abortar la misión, que no siga. Y parece captarlo.

—Lo único que necesitas saber de mí es que Nataly no tiene ninguna queja, si sabes lo que quiero decir...

—¿En serio estás con este tío, Nat? —dice Dylan anonadado. Ha reaccionado peor de lo que creía. ¿Estará celoso?—. ¡¿En qué estabas pensando?!

—Yo podría decir lo mismo de ti —replica Andrew. Y se quita la chaqueta de cuero, como si oliera que se acerca una pelea y quisiera tener más facilidad de movimiento.

Los ojos de Madi se agrandan al ver marcarse sus bíceps a través de la tela de su camiseta. Se moja los labios instintivamente y Andrew la observa imitando su movimiento. Dylan es consciente de lo que acaba de pasar entre ellos y su cara se baña en preocupación. ¡Din, din, din! ¡Jodido!

—Al menos dinos de dónde eres y dónde estudiaste... —insiste mi ex.

—Me crié en Plaistow y no fui a la universidad. Hice un curso.

—Ese es uno de los barrios más peligrosos de Londres —apunta Madi.

—¡Lo sabía! —exclama Dylan satisfecho—. Sabía que no eras bueno para Nat.

—Soy lo suficientemente bueno para hacer que se corra como si fuera una jodida fuente...

No me desmayo de puro milagro.

La cara de mis padres pierde su color. A mi tío Murray se le cae el vaso de la mano. Mi tía Mildred emite un sonido de alucine con la nariz. Y mis primos veinteañeros no tardan ni un segundo en coger sus móviles para compartir la noticia en el chat de la familia. Nadie puede perderse este «memorable» momento.

Mi cara arde de vergüenza. Le lanzo una mirada salvaje a Andrew y él me la devuelve sin lamentarlo. ¡Está fuera de control!

¿Ha dicho «una fuente»? Definitivamente, esto no ha sido una buena idea. ¡No ha venido a ayudarme, sino a hundirme más!

—¿Por qué ponéis esa cara? —continúa Drew—. Venía muy mal acostumbrada de Dylan. Yo la he liberado a lo grande...

—Para, por favor... —articulo. Pero mi garganta se contrae y me impide decir nada más.

—Dylan, sé que tu postura favorita era el misionero —añade insolente—, pero cuando yo me acuesto con una chica necesito algo más de emoción.

Sus ojos traviesos se encuentran con los de Madison. Mi hermana está prácticamente jadeando.

Mis primas adolescentes no dejan de susurrarse cosas al oído. Mis tías están escandalizadas y Dylan parece a punto de estallar. Siento tanta tensión que no puedo respirar. Me estoy ahogando.

Echo a correr y salgo de la casa con los ojos encharcados en lágrimas. El frío invernal congela mis mejillas al momento por la humedad.

«¡Ha sido humillante...!», pienso dejando que la ansiedad se apodere de mí. Iban a ser unas navidades horribles, pero gracias a Andrew, ¡van a ser demoledoras! Nunca más voy a poder mirar a mi familia a la cara. ¡Ha sido peor que cuando pillé a Dylan tirándose a Madison!

«¿Qué coño he hecho trayéndole?», agonizo.

¡Realmente es el diablo!

De pronto, oigo pasos crujiendo en la nieve detrás de mí.

—Nataly...

—¡Te odio! ¡Déjame en paz! —le grito a Andrew—. ¡¿Cómo has podido decir todo eso?! ¡¿Te

has vuelto loco?!

Él no obedece y se planta frente a mí. Intento esquivarle porque no quiero que me vea llorar, pero me sostiene contra él con fuerza, invadiendo mi espacio vital.

—No huyas de mí... Toda tu familia está mirando por la ventana.

Me quedo inmóvil, sollozando de angustia por el lío en el que me he metido. Noto que conduce su boca hasta mi oído.

—Me dijiste que estabas preparada para lo que implicaba...

—¡Yo no quería esto! ¡Ha sido un fracaso absoluto!

—Te equivocas... Ha sido perfecto.

«¡¿Pero en qué mundo vive?!».

—¡Has sido muy desagradable con ellos! ¡Y a mí me has dejado de puta! ¿Por qué iba Madison a querer a un tío que trata así a una mujer?

Inclina mi cabeza hacia él, obligándome a mirarle a esos ojazos celestiales llenos de maldad.

—Las mujeres como Madison se mueren por un tío así. Ahora mismo está con las bragas empapadas imaginando cómo te follo a cuatro patas con fuerza y cómo gimo cuando me la chupas.

Doy gracias a Dios de que la oscuridad tape el ardor de mis mejillas.

—Dylan me lo ha puesto a huevo. Él sí es un capullo, y después de mi actuación estelar, lo único en lo que podrá pensar tu hermana es en mí corriéndome en su cara.

Sus sucias palabras me dejan tan anonadada, y tan excitada, que no tengo más remedio que creerle.

—Confía en mí, Nataly. Sé cómo piensan ese tipo de chicas...

Me seca las lágrimas y el gesto logra tranquilizarme un poco. Es sorprendente que pueda ser tan bestia y tan tierno a la vez.

—No creo que pueda soportarlo, Andrew... —sollozo—. Yo no soy así... No valgo para esto. No puedo hacerlo...

—Tú lo dijiste. Esto es la guerra, Brownie. Si quieres que salga bien, tendrás que ser fuerte.

—¿Brownie? —Medio sonrío—. ¿No se te ha ocurrido algo mejor?

—No. Me encantan los brownies. Vamos dentro. Hace frío.

Se da la vuelta y vuelve a la casa. Yo le sigo, todavía aturdida. Mi familia, que ha estado observando por la ventana, disimula como puede, pero sé que esto va a traer cola. No lo van a olvidar. En cuanto puedan, mis primas me acorralarán en la cocina para preguntarme cuánto le mide. Los hombres le odian, y el resto no sabe qué pensar. Igual que yo. Su poderío le precede, nadie le hace sombra, pero eso no quita que tenga ganas de partirle las piernas.

Nada más entrar en casa, mis padres y Dylan nos esperan en el recibidor como un parapeto.

—¿Se va a quedar? —pregunta mi madre con esperanzas de que no.

—Sí —contesta él seco—. ¿Dónde dejo las bolsas, nena? —me pregunta girándose hacia mí.

—En la segunda planta, última puerta de la izquierda.

—Vale.

Andrew esquiva a mi familia y se marcha sin decir nada más. Mis padres me miran como si no me entendieran. Dylan parece preocupado, y no me sorprende, porque Madison no pierde detalle del culo de Drew subiendo por las escaleras cargado como una mula.

Quizá tenga razón y el plan funcione. Cosas más raras se han visto.

Madison se gira hacia mí, emocionada, y dice:

—¡¿Cómo has conseguido que un tío así te haga caso, Nataly?!

Paso de largo, sin contestar, huyendo hacia mi lugar seguro, la cocina. Tengo mucho que organizar y pensar, pero estoy hundida entre unas cosas y otras. Necesito que llegue Arizona. Ella me dará fuerza. Y necesito asimilar que esta noche vamos a dormir juntos después de decirme todas esas guarradas tan cerca en ese tono de voz tan ronco.

Por Dios...

Me espera una cena desesperante y un fin de semana en el infierno. Y en lo único que puedo pensar es en ¿qué tipo de pijama utiliza un hombre así?

No, en serio. ¿Qué tiene pensado hacer? ¿Cuál es el plan? ¿Por qué ha dicho que tendré que ser fuerte?

Estoy tan cagada que escribo a Arizona.

Nataly:

«He hecho una locura...».

Arizona:

«¿Has cogido un avión al trópico sin mí?
Porque te mato».

Nataly:

«Peor. Me he traído un novio falso a casa por Navidad. Es un *bad boy* con tatuajes, de los que le gustan a mi hermana».

Arizona:

«¡Qué bueno! ¿Madison ya le ha echado el ojo?».

Nataly:

«Creo que sí, ¡pero está loco! Se ha enzarzado con Dylan y ha dicho, delante de mis padres, que es un máquina provocándome orgasmos de los que manchan... ¡Te juro que casi me muero!».

Arizona:

«¡JAJAJA! ¡Me encanta!
¿Cuál es el problema?».

Nataly:

«Que el máquina duerme esta noche en mi cama...», escribo avergonzada.

Arizona:

«Ah, amiga... Entiendo. Pero si quieres que Madison se crea que estás con un tío así, tienes que lanzarte. Es muy lista, no lo olvides.».

Nataly:

«Hablas como él. Necesito que llegues ya...».

Arizona:

«Mañana llego. Dime una cosa...
¿cómo está de bueno?».

Nataly:

Más de lo que te puedas imaginar...





6
Un deseo por navidad

Al dejar las bolsas en la habitación de Nataly, veo que tengo una llamada perdida de mi hermano Kyle. Se la devuelvo.

—¿Ya habéis llegado? —pregunto.

—Sí, el paquete está entregado.

—No hables así de papá.

—¡Es que lo es! No ha dicho nada en todo el viaje. ¡Y son cuatro horas, Andrew!

—Gracias por llevarle hasta allí.

—A mandar. Por cierto, creo que Tommy es narcotraficante. Tiene una casa muy lujosa y un jodido poni en el jardín. ¡Un poni de verdad, que mea y caga!

—Es abogado. Uno muy bueno.

—Eso dice, pero me dedicaré a buscar su alijo de droga estos días... ¿Tú qué tal con tu chica?

—Acabamos de llegar. Es una Bridgerston. Aquí hay un porrón de gente y todos muy pijos.

—Entonces, ¿te dejarán dormir con ella?

—Por lo visto, sí. Su habitación es enorme.

—¡Pues lo tienes hecho, *bro*! Mañana estará enamorada de tu rabo.

—Ya veremos... —digo poniendo los ojos en blanco. Odio mentir a mi hermano, pero la verdad me podía haber traído muchos problemas.

—Pórtate bien estos días, Kyle —murmuro paternalista.

—Tú no. —Le oigo sonreír—. Uno de los dos tiene que mojar, así que no me falles.

—Lo intentaré...

Lo que no sabe es que si mojo con alguien, será con Madison. Es resultona, claro, pero mi interés por ella es entre cero y menos diez. Estoy aburrido de chicas así, me he tirado a cientos iguales y os puedo asegurar que me divierten más Nataly y sus neuras. Tampoco es que hable mucho con ellas mientras jodemos juntos, es más bien un acto animal. Sin embargo, en mi cabeza, Nataly no dejaría de hablar de forma atropellada mientras la desnudara y gemiría ruborizada a cada paso que diera haciéndome sentir un dios.

«¿Por qué piensas en eso ahora?», me reprendo a mí mismo.

Me espera un largo fin de semana a su lado llevando los jerséis navideños menos sexis del planeta, así que debería centrarme.

No me entretengo mucho en su habitación. La tentación de abrir todos los cajones y pasar la mano por cada objeto de su estantería es demasiado grande. Me fijo en que hay una cama de matrimonio gigante en la que cabría perfectamente un equipo de fútbol sala... y me viene un flash con la pregunta del millón: ¿dónde acabaré durmiendo esta noche?

Cuando bajo, veo que los primos veinteañeros de Nat están a punto de salir de casa, pero se frenan para mirarme alelados. Soy la novedad.

—¿Nos acompañas?

—¿A dónde?

—Mi tío nos ha mandado a por leña.

—Cualquier cosa con tal de salir de aquí...

—Eso pensaba —sonríe de lado el más alto de los dos. Ni siquiera recuerdo sus nombres, pero les sigo fuera de la casa. Una vez en el porche, veo a Nataly a través del cristal de la cocina. Verla ataviada con un delantal y agobiada, me recuerda a la jodida Cenicienta, y su hermana malvada y consentida vale por las dos hermanastras del cuento.

—Te llamas Andrew, ¿no? —pregunta el más bajo.

—Drew.

—Yo soy Ben y él es Brise.

Asiento. Aunque en un minuto los habré olvidado.

—¿Estáis en la universidad o también sois ovejas negras?

Ríen entre dientes y admiten que ambos viven en un campus cercano a la London School of Economics. Estudian lo mismo.

—Así que dentro de diez años seréis aburridos tipos con traje.

—Probablemente —responde el alto—, pero yo quiero hacerme un tatuaje como el tuyo. A las tías les pone.

—¿Te lo imaginas a él con traje? —se mofa Ben, el bajito.

—¿Por qué no?

—¡Porque no encajaría! Esos pendientes, sus manos...

—¿Y dónde encajaría mejor, en la cárcel?

—¡Pues sí! —Se ríe.

—Ben... —advierte Brise.

—No es nada personal, Drew, solo intento convencerle de que no se haga ningún tatuaje. No sería bueno para él en el futuro.

Llegamos a una especie de caseta donde deben de guardar la leña.

—Tranquilo, lo pillo. Intentas contagiarle tus prejuicios —le pico.

—¡No son prejuicios!, es la realidad.

—El mes que viene, si todo va bien, me nombrarán director de *marketing* de una empresa internacional que mueve mucho dinero. Ostentaré un puesto de poder y nadie pondrá en duda lo que valgo, tenga tatuajes o no.

—Yo solo digo que si compitieras por el puesto con un tipo sin tatuajes, lo elegirían a él antes que a ti. Admítelo.

—No —me planto serio—. Si la persona que debe elegir al sucesor tiene dos dedos de frente, elegirá al más cualificado y no se dejará influenciar por prejuicios sociales, de género, ni de nada por el estilo... Solo querrá lo mejor para la empresa.

—Muy bonito. Pero el mundo no funciona así, guaperas.

—Ben... —masculla Brise.

—Pero debería funcionar así, chaval. Y hay mucha gente haciendo fuerza cada día para conseguirlo. En una época en la que todo se acaba sabiendo y la verdad sale a la luz rápido es mucho más fácil demostrarle a gente como tú lo equivocada que está por pensar así.

—Insisto en que no es nada personal —dice Ben amontonando troncos en los brazos de Brise —. A mí me molas. Tiene que haber de todo en este mundo. Pero no entiendo qué pintas con Nataly, sinceramente. No le pega nada que le guste un rebelde como tú.

—Igual es que ha visto mi talento oculto —digo a la defensiva.

«Mi talento para follarme a su hermana», recuerdo incómodo.

—Yo no dudo de tu talento sexual, pero diría que pegas más con Madison, una perra del infierno, que con Naty, una *good girl*.

—Los polos opuesto se atraen.

—No digo que no. Pero esa atracción se quema rápido y luego esas diferencias de base son las que terminan separando a la pareja.

—Por esa regla de tres, Madi y Dylan no deberían haber durado —comenta Brise—. Ellos tampoco pegan, y aquí estamos, en su boda.

—Cuando hay dinero de por medio, la cosa cambia —replica Ben—. Ya no hablamos de amor.

—¿Crees que Madison no está enamorada? —pregunto interesado.

Los dos se miran circunspectos. Pero Ben no puede sostener su lengua inquieta para lucirse delante de mí.

—Conozco a Madison desde que nací y me juego la mano a que, a la menor oportunidad, le pondrá los cuernos a Dylan. De hecho, tú serías un candidato perfecto para ello, así, de paso, volvería a joder a Nataly.

—¡Ben...!

—Ya me callo, pesado.

Brise me mira pidiéndome perdón con los ojos, pero el figura de Ben es más listo de lo que pensaba. Además de muy snob.

—No tontees con Madison, por favor, Nataly no se lo merece. Ya ha sufrido bastante —dice entonces Brise.

Sus palabras me trastocan, porque esa es justo mi misión aquí.

—Es ley de vida, Brise —repone su primo—. Nataly acabará con un gay reprimido incapaz de salir del armario, que nunca tocará a Madison y tampoco a ella.

—Cállate de una puta vez, Ben —digo con dureza—. Ya nos ha quedado claro que eres muy listo y todo eso, pero también eres un peñazo. A nadie le gustan los sabelotodos con diarrea verbal. Tienes que aprender a callarte para no ahuyentar a los demás echando tanta mierda por la boca. ¿Tu vida social va bien? Contrólate un poco, anda... El consejo es gratis, chaval.

Le quito la montaña de troncos de las manos a Brise y vuelvo a la casa. Oigo sus exclamaciones ahogadas mezcladas con risas. Ese crío necesitaba que le bajasen los humos urgentemente. Porque sabe mucho, pero a mí no me ha visto venir. Nadie me ve venir nunca.

Dejo la leña en su sitio y recupero mi cerveza de antes, que ya se ha quedado caliente. Me entretengo en conocer la casa mientras busco un baño para lavarme las manos. A medida que me adentro en las entrañas del lugar, hay más puertas y está más oscuro, pero veo una luz al final del pasillo, y al acercarme, escucho una conversación muy interesante. ¡Son Madison y Dylan!

—¡¿Quieres tranquilizarte y dejar de decir tonterías, Dy?!

—Sé lo que he visto, Madi. No soy tonto y te conozco...

—¡¿Qué has visto?! ¡A ver...!

—¡Cómo le mirabas! —exclama enfadado—. No me culpes por tener un *déjà vu* de la hostia en estas mismas fechas. ¡Eres propensa a poner los cuernos en Navidad!

—¡¿Y tú no?! —replica ella—. ¡Tuviste la misma culpa que yo!

—¡Tú no te has visto la cara, Madison! ¡Es la misma que me ponías a mí cuando querías algo! Y luego siempre terminábamos igual, uno rapidito en cualquier rincón cada vez que nos veíamos. ¡¿Vas a hacer lo mismo con él?!

—¡¿Y qué me dices de ti?!

—¡¿Qué pasa conmigo?!

—¡¿Tú has visto cómo te has puesto?! ¡Estabas celoso, Dylan! Nunca te has comportado así antes. ¡¿Acaso quieres volver con Nataly?!

Retrocedo por donde he venido y me muero por contarle a mi colega de fechorías que vamos mejor de lo que pensaba.

—¡Todos a cenar! —grita una mujer saliendo de la cocina. Ni idea de quién es. Ya he dicho que nunca me quedo con los nombres y no termino de acostumbrarme a que aquí haya más gente que en la guerra.

Me dirijo al comedor y me siento extraño cuando todos los ojos recaen en mí. El padre de Nataly toma asiento en uno de los cabeceros principales de una mesa rectangular larguísima.

Hago tiempo de pie, con la cerveza en la mano, porque no sé dónde sentarme. Una de sus tías no me quita ojo de encima. Me está dando un repaso, que ni mi médico en la revisión anual...

Poco a poco, la gente se acomoda y me llama la atención que van sentándose en una mitad de la mesa los hombres y en el otro las mujeres. ¡¿Esto qué es?!

Al final, la suerte quiere que en el centro de la mesa queden cuatro sitios: para Madi, Nataly y sus parejas. Yo tendré enfrente al mayor capullo del universo y «mi chica» se sentará frente a Cruella de Vil. Estamos donde se dividen los sexos hacia ambos lados.

Nataly aparece la última con una bandeja enorme en las manos y la deposita en el centro de la mesa. Aunque no os lo creáis, se queda de pie y sirve a los veintitantos que somos. Para cuando ella empieza a comer, hay gente que ya ha terminado. No lleva más de un bocado cuando se escucha a uno de sus tíos decir:

—¿Quedan más patatas?

—Sí —responde ella levantándose al momento y yendo a la cocina para rellenar la bandeja vacía.

Me muerdo los labios, irritado. ¡La tratan como a una esclava! ¿Cómo puede parecerles bien esto? ¡Ella ha preparado la cena!

Cuando Nataly regresa, se sienta y sigue comiendo. Apenas un par de bocados después, una de sus primas salta:

—¿Hay más naranjada?

Nataly se levanta como un resorte y mis cejas con ella. ¡Pero qué coño...!

—Dinos, Andrew, ¿en qué sección de la empresa trabajas exactamente? —me pregunta Dylan con inquina, lo que me impide evitar que Nataly vuelva escaparse a la cocina a por la dichosa bebida.

—En el departamento de *marketing*, igual que Nataly. Ideamos las campañas publicitarias, fechas de distribución, ideas para nuevos productos...

—Así que trabajas cada día codo con codo con ella. Entiendo...

—Somos un equipo de siete personas, en realidad. Pero cada uno tiene su mesa. En las reuniones ponemos las ideas en común y las discutimos.

—Un equipo. Entiendo...

—¿«Entiendo» es una coletilla de tu trabajo? —le vacilo—. ¿A qué te dedicas? ¿Eres psicoterapeuta o algo así?

Los primos veinteañeros de Nataly sueltan una risa por la nariz.

—Soy dentista —replica adusto Dylan.

—¡Ajjj, qué asco! ¡Estarás todo el día viendo asquerosidades!

—Soy médico, ayudo a la gente.

—Sí, yo también los hago macrofelices con la bollería. No solo es un placer comerla, sino trabajar con un equipo tan... delicioso.

—La bollería provoca obesidad, caries y un montón de problemas más.

—Ir al dentista es una de las cosas más odiadas del mundo.

Nataly llega justo a tiempo para sentarse. Sabe que algo pasa, pero no ha oído nada. Sigue cenando, aunque su comida ya esté más que fría.

—¿Queda salsa de almendras? —pregunta el famoso Ben.

—Un poco en la sartén —contesta Nataly con intención de levantarse de nuevo.

—Siéntate —ordeno serio, impidiendo que se levante. Ella me mira alarmada—. Que vaya él mismo a por ella.

La sorpresa cruza sus ojos marrones y luego la desazón.

—Pero está en una de las sartenes buenas, la rayará...

—Ben, ve tú mismo a echarte salsa, y como rayes la sartén, te las verás conmigo, ¿de acuerdo?

La mesa se queda en silencio y aprovecho para decir:

—Cualquiera que quiera algo, que se levante a por ello él mismo. Todos tenéis una carrera universitaria, encontraréis la naranjada en la nevera y las patatas en alguna olla. Nataly todavía no ha terminado de cenar...

La susodicha baja la cabeza, avergonzada, y yo sigo comiendo. Al cabo de un momento, Ben vuelve con su plato y me mira asustado.

—No la he rayado —expone deprisa—. De hecho, como se ha terminado, la he lavado con cuidado y la he dejado secando, Nataly.

—Gracias, Ben...

—Perfecto —correspondo yo.

Brise me mira como si fuera un fenómeno paranormal. Mis ojos vuelan hacia Madison porque la tengo delante y veo que también me mira derretida. Poco le ha afectado su discusión con Dylan.

—¿Alguien quiere agua? —pregunto mirándola a los ojos—. Parece que estás seca, Madi...

Ella asiente, acercándome el vaso y se la echo bajo la atenta mirada de su prometido.

—Gracias, Drew...

—Nataly también está seca —Señala el vaso Dylan.

—Te puedo asegurar que eso no es cierto —digo socarrón—. ¿Quieres agua, Brownie?

—No, gracias. Prefiero vino.

—Uf, me encanta cuando bebe vino. No me responsabilizo de lo que oigáis esta noche, familia...

Siento la mano de Nataly presionar mi muslo por debajo de la mesa, como aviso para que me calle. Se la cojo y sonrío.

—Ahora no, pequeña. Déjame terminar de cenar. Luego soy todo tuyo.

Sus mejillas se incendian y lucha por soltarse de mi mano. Cuando se lo permito, rebota con fuerza contra la mesa, haciendo que todo el mundo se dé cuenta de dónde la tenía.

Me espera una buena bronca después, pero ha merecido la pena.

Al terminar de cenar, Nataly les obliga a recoger y a llevar todo a la cocina y ella se queda ordenándola, mientras la gente se dispersa.

Me entretengo con el móvil en el sofá, viendo la tele hasta que Nataly viene a buscarme y me dice que es hora de ir dormir. ¡Si solo son las once!

—¿De verdad tenemos que irnos a la cama ya? —pregunto aburrido siguiéndola por las escaleras—. ¿No hay algún bar cerca al que podamos ir a tomar algo? La noche es joven...

—Mañana será un día largo. Hay mucho que hacer antes de Navidad.

—¿Como qué?

—Cocinar, preparar cosas de la boda, ir al famoso concurso de tala de árboles, montar la casa de galleta de jengibre... Por la noche, cuando todo el trabajo esté hecho, cenaremos en un restaurante e iremos a tomar algo al *pub* del pueblo. ¿De acuerdo?

—Bien, porque necesito camelarme a Madison y no voy a lograrlo encerrado contigo en esta habitación —digo llegando a su cuarto—. Además, no estoy cansado.

—Pues sal y da diez vueltas corriendo a la casa, ¡a mí qué me cuentas! Si lo haces, igual te encuentras con mi hermana vagando por los pasillos, ya debe estar esperándote para hincarte el diente...

—Igual lo hago...

—Haz lo que quieras, yo tengo que dormir.

—¿Y dónde voy a dormir yo? —pregunto con cautela.

—¡Pues en mi cama! —dice obviándolo—. Hay espacio de sobra para los dos, y ya somos mayorcitos, pero si me rozas, te mataré, Norton. No intentes nada.

—Tranquila, no pensaba hacerlo —digo con indiferencia.

Pero lo cierto es que eso de dormir juntos me inquieta un poco. ¡Nunca he compartido colchón con una tía sin poder tocarla! Y ese vestido rojo provocó movimientos no autorizados en mis partes íntimas. Espero que no duerma con un camisón sexi o no me responsabilizo de lo que ocurra...

Me quedo esperando a que vuelva y mi nerviosismo crece.

No me la juego y me marcho de la habitación. Volveré cuando Nataly esté dormida y me meteré en la cama.



7
Bad Santa

No me he despertado abrazada a él, ha sido peor. ¡Estaba babeando sobre su esternón, con una pierna cruzada por encima! ¡¿Cómo he podido pegar ojo contra esa piedra?!

—¡Perdón...! —Me he apartado sobresaltada al despertarnos.

—Nunca me habían babeado encima, Evans...

—¡Lo siento!, en casa duermo abrazada a una almohada en vertical. He debido confundirte con ella...

—No pasa nada. Me dormí dándote la espalda, pero suelo dormir bocarriba y he debido de girarme por la noche.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—¿Te encontraste anoche con Madison?

—Sí...

Una presión desconocida atenaza mi garganta.

—¿¿¿Y???

—Tenías razón, andaba cual vampiresa en busca de su víctima.

—¡¿Pasó algo entre vosotros?! —pregunto con el corazón desbocado.

—No. Solo estuvimos charlando...

—Tonteando, dirás, porque ella no sabe hablar normal. Es como si tuviera constantemente una polla en la boca.

Andrew se parte de risa enseñándome todos los dientes. ¡Tiene un montón! No ha sido su sonrisa de bribón de siempre, esa era nueva. Auténtica. Preciosa. Cuando lo hace, el piercing de su nariz reluce. Ya casi me he acostumbrado a sus pendientes. Lo de los anillos lo llevo peor.

—Ayer no te conté que oí discutir a tu hermana con Dylan antes de cenar. Él le recriminaba que me mirara con deseo y ella a él que se había puesto demasiado celoso. En esa pareja, la confianza brilla por su ausencia...

—No me sorprende. No puedes fiarte de Madison. ¿Seguro que no pasó nada anoche con ella?

—No. Me estuvo interrogando. Creo que no se cree que estemos juntos...

—No quiere creerlo porque no puede con la envidia —corrijo.

—O porque sabe que tu pijama es lo más antimorbo que ha existido jamás. —Señala mi atuendo.

¡Maldito! ¡Es un mameluco precioso de elfo ayudante de Santa Claus! En las piernas tiene rayas rojas y blancas y la parte de arriba es verde con cascabeles. Es decir, ¡insuperable!

—¿Qué tiene de malo? ¡Es supernavideño!

—Prefiero tu vestido rojo...

—No sabes distinguir lo bueno, chaval...

—¿Por qué te lo pusiste la noche de la fiesta? Quiero saberlo —dice girándose hacia mí muy interesado, apoyando el codo en la almohada. Mis ojos van a parar a su impresionante tableta de chocolate sin poder evitarlo. La boca se me llena de líquido sin querer.

—¿Por qué no llevas camiseta?

—Siempre duermo desnudo. Me molesta la tela contra la piel.

—¡¿ESTÁS DESNUDO!? —grito escandalizada.

—¿Pasa algo? Ya somos mayorcitos, ¿no?

—¡Por el amor de Dios...!

Salgo de la cama de un salto y con el movimiento, la sábana se le baja un poco más, mostrando sus marcados oblicuos y el inicio del vello de su bajo vientre, demostrando que, efectivamente, no lleva nada debajo.

—¡Andrew Norton...! —chillo sulfurada.

—Acabas de despertar a toda la casa, preciosa. Ahora tengo que hacer honor a mi nombre y ofrecerles un buen espectáculo...

Veo que se gira y empieza a hacer flexiones contra la cama a lo bestia, haciendo sonar el somier de mi viejo colchón.

Abro los ojos a su máxima capacidad. La sábana ha seguido resbalándose de su cuerpo y ahora, además de mostrar un hoyuelo espectacular en su coxis, veo el inicio del culo más perfecto y torneado que he visto en mi vida.

Me quedo sin respiración.

—¡Estate quieto! —digo horrorizada.

—¡No puedo, nena, te deseo demasiado!

La potencia descomunal que desprende su cuerpo hace que tenga que taparme los ojos. No puedo seguir viendo esto... ¡tengo los pezones tan duros que están a punto de rajar mi pijama polar!

La cama chirría de un modo que creo que va a desmontarla.

Acelera hasta el final y grita: «¡¡Oh, sí, qué bueno, nena...!!».

«¡No voy a poder salir de esta habitación nunca más!», pienso desquiciada, y a su vez necesito abandonarla con urgencia, antes de que compruebe lo acalorada que estoy.

Drew resopla sobre el colchón y me mira con una sonrisa torcida.

—Has estado brutal, Brownie...

—Estás completamente loco —mascullo un segundo antes de marcharme airada.

¡Este hombre va a acabar conmigo!

Consigo llegar al baño arrastrando una tonelada de vergüenza y abro el grifo de la ducha. Necesito quitarme esta sensación de encima. Toda mi piel burbujea por él. ¡Y no me da la santa gana!

Me desnudo y pongo el agua más bien templada. ¡¿A quién se le ocurre hacer eso?! ¡Lo habrán oído hasta los vecinos!

«¿Y no se trata de eso, Brownie?». Cabeceo de mal humor para dejar de oírle en mi cabeza. Sus métodos son horribles, me da igual lo eficaces que sean. ¡Al final me va a matar de vergüenza! Sobre todo por desearle tanto...

El agua cae sobre mí, purificándome. Me cojo los pechos doloridos y me quedo pensando en sus abdominales, sus pectorales ¡y ese culo! Menuda potencia... ¡JO-DER!

En un mundo imaginario donde Andrew no hablara y fuera neurocirujano, ¿cómo sería acostarse con él?

Ha sido absurdo, porque si de verdad estuviéramos juntos, haríamos todo lo posible por no hacer ruido, y probablemente, me hubiera seguido hasta el baño para acorralarme contra la pared de la ducha con su enorme cuerpo y luego...

«¡¿En qué leches estoy pensando?!», me riño. Ayer no debería haberme dicho todas esas guarradas. ¡Ese maldito Grinch me está perturbando!

Pero fue encomiable cómo salió en mi defensa durante la cena cuando mandó a Ben a la cocina. Solo por eso, mereció la pena la vergüenza de lo que dijo después. ¡Pero ahora acaba de pasarse tres capitales de provincia! Debo tener cuidado con él en las distancias cortas... ¡Está como una cabra!

Me aseo rápido, me seco el pelo y rezo para que no siga en mi habitación cuando vuelva solo envuelta en una toalla. Pero la mala suerte quiere que siga allí, en la misma posición, con medio culo fuera de la sábana. ¿Se habrá quedado traspuesto fingiendo tener sueño post-coital?

Busco en mi maleta la ropa que necesito para huir a la cocina cuanto antes.

—¿Hay una toalla para mí? —pregunta de pronto.

—Sí, la tienes en esa silla —Señalo sin mirarle.

Salta de la cama desnudo y me giro justo a tiempo para ver cómo se tapa sus vergüenzas con ella. ¿Acaso no tiene sentido común?

Trago saliva y me lo quedo mirando. Él hace lo mismo.

Durante un segundo se crea un extraño e íntimo momento al estar los dos desnudos, solo con una toalla.

—¿Te vas ya? Así me visto —le pido.

—Sí, me voy...

Cuando cierra la puerta, me quedo mirándola fijamente.

—¡Me he dejado una cosa! —exclama abriéndola de golpe. Mi respuesta es sonreír totalmente inmóvil.

—¿Por quién me tomas, Norton? Sabía que harías eso... ¡Eres más predecible que un niño pequeño!

—Ya te pillaré... —amenaza divertido.

Al final me visto con la toalla pegada a mi cuerpo por si vuelve a aparecer. Parezco gilipollas.

«¿Qué más da que te vea?», me diría la bestia de mi prima Arizona.

Y yo respondería «¡Pues mucho! No soportaría su mirada de “te he visto desnuda, pequeña”. Dylan me la lanza de vez en cuando haciéndome sentir que ya no soy interesante porque ha resuelto “mi misterio”».

«Que esté aquí, en tu casa, con tu familia, es casi más íntimo que verte desnuda, Nataly».

Y con ese pensamiento bajo a la cocina para organizar el embolado que me espera hoy para preparar la comida de Navidad para mañana. Tengo que darme prisa, no vaya a ser que me pierda alguna actividad prevista para hoy.

Encuentro a mi madre en la cocina con una de mis tías. Tienen una taza de café en la mano y las saludo. Me procuro una para mí, y mientras, voy sacando ingredientes de la nevera.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos Andrew y tú? —pregunta mi tía Salma.

—Eh... empezamos a ser algo más que compañeros tras el verano.

—¿Por qué no nos habías hablado de él? —cuestiona mi madre.

—Porque no era nada serio...

—¿Y ahora sí? Él dijo que no erais novios.

—A Andrew no le gustan las etiquetas. —Me encojo de hombros—. Pero últimamente pasamos

mucho tiempo juntos. Se lo ofrecí y aceptó. Que esté aquí significa algo.

—Sí, que quiere comer gratis.

Le lanzo una mirada de advertencia a mi madre.

—No es un mendigo, ¿sabes? Cobra lo mismo que yo.

—Cualquiera lo diría...

—Mamá, tengamos la fiesta en paz. Tengo mucho que hacer...

Poco a poco, la cocina se va llenando de gente que quiere desayunar y tengo que echarles a patadas de mi lugar sagrado para que no toquen nada de lo que estoy cocinando. Cuando consigo que la mayoría se vaya al salón, aparece Dylan.

—Buenos días, Nataly, ¿qué tal has dormido?

Me sorprende tanta amabilidad.

—Bien...

—Yo también, hasta que os he escuchado esta mañana, claro... ¿Pretendíais romper la cama o qué?

Sonrío nerviosa.

—Lo siento. Andrew es un poco bruto...

Se acerca sigiloso por mi espalda y murmura:

—Si hubiera sabido que te gusta duro, lo habría sido contigo.

Me quedo con la boca abierta, y de pronto, escucho una voz:

—Aléjate de mi chica.

¡Es Andrew!

Dylan se separa de mí con rapidez y finge buscar una taza.

Drew se acerca a donde estoy con aire territorial y admito que empiezo a verle su aquel a los *bad boys.*

—¿Quieres café? —pregunto servil a mi novio ficticio.

—Sí... ¿Estás bien?

—Claro. —Se lo sirvo y le digo que en el salón hay bollería y galletas para acompañarlo.

—¿Tú ya has desayunado? —pregunta interesado.

—He picado algo aquí y allá. Ahora tengo que seguir con esto.

—Después de ti —le dice a Dylan para no dejarlo a solas conmigo en la cocina.

No puedo evitar sonreír. Me gusta que me proteja de él.

Tiempo después, todo el mundo se apelotona en la cocina para dejar su taza. Algo a lo que les acostumbré hace años, pues perdía mucho tiempo recogiéndolo todo después de cada comida.

—Bueno, ¿quién viene conmigo a por hachas al aserradero de Joe? —pregunta mi padre. Todos los hombres asienten y luego mira a Andrew.

—¿Tú quieres venir?

Mi novio me observa, no pidiéndome permiso, sino preguntando si se va a morir de aburrimiento.

—Ve con ellos, luego nos vemos.

En ese momento, aparece «la novia» y todos le hacen una ovación. Lo harían igual, aunque no se casara. Está tan hermosa con su *look* de recién levantada que le cuesta dos horas de secador adquirir...

Andrew no puede evitar darle un repaso mientras sorbe su café. Ella se da cuenta y sonríe tunanta. Me giro porque no quiero verlo.

—Hola, vaquero, ¿has dormido bien? —le pregunta melosa.

—Muy bien. ¿Y tú, vaquera?

—¿Qué es eso de vaquero y vaquera? —Quiere saber Dylan molesto.

—Nada, una broma de anoche... —dice Madison enigmática.

—¿Alguno de los dos tenéis vacas o qué?

—Relájate, cariño. —Le da un beso largo, pero sin dejar de mirar a Drew en ningún momento. ¿Cómo puede ser tan descarada?

—Bueno, ¿venís o no? —pregunta mi padre impaciente mirando a Andrew y a Dylan.

—Sí. Hasta luego, Brownie.

—Adiós...

—¿No os dais un beso de despedida? —sugiere Madison maligna.

Andrew y yo nos miramos. Somos conscientes de que media familia nos está mirando, y cuando lo veo venir hacia mí siento que va a darme un paro cardíaco. ¿Qué va a hacer...? Si me besa, gritaré.

Me quedo inmóvil y dejo que sea él quien decida mi destino.

Mis ojos le dicen que ni se le ocurra hacerlo y él lleva la mano hasta mi cuello para acercarme a él y posar la boca en mi oído.

—Échame de menos, pequeña —susurra con voz grave. Luego roza sus labios contra mi cuello, justo debajo del lóbulo de mi oreja, provocándome un escalofrío.

—Oh, dios... —escucho farfullar a mis primas adolescentes. Las entiendo. Yo me siento igual.

Los hombres desfilan hacia el exterior de la casa y todas las mujeres me miran fascinadas queriendo saberlo TODO de él.

—¡Por Dios, Nataly! ¡Empieza a contar! —grita mi tía Salma.

—¡Eso, eso! ¡Está buenísimo! ¡Y qué ojos tiene! —opina mi prima Mery.

—¿Sus ojos? ¿Has visto sus brazos? ¡Y qué espalda!

—¿Cómo fue la primera vez que os besasteis? ¿Dónde estabais?

Las preguntas y comentarios se suceden y me mareo un poco.

—En un bar —digo cortada—. Y no voy a contar nada más.

—¡No! ¡Espera! ¡¿Cuánto hace que trabajáis juntos?!

—Un año o así...

—Hace un año estabas con Dylan —dice mi hermana con inquina.

—Andrew entró a trabajar justo después de Navidad —aclaro.

—¿Y qué pasó después? ¿Cómo fue? Si ya os conocíais...

—Fuimos a tomar algo para celebrar una campaña publicitaria.

—¡Y lo celebrasteis por todo lo alto! —deduce mi tía Salma emocionada.

—Yo no me creo nada —salta Madison de repente. Y todas la miran para que se explique—. Creo que solo son amigos que trabajan juntos y le ha traído para no parecer una solterona amargada en mi boda.

Le hubiera lanzado el cuchillo que tenía en la mano. En todo aquel tiempo, no me había pedido perdón ni una sola vez. Al contrario, dijo que debería haberle dado las gracias.

—¿A quién le importa lo que tú pienses? —replico—. La que le monta como una auténtica vaquera soy yo.

—¡Toma! —chilla mi prima Sara.

—¡Nataly! —me reprende mi madre.

—Apenas te ha tocado al despedirse de ti. Ni te ha besado.

—Supongo que no quería que nadie se desmayara.

—¡Y tanto! —salta mi tía Mildred abanicándose.

—Demuéstralo —dice de pronto Madison—. Escríbele y dile que te mande una foto guarra.

Me quedo paralizada y todas me miran codiciando esa instantánea.

—Nosotros no hacemos esas cosas...

—¡Todo el mundo las hace! Y más en una relación como la vuestra.

Saco mi móvil como si fuera un arma y busco su contacto. Nos hemos llamado alguna vez por motivos de trabajo, pero si me hubiera pedido ver nuestra conversación de mensajes, la habría encontrado vacía.

Nataly:

«Andrew, mi hermana no se cree que estamos liados».

Lo escribo y leo en voz alta.

Espero, sin saber si responderá, pero se pone en línea enseguida.

«Quiere una prueba», añado.

—Está escribiendo —digo temerosa. Esto es arriesgado.

Andrew:

«Enséñale las sábanas, seguro que aún siguen mojadas por el squirt de esta mañana».

Soy incapaz de decirlo en voz alta, y mi tía Salma lo hace por mí.

—¡Ay, por favor, qué hombre!

—¿Qué es eso del *squirt*? —pregunta mi madre confusa.

—No pienso enseñaros mis sábanas —Me carcajeo por la ocurrencia.

—Si no las vemos, no vale. Podría estar mintiendo —dice Madi.

Nataly:

«Necesitan una prueba mejor».

Andrew:

«Pues enséñales tu foto favorita mía...».

De pronto, aparece una imagen y pego un grito de la impresión.

Es Andrew desnudo. Bueno, a él no se le ve, solo se ve su piel. En concreto, su mano tatuada hasta los nudillos, agarrando lo que parece un manubrio descomunal. ¡AAAAH!

Mi tía Mildred me quita el móvil de la mano y suelta un taco. Se lo pasa al resto y me quedo paralizada. ¿Es pronto para empezar a beber?

La cara de Madi lo dice todo al verlo y no tarda en aparecer su sonrisa pérfida de conquista. Lo quiere. Quiere ese martillo percutor entrando y saliendo de ella a toda máquina o se morirá.

Mis primas adolescentes chillan abrazadas la una a la otra tras echar un vistazo, y cuando mi madre va a verlo, se lo arrebato de la mano.

—Ya está bien... —Lo corto—. ¿Contenta, Madison?

—No sabes cuánto. Me alegro por ti, hermanita. Disfrútalo...

«Mientras puedas», parece omitir.





8
La joya de la familia

No sé si debería haber mandado esa fotopolla. Suele ser un imán para la mayoría de las chicas, pero Nataly no es como ellas.

Si antes era alérgica a tocarme, ahora, sabiendo lo que escondo entre las piernas, lo hará todavía menos. Más que nada, porque las manos siempre van al pan, y me temo que mi barra es un bocadillo que no podría terminarse...

«¡Deja de pensar en eso!», me riño. Ella quiere que me acueste con su hermana y que detenga la boda. ¿Querrá recuperar a Dylan?

Me dijo que no, pero lo que he visto esta mañana era otra cosa.

No sé a qué juegan todos, pero no tengo más remedio que subirme al carro e intentar ganarles.

Guardo el teléfono, y en pocos minutos, llegamos al aserradero.

—¿Alguna vez has talado un árbol, chico? —me pregunta el padre de Nataly.

—No. No he tenido el placer.

—Te gustará. He oído esta mañana que tienes mucha energía...

Trago saliva. «No era para que usted lo oyera...».

—La potencia sin control no sirve de nada —dice Dylan burlón—. Hay que saber dónde y cómo clavar el hacha...

—Yo la clavo como nadie, pregúntale a Nat —murmuro para él.

—¿Crees que me importa eso? ¿Has visto a mi mujer?

—Que yo sepa, todavía no es tu mujer. Pueden pasar muchas cosas en siete días...

—Sí, como que mueras de repente. Los accidentes ocurren...

—¡Vosotros dos, queréis dejar de mascullar! —nos riñe su padre.

—La juventud tiene las hormonas por las nubes, Martin —le dice uno de sus cuñados.

—Lo que tienen es mucha tontería. Cargad todo en la furgoneta y larguémonos de aquí, tengo que pasar por la pastelería a recoger un encargo.

Al terminar, me subo de nuevo a la *pick up* y seguimos la ruta. Al llegar a la calle principal del pueblo, nos detenemos en una panadería de cuento de hadas. Bueno, aquí todo es de cuento: las farolas, las papeleras de madera, el suelo empedrado, los bancos...

—Vosotros dos, venid conmigo —nos ordena Martin a Dylan y a mí.

Obedecemos y me sorprende ver que vamos a colarnos de toda la cola que hay formada en la calle para entrar. Debe de haber unas treinta personas tranquilamente.

De pronto, leo el cartel «Delicias Evans». ¿Evans?

—Buenos días, tengo encargada una tarta Estrella Fugaz y doce pastelitos pequeños —dice una señora.

Veo que el señor Evans avanza por un lateral y se cuela más allá del mostrador para entrar en el obrador. Dylan le sigue y yo también.

—¿Cómo vais, Amelia?

—Muy bien, señor Evans. Vamos en hora.

—Eso es bueno.

—¿Es su negocio? —le pregunto a Dylan.

—¡Pues claro! ¿No lo sabías? —dice con desprecio.

Me quedo callado porque no, no lo sabía. ¿Ella me acusa de ser un topo industrial? ¡¿Y ella qué es?! ¡¿Por qué trabaja en Madlok Co. si tiene una empresa familiar de repostería?!

—Me sorprende que no te lo haya contado —susurra Dylan—. Esta es la historia de su familia, y para ella, no hay nada más importante.

—Dylan, coged esos paquetes —ordena el padre. Yo le sigo—. ¿Y la tarta de cumpleaños de Nataly? —pregunta a una trabajadora.

—Está en la nevera de fuera, señor.

—¿Las velas están dentro?

—Sí, como me pidió.

—Gracias.

Dylan observa mi desazón con una sonrisa pérfida.

—¿Qué pasa? ¿Tampoco sabías que mañana es su cumpleaños?

—Claro que lo sabía... —digo con disimulo.

—Mentira. Has puesto cara de no tener un regalo para ella aquí.

—Tengo uno aquí mismo. —Me la agarro con disimulo.

—No dejas de decir eso —dice ufano—. Pero a estas alturas, deberías saber que Nataly no es tan fácil de contentar...

—Lo sé. Yo no puedo darle mi Visa Oro, como tú a Madi, para compensar ser un polvo tan mediocre.

—Si no tuviera las manos ocupadas, ahora mismo te partiría la cara.

—¿Tú a mí? Cuando quieras... Te dejaré golpearme. Con una cicatriz seré todavía más atractivo.

—Eres odioso. ¿Lo sabías?

—Madi no piensa lo mismo.

—No te acerques a ella o te arrancaré los huevos.

—Y tú no te acerques a Nataly o llegarás con un ojo morado al altar.

—Andando, chicos, y dejad de murmurar ya —nos dice el padre de Nataly, cargado con más cajas.

Antes de marcharnos, echo un vistazo a la vitrina y veo que todo tiene una pinta estupenda. Una señora abre la caja que le dan para comprobar su contenido y reconozco la tarta en cuanto la veo. ¡Es muy famosa!, pero no recordaba su nombre ni de dónde era. ¿Es de Nataly? Bueno, ¿de su familia? No lo entiendo...

Nos subimos al coche y volvemos a casa tras pasar por el supermercado.

—¿No había comprado todo ya Nataly? —dice Dylan molesto por tener que parar de nuevo.

—Sí, pero a la tía Mildred se le ha antojado una Jam Roly Poly para desayunar mañana y me han mandado comprar un kilo de frutos del bosque.

Eso del antojo me suena a más trabajo para Nataly.

Cuando llegamos a casa, entramos en la cocina para dejar los dulces.

Las mujeres me miran alucinadas y me acuerdo de la dichosa foto. Nataly está tan atareada que ni siquiera levanta la vista. Mejor, porque vería lo cabreado que estoy por haberme ocultado su

pasado.

—Salid todos de la cocina, por favor —se hace oír Nataly.

La gente obedece, pero yo no. Y las mironas que quieren observar lo que voy a hacer, tampoco.

Me acerco a «mi chica» y la agarro de la cintura, ella se sobresalta.

—¿Podemos hablar un momento en privado?

Capta el tono de mi voz y parpadea confusa.

—¿No puedes esperar?

—No —digo tajante.

—Tía Salma vigílame el fuego. Tía Mildred, vigila a la tía Salma.

Nataly me insta a seguirla y me lleva hasta una especie de despensa que hay al fondo de todo.

—¿Qué pasa? —pregunta poniendo las manos en la cintura. Está preciosa con un delantal de bastones de caramelo y el pelo en una coleta deshilachada.

—¿Por qué no me habías hablado de Delicias Evans?

Ella aprieta los labios.

—¿Tenía que hacerlo?

—¡Creo que sí! ¡Me acusas de ser un topo y tú eres otro! ¿Qué haces en Madlok si aquí tienes un imperio?

—No es un imperio. Mis padres no me dejan explotar su potencial. Ellos quieren que siga siendo una tiendecita entrañable de un pueblo perdido hasta que mueran. Luego podré hacer lo que quiera con ella.

—¡¿Pero tú sabes la cola que había ahora mismo?!

—Lo sé muy bien, pero no puedo hacer nada. Estoy en Madlok para aprender gestión, *marketing* y distribución, pero en realidad, estudié repostería en Le Cordon Blue, por eso me contrataron.

—¡¿Qué dices, Nataly?! —Me llevo una mano a la cabeza.

—Ya lo hablaremos, ahora no es buen momento.

—Tú no querías ese puesto de dirección, ¿verdad?—me atrevo a preguntar.

—Sí que lo quería. Necesito demostrarles a mis padres que puedo dirigir y lanzar Delicias Evans. Creo que no se fían de mí...

Hago una mueca de tristeza ante su desamparo.

—Pero si mi hermana se lo pidiera, le bajarían hasta la luna sin cuestionar nada —farfulla con los ojos brillantes.

—¿Por qué no me dijiste que mañana es tu cumpleaños?

—¡Porque no importa! ¡Yo no le importo a nadie! —dice entrando en barrena hacia el llanto. La abrazo para que se calme porque me siento culpable. A saber lo que le han dicho el poco rato que he estado fuera. Sea lo que sea, siento que soy el único que puede frenar una avalancha emocional inminente.

—¿Qué te pasa, Nat? ¿Por qué estás así?

Ella se traga sus ganas de llorar y me lo cuenta a duras penas.

—Madi se ha despertado con la intención de destapar lo nuestro delante de todo el mundo, y como no lo ha conseguido, le ha recordado a mi tía Mildred cuánto le gusta el Roly Poly de mermelada para que yo tenga que quedarme esta tarde haciéndolo y me pierda todas las actividades que me gustan. Es tan cruel...

—Pues diles que no vas a hacerlo. Ya hay mucha comida, y hemos traído mil postres de la pastelería.

—No puedo, Andrew...

—¡Claro que puedes! ¡Es fácil! Simplemente di «No», Nataly.

Me contempla con la mirada vidriosa y niega con la cabeza.

—Mi padre ya ha comprado los frutos del bosque... y todo lo que he trabajado no servirá de nada si no hago esto. ¡Solo se fijan en lo que hago mal! Me perderé la tala de árboles y punto. Total, el año pasado me perdí la Navidad entera... Estuve todo el día llorando en el baño porque Madi y Dylan se prometieron. Ese anillo iba a ser para mí... Lo ha modificado sin preguntar ¡y ahora ni siquiera lo lleva puesto! No puedo más, de verdad... —Se tapa la cara.

—Escúchame —Hago que me mire—. Tú puedes con todo.

—No, no puedo. ¡Si al menos alguien se dignara a ayudarme!

—Yo te ayudaré —Le acaricio la barbilla—. No sé hacer nada, pero aprendo rápido y soy obediente. Utilízame, Nat...

Su mirada se ablanda. Parece la de la mejor persona del mundo.

—Ya estoy abusando mucho de ti... Tú céntrate en Madison.

—Lo haré esta noche en el pub. Ahora me necesitas para esto.

Se me queda mirando como si no terminara de creerse mi buena fe.

—Estoy aquí para ayudarte, Nataly. Para eso he venido.

—Vale... Ven conmigo. Remángate hasta el codo y lávate las manos.

A partir de ese momento, se convierte en una máquina de eficiencia culinaria. Ayer no entendí lo que estaba pasando, pero hoy, sabiendo lo que sé, veo a Nataly de otra manera. Sobre todo, observando cómo se mueve en la cocina. Este es su sitio, no la oficina de *marketing*, aunque ahí también se defiende bien. ¿Por qué su familia no se da cuenta de cuánto vale?

Lo hago lo mejor que puedo. A veces no sé si ayudo o estorbo, pero en un par de ocasiones me mancho y la veo sonreír. Algo es algo. Cada vez que me chupo los dedos sin darme cuenta, me hace lavarme las manos.

En un momento dado, entra en la cocina una chica joven y pelirroja.

—¡NATALY! —Corre a sus brazos sin importarle que esté llena de harina y la veo sonreír con autenticidad.

—¡Menos mal que has llegado, Arizona!

—¿Cómo vas? ¿Están muy insoportables?

—Bastante... Este es Andrew —Me señala cohibida.

—¡Anda, por fin te pongo cara! ¡Encantada! He oído hablar mucho de ti. Todo cosas malas.

—La publicidad es publicidad, sea buena o mala —Sonrío y le estrecho la mano. Me gusta su alegría y autenticidad.

—Arizona es mi prima y mi mejor amiga —explica Nataly—. Lo sabe todo de mí.

—¿Todo? —pregunto alzando las cejas. «¿Sabe que soy un *fake*?».

—Todo. Es una aliada.

—Ahora que lo veo, estoy segura de que esa boda no va a producirse —susurra Arizona—. ¿Estos brazos son de verdad? —pregunta palpando mi bíceps sin ningún pudor.

Nataly se ríe y vuelven a abrazarse animadas. Arizona se disculpa para ir a saludar al resto de la familia.

—Me cae bien —comento cuando nos deja solos.

—Es la mejor. Mi único apoyo incondicional aquí.

—Me alegro de que tengas a alguien.

—Bueno, ahora también te tengo a ti...

Nos miramos un segundo con complicidad y seguimos trabajando en silencio. ¿Ya no me odia? Ayer me lo dijo, no se me ha olvidado.

Poco después, la familia al completo anuncia que se va a comer a los puestos del mercadillo navideño. Los primos me invitan a ir con ellos y miro a Nataly.

—Yo me quedo —expone—. Comeré cualquier cosa aquí. Si me salto la comida, quizá pueda llegar a la tala. Muchas gracias por tu ayuda, Drew. Puedes irte con ellos, seguro que estás hambriento.

—Me quedo contigo —sentencio—. Así terminarás antes y nos dará tiempo a comer en los puestos del mercadillo antes de ir a la tala de árboles. No cierran, ¿no?

—No. Tienen horario continuo.

—Pues ya está.

La forma en que se me queda mirando empieza a ser peligrosa.

—No me mires como si fuera tu novio de verdad. No lo soy —digo a tiempo.

—No lo estaba haciendo.

—Sí, lo hacías. Recuerda que esto es solo un acuerdo comercial.

—Nuestro acuerdo no te obliga a quedarte aquí conmigo cocinando. Es más, en teoría, deberías estar persiguiendo a Madison.

—Me sobra tiempo para conquistarla y no me gustan las injusticias. Te tienen de criada, Nataly, y no me parece justo. Voy a enseñarte a decir «No».

—¿Y si quiero decir sí? —musita enigmática. Y creo que ya no hablamos de su familia, sino de nosotros.

«Oh, oh...», retumba dentro de mí.

¿Veis? Por eso no puedo tener amigas. En cuanto dejas de ser un capullo y de marcar límites, se les nubla el cerebro y se jode todo. Terminaremos follando, uno de los dos (ella) querrá más, y dejaremos de ser amigos. La misma mierda de siempre...

Debo resistir la atracción y cumplir con mi cometido. En año nuevo conseguiré que vuelva a despreciarme y podré seguir teniéndola en mi vida. Para una chica que me cae bien...

La última hora cocinando se me hace eterna, además tengo más hambre que un perro, pero por fin terminamos y lo dejamos todo listo para la comida de Navidad.

Nos cambiamos y salimos de casa bien abrigados. Ya ha caído la noche.

—¡Muchísimas gracias por ayudarme, Andrew! —exclama encantada caminando hacia el mercado navideño. Queda muy cerca. El pueblo es enano.

—Aliméntame, mujer, o voy a desmayarme.

—¡Verás qué ricos están los bocadillos del puesto que te digo!

—Ahora mismo, todo me sabrá a gloria.

Me ruge el estómago mientras hacemos la fila y olisqueamos el efluvio, pero solo por ver la expresión flipada de su cara viendo el ambiente, siento que ha merecido la pena. ¡Está pletórica! ¿Cómo puede gustarle tanto la Navidad? Solo son luces de colores y adornos.

—¡¿Has visto eso?! —Señala un muñeco de nieve hecho totalmente de hielo. La verdad es que mola bastante que sea transparente. ¿Cómo lo habrán hecho?

Cuando doy el primer mordisco al bocata resulta mejor que un orgasmo. Es de carne mechada con queso y una salsa celestial.

—¡Te lo dije! —balbucea ella con la boca llena.

Sonrío porque nunca había conocido a una chica que me hablara con un hilo de salsa hasta la

barbilla. Paso un dedo instintivamente para recogerla y me lo chupo. Ella se queda pasmada.

—No se puede desperdiciar ni una gota de esta salsa.

Se ríe con ganas y vuelvo a ver la comida en el interior de su boca. No hay peligro de beso a la vista.

Me convence para entrar en Delicias Evans y que pruebe un pastelito en concreto.

—Es una elaboración mía.

—¿De verdad?

—¡Sí! Lo creé cuando tenía dieciséis años y no ha dejado de venderse desde entonces —dice orgullosa—. Se llama *RainKiss*.

No puedo dejar de mirar su entrañable expresión. Está tan feliz que no parece ni ella. Y es por este lugar. Es como si su espíritu se elevara en este pueblo y más concretamente dentro de esta entrañable pastelería. No comento nada por miedo a que la nueva Nataly desaparezca, pero ahora empiezo a encajar las piezas. Está claro que la conocí en un año muy duro de su vida. Debía estar desesperada con el tema de la boda para pedirle ayuda a un tío de su trabajo que odia, solo por tener músculos y tatuajes.

Me jode que la gente no vea más que eso cuando me mira. Los estereotipos no les dejan ver que mi mente va en otra dirección. ¡Yo no voy por ahí partiéndole la cara a nadie!, bueno, a Dylan se la partiría... Pero quiero seguir demostrando que, jugando bien tus cartas, se puede salir del hoyo y que te vayan bien las cosas, como a mi hermano. ¡Qué coño, yo también quiero «mi poni»! Y Nataly se merece el suyo.

—¡Gracias por todo, Amelia! ¡Adiós! —se despide de la mujer.

—Pruébalo, por favor... —me insta con frenesí, una vez fuera de la tienda, acercándomelo ella misma a la boca.

Es un pastelito cuadrado con yema por encima y el bizcocho bañado en almíbar con chocolate blanco por dentro. Le doy un mordisco y un estallido de sabor único me hace alucinar en colores.

—Es increíble... —digo asombrado.

—¡¿Te gusta?!

—Deberías luchar por esto, Nat. Volver a hablar con tus padres.

La expresión de su cara se rompe en mil pedazos y me lamento al momento. Ojalá pudiera volver atrás y desdecirlo. Debería ser un delito quitarle esa sonrisa de la cara.

—No quiero hablar de eso ahora...

—Vale, lo siento. Está delicioso, Nataly. Tienes un don para esto.

Una pequeña sonrisa, minúscula, vuelve a aparecer en sus labios.

«¡Deja de mirarlos así, idiota!», me riño apartando la vista.

Joder, por un momento casi he deseado besarla. Casi.

—Vámonos rápido. —Tira de mi abrigo—. ¡Si nos damos prisa, quizá lleguemos a la tala de árboles!

Hay que pasar por casa a por el coche para llegar al lugar donde se realiza la actividad. Quizá allí pueda lucirme un poco delante de Na... ¡de Madison!



9
Kiss Kiss Bang Bang

Cuando llegamos a la zona del bosque donde están talando los árboles, me emociono, no puedo evitarlo. El olor de la noche, los pinos, la gente... Me trae muchos recuerdos de mi infancia.

El año pasado a estas horas, todavía era feliz...

Vemos a mi padre y a los demás en una zona frondosa.

—¿Vas a animarte a probar, don musculitos? —Lo vacila Dylan.

—Sí, pero si se me escapa el hacha hacia tu cara, no será culpa mía.

Dylan se ríe. Está muy confiado porque es su tercer año y ya le ha pillado el truco. La primera vez que le traje, fue un fracaso total. Hay que aprender la técnica, no se trata solo de fuerza bruta.

—Toma, hijo —Mi padre le da un hacha a Drew—. No te cortes un pie, por favor.

Pero suena como si lo estuviera deseando.

Dylan comienza a golpear un tronco y a clavar la hoja del hacha en buen lugar, Andrew se fija en cómo lo hace.

—Ponte las gafas —lo aviso—. Y los guantes, las hachas resbalan mucho. Tienes que darle fuerte, pero lo importante es el ángulo con el que la clavas.

—Esa es mi especialidad...

—No bromees ahora. Debes quitarle un queso al tronco.

—¿Un queso?

—Sí, una cuña. Cuanto más profunda, mejor, sobre esta altura. Primero haz la parte inclinada, y luego, la zona horizontal. Cuando la tengas, harás un corte recto al otro lado. Si te digo que te apartes, corre. No te hagas el héroe, ¿vale?

Drew juguetea con el hacha en su mano mientras me escucha. ¿Me habrá oído bien? Intenta disimularlo, pero está inseguro. Creo que pensaba que el tronco iba a ser mucho más fino.

—¿No tendréis alguna motosierra por ahí?

Sonrío ante la broma.

—La tala es una tradición navideña ancestral. Tú puedes.

Dylan sigue dándole hachazos al árbol de al lado, se ha quitado el abrigo y le señalo a Drew que haga lo mismo antes de empezar.

No sé dónde está Madison, quizá tonteando por ahí con algún otro leñador. Esta claro que creía que no vendríamos. Cabrona...

Andrew empieza a talar, pero el hacha no va donde él quiere.

—¡A ver si atinas, chico! —le dice uno de mis tíos—. ¡Más abajo!

—¡Más inclinado! —exclama mi padre cuando acierta con el lugar.

—¡Dale, cariño! —digo para animarle. Él me mira irritado. Ups... Ya me callo.

Unos metros más allá, Dylan sigue con su cometido sin descanso, a punto de lograr su objetivo.

—¡Muy bien, Dylan, casi lo tienes! —grita mi padre.

Andrew intenta esmerarse más y decenas de briznas de madera salen disparados cada vez que golpea con fuerza.

—¡No la estás clavando en la dirección correcta, Andrew! —dice Dylan con mofa. Mi chico lo mira mal. No se concentra. Además, empieza a agotarse, porque da quince golpes malos por cada uno bueno y certero de Dylan. Es normal, tendría que verlo a él el primer año, creo que perdió el hacha tres veces y no mató a nadie de milagro.

Llega un momento en el que, entre los gritos de admiración por Dylan y su frustración, Andrew comienza a enzarzarse con el tronco para tirarlo a toda costa, sea como sea.

—¡Andrew, para, te harás daño en la espalda! —grito preocupada. Pero no obedece. Solo se detiene cuando Dylan exclama: «¡árbol va!».

Toda mi familia aplaude y él se seca el sudor de la frente con el guante. Está chorreando. Instintivamente, me adelanto para darle un pañuelo y alcanzarle su botella de agua.

—Gracias, Nataly...

—De nada...

Ambos tenemos un *flashback* del año pasado, cuando tiró su primer árbol y me besó ilusionado cuando le traje agua y un pañuelo. Por un momento, ancla la vista en mis labios.

—Ahora mismo estás preciosa, ¿lo sabías?

El comentario me pilla desprevenida y me ruborizo como una tonta.

—¡Dylan! —lo llama mi padre—. No has acabado, chico. Ven a echarle una mano a Andrew, por favor, o llegaremos tarde a cenar.

Nos acercamos a él y su cara de enfadado me alerta. ¿Qué le ocurre?

—Aparta... —murmura Dylan de malas maneras.

Andrew se echa hacia atrás y observa cómo Dylan hace tambalear el árbol solo con un par de golpes justo en el ángulo de quiebro.

—Ponte más lejos, Naty —musita Dylan, ocupando mi lugar—. Voy a darle el golpe de gracia.

Y así es. Con un solo tajo en el punto exacto, el árbol cae.

—La habilidad es mejor que la fuerza —sentencia Dylan justo antes de que la gente rompa en aplausos—. ¿Me das más agua, Naty?

Cuando todo el barullo termina, me doy cuenta de que Andrew ha desaparecido. ¿Dónde se ha metido ahora?

Tras mucho buscarlo, lo encuentro apoyado en mi coche, ensañándose con un trozo de madera con una navaja. Me acerco a él cohibida.

—¿Qué haces aquí solo?

—Nada... —contesta sin mirarme guardando la prueba palpable de su ansiedad en su bolsillo. Pero algo le pasa.

—A todo el mundo le sale mal la primera vez, Andrew. Dylan ha practicado mucho estos últimos años.

—Eso me da igual...

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¡Que se te cae la baba por él, Nataly!

—¡Eso no es cierto!

—¡¿No ibas a ser mala?! ¡Eso significa que dejes caer un hacha en su pie, no que le lleves agua y un pañuelo para secarle el sudor! ¡Parecía que querías lamérselo, joder!

—¡Pero qué dices! ¡¿Por qué te pones así?! ¡¿Estás celoso?!

—¡No! ¡Es que, cuanto más babees por Dylan, más ganas tendrá tu hermana de casarse con él!

¡¿No lo ves?! Se te da fatal esto, joder... Lo que consigo por un lado, tú lo deshaces por el otro. ¡Así es imposible!

—Lo siento... —Agacho la cabeza con culpabilidad. Drew no es tonto y ha notado el momento que hemos tenido Dylan y yo.

—¿Cómo puedes seguir sintiendo algo por él? —dice dolido—. Deberías despreciarle por lo que te hizo...

—¡Y lo hago! Le odio... Y me odio a mí misma por dejarme llevar por el recuerdo de lo bonito que tuvimos.

—¡¿Bonito? ¡¿Con ese gilipollas?!

—Tú no lo entiendes, Drew, Dylan fue el primer hombre que me hizo sentir bien. Y aunque se estuviera acostando con mi hermana a mis espaldas, esa sensación de que por fin alguien me hiciera sentir que yo merecía la pena, permanece en mí.

Andrew rezonga y se queda mirando un punto perdido en la lejanía.

—Tienes un problema de autoestima enorme, Nataly. Y no lo entiendo, en serio, ¡¿acaso no eres consciente de cómo eres?! ¡Se te da bien todo! Eres tenaz, buena persona y...

—Soy patética —me corta—. Hasta tú lo pensabas, admítelo.

—No es verdad. Yo siempre he creído que eras brillante. Y rara.

—En los últimos tres días me has llamado pelmazo, mandona, amargada y frígida... No soy una chica atrevida como Madison o incluso Arizona. Cuando he intentado serlo, me han despellejado. La gente solo tolera mi presencia cuando soy sumisa y servicial.

—No puedes pensar así.

—Es lo que hay...

—Yo puedo ayudarte a cambiar esa percepción de ti misma.

—Déjalo, Andrew, no hay tiempo en dos días...

—No, pero en una semana sí. Puedo quedarme hasta la boda. Tengo vacaciones. Porque para conseguir que Dylan y Madison rompan, primero tengo que repararte a ti.

—¿Repararme cómo?

—Voy a enseñarte a pensar en ti. A decir «no». Y a no dar un brinco cada vez que te toco... Necesito que dejes de mirarle como si fuera lo único bueno que te ha pasado en la vida, por favor. Así no vamos a conseguirlo nunca.

—Vale... ¿Cuál es el plan? —pregunto decidida.

—Las cosas van a empezar a salir mal desde ya y a ti te va a dar igual todo.

—¿Qué cosas?

—La comida de mañana, por ejemplo.

—¡¿Qué?! ¡ES NAVIDAD!

—Para mí no, para mí es tu cumpleaños. Y puede que algo se te queme si se me ocurre hacerte un regalito oral en la despensa...

Mi boca se abre sola. ¡¿UN REGALITO ORAL?!

—Prefiero estar muerta a que se me queme la comida...

—Morirás, sí, pero de placer... Yo también puedo hacerte sentir bien si es eso lo que necesitas.

Algo en sus ojos me dice que no habla solo de escenificarlo, sino de hacerlo de verdad. ¿Se ha vuelto loco de repente?

—Y otra cosa... —añade—. Esta noche, cuando tontee con Madison, ponte celosa.

—¿Qué?

—Métete en medio. No agaches las orejas como siempre. Demuéstrale lo mucho que te

importo, porque cuanto más celosa te vea, más querrá conquistarme.

—Es que es mala hasta decir basta...

—Porque se lo habéis permitido siempre. No tiene toda la culpa.

—¡Encima defiéndela!

—Solo digo que es hora de pararle los pies. A ella y a todos, Nataly. Es hora de ser mala de verdad...

—¡Eh, chicos! —nos grita Madison a lo lejos—. ¡No os encontraba!

Sin verlo venir, Andrew me agarra de la cintura y me atrae hacia él para apoyarme en su cuerpo. Su cercanía me tensa por completo. ¿Cómo puede oler tan bien después de cortar árboles?

—Relájate... —susurra—. Acostúmbrate a mí. Es necesario.

—¿Ya has terminado de cocinar, Naty? —pregunta Madison extrañada.

—Sí.

—Mi chica es un hacha —añade Drew mordiéndome el cuello.

No soy capaz de controlar lo que provoca su boca sobre mi piel y me aparto sobresaltada poniéndole una mano en el pecho. Madi capta mi reacción y me veo obligada a empezar a acariciarle el pectoral mientras arqueo la espalda contra él como una gata en celo. Él me observa encantado, ¡pero no pienso mirarle!

—Entonces, ¿venís a cenar con la juventud? —pregunta mirando a Andrew, melosa.

—Sí, estoy hambriento... —responde lascivo—. De hecho, estaba a punto de tomar un tentempié cuando nos has interrumpido...

Vuelve a sumergirse en mi cuello y aplasta mis tetas contra él.

Sonrío vergonzosa.

—Ahora vamos, Madison... Danos un minuto.

—Mejor dos... —farfulla Drew sin dejar de sobarme.

Mantengo la posición dejando que me manosee a discreción y cuando Madi se marcha con el rabo entre las piernas, respiro aliviada.

¡¿Qué locura es esta?! Su toque es tan adictivo que mi cuerpo está electrificado.

—Se ha ido... —digo empujándolo fuera de mi espacio vital. Necesito que me suelte *ipso facto*, pero no lo hace. Me retiene con sus potentes brazos como si fueran cadenas alrededor de mi cuerpo.

—No podemos separarnos ahora... Volverá a mirar un par de veces más porque no termina de fiarse. De hecho, deberíamos besarnos.

—¡¿Cómo...?!

—Necesita verlo para convencerse, Nataly. Para desearlo ella.

—Oh, Dios... —musito agarrándome a las solapas de su abrigo. Porque sé que no tengo escapatoria. Me espera una descarga de las grandes.

—Tranquila, no va a ser tan malo como crees.

Se acerca a mí, ladeando la cabeza despacio, y siento que me muero.

El beso comienza mucho antes de sentir su boca sobre la mía, empieza cuando su nariz me roza y percibo su aliento en mi piel. Sus labios toman los míos con suavidad como si nuestras bocas fueran a bailar juntas a un ritmo que solo nosotros oímos. Para mí es *They don’t know about us* de One Direction, el grupo con el que soñaba que me besaran en mi adolescencia. Porque la letra es cierta, «ellos no saben que he estado esperando sentirme así de bien toda mi vida».

Nuestras lenguas se encuentran una y otra vez como si llevaran tiempo deseando acariciarse en

vez de ser tan hostiles. Drew besa tan bien que, por un momento, me quedo en éxtasis con la boca entreabierta para sentirme devorada por él. Es una sensación inexplicable, sus movimientos son tan sensuales... parece saber exactamente lo que quiero y cómo lo quiero. ¡Es brutal!

Tan brutal que, cuando para, me quedo con el labio suspendido en el aire incapaz de cerrar la boca.

—Con esto es suficiente... —musita todavía pegado a mí.

Por Dios santo... ¡Si me suelta ahora mismo me iré derechita al suelo! No creo que las piernas me sostengan. Por suerte no me suelta, como si, de algún modo, él lo supiera.

—¿Estás bien?

—Sí... —contesto a duras penas.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No, no... —farfullo intentado recuperar la compostura. Aunque sería una idea cojonuda que él cogiera el coche, de hecho.

Me separo poco a poco de su cuerpo, sin hacer contacto visual con su mirada aguamarina y logro subirme al coche.

—¿Crees que nos habrá visto? —pregunto una vez lo enciendo.

Creo que no estaba preparada ni física ni mentalmente para besar a otro tío, es el primero al que beso después de Dylan.

—Seguro que nos ha visto —responde Drew—. Si la ves deprimida la próxima hora, ya sabes por qué es. Cambiando de tema... ¿de camino al restaurante podemos parar en el puesto de los bocadillos otra vez?

Lo miro con una sonrisa comedida y me topo con sus ojazos.

—Ya repetirás. Van a estar allí todos los días. Ahora vamos a cenar.

—Un poco mandona sí que eres —murmura con guasa.

—Nunca lo he negado.

Comienzo la marcha y cuando llegamos al restaurante, Madi tiene cara de culo. ¡Bingo! Solo por regodearme un poco más en su miseria, entrelazo mis dedos con los de Andrew al llegar junto a ellos. Ahora es él quien no sabe disimular que el gesto le ha pillado por sorpresa, pero me corresponde enseguida con naturalidad.

Se le da bien esto, no como a mí, que tengo taquicardia...

«Puedo hacerlo. No es tan difícil. Solo tengo que averiguar cómo destruir ese aleteo en mi estómago cada vez que rozo su piel», pienso preocupada.

La cena va bien. Arizona se sitúa a mi lado y me pone al día sobre los últimos cotilleos de su trabajo tras la fiesta de Navidad. Pienso jocosa que es tradición que en esas fiestas ocurran cosas inesperadas, como chantajear a alguien para que pase la Navidad contigo lejos de su casa.

De pronto, me doy cuenta de que no sé qué planes le estropeé a Andrew. ¿Y si mañana está triste por algo? ¿Y si algún familiar suyo está enfermo? ¿Y si en realidad es hijo único?

«Has sido una egoísta, Nataly», susurra el angelito de mi oído. Intento que se marche, dando un par de cabezadas, pero no funciona. Me trastoca pensar que no sé nada de él.

—¿Quieren postre? —pregunta el camarero.

Andrew se acerca a mi oído para decirme algo, pero lo hace con el suficiente volumen para que le oigan:

—A mí me apeteces tú con un poco de chocolate por encima...

Mis mejillas arden y no es porque todo el mundo me mire. Sino por imaginármelo haciéndolo de verdad.

—Yo no estoy en la carta —contesto juguetona.

—Las mejores cosas nunca lo están... —Me besa la mano.

—¡Sois tan cuquis! —exclama Arizona sin perder de vista que Madi nos está mirando.

—¿Por qué no sois novios? —pregunta de pronto mi hermana, con intención de romper la magia—. ¿No te gustan los compromisos, Drew?

—Es al revés —responde dejándome a cuadros—. Es tu hermana la que no lo quiere. Me dijo que después de una mala experiencia, se le quitaron todas las ganas...

—¿Eso te dijo? —dice Dylan pagado de sí mismo. ¿Está regodeándose del daño que le hizo.? Aprieto el puño sin pensar.

—¿Por qué iba a querer comprometerse si no tiene anillo? —salta Arizona envalentonada—. Tú se lo robaste, Madison.

—¡Yo no lo hice!

—La abuela quería que lo tuviera Nataly.

—La abuela dijo que sería para la primera que se casara. Y soy yo —repone mi hermana belicosa.

—¡Puso esa condición porque tú dijiste que nunca lo harías! —replico furiosa—. Me daba igual no tenerlo yo, pero que lo hayas destruido, me parece imperdonable por tu parte. ¡Y ni siquiera lo llevas puesto!

Andrew presiona mi mano y lo miro. No lo ha hecho para que me calle, sino para felicitarme. Sus ojos me lo dicen.

—¡Yo no lo he destruido! —exclama Madison ofendida—. Solo lo he modificado un poco...

—¡¿Un poco?! ¡No queda nada del anillo original! ¡Eres...!

Esta vez, Andrew sí me presiona para que me tranquilice.

—Es mi boda, Nataly, parece que te cuesta aceptarlo.

—No me cuesta nada —digo con rigidez—. No te habría preparado la mejor boda del mundo si así fuese, pero que hayas modificado una reliquia familiar sin consultarme, ¡me parece lo peor que has hecho en tu vida! ¡Y has hecho muchas cosas malas...!

—¡Solo es un estúpido anillo!

—Para ti, Madison —explica Andrew alzando la voz, para frenar la discusión—. Ese anillo tenía una historia y tú la has cambiado.

—¿Y qué tiene eso de malo? —replica impertinente—. ¡La pastelería tiene su historia y Nataly quiere cambiarla! ¡Es lo mismo!

—Si algo no te gusta —intercede Dylan—, siempre puedes cambiarlo. Yo lo hice...

—Gracias, cariño —murmura Madison dándose por aludida.

La vergüenza me come viva. ¡Soy su jodida cena para dos! Me había venido arriba con el morreo de Andrew, pero Madison se ha encargado de ponerme rápido en mi lugar.

—Y yo te doy las gracias por ello, Dylan —dice Andrew sin acritud—. Nataly es lo mejor que me ha pasado...

—Y a mí Dylan —replica Madison cogiéndole la mano con rivalidad.

—¿De verás? Sabe clavar el hacha en un árbol, pero dudo que clave nada más como Dios manda... Tengo mis fuentes, ¿sabes?

Arizona rompe a reír y añade:

—Sí que sabe clavar algo: ¡puñaladas por la espalda! Una detrás de otra. No solo la engañaste vete a saber cuántas veces, ¡sino que le regalaste a Madi el maldito anillo cuando sabías cuánto significaba para Nataly! Eso sí es caer bajo, Dylan... Prefiero contaminar mis pulmones con

humo que respirar el mismo aire que tú... Me voy a fumar.

Se levanta y se va fuera con su tabaco.

—No le hagas caso... —susurra Madi a su prometido.

—¿De verdad tiene que venir a la boda? No la soporto... —masculla él.

—Ignórala.

Diez segundos después, Madison me mira dispuesta a atacar.

—Siento lo del anillo, Nat... Te juro que no sabía que te importara tanto esa baratija. Cuando digo que solo es un anillo me refiero a que la abuela te confió toda su sabiduría repostera. Te traspasó su don y sigue vivo en ti. Me sorprende que no veas que eso es lo realmente importante...

Toda la mesa se queda en silencio y a mí me deja sin palabras, lo admito. No sé si es uno de sus trucos, pero mi irritación se suaviza un poco porque justo traen los postres.

No tardamos en trasladarnos al *pub* andando. Esta vez es Andrew quien me coge de la mano.

—¿Estás bien? —me pregunta confidente.

—Sí... Pero necesito saber qué tienes pensado. ¿Cuál es el plan?

—Déjame eso a mí, tú solo haz lo que te he dicho.

—¿El qué? —pregunto temerosa, porque lo he olvidado.

—Defender lo que es tuyo. Eres tú la que duerme conmigo.

—Respecto a eso... Voy a pedirle un pijama a mi padre porque no quiero que vuelvas a dormir desnudo.

—Pues no pegaré ojo.

—Ese es tu problema...

—Y el tuyo. Porque si me aburro de madrugada, tendrás que distraerme...

Me lanza una mirada lasciva y me pongo nerviosa.

—No alucines... No vamos a hacer nada más que besarnos si la situación lo requiere.

—Yo decidiré lo que requiere la situación. Por lo pronto hay que solucionar lo de sentirte incómoda cuando te toco.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Te recuerdo que hace nada ni siquiera nos caíamos bien...

—Tienes que superarlo. Esta noche, cuando estemos solos, quiero que me toques hasta normalizarlo, hasta que ya no te sientas incómoda. Yo haré lo mismo contigo.

Lo miro horrorizada. ¡Si es al revés!¡ Cuánto más me toca, peor me pongo!

«Respira hondo, Nataly», me digo. Paso a paso. Igual tiene razón y normalizo que mis hormonas se calcinen cada vez que se me acerca demasiado.





10
El hombre que inventó la navidad

Cuando entramos en el bar, que Nataly me suelte la mano me desagrada. ¡Y sentir eso me desagrada aún más! ¡¿Qué coño me pasa?!

Besarla ha sido un error. Uno necesario para terminar bajándole las bragas a su hermana, pero...

Dios... Cualquiera que me oiga. Creo que después de esto necesitaré ir a terapia.

Tengo que centrarme. Queda poco tiempo para la boda, y aunque sé que Madison ya me desea, no dará el paso tan fácilmente. Tengo que llevarla al límite y demostrarle lo que se está perdiendo.

—¿Quién quiere una ronda de chupitos? —grita Nataly animada junto a Arizona.

La mayoría se apunta, pero yo prefiero cerveza. Si bebo chupitos, esta noche puede que la cama suene de verdad, y no puedo perder tanto el Norte. El alcohol hace que mi brújula interior dé vueltas sobre sí misma. Así que no, gracias.

—Aburrido... —Me saca la lengua Nat ante mi negativa.

—Lo hago por ti. Te estoy protegiendo...

«¡¿Quieres dejar de tontear con la hermana incorrecta?!», me grito por dentro.

Todo el mundo brinda con los chupitos, incluida Madison. Bien, me conviene que beba para que se le suelte la lengua. Y las manos... Estoy deseando ver cómo Nataly intercede por mí. Si se vuelve territorial, Madison me deseará más que nunca.

Hablo un rato con Brise y Ben. Arizona y Nataly no paran de chismorrear y reírse. Me gusta verlas juntas. Nunca había visto a Naty tan relajada como ahora. Dylan se pone a jugar a los dardos con los primos de su edad. No he visto a un ser más competitivo en mi vida. ¿No puede simplemente hablar de series o deportes? No, necesita lucirse constantemente.

Madison habla con sus primas más jóvenes, o sea, de su misma edad mental, y mientras tanto, no deja de lanzarme miraditas incendiarias, cual quinceañera. Yo tampoco me corto, terminará viniendo a mí para que le diga con palabras todo lo que le estoy transmitiendo con los ojos. Nunca falla.

Diez minutos después, las adolescentes se van al baño juntas (¡qué sorpresa!) y mi presa se queda sola. Ben y Brise hace rato que están con sus móviles viendo vídeos de gilipolleces.

Madison aparecerá en tres, dos, uno...

—¿Qué haces aquí tan solito? —escucho su sensual voz.

—Si me dieran una libra cada vez que una chica me ha dicho eso... ¿No tienes una frase mejor para ligar?

Ella se ríe. Tiene pinta de ser una chica divertida cuando no está ocupada siendo una arpía.

—Sé por qué estás aquí, Andrew —dice enigmática.

—¿Te refieres a... en el universo?

—¡No, bobo! Me refiero a Castle Combe. Con mi hermana.

—Tampoco es que sea un secreto. ¿No nos has oído esta mañana?

—Me refiero al verdadero motivo —dice misteriosa.

La miro interesado. Esto va a ser divertido.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es? Ilústrame, por favor.

—Desde que te vi pensé: ¿qué hace un tío como ese con la aburrida de mi hermana? A ella la entiendo. Eres guapísimo y tienes pinta de ser un prodigio en la cama, pero a ti...

«La tengo en el bote», pienso pagado de mí mismo. Ella continúa con su perorata.

—Al principio, pensé que erais solo amigos. Bueno, un compañero de trabajo que había querido acompañarla en el duro proceso de la boda de su hermana con su ex.

—¿Crees que está siendo duro para ella?

—¡Por supuesto! La conozco muy bien, y es una sentimental. Esto le está matando.

—¿Y por qué no intentas hacérselo un poco más llevadero?

—Porque tengo una reputación de egoísta que mantener.

La miro estupefacto. No me esperaba esa contestación tan... a la defensiva. La gente que es egoísta lo es instintivamente, no de forma deliberada. Hay dolor en su actitud.

—Sigue, por favor...

—Cuando se ha demostrado que realmente eres su amante y Dylan me ha contado que te has hecho el loco cuando has visto la pastelería de mis padres, lo he entendido todo de golpe.

Subo las cejas. ¿Eso creen? ¿Que me he hecho el loco?

—¿Qué has entendido? —pregunto perdido.

—¡Que te la has ligado solo para tener información de primera mano sobre Delicias Evans! La muy tonta te confiará las recetas de la abuela a cambio de buenos orgasmos y luego la dejarás tirada.

Me echo a reír ruidosamente.

—Esa es buena... Pero te equivocas de cabo a rabo.

—¿Por qué ibas a estar con ella si no? —dice enarcando una ceja.

—Porque la chupa de maravilla —contesto certero.

—Eso no es propio de ella, se cree una dama inglesa de la Regencia. A Dylan nunca le hizo una mamada.

—Pues se lo perdió, porque es como una jodida aspiradora.

Vuelve a reírse divertida. Y yo con ella.

—Me alegro por ti, Drew. Debe estar muy desesperada para querer darme celos...

—¿Te los da? —pregunto sensual. Y me mira melosa.

Esto se pone cada vez más interesante. El nivel de dificultad acaba de subir.

—Yo me alegro por Dylan —repongo—. Seguro que ha supuesto un gran cambio para él retozar contigo. Sin embargo, tú me das un poco de pena. No creo que ese dentista esté a la altura de lo que necesita una chica como tú.

—¿Y cómo soy yo? —pregunta con un leve deje de ofensa.

No es consciente de que acabo de descubrir su talón de Aquiles. Le acompleja su fama de comehombres. Ella quiere ser una dama inglesa, como su hermana, pero la letra escarlata de su pecho se lo impide.

—Eres igual que tu hermana... —digo sagaz—. Una pija insaciable.

Madison sonríe satisfecha y nos devoramos con los ojos. Nada como decirle a alguien lo que quiere oír.

—A Nataly le da igual Dylan —expongo—. Te aseguro que lo ha superado. A la que no

perdona es a ti... Le debías una conversación. Le debías ese maldito anillo. Y todo hubiera sido muy distinto entre vosotras.

Ella se me queda mirando fascinada.

—Me gustas, Andrew —dice pensativa—. Me gustas mucho.

—Eso ya lo sé —respondo chulito—. ¿Has soñado ya conmigo? ¿Con que me como tu húmedo e insaciable coñito?

—Eres un creído —musita con guasa.

—Y a ti te flipan los creídos. Porque sabes que después tienen que demostrar sus fantasmadas entre tus piernas... Si lo soy es porque puedo, Madi, no te quepa duda.

—Una lástima que esté a punto de casarme —dice melancólica.

—No llevas el anillo. Eso es una provocación descarada para alguien como yo...

—Lo he extraviado, ¿vale? Sé que está en la Mansión, pero no sé dónde lo he metido. Lo encontraré. ¡Lo tenía!

—Eso es una señal... —digo tenebroso—. El karma te está avisando de que Dylan no es el tío adecuado y que deberías hacer un upgrade con... ¿alguien como yo?

—¡Cállate! —Me pega infantil pero soriente.

—¿A quién se le ocurre abocarse a una aburrida vida en un barrio bien, soportando las exigencias de un hombre que te mantiene, a cambio de chupársela de vez en cuando? ¡Tú quieres glamour, drama, peleas a gritos en plena calle y sexo apasionado! Salvaste a tu hermana de un matrimonio horrible, pero tú vas de cabeza al matadero, pequeña...

—Dylan no es horrible.

—Si tú lo dices...

—A ti no te gusta porque estuvo dentro de Nataly antes que tú.

—¿No decías que yo era un topo industrial?

—Lo pensaba, pero después de esta conversación creo que sí sientes algo por ella de verdad... —dice pensativa.

¡Pero qué coño dice esta tipa! Si cree eso, no se lanzará conmigo...

—Nataly es Nataly... Pero tú juegas en otra liga, y después de esta conversación, no me refiero solo al físico...

¡Boom!

Su complejo de hermana pequeña tonta y guapa me hace la ola.

—No me tientes, Andrew... Ahora soy una buena chica...

—Qué pena... Pero vale. Todo aclarado entre nosotros.

La dejo marcharse y pienso que el primer paso del plan está completado. Siempre se resisten al principio, si no, ¿qué gracia tendría?

Madison tiene de buena chica lo que yo de cura... y eso es justo lo que le gusta a Dylan de ella. Cómo lo manipula mientras ella hincha su ego con su belleza. Un clásico.

Busco a Nataly y me encuentro con sus ojos. ¿Me estaba mirando?

Viene hacia mí como si la hubiera llamado y no puedo evitar sentir una gran satisfacción. Que te haga caso una chica así, es otra cosa.

—¿De qué habéis hablado? ¿Tenía que venir a rescatarte antes? —pregunta como si hubiera metido la pata.

—No. Has hecho bien en no venir. La he tanteado un poco y tu hermana no es ninguna tonta, ¿sabes?

—¡Pues claro que no lo es, es una maldita piraña!

—Vale. Tengo una buena noticia y una mala...

—Empieza por la mala.

—Cree que estoy coladito por ti.

Sus cejas suben hasta el límite de su pelo.

—Ah... y... ¿por qué eso es malo exactamente?

—Porque los tíos enamorados no suelen poner los cuernos.

—¿Cuál es la buena? —pregunta esperanzada.

—Que eso me convierte en un reto aún mayor para ella. Creo que tu hermana te tiene envidia, Nataly, por eso hace lo que hace. Quiere ser tú.

—¡¿CÓMO?! ¡No digas tonterías! ¡Ella me desprecia!

—La favorita de la abuela, la que heredó el talento, la eficaz... Ella solo es guapa.

—¡Y yo fea!

—Tú no eres fea. Eres muy interesante.

—Bonito modo de decir que no soy guapa. Y Madison no solo es guapa, sino que es lista, pero se hace la tonta para que le dejen salirse con la suya. Siempre lo ha hecho.

—Pues eso se acabó. Ahora que la conozco mejor, sé cómo hacer que pierda los nervios.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Tenemos que esforzarnos en parecer la pareja del año. Será la mejor forma de chafarle la boda. Las comparaciones son odiosas, y verte feliz, despreocupada y enamorada destruirá su felicidad...

—Es lo más triste que he oído en mi vida —dice sin aliento.

—Eso no significa que tu hermana no te quiera, yo tengo un hermano que también me desprecia... pero sé que en el fondo se preocupa por mí. La gente tiene formas muy jodidas de demostrar su amor.

—Madison solo se preocupa por ella misma.

—Yo creo que la envidia y el rencor la ciegan contigo. Y como ella no es feliz, quiere impedir que tú lo seas también. Si nos ve bien, se volverá loca, hazme caso.

—Entonces, ¿fingiremos estar muy enamorados?

—Sí, pero no funcionará si cada dos por tres, te saboteas a ti misma con tu inseguridad. Tienes que dejar de ser la buena y gentil Nataly...

—No sé cómo hacerlo. ¡No sé ser mala!

—Yo puedo enseñarte. Solo tienes que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —Ríe nerviosa—. Tengo más miedo que un perro en China...

Es una buena alegoría, porque presiente que me la voy a zampar hasta relamer las sábanas... Acabo de decidirlo. Para que el plan salga bien tenemos que intimar bastante, pero existe el riesgo de que sus sentimientos se confundan. Debo ir con pies de plomo y darle una de cal y otra de arena.

—¿Cuál es la primera lección, Satán? —pregunta divertida.

—Queremos darle envidia a tu hermana con lo que no puede tener, aunque lo esté deseando.

—¿Y qué es eso?

—A mí.

Sus ojos relucen de anticipación.

—Tienes que meterme mano, Nataly. Sobarme. Besarme. Lamerme...

—¡¿Lamerte?!

—Solo es una idea. Y para eso tienes que quitarte los remilgos de encima y tocarme. Voy a

decirte algo al oído, tú ríete y dame un beso prometedor.

Me inclino hacia ella y me frena.

—¡Espera! —exclama nerviosa—. Yo no sé hacer esas cosas, Drew. No soy actriz. Ni soy... tocona y besucona en público.

—Por eso mismo. Le desquiciará que empieces a serlo. ¿No lo ves?

Me acerco a su oído y dejo que se apoye en mis antebrazos, temblorosa.

—Tú puedes, Brownie. Ahora mismo nos está mirando. Hazlo.

Ella se ríe como si le hubiera dicho una burrada obscena, con una vergüenza muy real, que la obliga a mirarme como si no tuviera remedio.

Me mojo los labios esperando ansioso su sabor cuando ella me agarra la cara y se acerca peligrosamente a mi boca.

—Tendrás que esperar a casa, guapo —dice a dos centímetros de mi boca. Y se aleja de mí con una sonrisa confiada.

«¿Qué coño ha sido eso?», pienso destemplado. Tenía que estar saboreando sus labios en este preciso momento, y en vez de eso, ¡me deja solo! ¡¿Acaba de hacerme una cobra?!

Mis piernas se mueven hacia ella sin mi permiso. Ha vuelto junto a Arizona y junto a su bebida para retomar la conversación, pero me coloco tras ella, asediándola, y espero a que me sienta.

Nataly gira el cuello confusa y no le doy tiempo a reaccionar cuando hago que su boca se estrelle contra la mía. Inmovilizo sus caderas para que no pueda girarse del todo y llevo su mano hasta mi cuello con disimulo. Así el beso es mucho más visual. Somos Leo y Kate en el Titanic. Mi lengua arrolla la suya y Nataly se deja llevar como la buena chica que es. Pero yo soy malo y aprovecho que se le ha subido el jersey para meter la mano por el inicio de sus vaqueros y traspasar el botón para rozar su pubis.

Le provoco un espasmo tan fuerte que dejamos de besarnos.

—Lo siento. No se me da bien esperar... —musito ronco.

Arizona me mira con la boca abierta. Igual que muchos de sus primos. Pero la mejor cara es la de Dylan y Madison. ¡Victoria!

—¿Os pido algo de beber, chicas? —pregunto galán volviendo a la normalidad.

—Mejor trae un extintor... —replica Arizona mirando a Nataly anonadada.

—No juegues conmigo, pequeña —susurro en su oído—. A esto siempre gano.

La siguiente hora se convierte en una tortura china y lo digo por el dolor de huevos que se me queda ante el deseo que he percibido en sus ojos. El *pub* está lleno de chicas que no me quitan la vista de encima, pero me jode que la única que debería estar haciéndolo no lo haga. ¿Acaso Nataly no ha entendido el plan? ¡Es darle celos a su hermana, no dejarme colgado en un rincón como un juguete con el que nadie quiere jugar!

Hablo con Ben y Brise de nuevo, y de pronto dos chicas desconocidas se nos acercan y comienzan a hacerme preguntas.

Nataly las mira con recelo.

«¡Exacto, cielo! ¡Soy un caramelito!».

La parte positiva es que Madison también pone mala cara cuando una de ellas apoya su mano en mi tripa con descaro.

De pronto, un vendaval aparece de la nada y se planta en medio. ¡Es Nataly!

—Cristy, Rebeka, se mira, pero no se toca, chicas. Es mi novio.

—¿Tu novio? —se burla una de ellas escéptica.

—Sí. Así que marcharos por donde habéis venido. Es mío.

—Solo queríamos hablar con él. Nada más...

—¡Ya y yo me chupo el dedo! Está conmigo, ¿vale? De hecho, ya nos íbamos. Nos apetece un poco de sexo esta noche, ¿verdad, cariño? ¡Así que andando!

Me agarra del brazo sin darme apenas tiempo a que deje la cerveza en la barra y coja mi abrigo, y me saca del bar.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —pregunto alucinado.

—¡Lo que me has dicho! ¡Ser territorial!

—¡Te he dicho que hicieras eso con Madison, no con unas desconocidas que me estaban haciendo parecer más deseable! ¡Te he dicho que me sobaras para poner celosa a tu hermana y no me has hecho ni caso en toda la noche!

—¡No puedo, ¿vale?! ¡Yo no soy así! ¡Nunca he hecho nada parecido! ¡No me sale!

—Entiendo que no te arriesgues a comportarte así con un ligue, ¡pero soy yo! ¡Sabes que no pasa nada! ¡Tienes mi permiso!

—No puedo, de verdad... —Se tapa la cara—. Siempre he sido muy tímida para estas cosas. Yo no soy impulsiva ni salvaje ni apasionada. Tengo que ir paso a paso...

—Pues eso haremos. Lección uno: tocarnos en ropa interior.

—¡Esa no puede ser la lección uno! —chilla histérica—. ¡¿Te has vuelto loco?!

—Para nada. Es como una terapia de choque. Después, con ropa, no te costará tanto tocarme.

—¡Se te va la pinza, en serio! —dice agarrándose la cabeza.

—Funcionará. Hazme caso. Vámonos a casa, no podemos perder más tiempo. La boda es en siete días. Tenemos que empezar ya.

Me oigo hablar con mucha seguridad, pero sé que la lección va a ser dura con el calentón que llevo encima. Y también sé que esta noche, haga lo que haga, terminaré corriéndome. Solo espero que no sea sobre ella...

No te desvíes del plan, Andrew.

No lo compliques.

No puedes tirarte a las dos hermanas. Sería peor el remedio que la enfermedad.





11
Blanca navidad

No he estado tan nerviosa en mi vida. Ni siquiera en mi primera vez, que fue horripilante, por cierto. Con un tío que conocí en una fiesta y del que no sabía absolutamente nada. No lo recomiendo. Sin embargo, a Andrew lo conozco demasiado y no quiero hacer el ridículo delante de él.

Ya sé que no vamos a acostarnos ni mucho menos, pero estoy muy nerviosa. Cuando lo hice con Dylan, no lo estaba. Nos habíamos besado varias veces, me llamaba todas las noches y ya teníamos una relación. De algún modo, sabía que todo iría bien. Yo le gustaba y él a mí. ¡Pero con Andrew es todo una farsa! No sé ni lo que tengo que sentir, pero me asusta. Me asusta lo que experimenta mi cuerpo cada vez que me toca. Todo apunta a que la voy a cagar.

Antes de subir a la habitación, me desvío hacia la cocina y Drew me sigue.

—Tengo que sacar el pavo del congelador para mañana.

—No lo hagas.

—¿Qué?

—Que no lo saques. Es una jugada todavía mejor. En vez de que se te queme y afecte a tu prestigio como cocinera, la forma de sabotear la comida de Navidad será... que se te olvidó descongelarlo.

—¡¿Cómo se me va a olvidar...?!

—Muy sencillo. Volvimos tan cachondos a casa y con tanta prisa que se te pasó. Y al terminar, te desmayaste a causa de los tres orgasmos brutales que te procuré.

Mi boca se abre sola. ¿Tres...? ¿En un solo acto? Me toma el pelo...

—¡No puedo dejarles sin el segundo plato!

—Sí que puedes. Que se fastidien... Ahora eres feliz. Me tienes a mí y no le darás importancia porque ya no tienes que hacer cosas para que los demás te quieran.

Me quedo estupefacta.

—Yo no hago cosas para... que los demás me quieran...

Él tuerce la cabeza con pena.

—Tú no te das cuenta, pero las haces, Nataly. Tu dependencia emocional es brutal, y voy a demostrarte que te querrán igual, aunque no hagas todo eso.

Mis ojos comienzan a pesar por llenarse de líquido. No quiero llorar, pero se equivoca en una cosa. No lo hago para que me quieran, creo que nunca me querrán haga lo que haga, lo hago para parecerles útil y que no me echen de aquí. Porque siento que, de otra forma, les daría igual que estuviera o que no. De hecho, creo que preferirían estar sin mí.

—Venga, subamos —me insta Andrew cogiéndome de la mano.

¿Por qué lo hace? Aquí no hay nadie que nos vea.

Una vez en mi cuarto, me siento inquieta. Es como si presintiera lo que iba a decir.

—Desnúdate...

Me quedo paralizada. No puedo hacer esto. Andrew se quita el jersey arrastrando con él la camiseta y su torso perfecto aparece delante de mis ojos. ¡Ni ha titubeado, el tío!

—Nataly... Tienes que superar la vergüenza. Quédate en ropa interior. ¡Veré lo mismo que si fueras en bañador!

¡Ni siquiera recuerdo qué conjunto me he puesto! ¡Mierda...!

Me quito el jersey rápido porque veo que él ya se está desabrochando el pantalón. Y cuanto más tarde en hacerlo, más atención podrá prestarme.

Me quedo con una camiseta de tirantes elástica que siempre llevo por dentro del pantalón y me lo bajo temerosa.

¡No! ¡Llevo mis bragas transparentes rojas! Tierra trágame...

Él me mira de reojo y lo veo agrandar un poco los ojos.

«No, por favor...».

—La camiseta también.

—¿De verdad es necesario?

—Del todo. Necesito tener tu vientre despejado.

Me la quito y me quedo con un sujetador rojo que, por suerte, me sienta bien y no es transparente del todo, solo la mitad.

Él lleva unos bóxers negros de pernera larga con una cinta elástica blanca de una marca que no conozco. Trago saliva al apreciar lo abultados que parecen en cierta zona.

«*Keep calm*...», le digo a mi corazón desbocado.

—¿Y ahora qué? —pregunto chulita con las manos en la cintura a unos dos metros de él. No pienso acercarme más.

—Ahora tienes que tocarme.

—¿Dónde quieres que te toque?

—Por todas partes donde haya piel. Donde hay ropa, queda exento. Elige tú —dice acercando su musculoso y tatuado cuerpo a mí. Impacta ver todos sus dibujos al completo.

Levanto una mano temblorosa y empiezo a acariciar la ilustración de su clavícula. Es en el que más me fijo siempre.

—¿Por qué te hiciste tantos tatuajes?

—Son ornamentales. Me gusto más con ellos que sin ellos. Me siento más yo llevándolos.

En eso tiene razón. Drew no sería el mismo sin ellos. Forman parte de su idiosincrasia. De su locura. De su belleza. De su seguridad en sí mismo. De su valentía...

Sigo tocando mientras pienso en eso y bajo por su pecho hasta donde termina el dibujo. Nuestras miradas se cruzan por un segundo.

—¿Todo bien?

—Sí... Me gustan tus tatuajes —expreso con una calma inusitada.

—No lo hubiera dicho. Nadie de tu familia tiene. Y tú tampoco.

—Siempre he querido hacerme uno pequeño, de una estrella. Por mi abuela y su tarta Estrella fugaz. Es el símbolo de nuestra familia.

—¿Y por qué nunca lo has hecho?

—No lo sé...

—Ten cuidado. Una vez que empiezas, no puedes parar... Como todo...

Pienso en lo ciertas que son esas palabras porque yo no puedo parar de tocarle. Ahora los hombros y los brazos, torneando su silueta con suavidad. Siempre me han llamado la atención

sus antebrazos. Y sus manos. Cuando se las toco, agarra la mía y la deposita en su cara. Continúo el camino por sus pómulos hasta llegar a sus labios. Qué labios tiene... Y qué bien los usa, el maldito. De pronto, me sorprenden mis ganas de besarle.

Él atrapa mi mirada como si supiera lo que estoy pensando. ¡Qué calor hace aquí, ¿no?!

—Haz lo que quieras... —musita con la voz entrecortada—. Tócame por dónde quieras y con lo que quieras... Se trata de coger confianza.

—Yo no voy a dejar que me toques con lo que quieras —aviso con guasa—. Y menos con eso... —señalo su prominente bulto.

—Es solo una reacción natural a las caricias. Me empalmaría igual si fuera tu tío Murray quien me las hiciera.

Suelto una carcajada y me tapo la boca. Andrew también sonríe.

—No dejes de tocarme.

—Vicioso...

—Estabas cómoda haciéndolo. Sigue así. Y sé más atrevida.

—No quiero.

—¿Por qué no?

—No tengo necesidad.

—En cualquier momento estaremos en una situación donde partes íntimas de nuestros cuerpos entrarán en contacto, Nataly. ¿Quieres que se te note en la cara que es la primera vez que pasa?

—Ponme un ejemplo normal...

—Este. —Me sujeta del brazo y me arrastra hacia la cama. Cuando se sienta y me coloca sobre uno de sus muslos, tengo un mini infarto.

¡MAY DAY! ¡Mi pierna ha rebotado en su bulto!

—Respira o vas a ponerte azul —dice tranquilo—. Deberías poder ponerme un brazo alrededor del cuello sin sonrojarte. Hazlo.

—¡De verdad tenemos que hacer esto sin ropa!

—Vestidos será mucho más fácil. Hazlo.

Obedezco y eso provoca que me quede cara a cara con él. Peligrosamente cerca. ¡Por Dios! ¡¿Qué hice en otra vida para merecer esta tortura?!

—¿Por qué has venido corriendo a protegerme de esas chicas del bar? ¿Quiénes son? —pregunta Drew para que me olvide del estrés de estar entre sus piernas con su boca a tan poca distancia. No sé por qué me siento así, supongo que la cabra tira al monte y estoy salida. Y que él está muy bueno. Eso también. Y que besa como nadie...

—Son de aquí. Siempre están al acecho de cualquier forastero. No dan tregua. De Madison estás a salvo porque eres mi amigo y sabes que me ha hecho daño, pero de ellas no. Podrían engatusarte...

—¿Engatusarme? —Sonríe divertido.

—Sí. Y te necesito concentrado en la misión.

—¿Me consideras tu amigo? —pregunta enigmático, y que mientras lo hace me mire los labios me estresa como nada.

—Puede que no lo seamos. Pero estamos en el mismo equipo, ¿no? —digo recordando sus palabras en la oficina.

—Eso parece... —musita humedeciendo sus labios. ¡Será masoquista!

—Es mi turno. Me toca... —dice de pronto.

—¿Por qué tienes que tocarme? Tú no tienes ningún problema.

—Pero tú sí con que te toque. Quiero que te acostumbres a ello.

Baja su mano hasta mi muslo desnudo y siento un escalofrío cuando la deja apoyada sobre él.

La desliza con suavidad, mientras me ordena que respire con la voz más sexi del mundo. ¿Es consciente de ello o me estoy volviendo loca?

Las yemas de sus dedos llegan hasta mi ombligo y acarician mis costillas haciendo que mi respiración se torne irregular. Esquiva mi pecho y se desliza paralelamente al tirante de mi sujetador hasta llegar a mi hombro. Una vez allí, aparta la tira para acariciar un lugar prohibido que antes estaba cubierto por tela. ¡Es un profesional de la manipulación mental!

Sigue por mi cuello y consigue girar mi cara hacia la suya. Mis jadeos delatan lo excitada que estoy.

Su pulgar roza mis labios y los abre sin ningún tipo de oposición. Y por fin, acerca su boca a la mía salvándola de ahogarse en necesidad.

Perdida en el beso, afianzo mis brazos alrededor de su cuello y él me coge por la cintura para acercarme más a él. ¿He dicho una piedra? Está más duro que eso. Y notarlo me pone todavía más. Yo soy gelatina cuando posa su mano de nuevo en mi rodilla.

Podrían bombardear la casa ahora mismo y no me enteraría. Estoy más allá de la realidad, en el cielo de la lujuria, y no me importa nada ni nadie. Y menos cuando se desliza hasta mi culo y lo agarra como si estuviera decidido a poseerlo.

Mi mano baja por sus abdominales directa a un único objetivo. Cuando palpo su pedazo de erección, me estalla el cerebro. Se acabó... Mi entrepierna se inunda, demandando que lo quiere profundamente enterrado en mí.

Sorteo la goma de sus calzoncillos mientras seguimos peleándonos a lametazo limpio, y de pronto, frena mi mano y aparta su boca antes de que pueda tocarle.

—Creo que ya es suficiente... —dice con la voz tomada de deseo.

¡¿En serio va a dejarme así?!

«Baja a la tierra, Naty. Esto era solo un ejercicio de confianza», me recuerda mi cerebro. «Y tú has abusado de ella...».

Me levanto de golpe, avergonzada, porque recuerdo que su pito no entraba en el trato.

—Perdona... —digo mirando al suelo.

—Voy a darme una ducha —musita con la voz ronca.

Abandona la habitación y yo solo pienso en huir para no reencontrarnos de nuevo nunca más. Y menos, solo con una toalla y oliendo a jabón. Se me enciende la bombilla y voy a por un pijama para él. Se lo dejaré sobre la cama mientras yo me escabullo a cocinar algo para tranquilizarme. Además, necesito asegurarme de que, a pesar del chasco del pavo, haya suficientes entrantes para suplirlo.

Le escribiré un mensaje para que se duerma antes que yo. Será lo mejor. Porque no respondo de mí misma estando despiertos en el mismo colchón. ¡No puedo controlarme con él! Seguramente me hayan echado algo en la bebida en el bar. ¡No hay otra explicación!

Solo sé que tengo que sacudirme mi atracción por él de encima.

¡No es mi tipo! Sería solo sexo. Un sexo increíble... Pero es Madison quien debe tenerlo con él, no yo.

Como he dicho, ella siempre gana.



12
Atrapado en navidad

Me despierta un villancico a todo volumen y un grito estridente que anuncia que Santa ha dejado el árbol sembrado de regalos.

—¡Bajad todos en pijama! —exclama alguien desde las escaleras.

Será el destino, pero, por primera vez en mi vida, llevo uno puesto. El que anoche encontré sobre la cama al volver de la ducha con una nota que rezaba: «No duermas desnudo». Y en esa ocasión, tuve que darle la razón. Porque no me fiaba de mí mismo si lo hacía.

Me costó Dios y ayuda detener a Nataly cuando estaba a punto de acariciar mi anaconda. El cabreo que se pilló el bicho fue de altura, apenas pude llegar a la ducha dada su agonía, pero no podía dejar que se nos fuera tanto de las manos... ¡Acabábamos de empezar!

Solo espero que ella consiguiera aliviarse en otro lugar, porque el mal cuerpo que se te queda cuando estás tan caliente es estremecedor. Y hoy es Navidad. ¡Y su cumpleaños! Hablando de eso... Rescato algo de mi cazadora que he estado guardando.

Bajo las escaleras con la parte de abajo de mi pijama de señor mayor de cuadros rojos y azules. Si Madison me ve de esta guisa, no querrá nada conmigo, así que me he enfundado una de mis camisetas.

Una vez abajo, me encuentro un desfile de pijamas navideños, a cual más ridículo. El de Dylan es un gatillazo en toda regla, tiene un reno con una nariz roja sobresaliendo. No sé cómo ese tío se encuentra la polla, en serio...

Todo el mundo se apiña frente al árbol para encontrar sus regalos, pero no veo a Nataly.

Aprovecho para robar un trozo de papel de regalo que ya ha sido abierto y envuelvo como puedo lo que tengo en la mano.

Pongo rumbo a la cocina y veo que Madison tiene arrinconada a su hermana.

—Hablando del rey de Roma... —comenta Madi exhibiendo su pijama de Barbie, rosa ceñido, una coleta alta y maquillaje para parar un tren.

—¿Dónde está la cumpleañera? —pregunto avanzando hacia Nat.

Ella me mira ruborizada recordando dónde metió la mano anoche. Sabe que se saltó las normas mientras que yo fui un santo, ejem...

—Buenos días, feliz Navidad —musita con suavidad, sabiendo que voy a invadir su espacio vital de un momento a otro. Abre los brazos para recibirme y me cuelo sin vacilar, hasta quedarme a tres centímetros de su boca.

—Feliz cumpleaños... —La beso, queriendo darle a Madison en qué pensar, pero Nataly lo corta rápido y apenas me deja deleitarme en su sabor.

Cómo odio que haga eso. ¡Me pone ansioso! Así que no la suelto.

—He encontrado algo en el árbol con tu nombre. Te lo he traído.

—¿Ah, sí? —Sonríe divertida.

Se lo doy y ella lo abre con ilusión. Al descubrir el pequeño corazón tallado en madera que improvisé en la tala de árboles, se sorprende de verdad.

—¡Andrew...!

—Quería que tuvieras un recuerdo de esa tarde, donde por una vez, la luz venció a la oscuridad.

—¿Qué luz? —pregunta Madison perdida. Pero Nataly sabe exactamente a qué me refiero. Cocinamos juntos y llegamos a tiempo a la tala. Iba a perdérsela por la oscuridad de su hermana.

—¡Me encanta...! —exclama Nataly con autenticidad y me abraza.

—¿En serio? ¿Un trozo de madera?

El comentario de Madison es ignorado mientras Nataly da saltitos en mis brazos y vuelve a juntar sus labios con los míos.

«Así sí, pequeña...».

—Gracias... —musita feliz—. Yo también tengo algo para ti.

—¿Para mí? ¿Qué es?

La sonrisa confiada que me lanza ya es un regalo en sí misma. Me agarra la mano para que la acompañe hasta el horno y lo abre.

Un aroma delicioso invade mi nariz.

—¡Te he hecho un brownie!

Me rio y ella conmigo.

—¡No sé qué decir...! —digo emocionado, exagerando a tope. Y vuelvo a besarla. El tema es aprovechar...

Madison se rinde con nosotros y pasa por nuestro lado farfullando:

—¿No podéis haceros regalos normales como la gente normal?

Volvemos a reírnos cortando el beso y nos miramos satisfechos.

«Funciona», le digo con la mirada, pero en la suya hay algo más. Una emoción auténtica que me da un poco de miedo.

—Voy a sacar el brownie y vamos al salón —disimula ella—. Hay un montón de cosas para desayunar.

Y no miente. Viendo el despliegue culinario que ha promovido, al final la gente hasta va a agradecer que no haya pavo.

Nataly me explica que por la mañana todo el mundo recibe sus regalos y que los suyos de cumpleaños se reparten después de comer.

—Nataly, ¿a qué hora comeremos? —pregunta su madre—. ¿Cuándo estará listo el pavo?

Todo el salón guarda silencio para escuchar la respuesta. Es la situación perfecta para soltar el bombazo. Pero «mi chica» se queda blanca al pensarlo, y por un momento, me da un poco de pena.

Cuando me mira, le hago un gesto con la cabeza para que sea fuerte.

—¡¡MIERDA, EL PAVO!! —exclama con falsedad—. ¡Anoche tenía que haberlo sacado del congelador!

Su madre pone cara de espanto.

—¡¿No tenemos pavo?!

—No...

—¡¿No hay comida?! —pregunta Ben horrorizado.

—¡¿Cómo que no hay comida?! —berrea su tío.

—Hay un montón de comida —expone Nataly—. Hay patatas, verduras, salsas, embutidos y un montón de entrantes.

—¡¿Cómo has podido olvidarlo?! —acusa Dylan enfadado—. ¡Anoche te fuiste pronto del bar para controlar que todo estuviera bien para hoy, ¿no?!

—La culpa es mía —intervengo rotundo y haciendo que todos me miren—. Yo la distraje... Nos entró un calentón tonto en la cocina y se le fue el santo al cielo.

—Dios santo —gime Dylan—. ¡La has vuelto una adicta al sexo!

Nataly cierra los ojos soportando la frase, pero al momento los abre dispuesta a sacar los dientes.

—No te quejes tanto, Dylan. Te he hecho tu maldita crema de marisco ¡y no te la merecías! La Navidad que viene haces tú la comida y así yo puedo echar los polvos que me dé la gana cuando me dé la gana, ¿estamos?

«¡Esa es mi chica!», celebro por dentro.

—¡Hay prioridades, Nataly! ¡Pero parece que tú has perdido la cabeza!

—Tú deberías comprenderlo mejor que nadie, Dylan... —digo calmado.

—¿El qué? —pregunta mirándome mal.

—Que «No se puede luchar contra el amor»...

Nataly levanta la mirada alucinada reconociendo la frase. Para su sorpresa, toda su familia suspira encantada.

«Ya lo ves, nena, funciona para todos».

—Lo nuestro no es solo sexo, Dylan —continúo colocándome al lado de Nataly—. Acabo de regalarle un corazón que tallé en madera porque nada de lo que hay en las tiendas expresa del todo lo que siento por ella... Perdón por tenerla tan distraída, pero Nataly es feliz y eso es lo que importa. Y siendo realistas... ¡¿quién tiene hambre ahora mismo con semejante desayuno?! Estaréis de acuerdo con que lo mejor de la comida de Navidad son los acompañamientos del pavo. ¡Y esos los tenemos!

—Y tenemos salchichas —añade Nataly.

—Esas no se te olvidan, ¿eh? —bromea su tía Salma. Nataly se muerde una sonrisa.

—¿A quién le importa el dichoso pavo? —opina Arizona para ayudarla—. Hay una barbaridad de comida, ¡y esta tarde habrá casa de galleta de jengibre!

—¡Me encanta! —chilla una de las primas.

—¡Pues venga, los jóvenes ayudadme a montarla en el jardín ahora! —corea Arizona.

—A mí que algunos me acompañen a por leña —pide el padre de Nataly.

—Y el resto a la cocina —ordena su madre—. A ver con cuánta comida contamos de verdad. ¡Moveos, esto es una crisis familiar!

La gente se moviliza y Nataly observa la secuencia como si no diera crédito. Cuando me mira, sonrío complacido.

—Te dije que confiaras en mí.

—No puedo creerlo... —dice encantada—. Pensaba que me lincharían.

—Te dije que no se caería el cielo si no hacías algo perfecto.

—¡Les ha dado igual! ¡Y encima van a ayudarme a solventarlo!

—Las buenas familias se unen en la adversidad.

De pronto, me abraza y la sostengo entre mis brazos.

—Gracias, Drew... De verdad.

—No me las des aún. Todavía hay mucho que hacer. Voy a ayudar a tu padre con la leña...

—Mejor ayuda a Arizona a montar la casa de jengibre, no me fío mucho de ella y es una de mis actividades favoritas. Así, de paso, tonteas un poco con Madison. Luego me cuentas...

Se va sonriente y me quedo allí, como si yo fuera el único que ha sentido que si todo aquello hubiera sido real, habría sido la hostia. Pero Nataly no siente eso, solo le interesa que me tire a su hermana. Nada más.

Voy en su búsqueda para cumplir mi cometido y me reúno con ella y con Arizona ante lo que parece un trabajo arduo de ingeniería mecánica.

—¡Que nadie se coma la casa, primero hay que montarla! —clama Arizona, regañando a sus primos adolescentes.

—¿Tú entiendes algo? —pregunta Madison mirando un papel.

—Ni torta...

—Dejadme las instrucciones —les pido.

Poco a poco, vamos acoplando piezas sobre un plástico enorme.

¿Alguna vez habéis tenido la sensación de estar clavando vuestra propia tumba? Pues lo he sentido mientras armaba esta deliciosa casita de galleta prefabricada. No sabría decir por qué, pero la respuesta llega un rato después cuando Nataly aparece y me ofrece una sonrisa luminosa como si se alegrara de verme.

—¡Qué bien os ha quedado la casa! —aplaude entusiasmada.

—Teníamos buena mano de obra —dice Madison, acariciando a placer mi brazo desnudo.

A Nat le cambia la cara.

—¿Qué haces sin jersey? Aquí fuera hace mucho frío...

Me acerco a ella para aplacar sus celos.

—¿Por qué no me llevas a la despensa y me calientas un poco?

—Ahora no. —Me empuja—. ¡He salido para decorar la casa!

—¡Sí! ¡Ahora viene lo mejor! —exclaman sus primas eufóricas.

Señalan su artillería de glaseados que han estado mezclando aparte. Hay de todos los colores.

—¡Vamos, será divertido! —exclama Nataly.

¿Divertido? ¿Alguna vez ha practicado sexo? Eso SÍ es divertido. Y excitante. Y... ¿Cómo sería hacerlo con ella?

No me muevo atrapado por un flash porno de la hostia. Si tan solo me hubiera dejado llevar anoche, lo habría vivido.

Me doy un cabezazo mental. ¿Quieres centrarte de una puñetera vez y dejar de jugar a las casitas?

Me quedo a un lado mientras veo cómo las chicas comienzan a echar esa sustancia azucarada y viscosa por toda la casa con unos ajustados guantes de látex.

La familia se reúne alrededor para observarlas, y la madre y las tías de Nataly se animan a hacer alguna forma con fondant para decorarla.

Madison se dedica a hacer copos de nieve con una manga pastelera, mientras que Nataly comienza con la chimenea.

—¡Ayúdame! —me insta. Su cara resplandece tanto que soy incapaz de decirle que no—. Ponte unos guantes y ven.

Obedezco, aunque los guantes me van pequeños y están a punto de reventar en mis rudas manos, me acerco a ella por detrás y la ayudo a colocar un glaseado blanco por el borde, como si fuera nieve.

—¡¿A que es genial?! —exclama sonriente.

Pero en realidad es horrible. Horrible sentir que lo único que quiero hacer es untarle esta mierda por todo su cuerpo y lamerla sin descanso.

«Céntrate en la puta misión», me recuerdo.

«Voy, joder».

De pronto, cojo un puñado de glaseado y me acerco a Madison. Ella sonríe al sentirse perseguida por mí.

—¿Te diviertes, Andrew?

Me acerco a ella para susurrarle:

—Se me ocurren un par de cosas más divertidas que hacer con esto... pero tendrías que estar desnuda.

Ella sonríe coqueta.

—¿Qué harías exactamente, hombretón?

—Digamos que tendrías una blanca Navidad en tu culo...

—¡Qué cochino! —ríe divertida, manchándome la cara con su glaseado.

Ni corto ni perezoso, le restriego el mío y la exclamación general no se hace esperar.

—¡PELEA! —grita Brise emocionado. Y como por arte de magia todo el mundo se une a la guerra.

—¡No! ¡Parad! ¡Vais a estropearlo! —oigo gritar a Nataly, pero la batalla está servida y parece que nadie va a librarse.

Todo el mundo comienza a lanzar glaseado de colores como si fuera una fiesta Holi.

Me acerco a Nataly sin que me vea y me coloco a su espalda para inmovilizarla desde atrás.

—Si no puedes con ellos, únete a ellos, Brownie.

Mi mano, llena de glaseado blanco, recorre su mejilla y ella suelta un grito ahogado. No tarda ni medio segundo en aplastar su mano llena de chocolate blanco contra mi cara. Los dos vamos a por más munición para seguir atacando. Miles de motas de colores vuelan por el aire. Y de pronto veo un objetivo aún mejor: Dylan impoluto.

No se ha dignado a participar en la pelea, pero pronto eso cambiará.

Cojo una buena bola de glaseado amarillo y me preparo para un lanzamiento estrella. Cuando era pequeño se me daba bien el beisbol y hay cosas que nunca se olvidan porque acierto en toda su cara.

Arizona y Nataly empiezan a reírse por el berrido que lanza. Se parece a uno de esos niños a los que les hacen creer que les han manchado de mierda cuando en realidad es chocolate.

Arizona se une a mí y le lanza otro bolazo azul.

—¡Ya está bien! —grita Dylan azorado. Creo que nunca me he divertido tanto. El grandullón amenaza con entrar en acción en busca de munición para vengarse de nosotros. Pero esto merece un cuerpo a cuerpo...

Dejo que cargue con un poco de glaseado y me lanzo contra él para llevarle su propia mano a la cara, a ver si se ahoga con él.

—¡Serás animal! —exclama escupiendo el glaseado.

—¡Qué blando eres, Dylan! ¡¿Eres diabético o qué?!

—¡Mi amor, ¿estás bien?! —dice Madison preocupada por él.

—Madi, piénsatelo bien, todavía estás a tiempo de cancelar la boda y estar con un hombre de verdad —sonrío con guasa.

—¡Cabrón! —exclama Dylan queriendo levantarse para venir a por mí.

—No dejes que te provoque, Dy. Recuerda que él se ha quedado con lo que tú desechaste... Está celoso de ti. Hace un momento me ha dicho que prefería comerse el glaseado de mi coño.

¡Será mentirosa! ¡Solo me he ofrecido a echarle mi propio glaseado en su culo!

Me entra la risa solo d pensarlo, y de ver que Dylan echa humo por las orejas. Busco a Nataly para demostrarle quién es la que está celosa aquí.

Y de repente, la veo venir hacia su hermana con la chimenea entera en las manos y una expresión asesina en su rostro.

—¡A Andrew solo le gusta mi glaseado, zorra! —grita antes de clavarle la chimenea en la cabeza dejando a Madison encerrada en ella con todo el glaseado dentro.

—¡¡Snkjahfewhhh!! —se escucha. Las carcajadas de la gente no se hacen esperar.

—¡Dylan, saca a tu novia de ahí antes de que se ahogue! —dice alguien.

El aludido obedece y Madison escupe restos de todo por la boca.

—¡¿Estás loca, Nataly?! ¡Se me ha metido glaseado por la nariz! Y me ha dolido.

—¿Qué dices? Si es un bizcocho esponjoso...

—¡No sabía que fueras tan vengativa!

—Tú empezaste la guerra —le recuerdo a Madison—. No deberías provocar tanto, si luego no estás dispuesta a llegar hasta el final.

—¡Chicos, parad ya! —grita la madre de Nataly a los más jóvenes—. ¡Todo el mundo a ducharse! Hay siete baños en la casa. Repartíos.

—¿Te duchas conmigo, Madison? —pregunta Dylan sensual.

—Claro, mi vida... —responde ella ladina.

Su mirada atraviesa la de Nataly, exhibiendo un: Madi 3000 - Naty 0.

Debería haber dicho que nosotros también vamos a ducharnos juntos, pero no he sido capaz. Apenas pude frenarme en ropa interior y secos. Si estuviéramos desnudos y mojados, no podría.

—Necesitamos un nuevo plan —le susurro a Nataly.

—¡¿Otro más?! Miedo me das...

—Estamos en desventaja. Madison es experta en darle la vuelta a todo.

—Bienvenido a mi vida.

—Necesitamos algo impactante. Algo que la tumbe. Sobre el papel queda muy bien que se vayan juntos a la ducha, pero después seguro que él es un desastre en la ejecución. Necesito mostrarle la mía...

—¿Y qué sugieres, que te pille haciéndome un cunnilingus debajo del árbol de Navidad?

—Podría servir...

—¡Lo he dicho en broma, Drew! —exclama pasmada—. Sigamos el plan inicial de parecer dos osos amorosos. A las novias les saca de quicio ver que a su alrededor hay una pareja más enamorada que la que va a casarse. ¡Yo creo que vamos bien!

Pero se equivoca. Necesitamos algo irrefutable.

Madison necesita ver cómo Naty se derrite en mis manos y pensar que ella nunca podrá hacerlo.





13
El día de navidad

Mentiría si dijera que no está siendo la mejor Navidad que recuerdo desde hace... ni lo sé. Desde que mi abuela vivía y yo todavía era una adolescente que no pensaba en chicos.

Nadie me ha pedido que me levante a por nada a la cocina, lo hemos traído todo desde el principio, y cada uno se ha servido lo que ha querido en plan bufet. Como digo, magia, y no puedo evitar pensar que el artífice del milagro es Andrew. Bueno, y esa chimenea encajada en la cabeza de Madison. ¡Muajaja! ¡Esto de ser mala, mola!

Para cuando el último termina de ducharse, se hace la hora de comer. Mi look especial de cumpleaños consta de una blusa blanca con los hombros al descubierto salpicada de bastones de caramelo bordados a mano y una falda roja larga con árboles de navidad en blanco que fue amor a primera vista.

—Apenas has comido. Come —susurra Drew una vez en la mesa, como si yo fuera una de esas protagonistas desvalidas que se les olvida hasta comer.

—Cuando se cocina no se tiene hambre, ¿no lo sabías? No dejas de picar aquí y allá. Además, estoy demasiado contenta...

Que me mire con afecto me derrite un poco más.

¿Qué leches está haciendo conmigo? ¿Dónde está mi capullo favorito? Ah, sí, siéndolo con los demás y poniéndose de mi lado.

—Me alegro... —musita cómplice.

¡¿Cómo puede ser tan guapo?!

«Echa el freno, pequeño poni, no empieces a flipar guirnaldas».

Aparto la mirada con rapidez.

Que Andrew sea amable y cariñoso conmigo es muy peligroso. Soy incapaz de no apegarme emocionalmente a las cosas, ni siquiera a un novio falso que es lo opuesto a mi tipo. ¡Soy débil!

Pero estoy empezando a vislumbrar un lado bueno en él. Debajo de sus impertinencias, su masculinidad tóxica y lo capullo que es, hay un buen chico que anoche no quiso aprovecharse de mí. Un auténtico capullo me habría follado sin mirar atrás, pero él me respetó.

¡O eso quiero pensar para no morirme de la humillación!

Porque cachondo estaba un rato, eso lo comprobé con mis propias manos.

Comienza el ritual de los regalos de mi cumpleaños y muchos de ellos están relacionados con la Navidad. Calcetines, bufandas, ropa, novelas románticas ambientadas en estas fechas y dulces de todo tipo, pero lo que realmente me deja sin palabras es que Andrew saque unos papeles doblados de su bolsillo trasero al grito de «¡Es mi turno!».

Lo miro ojiplática. ¡Si ni siquiera sabía que era mi cumpleaños!

Aun así, me emociona. Me he vuelto muy fan de sus regalos espontáneos. Ese corazón de madera me ha encantado. Lo estaba tallando cuando lo sorprendí apoyado en mi coche en la tala,

justo antes de nuestro primer beso. Fue la premonición de un bonito recuerdo. ¿O se puso tan celoso que planeó besarme e inmortalizar el momento de esa forma? ¡Muero de amor!

«Deja de levitar, Naty, y veamos con qué nos sorprende ahora».

—Primero abre este. —Me tiende un papel. Lo leo en voz alta.

—«Vale por... un regalo que llegará el día 27» —Lo miro extrañada.

—Al caer en domingo, no he podido conseguir que llegue antes. Lo siento.

—No importa. Gracias, cariño —Le acaricio el brazo.

—Ni se te ocurra regalarme un vale jamás —susurra Madison a Dylan en voz lo suficientemente alta para que todos la oigan.

—Yo soy más de pendientes de diamantes, mi amor. ¿Te han gustado?

—¡Muchísimo! —Lo besa embelesada.

Dura un segundo, pero Andrew aprieta la mandíbula antes de tenderme el siguiente papel.

—Este es otro vale que estoy seguro que muchas desearían... —dice canalla.

Abro mucho los ojos al leerlo y luego sonrío avergonzada.

—¡¿Qué pone?! —grita Arizona desesperada—. ¡Dínoslo!

—«Vale por una noche de sexo salvaje» —revelo con diversión.

—Vaya cosa... —masculla Madison entre el revuelo general—. Pensaba que lo hacían a diario...

—La clave está en la palabra «salvaje» —explica Andrew—. Personalmente, creo que si no te impresiona es porque has olvidado lo que significa eso...

¡TOMA!

Soy incapaz de disimular una sonrisa, porque Dylan es muchas cosas, pero salvaje no. Me preparo para rematar la faena:

—Gracias, Drew... Yo sí lo valoro. Ella jamás lo entenderá...

Mi chico me agarra la cara para juntar nuestros labios con decisión. Es su forma de decirme que está orgulloso de mi contestación. Nada más... Me ha regalado el vale para hacer justo esta carambola y le ha salido redonda. No es un vale de verdad. ¿No? ¡¿NO?!

—Úsalo cuando quieras... —musita seductor en mi oído—. Es mi regalo para ti.

Me quedo mirándolo embobada y me pregunto qué pasaría si me diera el capricho. Si le dejara colonizar mi cuerpo solo una vez.

«¡Nataly, corta el rollo! Anoche te frenó. Pudo seguir y te frenó. Te está provocando porque tiene público. ¡Esto no es real!».

—¿Alguien quiere café? —pregunto levantándome por primera vez en toda la comida. Algunos se apuntan a la única droga legal.

—Te ayudo... —comenta Andrew, levantándose también.

En ese momento, tengo un mal presentimiento. O bueno, todavía no lo sé. Pero este no viene a ayudarme... Este quiere algo. Algo oscuro... líquido y para mayores de 18.

¿Será un poco de orujo para el café?

Llego a la cocina, nerviosa, y voy directa a la cafetera para encenderla. No lo veo, pero siento la presencia de Andrew pegada a mí, como lo haría un vampiro guapísimo acechando a su presa.

—Prepararé la leche... —musito escapando de su acoso.

Lo oigo caminar despacio hacia mí, como si el ataque fuera inminente, pero no tuviera prisa por acabar con mi sufrimiento.

Cojo el cartón de leche de la nevera y veo que casi no queda.

—Se ha terminado... —expongo huyendo hacia la despensa para poner más distancia entre

nosotros. Pero sigo oyendo sus pasos acercándose. ¡Viene hacia aquí! ¡Y estoy acorralada!

Espero a que aparezca aguantando la respiración y cuando me ve, me lo dice todo con la mirada. «Ya eres mía, pequeña, no lo pongas difícil...».

Trago saliva cuando se acerca sensual y me quita el cartón de leche de la mano para dejarlo tirado por ahí.

¡OH, DIOS!

Me lleva contra la pared para besarme con brusquedad y no me resisto.

¿Por qué iba a hacerlo, si llevo todo el día desesperada por volver a saborear sus labios en condiciones? Lo que no entiendo es por qué lo estamos haciendo otra vez sin público.

—Quiero que te corras... —susurra entonces.

—¡¿Ahora?!

—Sí... Deberías haberlo hecho anoche. Por eso estás así.

Su profunda voz de barítono suena caliente en mi oído. Me baja la blusa y el sujetador sin tirantes para que mis pechos se desparramen por encima. Se lanza a por ellos y gimo cuando atrapa uno con su boca.

¡La leche! ¡¿Esto está pasando de verdad?!

Sus manos no se quedan quietas, no tarda nada en subirme la falda e ir directo a acariciar la unión entre mis piernas.

Ahogo un jadeo sordo cuando descubre mis bragas empapadas.

—No te contengas... Sé lo que necesitas.

Su mano se desliza debajo de mi ropa interior y dejo escapar un fuerte grito cuando acaricia mi clítoris sin llegar a penetrarme.

La sensación me deja fuera de juego. Su forma de tocarme es irrechazable. Quiero decirle que pare, pero no me sale la voz.

—Puedo hacer que te corras en menos de treinta segundos... —dice con dureza—. No necesito mi polla para eso.

—¡Oh, joder...! —gimo sintiendo como profundiza en mí, haciéndome sentir algo único. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo me lleva a ese límite de no poder parar aunque ahora mismo apareciera Casper?

—Por favor...

—Córrete para mí, Nataly... Quiero oírte.

Me besa con lascivia y no puedo ni pensar. Me tiemblan tanto las piernas que su peso aplastándome contra la pared es lo único que me mantiene en pie.

Dos de sus dedos se sumergen en mi entrada, haciéndome desear que los sustituya por la increíble dureza que palpé anoche.

Estoy fuera de mí.

Sentir su boca de nuevo en mis pezones me lleva a la locura. Su forma de chuparme mientras juega con sus dedos en mi coño, es lo mejor que he sentido en años. Lo único que lo hace más perfecto es notar que se acerca a mi oído para susurrarme más obscenidades.

—Esto sí es un buen glaseado, pequeña... Anoche tendría que haberte tumbado en la cama, abrirte de piernas todo lo posible y haberme dado un festín contigo hasta ponerlo todo perdido...

Jadeo contra su mejilla, imaginando cómo hubiera sido. ¡Esto es demasiado! ¡¿Se puede sentir demasiado placer?!

—Y luego, seguramente, me habría vuelto loco y hubiera enterrado cada centímetro de mi gruesa polla en tu pequeño y apretado coño...

«¡Sí, Santa, eso es todo lo que quiero por Navidad!», gimo desesperada por que se haga realidad.

—Fóllame ahora mismo... —exijo agarrándole del pelo con fuerza. Él se ríe y el sonido reverbera en mi pecho.

—Tus padres tienen toda la razón, soy una mala influencia para ti, Brownie...

—Me da igual —jadeo clavándole las uñas en los bíceps—. Te necesito dentro ya...

Le muerdo la barbilla para que sepa que hablo en serio.

En respuesta, él resopla y acaricia mi clítoris con más fuerza. Grito elevándome hacia el éxtasis mientras su barba incipiente me rasca con placer. Podría morirme ahora mismo...

—¡¿Qué coño estáis haciendo?! —grita alguien.

Oigo esa frase justo cuando un maldito tsunami arrasa mis sentidos y no puedo hacer otra cosa que soportar cómo el orgasmo más intenso de mi vida espolea todo mi cuerpo sin remisión.

Me abandono al placer y me dejo llevar. Todo gracias a que Andrew no se ha apartado de mí ni ha detenido el movimiento de sus dedos en ningún momento. Y no es el jodido Casper, ¡es Dylan!

—Disfruta de tu regalo, pequeña... —murmura Drew en mi oído cuando paramos—. No le mires, es la primera vez que ve cómo te corres de verdad.

Me besa con fuerza, impidiendo que diga nada, pero ya no lo disfruto porque mis ojos localizan a Dylan. Parece furioso.

—Apártate de ella de una vez —ordena autoritario.

Esas palabras me disgustan, porque mi corazón, que todavía palpita frenético, no quiere soltar a Andrew por nada del mundo.

El aludido saca la mano de entre mis piernas y se chupa los dedos.

—Deliciosa...

—¡Eres un pervertido! —vocifera Dylan.

Drew ríe entre dientes y vuelve a besarme, largo y lento. Deslizando perezosamente su lengua en mi boca y trasladándome mi sabor. Eso hace que todavía le desee más.

Cuando por fin se separa de mí, pasa por el lado de mi ex murmurando: «Fuiste un imbécil dejándola escapar...».

Dylan y yo nos quedamos solos. Y presiento que va a decirme algo hiriente.

—No puedo creer que te hayas convertido en una guarrilla que se deja follar por cualquiera en cualquier sitio...

Mi ceño se frunce en vez de acobardarme.

—Refréscame la memoria, pero ¿no fue a ti al que pillé tirándose a la zorra de mi hermana en una situación parecida? No me acuses de ser una disoluta, ¡yo hago lo que me da la gana!

Paso de largo, golpeándole el hombro, y voy directa a por el café.

Preparo todo de forma mecánica, y cuando voy a salir, coincido con que Dylan sale de la despensa con la cara demacrada.

Me sorprende que no me tiemble la voz al decir: «Trae leche, anda».

No espero a que me conteste. Me dirijo al salón con paso firme y muy orgullosa de mí misma.

—¡Ya era hora! —se queja mi tío Murray.

—¡Venga ya!, no habré tardado más de... ¿treinta segundos? —digo mirando a Drew con una sonrisa cómplice.

—Creo que nos hemos entretenido un poco más, cielo...

—Es que no encontrábamos la leche. —Nos sonreímos.

—¿Y dónde está? ¿La habéis encontrado al final? —pregunta Arizona con picardía leyendo en mi cara el subidón.

De pronto, aparece Dylan con la expresión desencajada y la leche en la mano.

—¡Ahí está! Tan oportuno como siempre, Dy —se mofa Andrew.

A mí se me escapa una risita y Madison me mira reconociendo el brillo post-orgásmico de mi cara.

—Cualquiera diría que has visto un fantasma, hijo —dice el tío Murray.

—Es que lo ha visto —aclara Drew—. ¡El de las Navidades pasadas!

Mi nariz hace un ruido extraño al explotar de risa y me disculpo con la excusa de ir a por el azúcar, sin disimular mi diversión.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Madison confusa.

—Sí...

—¿Qué te curre? Estás pálido...

—Nada, tranquila.

Pero yo sé lo que le pasa, que está flipando tanto como yo de que haya salido de mi crisálida. De que le plante cara tanto a él como a mi tío Murray por quejarse de que el café ha tardado. ¡Y por todo! Todo está cambiando y no puedo sentirme más poderosa. Y él... él ha perdido el poco poder que todavía tenía sobre mí. Es la primera vez que siento que de verdad he superado lo de Dylan. Ya no me importa. Porque ahora tengo claro que no era para mí.

No sé lo que ha significado el asalto en la despensa de Drew.

No sé si forma parte del plan o ha sido algo esporádico *made in* Andrew. Solo sé que ha sido, sin duda, el mejor regalo que me han hecho en la vida.





14
Sobreviviendo a la navidad

Saboreo el café satisfecho conmigo mismo. Todo ha salido a pedir de boca. Nataly está pletórica. Y yo...

«Tú solo intentas justificar algo a lo que no has podido resistirte».

«Lo que importa es que ha salido bien», me digo a mí mismo.

«¿Qué hubiera pasado si no os hubieran interrumpido?».

«Que le habría dicho: feliz cumpleaños. Y punto. Se lo debía. Por obligarla a tocarme anoche en ropa interior».

«Eres un cabrón...».

«¡Solo quería ayudarla a superar su vergüenza!».

«Sigue diciéndote eso...».

«¡Que te jodan!», le grito a mi subconsciente.

Después del café, la familia se dispersa. Los más jóvenes empiezan a jugar a juegos de mesa. Los mayores se tumban a dar una cabezada en el sofá y algunos intermedios salen a fumar.

La mayoría de las mujeres se van a recoger la cocina. Madison y Dylan parecen discutir algo en voz baja, así que decido salir fuera con Ben y Brise. Me vendrá bien el aire fresco.

—¿Vas a quedarte hasta la boda? —me pregunta Ben interesado—. ¿O te irás a Londres y volverás el viernes para la despedida de soltero barra a?

—¿Habrá despedida?

—¡¿Es que tu novia no te informa de nada?! —se burla Brise.

—Te dije que lo recogió haciendo autostop —bromea Ben—. ¡Acaban de conocerse! Dylan dice que no sabía ni que era su cumpleaños. De ahí los vales cutres.

—Pregúntale a tu prima lo cutre que ha sido... —me encaro.

—¡Me debes veinte pavos! —grita Brise a Ben—. ¡Te dije que habían follado en la despensa y que Dylan los había pillado!

—Y ahora él, se ha vuelto a enamorar de ella —esclarece Ben—. Vaya drama... Si teníamos dudas de irnos esta semana, están resueltas. ¡Nos quedamos!

—¡Claro que nos quedamos! —sonríe Brise—. Si nos vamos, la familia no va a estar al corriente de la telenovela Madison-Nataly.

—Menudo peligro tenéis... —murmuro—. No tenéis tatuajes, pero fumáis. Cuánta hipocresía...

—¿Por qué?

—Llevar un tatuaje significa que te gusta el arte y que tu piel es tu lienzo; fumar significa que no tienes ningún respeto por tu cuerpo...

—Yo voy a hacerme uno —sentencia Brise atrevido—. Y voy a dejar de fumar desde este mismo momento.

—No hay huevos —le provoco. Si la bravuconada funciona, será un favor inmenso para él. Ya

hay suficientes cosas cancerígenas que no se pueden evitar.

—¿De verdad te lo vas a hacer? —Se espanta Ben—. ¿Dónde?

—En un lugar que no sea visible a simple vista. Solo las damas lo verán...

—Si de verdad son damas, saldrán corriendo al vértelo —ríe Ben.

—Como no te quites esas gilipolleces de la cabeza, vas a ser muy infeliz, chaval —digo tranquilamente.

—¿Por qué?

—No sé qué educación te han dado tus padres o si estás ciego, pero un hombre moderno ya no necesita tener el control total en la pareja y la familia. Sus parámetros mentales se han ampliado y ya no considera una afrenta que la mujer disfrute y tenga más aguante que él en la cama. Al revés, es tu responsabilidad que se deje llevar y lo viva al máximo. Si una mujer se reprime contigo, no es que sea una dama, es que tú no eres un hombre de verdad...

—¿Puedo hacerte la ola? —dice Brise admirativo—. ¡Cuéntanos tu secreto para volverlas locas! Pareces todo un experto.

—El secreto es ese. Hacer que se den cuenta de lo poco damas que son en realidad. Eso las pone cachondas.

«Fóllame ahora mismo», recuerdo las palabras de Nataly. ¿Realmente estaba dispuesta a llegar hasta el final conmigo en esa despensa?

La experiencia me dice que nunca sale nada bueno de meterla en dos hermanas a la vez. Solo hay que ver la cara de Dylan...

¿Y si Nataly empezara a sentir algo por mí y no me dejara detener la boda? Ella sufriría para siempre las consecuencias de esa unión por un cuelgue momentáneo. Porque yo no soy pasta de novio. Lo nuestro sería algo temporal. Soy incapaz de tener una relación seria con nadie.

¿Y si hubiera un modo de poder estar con ella ahora y a la vez estropear la boda? ¿Y si es Dylan quien la frena porque tiene dudas? Ben es un bocazas. Pero uno muy listo. Y no me quito de la cabeza lo que ha dicho de que Dylan se ha vuelto a enamorar de ella.

¿Podría ser...?

Su reacción ha sido desmedida desde el principio. En la tala de árboles noté algo entre ellos, algo mutuo, y al pillarnos ahora en la despensa, el miserable se ha quedado en *shock*.

«Fuiste un imbécil dejándola escapar», le he dicho. ¿Y si Dylan está tocando fondo?

De pronto, Nataly, Madison y Dylan salen de la casa, hablando de la boda.

—Quiero enseñaros cómo quedará lo de la carpa —dice Nataly sin acritud. ¡Es como si de pronto le pareciera bien el enlace! Y que Dylan y Madison sientan eso, hará que su estabilidad como pareja se tambalee mucho.

—¿A dónde vais? —pregunto interesado.

—A ver lo que falta por llegar esta semana. Madison está intranquila y no se fía de mí.

—Sí que me fío, pero quiero saber todo lo que has pensado. ¡Apenas nos has explicado nada este último mes! ¿Y si luego no me gusta?

—Nataly tiene buen gusto, Madi —salta Dylan en su defensa.

—Yo soy la prueba A —añado chulito—. Hasta luego, chicos —me despido de los primos y sigo a la feliz pareja y a su *wedding planner*.

—La ceremonia será allí —señala Nat—. Como veis, ya han colocado la pérgola de madera. El día de la boda habrá flores en las esquinas y una tela de organza blanca enrollada en el poste. De aquí saldrá la alfombra roja haciendo un camino entre las sillas que estarán colocadas a ambos lados.

—Suena bien —opina Dylan.

—He dejado espacio para que el fotógrafo se mueva libremente y te haga fotos desde todos los ángulos, Madison.

—Perfecto. ¿Qué más?

—Pasemos al espacio de los aperitivos, al otro lado de la carpa. Seguidme.

Verla con una carpeta en la mano, usando su tono profesional del trabajo, me recuerda a la Nataly de la oficina. Esa no flaquea ni pone cara de perro apaleado jamás. Allí es un témpano de hielo indestructible y tenaz. Y ahora mismo está exponiendo con orgullo su boda soñada, no la de su hermana. Lo noto. Quizá algún día encuentre a un tío que la merezca para llevarla a cabo...

—Aquí habrá mesas altas y alguna baja para que los mayores puedan sentarse. Estará decorado con árboles con luces que traerán esta semana y también algunas estufas de exterior de gas con forma piramidal. Los músicos se colocarán en ese rincón, junto a la mesa del *catering*.

—¿Cuándo probaremos el *catering*? —pregunta Madison interesada.

—Deberíais haberlo probado el mes pasado, cuando me dijiste que no podíais quedar y tuve que elegirlo yo. Pero el miércoles vendrán para una pequeña degustación por si queréis hacer algún pequeño cambio de última hora.

—Seguro que está bien —dice Dylan con cara de cordero degollado.

¿Qué le pasa? ¿Verla correrse le ha hecho sentirse culpable de lo poco hombre que fue con ella? Es como si acabara de descubrirla.

—¿Y mi vestido? —pregunta Madison.

—La prueba final de vestuario será el jueves.

—¡Y el viernes la despedida! —exclama Madison ilusionada.

—Exacto. El viernes llegarán todos los invitados: amigos, más familia, compañeros de trabajo... y se hospedarán en Manor House, el mejor hotel del pueblo.

—¿En este pueblo hay un hotel? —pregunto extrañado.

—De cinco estrellas con un restaurante de Estrella Michelín —sonríe Nataly con orgullo.

—¡¿Hablas en serio?!

—Ese sí hubiera sido un buen regalo —señala Madison maliciosa.

—Te aseguro que me ha gustado más el de la despensa —replica Nataly con picardía.

Mi ego da un salto mortal y Dylan se remueve inquieto. ¡Siente algo por ella! Y que Madison se dé cuenta de ello es la guinda del pastel.

—Te invito a cenar —digo intentando echar más leña al fuego—. El día 27, así te doy el regalo que llegará esa tarde durante la cena. Voy a llamar ahora mismo.

—¡Andrew, no...! —exclama Naty sorprendida—. ¡No tienes por qué hacerlo! ¡Es carísimo!

—Tú lo vales, pequeña.

Esa frase cae sobre Dylan como una bola de demolición. Darle lujos a su chica era su única arma, pero cualquiera puede hacerlo. El plan va viento en popa.

«¿El de detener la boda o el de acostarte con Nataly?», ignoro esa maldita voz y procedo con la reserva mientras los sigo hasta el interior de la carpa.

—Mesas redondas, sillas doradas, manteles de lino blanco y centros muy altos de flores para vernos las caras —escucho decir a Nat—. La pista de baile estará allí, y en ese escenario irá el grupo que contratasteis para la barra libre.

—Aquí dentro hace frío —se queja Madison cogiéndose los brazos.

—Habrá estufas. Se estará bien, no te preocupes.

—Eso espero, porque mi vestido de novia tiene muchas transparencias y no quiero irme con

mocos a mi luna de miel.

—¿A dónde vais? —pregunto interesado.

—A China —responde Dylan—. Ahora mismo es la primera potencia mundial y quiero conocerlo. Tiene que ser impresionante. ¡La gran muralla se ve desde el espacio!

—Eso es un mito, ¿no lo sabías? —digo con seguridad—. Las pirámides de Giza sí se ven, pero tan pequeñas que casi tienes que imaginártelas. La única estructura humana que se ve desde el espacio es el mar de plástico de El Ejido, en Almería. Lo más impresionante de China es su contaminación, preparaos para pasar la luna de miel tosiendo. Va a ser muy sexi...

—¡¿Qué está diciendo, Dylan?! —chilla Madison asqueada—. ¡Me prometiste que sería maravilloso!

—¡Vamos en primera clase y a los mejores hoteles, mi amor! No le hagas caso...

—¿Tú qué opinas, Nataly? —pregunto maligno.

—Bueno, China no es la luna de miel más romántica que hay...

—¿A dónde irías tú? —pregunta Madison con intención de cambiar el viaje a pocos días, sin importar lo que cueste.

—La cuestión es... a dónde te gustaría ir a ti, Madison —señalo.

—¡Me da igual! ¡Yo solo quiero divertirme!

—Pues espero que te guste subir escaleras, porque en la muralla china hay más de mil...

—¡¡DYLAN!!

—¡Hay un maldito teleférico para evitarlas!

—Uy, los teleféricos se caen mucho últimamente...

—¡Voy a llorar! —anuncia Madison pataleando—. ¡¿No podríamos haber ido a las Maldivas?!

—¡Tú sabes lo aburrido que es estar encerrado en una isla una semana entera sin nada que hacer! —exclama él.

—A mí se me ocurrirían muchas cosas que hacer contigo, Madi... —Le guiño un ojo.

—¡¿Puedes parar?! —me grita Dylan, desquiciado—. ¡Vamos a casarnos! ¡¿Es que no te basta con Nataly?!

—Fue a ti al que no le bastó. Yo solo estoy señalando tu falta de imaginación, Dy... Nadie se aburriría con una Evans en una isla. Solo míralas...

—Bueno, chicos —interviene Nataly—. Si tenéis alguna duda de la boda, me lo decís. Vámonos ya, Andrew.

Mi novia ficticia tira de mí con la sonrisa en la boca, y cuando ya estamos fuera de su alcance, niega con la cabeza, divertida.

—¡Lo de la luna de miel ha sido un golpe maestro! Es la manera perfecta de demostrarles que no están hechos el uno para el otro.

—Esto no es nada... A Madison le importan los detalles de la boda más de lo que pensaba ¡y vamos a sabotear todo lo que has dicho!

—¡¿Cómo vamos a hacerlo?!

—Las flores, en lugar de blancas, llegarán amarillas; la alfombra no será roja, sino verde, y puede que el músico se enferme en el último momento y haya que contratar a uno de urgencia...

—¡Andrew Norton...! —exclama ella alucinada.

—Y todavía no hemos hablado del *catering*...

—Eso no se puede cambiar.

—Pero se puede sabotear. ¿Sabes que venden hormigas vivas por amazon?

—¡No te creo! —se carcajea Nataly.

—Y cambiar las marcas de las agujas del vestido de novia para que ese día le quede grande...

—¡Eres el diablo en persona! —certifica divertida.

—Solo hago mi trabajo. —Me encojo de hombros.

—En realidad, tengo la esperanza de que la boda se cancele mucho antes de que ella pueda horrorizarse con todo eso... La ceremonia es al principio, y si se casan, ya dará igual que luego pierda los nervios con los detalles. Hay que impedir ese «sí quiero», Drew...

—Lo del vestido puede cabrearla antes del Sí.

—Espero que no llegue ni a ponérselo... —dice pensativa—. Lo ideal sería que la noche de la despedida Dylan os pillara juntos.

—¿Y si fuera ella la que os pillara besándoos a Dylan y a ti?

Nataly abre los ojos alarmada.

—¡¿QUÉ?!

—Si es al revés, Madison puede tirar de sus dotes de actriz, echarse a llorar y que Dylan la perdone, pero si os pillara ella...

—¡¿Cómo va a besarme Dylan a mí?!

—Creo que todavía siente algo por ti, Nataly...

—¡¿Cómo va a sentir algo por mí, teniendo a Madison al lado?!

—Desde que llegamos está muy alterado. Y creo que está fascinado por la nueva Nataly. Sigue así. Hazle pensar que conmigo estás bien, pero que le echas de menos.

—¡No puedo hacer eso! Irá corriendo a decírselo a Madison y cuando llegue a oídos de mi madre, me dirá: ¡Lo sabía! ¡Sigues colada por Dylan! ¡Supéralo ya!

—Pues no se lo confirmes, pero confúndele. Él ya lo está. Vernos en la despensa le ha perturbado mucho. Han aflorado viejos recuerdos, se le nota.

—Entonces, lo de la despensa... ¿Tú sabías que alguien nos pillaría? —pregunta con los ojos titilando, como si esperara una declaración de amor por mi parte.

«¡Frena esto de inmediato, imbécil!», oigo gritar a mi parte racional.

—Ese era el plan.... Y tenía que ser real para causar impacto. Lo siento si te ha parecido muy...

—¡No! Lo he disfrutado mucho. Por fin entiendo tu fama en la oficina...

Sonrío halagado y ella me corresponde.

—Y tenías razón. Lo necesitaba. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez y me ha ayudado a aclararme las ideas. Creo que estoy lista para volver al mercado...

¿Al mercado? ¿Se refiere a que va a dejar que otro gilipollas tipo Dylan se la meta sin saber ni lo que hace? ¡No! Ella puede aspirar a más. Se lo merece. Debo demostrarle cómo puede ser...

«¿Buscando una excusa para acostarte con ella?», oigo en mi mente.

El plan de la noche es ir a escuchar villancicos a la plaza del pueblo y a cenar en los puestos ambulantes, cosa que celebro como un niño bajo la divertida mirada de Nataly.

—Estaba deseando repetir... —digo justo antes de dar un mordisco al delicioso bocadillo. Pero su forma de mirarme la boca traslada la frase a otro ámbito. A nosotros. A la despensa. A que lo ha disfrutado y se ha quedado con ganas de más. Más de mí. «Fóllame ahora mismo».

Trago el bocado sin llegar a desenganchar nuestra mirada. Ahora es ella la que ataca su bocadillo, llamando la atención sobre su boca.

Mi polla da un brinco. Nos estamos alejando de la misión...

De pronto, mi móvil suena, y al ver que es mi hermano, lo cojo.

—¿Kyle?

—Feliz Navidad, *bro*. ¿Cómo va la conquista de la chica? ¿Ya te la has pinchado?

—No, aún no... —digo poniendo los ojos en blanco.

—Deja de hacer el gilipollas y lánzate. Ninguna mujer se te ha resistido nunca.

—¿Qué tal por ahí? ¿Y papá?

—Papá bien. Ni ha preguntado por ti, así que no te tortures. Tommy está deseando que nos vayamos mañana de su casa.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Pero reniega de nosotros. Dice que quiere meter a papá en un centro médico. Lo paga él. Yo creo que lo hace para no tener que vernos más a ninguno.

—Dile que ni hablar. Yo me ocuparé de él.

—Se lo he dicho, pero ha dicho que tú nunca estás cuando se te necesita y que no eres lo suficientemente responsable.

Esa frase me parte el corazón. Más que nada porque es cierta. O no dolería tanto.



15
¿Tu navidad o la mía?

Veo que Andrew cuelga el teléfono con mala cara y me acerco a él preocupada.

—¿Va todo bien?

—Sí... Era Kyle, mi hermano.

—¿Ocurre algo?

—No. Está en casa de mi otro hermano. Vuelve mañana.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

Se queda en blanco. Supongo que la respuesta no cabe en una sola frase.

—Oye... ¿te he causado algún problema al obligarte a venir aquí? —pregunto con aprensión. Es algo a lo que no dejo de darle vueltas.

—No, tranquila. Esto viene de lejos... De hecho, creo que me has salvado de reencontrarme con mi hermano mayor y tener una buena bronca con él. Quiere meter a mi padre en una residencia para que no le moleste una vez al año, cuando soy yo el que vive con él día a día. Es increíble...

—¿Vives con tu padre?

—Sí, desde hace poco...

—¿Es que está enfermo? —pregunto sintiéndome fatal.

—Tiene una depresión de caballo. Desde que murió mi madre el año pasado, no levanta cabeza.

—¡Oh, pobre! ¡No lo sabía! ¡Lo siento mucho!

—No tenías por qué saberlo. Yo tampoco sabía nada de tu vida.

—Si lo hubiera sabido, no te habría puesto en esta situación... —digo apurada.

—Y si yo hubiera sabido lo mal que estabas, te habría ayudado mucho antes y sin chantajes.

Nos mantenemos la mirada recordando lo que sé de él.

—¿Cómo descubriste quién era mi madre? —pregunta intrigado.

—Preparando el vídeo para el aniversario de la empresa. Busqué información en la hemeroteca y descubrí que hubo una pequeña trifulca con las patentes de unos pasteles. Esto está a la orden del día en el mundo empresarial, gente robándole sus ideas a otro y enriqueciéndose a su costa. Me quedé con el apellido de la familia que decía haber sido estafada y cuando te busqué en internet, descubrí que el apellido de tu madre era Bonneville. Es poco común. Busqué información sobre ella y bingo. Encontré que estaba relacionada con la disputa de MadLok por las patentes.

—Lo tuyo no es normal... ¿Por qué me buscaste en internet?

—Porque eras mi máximo rival al puesto. No llevabas ni seis meses trabajando allí y ya eras uno de los favoritos del jefe. Quería saber de dónde venías.

—¿Por qué no me delataste?

—Quería ganarte por mí misma, no con juego sucio.

—Eso te honra, Nataly...

—¿Qué planes tienes cuando seas jefe? ¿Planeas hundir la empresa?

—Admito que al principio entré con esa intención... Estaba furioso por la muerte de mi madre y quería vengarla. Su vida podía haber sido muy distinta si le hubieran pagado lo que le correspondía.

»Mis abuelos tenían una pastelería y el señor Madlok era su mejor cliente. Estaba enamorado de sus bollos y vio un buen negocio en ellos. Copió la receta y los lanzó al mercado. Mis abuelos no pudieron demostrar nada, pero intentaron hacer ruido, buscar abogados y amenazarle. Al final casi se arruinan. Mi hermano mayor creció escuchando decir a mis padres cómo podía haber sido su vida y se esforzó por conseguir una mejor. Mi hermano pequeño y yo no estábamos tan obsesionados con destacar como él, éramos felices con lo poco que teníamos y no queríamos vivir amargados por lo que pudo ser y no fue. Pero entonces mi madre murió de un infarto fulminante el día de nochevieja y yo ni siquiera estaba en el continente... Tommy tuvo que encargarse de todo y no le gustó tener que volver a sus orígenes en plenas fiestas. No me ha perdonado desde entonces. Y yo tampoco... Por eso me quedé con mi padre.

—Lo siento mucho —repito conmocionada—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No, tranquila, estoy bien —intenta fingir una sonrisa—. Mi hermano siempre ha pensado que soy un irresponsable y quería conseguir ese puesto de director para demostrarle que se equivoca. Quizá cuando sea un ejecutivo y me compre un poni, me respete más...

—¿Un poni?

—Déjalo... —Sonríe, esta vez de verdad—. Y para conseguirlo necesitaba que dejaras de ser mi competencia, porque si Ric es listo, te habría elegido a ti. Yo lo haría si fuera él... Eres la mejor opción.

Nos mantenemos la mirada de nuevo y apenas puedo retener las inmensas ganas de abrazarlo.

—Gracias por decir eso...

—Es la pura verdad.

—¡Nataly, felicidades por partida doble! —exclama una vecina con la que nos encontramos.

Ir por la calle del pueblo el día de tu cumpleaños supone que mucha gente se pare a saludarte.

No tengo más posibilidades de hablar con Andrew de su familia, pero algo me dice que no quiere seguir haciéndolo. Si le digo que me siento culpable, me dirá que solo por el bocadillo ya ha merecido la pena venir aquí. Nada que ver con besarme o procurarme un orgasmo...

Todavía no asimilo que mi vida sexual forme parte de una venganza contra Madison. No se me da bien separar un beso romántico del de una misión, pero tendré que hacerme a la idea de que Drew solo está representando un papel para conseguir su puesto de director y que el resto no significa nada. Es mejor así...

Una hora después, los mayores se van a casa y los jóvenes terminamos en el *pub* otra vez.

No sé cómo explicarlo, pero me siento liberada. He superado la Navidad sin arrancarle la cabellera a mi hermana y no puedo olvidar todo lo que me ha dicho Drew en esa despensa. Sería por la misión, pero lo que ha dicho y cómo lo ha dicho, parecía muy real.

—¿Vas a contarme lo que le pasa a Dylan? —pregunta Arizona trayendo las bebidas—. Está muy rarito...

—Que nos ha pillado en la despensa en pleno orgasmo.

—¡¡¿CÓMO?!! ¡Cuéntame eso! —exclama poniéndose morada.

—No alucines. Todo formaba parte del plan...

—¡Venga ya! ¡¿Cómo sabía él que iba a aparecer alguien?!

—No sé, pero lo sabía.

—¡¿Y si hubiera sido tu madre?! —dice abriendo mucho los ojos.

No había pensado en eso. La palabra «desheredada» pasa por mi mente y me hace dudar de si habría merecido la pena. ¡Estoy fatal!

—¡¿Pero os habéis acostado?! ¡¿Te tenía empotrada contra la pared?! ¡Dame detalles o te mato!

—No ha habido sexo. —Arizona baja las cejas—. Pero creo que llegué a suplicárselo... —susurro cerrando los ojos.

—¡¿QUÉ?!

—Estaba poseída... —declaro en mi defensa—. Me estaba diciendo un montón de guarradas..., diciéndome todo lo que quería hacerme, y fue como si lo necesitara. Pero él solo se rio y comentó que era muy mala influencia para mí.

—Pues te digo una cosa, o este tío es un actor muy bueno o yo diría que se muere por ti —sonríe tunanta.

—Es lo que quiere que piense Madison. Quiere darle envidia para que ansíe robármelo, pero no sé yo...

—Pues a Dylan se la habéis dado. Está hecho mierda...

Nos giramos hacia él y lo veo solo y pensativo en la barra. Madison está hablando con Andrew, sacando pecho y tonteando a *full*, en su línea, vamos. Pero a Dylan no parece importarle mucho ahora mismo.

—Ahora vengo...

Voy hacia él y tomo asiento en un taburete a su lado.

—¿Estás bien?

—No sé... Creo que algo no me ha sentado bien.

—¿Qué has cenado?

—Nada... Ha sido la comida de Navidad. No debería haber tomado café. Ni debería haber ido a la despensa...

Trago saliva.

—Verte con él ha sido... Creo que te debo una disculpa desde hace muchísimo tiempo, Nat. Cuando me pillaste con Madison solo tuve en cuenta mi punto de vista. Mi brújula moral solo veía que estaba enamorado. No sabía que una traición pudiera doler tanto... Hoy me siento traicionado por ti.

—¿Perdona? —alucino—. Tú y yo no estamos en una relación. Yo no he traicionado tu confianza...

—No, pero has traicionado la imagen que tenía de ti. Antes me he enfadado, no porque me parezca mal que te hayas convertido en una chica apasionada, sino porque conmigo no lo eras. Yo dejé a una Nataly y ahora eres otra. Eso hace que me replantee si hice bien en dejarte...

Abro los ojos como platos. ¡¿Está diciendo que le pone la Nataly disoluta?!

—Era lo único que te fallaba para ser la mujer perfecta, Nataly, y yo no quería vivir mi vida sin pasión en el dormitorio. Lo siento mucho.

—¡¿Por qué no hablaste conmigo de esto?!

—Creía que te ofenderías si sacaba el tema.

—¡Era así porque mis padres estaban abrumados por la carga sexual de Madison y yo me volví una mojigata para contentarles!

—Solo puedo decirte que lo siento, Nataly... Ahora ya es tarde para los dos.

—¡Pero tú quieres a Madison...! —susurro perturbada—. Aunque yo fuera tan sexualmente activa como ella, ¡no hay comparación entre las dos!

—Es verdad, no la hay. En lo demás, tú ganas por goleada.

Estoy a punto de caerme del asiento cuando aparece Madison.

—¿Estás consolando a Dylan? Está un poco tristón por lo de China, pero seguro que nos lo pasamos genial, cariño. ¡He visto que hay un centro comercial de lujo en Wuhan que quiero visitar! Están todas las grandes marcas.

—Yo quiero visitar La Torre de la Grulla Amarilla —comenta Dylan amargado.

—Sí, si queda tiempo, iremos allí.

—Vale...

—Bueno, os dejo, tortolitos —digo con retintín. Y me marcho sin dar crédito a esa conversación.

—Naty sigue celosa —oigo comentar a Madison a mis espaldas.

—¿Tú crees? —pregunta Dylan esperanzado.

¡Esto es de locos!

Vuelvo con Arizona y me bebo el chupito que está esperándome de un trago.

—¿Qué te pasa? ¿Qué hacías hablando con el enemigo?

—Dylan acaba de decirme una burrada tras otra... ¡Necesito otro chupito!

—¿Sobre qué?

—Creo que Andrew tiene razón. ¡¿Por qué siempre la tiene?!

—¿En qué? ¡Respóndeme a algo o me pondré violenta!

—Dice que Dylan podría anular la boda porque todavía siente algo por mí. Me ha dicho que le siga la corriente...

—No me jodas... ¡A Dylan ni agua, ¿eh?! No puedo tenerle más asco...

—Prácticamente me ha dicho que fue un error dejarme... —balbuceo con la mirada perdida.

—Lo mejor que te ha pasado en la vida —sentencia Arizona—. Se merece que le paguen con la misma moneda, así que tírate a Andrew por ti y por todas las mujeres engañadas.

—No puedo hacer eso... —digo pensativa.

—¡Por supuesto que puedes! Nadie duerme con un tío así sin cepillárselo, ¡es antinatural!

—¡Pero es Drew! Luego tendré que verle a diario en el trabajo y me sentiré asqueada cuando lo vea con su siguiente conquista. No quiero ser una más que se pasa por la piedra...

—¡A la mierda! ¡Te mereces esa piedra! Bebe más. Lo necesitas.

—Pero...

—Bebe y tus prejuicios y objeciones se derretirán. ¡Vamos!

—¿Por qué tienes tanto interés en que me lo tire? —Me mofo.

—Porque quiero que Dylan sufra. Y tú te mereces más orgasmos. El universo te debe un montón de ellos y ha enviado a Andrew para compensarte. ¡Aprovecha, chica!

—¡Camarero, un vodka con naranja! —grito feliz.

Hacía mucho que no me bebía uno, tanto, que había olvidado por qué dejé de tomármelos...

Me transformaban en algo parecido a Madison.



16
Elf

—¿Dónde está la maldita llave? —mascullo cargando con Nataly.

—En el fondo del mar... —contesta ella beoda.

Pesa poco, pero está muy borracha y es un peso muerto.

Nunca hubiera imaginado que pudiera ponerse así. Ha bailado, reído y bebido como si mañana se acabara el mundo. ¿Por qué?

La he traído a casa porque ya empezaba a ponerse retozona y a meterme mano a lo bestia, y cuando me apartaba de ella, soltaba frases sin sentido que podían destapar la misión.

No sé cómo consigo abrir la puerta, pero cuando lo hago grita:

—¡Al fin!

—Shhh.... Baja la voz. Hay mucha gente durmiendo.

Aunque la mayoría se han quedado en el bar, igual de perjudicados. Madison y Dylan se han recogido antes, eso sí. Él estaba depre y ella se ha marchado contenta después de lanzarle un par de cumplidos sobre sus tetas. Hoy llevaba un escotazo imposible de obviar.

Cada vez estoy más convencido de que solo es una chica que necesita enfermizamente ser el centro de atención de todo el mundo.

Miro hacia las escaleras y veo a Nat incapaz de subirlas sin que caiga rodando y se rompa la crisma. Además, tardaríamos años.

—Súbete a mi espalda. —Me agacho un poco.

—¡Sí! ¡Qué divertidooo!

La ayudo como puedo, agarrando sus brazos por delante de mi cuello y colocándole una mano en el culo. No es como lo había imaginado, pero esto es una emergencia.

—Qué bien hueles, Andrew... —farfulla pegada a mi cogote—. ¿Cómo puedes oler tan bien? No lo entiendo... ¿Sabes igual?

De pronto, me clava los dientes en el trapecio y aguanto el dolor como puedo. ¡¿Está chiflada?!

—¡No me muerdas! —la riño bajito.

—Lo siento... es que... estás tan bueno que tenía que comprobarlo.

Pongo los ojos en blanco y se me escapa una sonrisa. Es única.

Cuando por fin llegamos a la habitación, me siento en la cama con suavidad y la dejo caer hacia atrás.

Se queda tal cual, como un muñeco de trapo, y la giro para apoyarle la cabeza en la almohada. Parece casi inconsciente.

Me voy al baño para lavarme las manos y los dientes, pensando que cuando vuelva seguirá dormida y podré ponerme el pijama en paz, pero lo que me encuentro me deja con la boca abierta...

¡Está desnuda!

Bueno... Se ha quitado la ropa y lleva unas bragas negras, pero sus pechos están al descubierto. Por favor, que alguien me ate...

¡¿Dónde cojones está su pijama de elfo?!

Lo busco desesperado y encuentro el mío. Me quito la camiseta que llevo y los pantalones y cuando me estoy poniendo la camiseta gris de dormir, veo que se estruja los pechos con gusto y gime.

Me quedo paralizado y trago saliva con dificultad.

—Drew... —gimotea abriendo los ojos.

—¿Sí...?

—Te necesito —dice simplemente.

—¿Para qué? —pregunto con la esperanza de que se refiera a traerle un vaso de agua, pero su forma de frotar sus piernas entre sí, me hace pensar que quiere otra cosa.

—Me apetece ser mala contigo esta noche...

Esas palabras me dejan roto. La mitad de mí podría caerse al suelo ahora mismo. ¡Mi mayor fantasía hecha realidad!, que una tía me suplique que me la folle para paliar un extraño calentón.

Me mira con deseo, sin dejar de tocarse los pechos, y no pierdo detalle de cómo se muerde el labio inferior.

No sé qué me pasa, pero no puedo dejar de mirarla. Es una versión de ella que nunca había visto. Una libre y atrevida. Maldito alcohol que es capaz de arrancarle los miedos y las dudas de cuajo a cualquiera.

Tenerla en una cama, desnuda y dispuesta, y no poder disfrutar de ella es algo que lamentaré el resto de mi vida. Un puto suplicio.

Cuando desliza la mano lentamente por su vientre y la sumerge en sus braguitas, me quedo sin aliento. Su piel, suave como el satén, me chiva que ya está resbaladiza y caliente. No sé qué me gusta más, si su mirada deseosa o sus seductores labios que no dejan de llamarme.

—Drew... por favor...

Nunca había deseado tanto a nadie como la deseo a ella ahora mismo. Y me siento el tío más afortunado del mundo por su reclamo, pero no puedo ceder a sus deseos estando en ese estado.

—Nataly... estás borracha —digo con suavidad acercándome a ella. Intento no fijarme en sus pechos moviéndose cada vez que respira.

—Eso no cambia nada...

—No quiero que te arrepientas por la mañana.

—¡No lo haré! No soy tan buena como crees. Tengo pensamientos impuros...

—¿Qué pensamientos? —pregunto kamikaze. No es culpa mía. Me va la marcha y no he estado más duro en mi vida.

—Quiero que me folles...

Aprieto los puños. Oír ese verbo en los labios de Nataly es jodidamente inquietante. Lo arrastra de un modo tan sensual... Creo que nunca he estado tan excitado.

—No me pidas eso —digo con la voz ronca.

Su respuesta es quitarse las bragas.

Mi polla amenaza con estallar. Y por un momento pienso que, si no lo hago, enloqueceré.

—Estamos solos en esta habitación, Drew... Estoy desnuda y sé que me deseas. Así que hazlo... Es mi cumpleaños y tengo un vale.

Me reiría si un millón de sensaciones contradictorias no estuvieran bombardeando mi sistema emocional.

Su mirada acusadora va hacia mis calzoncillos y ni me molesto en disimular mi erección. De hecho, se me está gangrenando. Tendré suerte si sigo vivo por la mañana.

—Hazme sentir mejor, Drew... Tú sabes cómo hacerlo.

De pronto, se me enciende una luz. Claro que sé cómo hacerlo. Ya lo he hecho antes. Lo único que tengo que hacer es no cruzar cierta línea, pero puedo calmar su fiebre sexual con mis manos y con mi boca, aunque yo termine al borde de la locura.

Mi cuerpo se mueve y me hago hueco para sentarme en la cama.

—Abre las piernas... —le ordeno.

Que obedezca sin dudar me la pone tan dura que gimo de dolor. Esto es lo más erótico que he hecho en mi vida. Y he hecho muchas cosas. Lo único que quiero es darle la vuelta y montarla como un puto salvaje, pero acaricio su tripa y su monte de Venus y su cuerpo responde con un estremecimiento precioso.

«Feliz Navidad para mí», babeo. No sé ni por dónde empezar.

Su sexo espera brillante y deseoso y no tardo en posar mis labios sobre él, haciéndola gritar y agarrarse a las sábanas con fuerza. Le introduzco la lengua como si la estuviera besando en la boca y la oigo jadear. El sabor de Nataly es brutalmente adictivo, dulce como la miel y muy femenino, como toda ella. Un regalo suculento para el paladar.

Sus gemidos me dicen todo lo que necesito saber. Es como si hablásemos el mismo idioma, sé lo que siente, y en un par de minutos, la tengo donde quiero.

—Quiero que te mojes para mí —digo introduciendo mis dedos hasta el fondo—. Quiero que lo mojes todo, pequeña...

Ella se retuerce de gusto y comienzo a darle toquecitos estratégicos en su clítoris con la lengua. Veinte segundos después, saco los dedos de golpe y soy testigo de lo más hermoso que he visto en mi vida. Nataly se arquea sorprendida por la fuerza en que le llega el orgasmo y se rompe en mil pedazos, poniéndolo todo perdido. Grita con tanta fuerza que tengo que taparle la boca por miedo a que despierte a todo el mundo, lo que todavía la pone más cachonda. Que se agarre a mis antebrazos, clavándome las uñas, hace que por poco me corra yo.

Permanece con los ojos fuertemente cerrados, las mejillas sonrojadas y la respiración desigual y no pongo resistencia cuando tira de mí y me besa con una violencia inesperada.

Su forma de atraparme con las piernas, me doblega y no puedo resistirme al placer de rozar mi dureza contra su vientre. Termino encerrándola en mi inmenso cuerpo para sentir sus pezones erectos clavados en mis pectorales. Estoy a un paso de perder el control.

—Quiero que te corras en mis tetas... —musita con sus ojos velados por el placer.

Mi cerebro se desconecta y no consigo razonar. Solo puedo rozarme contra ella y besarla como si me fuera la vida en ello. Siento que voy a correrme en mi maldita ropa interior.

De repente, noto que trata de bajarme los calzoncillos, y sé que si dejo que lo haga, me hundiré en ella sin remisión. ¿Dónde ha quedado mi cordura?

«Tommy dice que no eres lo suficientemente responsable», me viene a la mente.

Justo cuando Nataly consigue arrastrar mis calzoncillos hacia abajo, me separo de ella de un salto y vuelvo a colocármelos.

—No puedo hacer esto...

Me voy de la habitación, solo en ropa interior, y termino en el baño, apoyado en el lavabo mojándome la nuca y la cara.

He perdido el jodido control y no puedo permitírmelo. Primero por ella, porque la conozco un poco, y sé que mañana se arrepentirá de esto. Y segundo por mí. Aún no se la he metido y no

recuerdo haberme sentido así con nadie. ¿Dónde me estoy no-metiendo?

Siento una opresión horrible en el pecho. Me pasa algo grave.

Me toco porque estoy dolorido, pero no me merezco correrme. Soy un maldito imbécil. ¿A qué estoy jugando? Debería salir a la calle y hundirla en la nieve virgen del jardín. Porque desde luego, no puedo volver a esa habitación.

Salgo a hurtadillas del baño y bajo al salón a beber a morro un lingotazo de whisky caro al que le eché el ojo el primer día. Eso podría calmarme. Pero cuando voy camino de Belén, me topo con... Madison.

—Bonito pijama... —dice lobuna. Su mirada me chiva que me estaba esperando. Esta tía empieza a darme miedo.

—He bajado a por agua fresca... —miento.

—Ya, ya he oído gritar a Nataly. Eres todo un *fucker*.... y parece que todavía tienes cuerda para más —Señala mi calzoncillo.

—Ya sabes que esto no baja al momento...

—Yo podría ayudarte a que descansara en paz de una vez —sonríe traviesa.

—Deberías dejar de empezar cosas que no puedes terminar...

—Claro que puedo terminarlas. Ahora mismo, sí. Te espero en la despensa con mi precioso culo en pompa... Ni siquiera tenemos que hablar. Solo tienes que venir y meterte dentro de mí como has deseado desde el primer día.

Se va hacia la cocina y me deja solo con mi corazón martilleándome en el pecho.

No me muevo. ¿Por qué coño no me muevo?

No sé qué debo hacer. Pero sé lo que querría que hiciera Nataly.

Tomo una decisión. Que Dios nos pille confesados a todos...





17
¡Vaya Santa Claus!

Me despierto y veo que estoy sola en la cama.

Y no me sorprende... Anoche iba muy perjudicada, pero me acuerdo de todo. Es decir, de lo estúpida que fui.

¡¿A quién se le ocurre volverse NINFÓMANA?!

—Mierda... —farfullo contra la almohada.

Drew se fue corriendo de la habitación tras mi intento de violación. ¡Soy un desastre!

Seguramente querrá marcharse hoy con el resto de mi familia y no puedo culparle. Pensará que soy la loca de *Atracción Fatal*.

Me meto en la ducha y me tomo mi tiempo para limpiar todo el pecado de mi cuerpo. Me seco el pelo con calma y me visto como si fuera una monja virginal. Chándal blanco y esponjoso de muñecos de nieve. También lo había en talla tres años.

Puedo fingir que no me acuerdo de nada y achacarlo todo a mi borrachera. Andrew no es consciente de mis superpoderes para evitar lagunas.

¿A dónde habrá ido tan temprano?

Piso la planta baja con cuidado de no hacer ruido, pero es imposible luchar contra el karma, y en ese mismo momento, la puerta principal se abre y aparece Andrew, sudado con ropa de deporte.

La imagen provoca en mi sistema lo mismo que echarle un cubo de sangre por encima a un tiburón.

Me mira serio. Hoy no hay sonrisas para mí.

—Buenos días...

—Hola —respondo cohibida. Porque para mí no lo son.

—He salido a correr un poco. Con tantas comilonas, ya lo necesitaba.

—Yo he vomitado en el baño. También es efectivo...

—¿Cómo estás? —pregunta con cautela—. Te pillaste una buena anoche...

—Sí... Sigo mareada. No me acuerdo de nada, la verdad...

Al decirlo, la mentira rebota entre nosotros. Nunca he sabido mentir, y Andrew es uno de esos detectores humanos que las cazan al vuelo.

—Voy a... ducharme —comunica.

—Vale.

«¿Y a hacer la maleta?», podía haber añadido.

—Yo voy a... esperar a los transportistas de los árboles.

—Bien.

Se va de mi vista y huyo a la cocina. Ha sido muy violento. Casi sería mejor que se marchara.

—¡Nataly! ¡Por fin apareces! —dice mi madre—. ¿Qué menú habías pensado para hoy?

Que me pregunte es nuevo. Suelen coger lo que quieren sin tener en cuenta si pensaba usarlo para algo más tarde.

—Es que apenas hay comida —añade preocupada.

—Podemos salir a comer fuera —sugiere mi tía Mildred.

—Dijimos de hacer una barbacoa, ¿recuerdas, mamá?

—¡Ah, sí! ¡La barbacoa! ¿Y dónde está toda la carne?

—En la nevera de la despensa.

La escondí allí para que nadie la tocara.

—Y haré patatas fritas para todos. Hay panecillos de sobra para hacer hamburguesas.

—¡Perfecto!

—¿Te ayudamos a pelar patatas? —dice de pronto mi tía Salma.

Mi cara es un cuadro. ¿Me están ofreciendo ayuda? Esta no es mi familia... ¡Los extraterrestres han invadido el pueblo y sus cuerpos han sido poseídos!

—Es por si Andrew viene a distraerte y se te olvida —dice con picardía. No parece estar echándomelo en cara. Al contrario.

—Bien pensado, tía Salma, id pelando patatas y poniéndolas en un cuenco con agua, por favor. Yo sacaré la carne.

—¡Martin! —llama mi madre a mi padre.

—¿Sí, querida?

—En una hora comenzad a preparar el carbón para la barbacoa. Supongo que la gente querrá irse pronto después de comer.

—De acuerdo.

Cuarenta minutos después, oigo una ovación ahogada por parte de las féminas de la estancia y me giro. Drew está en el edificio... con una camisa blanca, vaqueros oscuros y su mirada aguamarina. ¿Por qué me hace esto?

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta con cautela.

—¡Sí! —salta Arizona—. ¿Podrías darte la vuelta para que te veamos por detrás?

Su sonrisa traviesa no se hace esperar y las fulmina a todas.

OUT!

—Hablo en serio...

—¡Yo también! Si quieres hacerle un favor a la humanidad, reprodúcete, por favor...

Drew me mira de forma penetrante, PENE-trante, y bajo la vista ruborizada.

¿Le dije «córrete en mis tetas»? Sí, se lo dije. «Bien, Nataly...».

—¿Dónde están los hombres? —pregunta por fin.

—Preparando la barbacoa —respondo sin mirarle—. Pero así vestido es mejor que no te acerques a ella.

—Puedo cambiarme.

—¡¡NO!! —gritan todas al unísono. Y luego se ríen.

—¿Quieres desayunar algo? ¿Un café? —ofrezco cohibida.

—Ya me he tomado uno antes..., gracias. He madrugado.

Me muerdo los labios. No ha podido dormir por mi culpa. Captado.

—¿Vas a volver a la ciudad, Andrew? —le pregunta mi madre y mantengo la respiración esperando la respuesta sin atreverme a mirarle.

—Pensaba quedarme... Pero solo si tu hija quiere.

Una docena de ojos se centran en mí y levanto la vista con lentitud.

—Sí, claro, por mí sí...

—Vale... ¿Puedo ayudar a poner la mesa para comer?

—¡Es verdad! —chilla mi madre—. ¿Comeremos en el jardín, Nataly?

—Sí, en el porche acristalado. Compré unos manteles de papel y platos de plástico. Están en ese armario.

—¡Menos mal que has pensado en todo! —exclama mi tía Mildred.

Las miro flipada. ¡Es como si de pronto fueran conscientes de algo que llevo años haciendo! No descongelar el pavo es lo mejor que he hecho en mi vida. Sus cerebros han vuelto a reiniciarse y han dejado de dar por hecho las cosas. Moraleja: si nunca fallas, nadie lo aprecia.

Andrew desaparece con lo necesario para montar la mesa y les ordena a mis dos primas adolescentes que le ayuden. Ellas lo acompañan encantadas entre risitas.

—¡Cásate con él, Nataly! —chilla mi tía Salma emocionada—. Es un hombre increíble...

«Si tú lo dices, yo todavía no le he visto el pito».

—¿Qué os ocurre hoy? —pregunta mi madre cotilla—. ¿Por qué ha dicho que si tú quieres, se quedaría? ¿Habéis discutido?

«Gracias, mamá, por esa última coletilla, tú misma me has dado la salida fácil».

—Sí, anoche discutimos. Me he despertado sola en la cama, se había ido a correr. —¡Cómo mola mentir con la verdad!

—¿Por qué discutisteis? —Quiere saber mi tía Mildred.

¡Vaya tres chismosas están hechas mis tías y mi madre!

—Porque está celoso de Dylan... —salta Arizona de repente.

La miro con los ojos muy abiertos deseándole una muerte lenta. ¿Cómo se le ocurre decir eso?

—¿Dylan? —pregunta mi madre extrañada.

—Andrew está convencido de que él todavía siente algo por ella —continúa su cruzada mi prima—. ¿No lo notáis como muy alterado estos días?

—Ahora que lo dices, sí —dice mi tía Mildred pensativa.

—Es porque está celoso de Andrew.

—¡Pero si Dylan solo tiene ojos para Madison! —exclama mi madre.

—Ya, pero desde que Andrew apareció, Madi solo tiene ojos para él. Es más su tipo, ¿no creéis? Y puede que Dylan se esté replanteando cosas...

—¡¿Qué dices?! —Mi madre se pone una mano en el pecho.

—¡Arizona, no! —intento poner orden—. No te preocupes, mamá. Todo está bien. Anoche todos bebimos mucho y Drew vio cosas donde no las había. Pero ya está todo aclarado.

—Entonces, ¿la boda sigue adelante? —pregunta temerosa.

—Sí.

—De momento, sí —rectifica Arizona. La miro mal y ella me sonríe. No puedo evitar quererla aunque me meta en líos. Es como la hermana rebelde que nunca tuve.

—No digáis nada o lo empeoraréis —me esfuerzo en subrayar—. Os prometo que todo está bien.

¡A ver si ahora va a ser culpa mía que la boda se cancele!

—Lo que está claro es que Andrew está loco por ti —dice mi tía Salma embelesada—. ¡Se ha puesto guapísimo para reconquistarte! ¡Me encantan esas cosas! ¡Los polvos de reconciliación son los mejores! ¡Y se queda!

Me sujeto la cabeza con la mano. ¡Si supiera que todo esto es porque no hubo polvo!

Tengo que hablar con él cuando pueda... Decirle que fue un error. Que fue el alcohol. Y que al

quitarle el tapón a mi libido, cayó a chorro todo el acumulado cuando más borracha iba. Seguro que lo entiende... ¡Él y yo no pintamos nada juntos! ¡Y somos amigos!, digo, ¡compañeros de equipo! No podemos echar un polvo y si te he visto, no me acuerdo. Debemos tener responsabilidad afectiva.

—¿Nataly...?

—¿Mmmh? —contesto volviendo a la tierra.

—Acaban de llegar los de los árboles.

—¡Ah! ¡Voy!

Me quito el delantal y salgo fuera para recibirlos. Apenas puedo concentrarme en lo que me dicen, con Drew echándome miraditas mientras pone la mesa. Está rompedor con camisa blanca y haciendo que el sol refulja en sus ojos.

—Sí, vale, ponedlos en esa zona, por favor. Os indico.

Diez minutos después, Andrew se acerca a nosotros.

—¿Cómo va todo?

—Bien. En cuanto los coloquen todos ya estará...

—Vale...

No sé cuánto tiempo más soportaré estas conversaciones tan tensas. ¡No es propio de nosotros!

—Deberíamos hablar...

—Tenemos que hablar...

Lo decimos prácticamente a la vez y en el mismo tono. El resultado final es sonreírnos con cautela.

—Estamos de acuerdo. Espérame en la mesa que acabas de montar y voy en cuanto termine, ¿vale?

—Vale...

Lo echo porque necesito pensar en lo que voy a decirle a solas. ¿Qué querrá decirme él a mí? De pronto, me come el miedo y la intriga. No estoy lista para escuchar ciertas cosas...

Llega el momento y camino hacia donde me espera sin prisa.

—Oye, lo de anoche... —empiezo yo.

—¿Te acuerdas de algo?

—Sí... más o menos. ¡Pero fue todo culpa del alcohol! ¡De verdad! No estaba en mi sano juicio. El vodka me vuelve una ninfómana...

Él sonríe comprensivo.

—Por eso no quise hacerlo. Sabía que no eras tú misma...

—Siento haberte presionado tanto... Estoy muy avergonzada.

—Me resistí de milagro —admite cortado—. Yo también había bebido, y estabas muy desnuda y muy dispuesta...

—No me lo recuerdes... —Me tapo la cara.

—Pero sabía que te arrepentirías y que hoy te odiarías por ello. No es tu estilo...

Me gustaría decirle que no sé cuál es mi estilo. Que he vivido reprimida por las pautas de mis padres y que hace años que me olvidé de mí misma. Pero ahora sé que jamás podría arrepentirme de tener una noche de pasión con él. Su reputación de buen amante le precede, mis sábanas son testigo. No sabía lo que era la lascivia hasta que él me tocó. No obstante...

—Tienes razón. ¡Liarnos no tendría ningún sentido! Trabajamos juntos y tenemos una misión entre manos. Sigo necesitando detener esta boda...

—Respecto a eso... —dice titubeante—. Es de lo que te quería hablar. Anoche bajé a la cocina a

por algo de beber y me encontré con Madison...

La información se me atraganta y me impide respirar.

La culpabilidad que refleja su cara se me hace bola y la sangre huye de mi cara. Tardo en reaccionar.

—¿Y qué pasó?

—Fue muy directa... Dijo que me esperaba en la despensa con el culo en pompa y que quería sentir mi polla dentro de ella.

—¡YO LA MATO! —estallo colérica.

De pronto, me veo constreñida por los potentes brazos de Andrew, con la boca tapada y sentada en su regazo con su boca pegada a mi oreja.

—Respira hondo. Quieta... Esto es lo que queríamos, Nataly...

—¡MHNRGSD! —emito dando bandazos. La sola idea de imaginarlos juntos me desquicia. Se acabó. Pensaba que era lo que quería, pero no. ¡Si yo no puedo tenerle, ella tampoco, joder!

—No pasó nada... —musita suavemente en mi oído.

Permanezco quieta, rebotando con la respiración acelerada.

Cierro los ojos y un alivio inmenso recorre mi cuerpo. No es lo que debería estar sintiendo, pero no puedo controlarlo. Si se la llega a follar después de rechazarme a mí, me hubiese muerto. Caput. Sepultada. ¡Joder, qué mierda de vida!

—Voy a soltarte... No grites, por favor.

Lo hace y consigo controlarme, pero tengo muchas preguntas.

Me giro hacia él confusa.

—¿La dejaste tirada en la despensa?

—No. Fui allí y hablé con ella.

El dolor vuelve. ¡No se puede solo hablar con Madison! ¿Me está diciendo la verdad? ¡¿Quién puede solo hablar con Madison?!

—¿Qué le dijiste?

—Lo necesario para que no se enfadara y ser un reto todavía mayor para ella. Tenía que dejarla con las ganas...

El estómago se me contrae de angustia.

—¿La besaste? —pregunto a punto de echarme a llorar.

Mi sentimientos me traicionan. Me parece increíble que se hayan sublevado así. Ahora sé que no podría soportarlo.

—No. Pero le dije cosas... Cosas para subirle la moral.

—Dios mío... —Me sostengo la cabeza. Sé cómo se las gasta Drew cuando se pone a decir guarrerías...

—Le dije que estaba enamorado de ti —dice de pronto—. Y que no podía hacerte eso. Pero que ella era una tentación enorme para mí.

Lo miro sin saber qué pensar. ¿Lo que dice en la despensa es todo mentira? Porque no quiero que lo sea. Pero si una cosa lo es, lo otro también.

—Dime la verdad... ¿Te gusta Madison? ¿Querías hacerlo?

—No. La aborrezco. He estado con chicas así y no me impresionan.

—Pero estabas... muy excitado cuando te fuiste de la habitación.

—No soy un animal. Sé controlarme.

—Eso es indiscutible... —murmuro pensando en cómo me rechazó a mí.

—El plan sigue en marcha. Habrá otra oportunidad... —me dice convencido—. Caí tarde en que

lo que tenía que haber hecho era avisar a Dylan y decirle que su prometida me había citado en la despensa para follar. Él la hubiera sorprendido allí y habría cancelado la boda.

—¡Andrew...! —Abro mucho los ojos por perder la ocasión.

—Por eso me quedo —dice culpable—. Sé que habrá otra oportunidad, la dejé muy caliente.

—¿Qué le dijiste exactamente? Quiero saberlo...

—Le conté todo lo que le haría si cayera en la tentación... Y también dejé que me tocara...

—¡¿Te tocó?! ¿Dónde?

—Puso la mano en mi erección. Me encontró ya así. No se me bajaba... por ti.

Me muerdo los labios. No sé si partirle la cara o besarle.

—¿Seguro que no pasó nada más?

—No. Intentó convencerme, pero me aparté rápido de ella. Le dije que no te lo merecías. Y ella replicó con saña que tú seguías enamorada de Dylan. Eso me vino de perlas porque pude fingir que dudaba y que me afectaba esa información. Y que quizá, podría cambiar de opinión respecto a follar con ella más adelante. Soy un actor de la hostia. ¡Podía haberme hecho rico, joder...!

—¿Con tu cara? Seguro —respondo sin dudar—. Ahora mismo te pasearías por las alfombras rojas de Hollywood siendo la sensación.

—No quiero ser un sex-symbol —dice sentido—. Quiero hacerme respetar, hacer algo importante, como mi hermano Tommy.

—Lo conseguirás. —Le froto la espalda—. Tengo que volver antes de que se queme la carne.

—Vale... ¿Tú y yo estamos bien? —pregunta indeciso.

—Sí. Todo bien. Gracias por... no tirártela.

—De nada...

—Y gracias por no hacerlo conmigo tampoco. En el fondo, eres un buen chico...

—Vete. Me estoy arrepintiendo por momentos...

Sonrío divertida.

Me voy pensando en lo retorcida que es la vida y en cómo Andrew se está convirtiendo en un cómplice maravilloso cuando hace nada era un rival endemoniado.

Cuanto más lo conozco, más me gusta estar con él. En pocos días me ha demostrado lo que es poder contar con un amigo.

«¿Un amigo? Eso no te lo crees ni tú, guapa», susurra mi diablo.



18
Un padre en apuros

No sé qué pensar de Nataly.

Me trajo para que me tirase a su hermana, y cuando cree que lo he hecho, loquea. ¿Cómo se come eso?

Sinceramente, pensaba que me echaría la bronca por no haberlo hecho. ¡Mujeres! ¡No hay quien las entienda!

Y me costó resistirme, no soy de piedra, pero mi intuición me decía que no era buena idea meterla en un ser tan mezquino que está a punto de casarse y sigue queriendo joder a su hermana.

Alguien debería decirle un par de cosas a esa chica... Llevarla a terapia. Hacerle vudú. O algo así...

Estoy bueno, pero no tanto.

Creo que ella ha percibido las dudas de Dylan. Su ego está herido y yo soy un buen parche para mantenerse en la brecha. Se hace la tonta, pero en el fondo es muy lista.

También acerté no acostándome con Nataly. Lamer entrepiernas forma parte de mis habilidades de semental, pero enterrarme en ella mientras la beso en la boca... eso es otro nivel de intimidad.

Yo nunca hago eso. El sexo requiere tener la cara lejos de la otra persona. Soy un vaquero. Las monto y dejo que me monten, pero ahí termina todo. Mi boca y mi lengua están operativas de cuello para abajo; mis labios no se los concedo a cualquiera, como Julia Roberts en esa película. Besar me parece algo muy personal y me he tirado a un montón de tías sin necesidad de hacerlo. Les beso todo lo demás y no se quejan. Pero con Nataly...

Con ella fue personal desde el principio. Deseé besarla mucho antes de pensar en su coño. Para mí eran cosas separadas y no quiero que se junten en el mismo cajón.

Es una amiga. Una compañera a la que prefiero abrazar que sobarle el culo. Es muy extraño. No puedo dejar que se me vayan las manos solo por costumbre.

—Nataly, ¿y los detalles de boda? —pregunta Madison en medio de la comida. Observo a Nat mientras mastico mi hamburguesa.

—Tengo las tarjetas impresas con vuestros nombres, solo tengo que ir a la pastelería y montarlos.

—¿Qué vais a dar? —pregunto ingenuo.

—Unos caramelos de fabricación casera. Los hace Delicias Evans. Son de tofe con nueces de macadamia. Están buenísimos... —responde Madi sensual recordando la noche anterior.

—Me lo imagino... ¿Necesitas ayuda, Nataly?

—Me vendrán bien un par de manos más.

—Las tienes. Cuando quieras y donde quieras... —respondo.

Hay un cruce de miradas entre Dylan, Nataly, Madison y yo.

—Nosotros podemos ayudarte también —salta Dylan amable.

Y quizá sea mi imaginación, pero las madres y las tías de Nat cuchichean y se dan codazos. Arizona se ríe. ¿Qué está pasando aquí?

Miro a Nataly y la encuentro violentada porque quieran acompañarnos, pero le digo con los ojos que todo va a salir bien. Tenemos que emplearnos a fondo esta semana y cuanto más tiempo pasemos con ellos, menos estaremos nosotros a solas...

Un par de horas después, la mayoría de los familiares se marcha con la promesa de volver el viernes. Por suerte, Ben y Brise se quedan y me invitan a jugar al *ping pong* con ellos en vez de echarme una tentadora siesta con Nataly.

Estoy pendiente de que Kyle y mi padre lleguen bien a Londres, han emprendido el viaje esta misma tarde.

Sobre las seis y media, Nataly viene a buscarme para irnos a la pastelería. No le hace gracia que Dylan y Madison vengan también, pero nos conviene. Ella no deja de ponerme ojitos golosos y su prometido está más pendiente de Nat que de otra cosa. Esto parece un episodio de los hermanos Marx.

Quiero guardar las distancias con Nataly, entre otras cosas, porque no dejo de imaginármela desnuda. Estaba tan apetecible anoche... ¿cómo pude resistirme llevando tantas cervezas encima? Apenas puedo ahora sobrio...

Al llegar a la pastelería, verla pasearse con tanta naturalidad me da mucha rabia. ¡Ella debería estar al mando de Delicias Evans y expandirla por todo el mundo! ¿Por qué sus padres se niegan? ¿Es que no han visto de lo que es capaz?

—Estos son los famosos caramelos —me enseña Madison y hace el amago de meterme uno en la boca con sus propias manos.

Dejo que lo haga bajo la atenta mirada de Nat, mientras su hermana me mira desgastando el suyo como si me la estuviera chupando a mí.

—Mmmh... Están buenísimos —opino—. Me encanta cómo se derriten en la boca.

—Como debe ser... —musita Madi sibilina.

Dylan capta su actitud descarada y no dice nada. ¿Va a soportar que tontee con cada hombre que se le cruce el resto de su vida? Sería un justo castigo para él, por ser tan estúpido.

—Amelia, ¿os ha dado tiempo de hacerlos todos? —pregunta Nataly con amabilidad.

—Sí, están aquí. Apartados.

—Genial. Muchas gracias.

—¿Quieres merendar algo Puchi Puchi? —le dice Madison a Dylan.

—No, no tengo hambre...

—¿Y tú, Andrew, te apetece algo de lo que ves aquí? —Sonríe Madison con picardía.

«¿Puede ser más desvergonzada?».

—Muchas cosas... —contesto sin embargo. Nataly levanta la vista de lo que está haciendo para mirarme—. Un día vendré y me compraré media tienda para analizar cada una de vuestras especialidades —bromeo.

—Ni lo intentes —replica con sorna—. Están todas patentadas.

—Lástima... Si vendierais una, tus padres podrían jubilarse sin problema.

—No quieren jubilarse —explica Dylan.

—Querrán cuando lleguen los nietos... y eso será pronto, ¿no? —digo mirando a Madison.

—Bueno, no tan pronto —contesta cohibida—. ¡Todavía soy muy joven! Tengo veinticinco.

—Es mejor tenerlos jóvenes —replica Dylan.

—Cariño, ya lo hemos hablado...

—Sí. Lo hablamos y dijiste que estabas como loca por tener un hijo.

Nataly levanta una ceja extrañada, pero se calla a tiempo.

—¡Algún día! ¡Sí! ¡Pero no enseguida! No me metas prisa. ¿Quieres estropear mi figura tan pronto?

—Si yo fuera tú, patentaría tu culo —digo travieso y Madison se parte de risa de forma exagerada.

—¿Lo ves, Dy? Andrew sabe discernir el patrimonio que debería estar protegido. Por eso él no quiere compromisos. Sería un auténtico desperdicio...

—No quería... pero un día llega la persona adecuada y pone tus principios del revés...

Los ojos de Nataly coinciden con los míos. Se pregunta si hablo en serio o en broma.

«Ni yo mismo lo sé, pequeña, pero de ilusiones se vive».

—Enseguida te despejo la zona de trabajo —dice Amelia.

—Gracias. —Se hace a un lado Nataly. Viene junto a mí para molestar lo menos posible y retrocedo hasta el marco de la puerta.

—¡Eh, pareja, estáis bajo el muérdago! —exclama Amelia sonriente.

Subimos la cabeza hacia la jamba y vemos la famosa planta colgada.

—Tenéis que besaros —añade divertida.

—¿Creéis en esas gilipolleces? —Ruedo los ojos.

—¡No lo es! Se dice que si una pareja está bajo el muérdago, deberá besarse si quiere que la buena suerte les bendiga.

—Nosotros no necesitamos más suerte de la que ya tenemos —dice Nataly con pintas de querer evitar el beso.

—¿Por qué no queréis besaros? —pregunta Amelia extrañada. Madison nos mira como si tuviera una teoría al respecto que consiste en que la prefiero a ella y Dylan tiene su habitual cara de culo.

—Eso no sirve para nada —dice este último—. Cada uno se busca su propia suerte...

—Ya, pero por si acaso —digo cogiendo a Nataly y doblando su espalda para besarla. Cualquier cosa con tal de llevarle la contraria a ese imbécil.

Ella se agarra a mi cuerpo para no caerse y mis labios se funden con los suyos sin pensarlo dos veces.

No sé quién de los dos provoca que el otro abra la boca, pero lo que iba a ser un casto beso rápido de un microsegundo, se convierte en una caricia íntima muy especial. Una de esas que no le das a cualquiera y que no puedes frenar aunque haya testigos delante.

—¡Ya es suficiente! —exclama Madison—. No os va a tocar la lotería por mucho que os deis el lote...

Los dos sonreímos.

—Por si acaso —susurro extasiado.

—Pues por si acaso, ven aquí, Dylan...

—¡No funciona así! —rie Nataly.

—De hecho, hacerlo a propósito, da mala suerte —completo yo.

—¡Lo que nos faltaba! —berrea Dylan—. Mejor dejad de hacer cosas raras y vamos al lío. Entre los cuatro acabaremos de preparar los detalles enseguida.

—Ese es el espíritu —sonríe Nataly. Y Dylan le sonríe débilmente.

Sé que le dije que le siguiera el rollo, pero no me gusta cómo la mira. ¡No me gusta nada! ¿Cómo se puede tener tanta cara de traicionarla a lo grande el año pasado y ahora cambiar de opinión? Seguro que ha recordado lo increíble que es en la cama y me jode que él lo sepa y yo no. Puto Dylan...

Nos ponemos a trabajar en cadena, todos con guantes, y vamos avanzando.

—¿Cuántos invitados hay en la boda? —pregunto al ver el cubo lleno de caramelos.

—Unos noventa. Pero van cuatro por paquete.

Uno abre las bolsas, otro las rellena, otro coloca el lazo y el último pone la tarjeta con una pinza. No puedo evitar mirar a Nataly y decirle con los ojos que estamos haciendo esto para nada. Pero ella levanta una ceja y le nace una sonrisa apenas perceptible que me comunica que luego no habrá más que quitar la tarjeta y los caramelos podrán venderse en la tienda.

Esto de hablar sin decir nada es nuevo. Me gusta.

Y ya empiezan a gustarme demasiadas cosas de ella...

Cuando estamos a punto de acabar, me llaman por teléfono. Es Kyle.

—Tengo que cogerlo —me disculpo con todos y me alejo.

Atiendo la llamada y me quedo lívido por lo que oigo.

—Joder... —maldigo en voz baja.

La cocina se queda en silencio. Escucho todo lo que me dice mi hermano y cuelgo enseguida.

—Sí, claro. Venga, adiós...

—¿Qué pasa? —pregunta Nataly al verme la cara. ¿Cómo puede leer tan bien mis expresiones?

—Hay un problema con mi padre... Tengo que volver a Londres ahora mismo.

Su rostro se desfigura. Casi puedo escuchar la marcha nupcial sonando en su cabeza a la misma velocidad que una fúnebre.

—Necesito tu coche... Pero tranquila, volveré mañana.

—Pero... ¿Es grave? —pregunta preocupada—. ¿Qué ha pasado?

—Mi hermano se olvidó de darle sus pastillas el fin de semana y ahora está ingresado.

—¡Oh, Dios...! ¡¿Quieres que vaya contigo?!

—¡¿Y qué pasa con mi boda?! —salta Madison infantil. Procuro ignorarla para no mandar todo el plan a la mierda, pero ahora mismo la estrangularía.

—Eres muy amable, Nataly, pero no hace falta. Le darán el alta mañana cuando se le regule la presión. En realidad, está bien, pero quiero ir a verle.

—¡Por supuesto! Quédate más días allí si quieres. Me siento fatal... —musita con un mohín superdulce. Es tan buena persona...

En la oficina intuía que era más blanda de lo que parecía, ¡pero es una jodida nube de azúcar! Una que solo quiero estrujar y que se derrita en mi boca.

—No te preocupes por nada —intento borrar la angustia de su cara—. Volveré cuando pueda. Pero volveré.

La abrazo porque es lo que más necesito hacer en este momento. Mi padre no está grave, pero solo pensar que pudiera perderlo estando lejos de él, se me pone mal cuerpo. Nataly me aprisiona entre sus brazos como si entendiera lo que necesito. No quiero soltarla, pero me despego y nos miramos a los ojos.

Sé que tenemos público, pero sentir que lo que estoy a punto de hacer no es por ellos, me da un vértigo terrible.

La beso con suavidad sin llegar a abrir la boca, solo para memorizar la impronta de sus labios, y cuando me alejo, le acaricio la cara con pena.

En sus ojos hay miles de frases impronunciables. Es una de esas despedidas horribles que rezas para no vivir jamás. No sé por qué me está costando tanto decirle adiós... ¡No es como si no fuera a volver a verla, joder!

—Te llamaré...

Me voy de la tienda y echo a correr hacia la mansión, dejando mis pisadas marcadas en la nieve.

No tardo nada en encontrar las llaves con el reno, colgadas donde están todas las demás. Arranco el coche y salgo del pueblo. Cada kilómetro que avanzo, me siento un poco peor.

Por mi padre, por mi hermano, por Nataly... Me voy con la sensación de que todo es culpa mía.

Cuando llego al hospital, la cara de Kyle es peor que la de mi viejo.

—¡¿Qué coño ha pasado?!

—¡No te cabrees, por favor! —empieza Kyle nervioso—. Llegando a Londres ha empezado a decir que se mareaba. Me ha dado un susto de muerte solo con hablar, porque apenas ha abierto la boca en todas las Navidades, y de pronto, ¡se ha desmayado! Pensaba que se había muerto en mi coche. ¡No le encontraba el pulso! Casi me cago encima, Drew... —explica afectado—. Al llegar al hospital me han preguntado qué medicinas tomaba y he caído en la cuenta de que había olvidado tomárselas estos días. He mirado tu mensaje donde me decías cuál debía tomar y a qué hora y ya han sabido qué hacer. ¡Por poco me da un puto infarto!

—¡Maldita sea, Kyle, te pedí una sola cosa!

—¡Él tampoco me lo recordó! —grita con los ojos rojos y brillantes.

—Está bien, tranquilo... —Lo abrazo sintiéndome fatal. La culpa de todo es mía. Era mi problema y se lo endosé. Él no está acostumbrado a cuidarle.

—Lo siento mucho, Drew... —musita hundido.

—Ya está. No lo pienses más. No ha pasado nada. Tenía que haber estado yo... —me martirizo. Lo último que quiero es que mi hermano comparta mis remordimientos.

—Estoy bien —dice de pronto mi padre—. No ha sido a propósito. —Me mira rogando que no piense lo peor de él. O sea, que ha intentado engañar a Kyle para que le dé un patatús e irse con mi madre a donde quiera que esté.

—De acuerdo... Tranquilos. Ya estoy aquí.

—¿Dónde has estado? —pregunta mi padre. Y la culpa me corroe las entrañas.

—Ayudando a una amiga que lo estaba pasando mal...

Kyle me mira extrañado, porque ha intuido en mí que no era mentira.

—¿Está mejor? ¿La has ayudado? —Quiere saber mi padre.

—Creo que sí...

—Eres un buen chico, Andrew. No te tortures tanto.

Si supiera cómo me ve la gente. Del palo que piensan que voy.

Me acerco a la cama de mi padre y lo abrazo con fuerza. Hacía mucho que no decía tantas frases seguidas. Mi mayor deseo es que encuentre un motivo para vivir y este susto parece haberlo reactivado un poco.

—¿Cómo os ha ido en casa de Tommy? —pregunto intrigado.

—Regular... —contesta Kyle—. Sus hijos son repulsivos. Está criando dos monstruos.

—Pero irán a un colegio de pago y no tendrán tatuajes —digo con amargura.

—¿Qué te pasa, Drew? ¿Los Bridgerston te han metido caña?

—Una poca... Pero da igual. Ha merecido la pena.

—¿Con que sí, Romeo? —se burla Kyle, volviendo a vacilarme.

—No empieces... No es nada de eso. Es mi amiga —repito el sustantivo como si fuera un escudo humano.

—Tu madre también fue mi amiga primero... —dice mi padre melancólico—. Lo único importante es si te importa o no.

—Le importa o no se habría ido —señala Kyle—. ¿La has besado ya?

—¿Por qué no cierras la bocaza, Kyle?

—Eso es un sí —sonríe con guasa—. Pensaba que querías quedarte más días con ella porque no habías conseguido nada...

Mi padre nos observa con atención e intento disimular.

—Si tienes que irte, vete —me anima—. Yo estaré bien. En casa, no me olvidaré. Tengo mi rutina.

—No voy a irme a ninguna parte —zanjo nervioso.

—Para una vez que te importa una chica... —musita con tristeza mi padre.

—A ver cómo estás mañana... Ella puede esperarme.

—Ella sí, pero tú no sé si podrás —se mofa Kyle.

¡Joder! ¿Tan transparente soy?



19
Un regalo inesperado

Ha sido una noche rara.

Me he despertado varias veces viendo que Andrew no estaba y luego me costaba dormir imaginándolo tirado en una silla de hospital.

Al llegar me escribió y le pregunté qué tal estaba su padre, pero me contestó casi de madrugada que estaba bien y que no me preocupara.

Pero lo estaba. No podía quitármelo de la cabeza.

He pasado el día entretenida con los transportistas de las mesas y las sillas del banquete. Todo va tomando forma, pero me siento extraña al hacerlo rezando para que no se lleguen a utilizar.

Me siento mala persona, pero ayer, cuando Madison protestó porque quisiera acompañar a mi novio ficticio a Londres para apoyarle moralmente, la hubiera abofeteado.

Madi no se merece nada, y menos, una boda como esta. Cuando Andrew se marchó, le canté las cuarenta. Drew tenía razón, la culpa de que fuera así era nuestra, por permitírselo todo.

—¡¿Cómo puedes ser tan egoísta?! ¡Su padre está en el hospital!

—¡Y yo me caso en cinco días! ¡Tú no puedes desaparecer!

—¡Tienes la empatía en el culo, Madison! ¡Solo piensas en ti!

—¡Dile que tengo razón, Dy!

Pero «Dy» allí no pintaba nada y no esperé su opinión.

—¡Se da por hecho que no puedo irme, pero lo correcto es ofrecérselo! ¡Cada vez que abres la boca, das vergüenza ajena, Madison!

—¡Él mismo ha dicho que su padre estaba bien!

—¡Tú solo oyes lo que te interesa según tu conveniencia!

De verdad que a veces pienso que le faltó un mes en el útero...

Por la mañana he vuelto a escribir a Drew para preguntar por su padre y me he sentido huérfana hasta que a las doce y media me ha respondido que en ese momento estaban saliendo del hospital.

¡Menos mal!

No he querido preguntarle cuándo volvería, no quería presionarle, pero he estado todo el día cabizbaja y callada por su ausencia. Dylan me ha lanzado muchas miradas cómplices, y cuando por la tarde me he sentado descalza en el sofá frente al fuego, ha venido a sentarse junto a mí.

—¿Estás bien, Nataly? —me pregunta con ternura.

—Sí.

—Quería decirte que me parece que estás haciendo un trabajo impresionante con la organización de la boda...

«A buenas horas...», pienso, sin embargo, contesto «Gracias».

—¿Le echas de menos? —pregunta de pronto.

—Sí... —admito sin tener que preguntar a quién. Porque es la verdad. No sé si es porque es mi compi de sabotaje o porque tengo miedo de no poder impedir la boda, pero la sensación de que, tarde o temprano, todo terminará y solo le veré en el trabajo, termina de hundirme. No me gusta estar sin él y voy a tener que aprender a hacerlo.

—Sé lo que es eso... Echar de menos a alguien. Yo te he echado de menos muchas veces este año...

No puedo creer que Dylan me esté diciendo esto. ¿Es verdad?

—¿Cuándo, por ejemplo?

—Cuando me metía en la cama y cogía un libro, echaba de menos tenerte al lado leyendo. Madison siempre se pone a ver la televisión y no es lo mismo. O cuando me cocinabas mis platos favoritos; Madison no sabe cocinar. Solo come vegetales crudos y son un asco...

En ese momento, mi hermana aparece y se sienta encima de Dylan como si fuera un peso pluma.

—¿Qué hacéis? —pregunta sonriente.

—¿Por qué sonríes? —cuestiono incisiva.

—Porque estoy contenta.

—¿Por qué?

—¡Por todo! Este es mi estado natural.

—¿De verdad?

—¡Y voy a casarme! ¿Te parece poco? —dice entusiasmada.

—¿Desde cuándo te emociona tanto casarte? Nunca te han gustado las bodas.

—¿Una fiesta en la que yo soy el centro de atención? ¡Como no va a gustarme! Lo que no terminaba de ver era eso de un hombre para toda la vida...

Dylan la mira alarmado.

—¿Y ahora lo ves bien?

—Sí, amor, porque eres tú. —Lo besa—. Eres el hombre más perfecto del mundo, ¿a que sí, Nataly? Eso dijiste una vez.

Mi teléfono empieza a sonar y me levanto rauda, pero antes de cogerlo, digo:

—Bueno, por entonces, no había conocido a muchos hombres...

La llamada es del restaurante Bybrook, el Estrella Michelín.

—Buenas tardes, era para confirmar la reserva de las ocho.

—Oh... vaya... no sé si podremos ir, ha surgido un imprevisto y...

—Siento decirle que si no vienen se les cobrará el 50% de la tarifa. Lo aceptó en los términos de condiciones de la reserva. ¿Tal vez pueda acudir otra persona en su lugar?

—Bueno... Sí... No se preocupe. Alguien irá.

—Perfecto, muchas gracias.

—Chicos, ¿os apetece ir al Bybrook? Si no vamos, nos hacen pagar la mitad.

—¡Claro! ¡Yo me apunto! —exclama Madison con alegría.

—¿Pagas tú? —le pregunto de vuelta. Su sonrisa se borra y mira a Dylan expectante—. Por qué si no vas a pagar tú, deberías esperar a que Dylan te invite.

—¡Es mi marido!

—Aún no. Y ya ha corrido con los gastos de la boda y de todos vuestros viajes. Lo mínimo que puedes hacer es dejar que decida él.

—Tranquila, Nataly —murmura Dylan—. Iremos.

—¡Es que es una maleducada! Y como no la frenemos, no quiero pensar en la vida que te

espera, Dylan. A partir de ahora, te señalaré todo lo que haces mal, a ver si aprendes un poco.

—¡Y yo a ti! —dice furiosa.

—Soy toda oídos, hermanita.

—¿No iba a volver hoy Andrew? —pregunta Dylan confuso.

—Aún no me ha dicho nada y no quiero presionarle. Su padre le necesita...

Me escucho tan triste que me doy pena a mí misma.

—De acuerdo. Iremos, no te preocupes.

—¡Toma! —celebra Madison.

A este paso, no aprenderá nunca que la vida no es así.

Sobre las seis de la tarde aún no sé nada de Andrew y me pongo a hacer una tarta de zanahoria para evadirme de la angustia. La repostería es terapia, lo dice todo el mundo.

A mitad de faena, pringada hasta las orejas, me llega un mensaje. ¡Es él!

Andrew:

«Iré directamente al restaurante.

Nos vemos a las ocho».

Me da un mareo. ¡¿VA A VENIR?!

Dejo la tarta a medio hacer y salgo corriendo hacia el salón.

—¡Drew va a venir! —comunico exaltada—. ¡Me acaba de escribir que llegará directo al restaurante! ¡No hace falta que vayáis!

Dylan y Madison, que seguían viendo la tele, me miran alarmados. Dylan se alegra, supongo que de ahorrarse el dinero, pero Madison protesta.

—¡Jo, yo ya me había hecho a la idea! ¿Por qué no llamas para ver si hay sitio y podemos ir nosotros también, Dy? —propone con un puchero.

Pongo cara de que eso sería fastidiarme mi regalo de cumpleaños y Dylan lo capta.

—No, cariño, ya vamos a tener muchos gastos en la luna de miel.

—¡¿Desde cuándo eso es un problema?! ¡¿Vas a empezar a ser un tacaño una vez nos casemos?

Pongo los ojos en blanco y los dejo para ir a ducharme.

¡No sé ni qué ponerme! Aquí no tengo nada adecuado para una cita romántica en un sitio como ese. ¡¿Y por qué leches estoy tan nerviosa?!

Rebusco en el armario de mi madre algún vestido de su juventud. Son todos muy clásicos, pero encuentro uno que podría valerme. Es negro y largo, y solo tiene una manga larga; el otro lado es palabra de honor.

Decido ir andando hasta Manor House. Está al fondo del pueblo, pero tengo tiempo y me vendrá bien pasear. Además, no llevo tacones. Mi madre no los usa y yo solo tengo bailarinas. Todo en orden.

Una vez allí, espero en la barra del bar tomando un cóctel sin alcohol. Le he echado tanto de menos que no me fío de mí misma si bebo.

Me pongo a pensar y descubro que cada vez me importa menos esa maldita boda, total, el peor castigo que podría soportar Dylan es cargar con Madison... Pero para una vez que estoy disfrutando, no quiero que termine.

Estar con Andrew me está ayudando a muchos niveles, y ahora mismo me da grima imaginarlo seduciendo a Madison. Creo que si la besara, me moriría.

Las alegres campanillas de la puerta suenan atrayendo mi atención. Si Andrew supiera cómo le

queda esa camisa negra con los tatuajes a juego, no se la quitaría nunca. ¡Menudo peligro! Hablo del cuello de cualquiera que se lo cruce, porque está tan espectacular que no puedes dejar de mirarlo hasta que tu cabeza está del revés.

Cuando me ve, también parece tener un momento de introspección vital. Después comienza a caminar hacia mí.

Yo me lanzaría a sus brazos, pero tengo que controlarme. Cuando nos despedimos todo era dramático e incierto, ahora sabemos que su padre está bien.

—Hola... —saluda sin invadir mi espacio vital.

—Hola... ¿Cómo estás?

—Tú preciosa. —Me besa la mejilla, finalmente.

—Gracias... ¿Cómo está tu padre?

—Bien. Lo he dejado en su butacón de siempre haciendo lo que más le gusta: ver películas antiguas en el canal clásico.

Sonrío aliviada.

—Podías haberte quedado un poco más con él.

—No hacía falta, mi hermano Kyle se siente tan culpable que no va a separarse de él hasta que vuelva. Esto le ha venido bien para madurar un poco. ¿Tú cómo has estado? ¿Te han tratado bien o tengo que darle una paliza a alguien?

Lo miro como miraría a mi villano favorito. Espero que no vea los corazones saliendo de mi cabeza. Tengo que calmarme un poco.

—Si tengo que ser sincera contigo, he estado regular.

«Eso, tú acelera, Nataly...».

—Pueden pasar a cenar —nos interrumpe un camarero.

Le seguimos y nos acomodan en una mesa muy romántica. La penumbra del lugar, los materiales cálidos, nosotros arreglados, todo invita a acercarte y besarte lentamente. Pero va a ser que no...

—No tenías que haberte molestado en regalarme esta cena... —digo sonrojada.

—No es molestia. Quería meterle el dedo en la llaga a Dylan. Y también me apetecía probarlo, me encantan este tipo de restaurantes.

—Vas a flipar con este. Es un espectáculo culinario.

—¿Por qué dices que has estado regular? —rescata el comentario.

En este momento me da más miedo ser sincera con él. Con esta luz parecen transparentarse los sentimientos y estamos mucho más cerca que antes.

—Estás muy guapo con camisa, ¿sabes? ¿Por qué nunca te las pones para ir a trabajar?

—Porque las reservo para las ocasiones especiales.

—Ayer por la mañana llevabas una.

—Ayer se me había acabado la ropa limpia.

Vuelvo a sonreír. ¿Desde cuándo Drew me provoca este tipo de sonrisas? La dinámica ha cambiado entre nosotros, y no creo que vuelva a cambiar hasta que me la meta...

«Ha sonado muy científico».

—¿Por qué has estado regular? —insiste. ¡Es listo como un zorro!

—No lo sé... —me acobardo. No puedo decirle que le he echado tanto de menos que casi me arranco la piel—. Estaba preocupada por ti, supongo.

—Y yo por ti. No quería dejarte sola con Dylan y Madison.

—Dylan se ha relajado mucho conmigo. Antes me ha dicho que este año me ha echado de

menos...

El gesto de su cara cambia. Hace un momento su mirada destilaba afecto, ahora está llena de incomodidad y venganza.

—¿Eso te ha dicho? —musita pasivo agresivo.

«Por favor, no hagas eso o me lanzaré a tu boca».

—Sí... Y le he contestado que yo te echaba de menos a ti...

Me mira intentando leer qué hay de cierto en ese comentario. Creo que ya no sabemos lo que es verdad o parte del plan.

—Si te esfuerzas, puedes conseguir que Dylan cancele la boda sin necesidad de tenderle una trampa a Madison... —expone él—. Parece que está tocando fondo, y no me sorprende en absoluto...

¿Eso ha sido un cumplido?

Dios mío... Si pudiera me abanicaría. Mis ojos se desvían hacia sus labios y él lo capta. Me los humedezco.

—Sabes que no quiero que te acuestes con ella —sentencio—. Cada vez está más insoportable y no se merece que un tío como tú la haga el mínimo caso...

—¿Un tío como yo? Hace unos días era perfecto para ella... Te recuerdo que antes de venir aquí me detestabas.

—Porque me recordabas a ella, pero he podido comprobar que eres totalmente diferente. Nada más lejos... Tú eres bueno.

—Depende de a quién le preguntes...

—No eres egoísta, Andrew. Eres buena persona.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estás aquí... conmigo, ahora mismo. Soy tu obra de caridad navideña.

—Eres más que eso... Somos compañeros de equipo. —Me guiña un ojo.

—Eso es cierto... Y me alegro mucho de que hayas vuelto.

Nos mantenemos la mirada sintiendo una conexión indefinida, pero real. ¿Qué haremos cuando volvamos a Londres? Por momentos pienso que deberíamos aprovechar porque después el hechizo desaparecerá.

La cena comienza su curso y ambos disfrutamos de la comida. Hablamos de Madlok Co. y de Delicias Evans. De la familia, de amigos con los que apenas quedamos debido a nuestro ritmo laboral y familiar, y de mí.

—Deberías convencer a tus padres para vender algunas patentes de la tienda. ¡Podrían funcionar muy bien en Madlok!

—¿Crees que no se lo he dicho mil veces? ¡Pero no quieren!

Tras disfrutar como locos de los postres, Andrew saca una cajita con un lazo de una conocida joyería.

Alzo las cejas, sorprendida. Sobre todo al pensar tontamente que esta sería mi pedida de mano perfecta.

—Tu regalo... —musita—. Lo he recogido esta misma tarde.

—¡Pero Drew...! —digo aturdida. No me esperaba que el regalo fuese una joya. ¡No le pega nada regalarme eso!—. ¡No tenías por qué!

—Tú ábrelo...

Cuando lo hago y veo lo que hay dentro, se me para el corazón.

¡Es el anillo de mi abuela! ¡En su diseño original! ¿Lo ha mandado hacer? Pero...

Lo miro de hito en hito. Nunca nadie me había dejado muda.

—¿Cómo es posible...? —consigo decir.

—Busqué la foto que colgó tu hermana en Instagram del antes y el después.

—Andrew... —farfullo fascinada—. ¡Es idéntico...! ¿Cuándo lo encargaste?

—Lo envié por mensajería el sábado por la mañana.

—¿Cómo que lo enviaste?

—Es el original, Nat... Encontré el de tu hermana en el baño y he hecho una réplica para ella. —Me la muestra en un sobre aparte—. No notará la diferencia. Feliz cumpleaños, pequeña...

No doy crédito a lo que estoy viendo. ¡Nunca en mi vida nadie había hecho nada parecido por mí! Lo miro conmocionada y siento que mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo moverme. Estoy...

—Eh... —Me acaricia la cara—. Tu abuela quería que lo tuvieras. Siempre ha sido tuyo.

Me tapo la boca y empiezo a llorar. No sé ni por dónde empezar a darle las gracias. Todo por debajo de una mamada me parece poco.

—Por Dios, Andrew... —sollozo alucinada.

Él acerca su silla a la mía para abrazarme y les dice a los camareros que estoy bien.

—Es lo más maravilloso que alguien ha hecho por mí.

—Te lo merecías.

Nos miramos y mis ojos caen en picado hacia sus labios. Él me observa inmóvil, esperando mi próximo movimiento, y nada me gustaría más que besarle, pero no puedo. Ya se ha apartado de mí demasiadas veces después de empezar a enrollarnos y ayer quedamos en que seríamos solo amigos.

—Eres el mejor amigo que nadie podría desear... Gracias.

Apoyo mi cabeza en su cuello porque necesito su contacto. Él me acaricia la espalda con suavidad.

No puedo creer que haya hecho esto...

Terminamos la velada con sonrisas cómplices y una ligera tensión de anticipación. Nos subimos al coche intentando disimular nuestra frustración sexual. No es buena idea, ya lo hemos hablado. Será mejor que deje que se duerma primero esta noche. Luego me dedicaré a observar cómo duerme para aplacar mi pequeña obsesión por él. Una inofensiva y pasajera.

Al llegar a la mansión, me doy cuenta de que antes he dejado la tarta a medio hacer y la cocina empantanada. Ya tengo la excusa perfecta para demorarme en ir a la cama. A nuestra cama...

—Voy a terminar esto... Pero tú debes estar cansado, vete a dormir. Mañana nos espera un gran día de sabotaje.

Drew me sonríe travieso. Está en su salsa planeando maldades, pero no tiene pinta de querer marcharse.

—Me quedo. Quizá pueda echarte una mano...

«¿Dónde quieres echármela exactamente?», lo miro retozona.

Su reacción es lamerse los labios y caminar hacia mí con su típico aire peligroso. Me recuerda a un tiburón merodeando a su presa. Mis terminaciones nerviosas sufren la primera descarga al sentirlo pegado a mi nuca.

—Me gusta verte cocinar... —dice arrastrando las palabras.

Sigo trabajando aunque mi corazón lata a mil por hora.

—¿Te has quedado con hambre? —pregunto sugerente.

Sus labios aterrizan en mi cuello y suspiro al escuchar: «Sí, de ti».





20
Love Actually

Por un momento creo que estoy soñando, pero no.

Sus manos se cuelan por el hueco de la cremallera de mi vestido demostrando que no estoy loca. Tenemos un asunto pendiente.

—Voy a serte muy sincero, Nataly... —musita acariciando la piel de mi tripa—. En lo único que he podido pensar estos días ha sido en tu coño abierto para mí...

Jadeo cuando sus dedos traspasan el elástico de mis braguitas.

—Si no voy a acostarme con Madison, quiero follarte al menos una vez. Como amigos... No quiero que pienses cosas que no son. Sabes cómo soy y también que va a ser una experiencia inolvidable...

Que gire mi cara para introducir su lengua en mi boca justo cuando su dedo se abre paso entre mis pliegues, me vuelve loca.

Mi humedad y mis gemidos contestan a su reclamo y me da la vuelta para encajarse en mi cuerpo y seguir besándome a lo bestia.

Ni en un millón de años me habría imaginado protagonizando una escena así. No hay cosa que desee más ahora mismo que sentirle dentro, y es lo único que me está prometiendo, buen sexo, nada más. Andrew no tiene madera de novio, mucho menos de marido, él es el *bad boy* perfecto y morboso con el que dar rienda suelta a tu diablesa interior.

—Solo sexo de amigos... —farfullo entre sus labios.

—Sí, joder...

—Solo una vez...

—Una noche —corrige volviendo a atrapar mis labios con fruición—. Necesito extinguir este fuego... —Ataca mi cuello, clavándome su erección, y me aprisiona tanto contra la encimera que prácticamente estoy subida sobre ella—. La culpa es tuya por ofrecerte desnuda a mí. No soy de los que dejan nada a medias... —Sigue devorándome.

—Yo tampoco... —jadeo en su boca—. Esta tarta es lo primero que dejo a medias, y ha sido por ti. Por verte... Yo también he pensado mucho en ti. Ha sido muy duro separarme de ti...

—Duro no, durísimo. Compruébalo por ti misma.

Lleva mi mano hasta su paquete y no dudo en desabrocharle el pantalón para esquivar el calzoncillo y agarrarlo con fuerza.

Drew gime enloquecido e intenta subirme el vestido con rabia, pero es imposible porque es muy largo y estrecho.

—Quítatelo o te lo arranco —amenaza resoplando como una fiera.

—¡¿Quieres que me quede desnuda en la cocina?!

—Todavía no has entendido lo que es ser mala...

Me baja la cremallera lateral, y sin verlo venir, tira de la manga para que el vestido se deslice

hasta mis pies.

Lo miro más excitada que nunca y vuelve a besarme con violencia. Me obliga a acogerle entre mis piernas mientras me levanta para apoyar mi culo en la encimera. Que puedan pillarnos lo hace todavía más morboso.

Logro desabrocharle la camisa entre besos y que se la quite. Su calzoncillo y mis braguitas son lo único que impide que no esté dentro de mí ya. Sus manos se multiplican y las siento tirando de mi ropa interior tan fuerte que al final se parte.

Todo su cuerpo me reclama y yo salivo por él. Drew es puro músculo, pero a la vez tiene un porte elegante. Sus hombros son fuertes y pronunciados, y posee una tableta de chocolate de ocho enormes y apetitosas onzas. ¿El problema? Que una vez pruebas el chocolate, ya no hay vuelta atrás, amiga.

El tatuaje de su cuello me vuelve loca. Le nace en el estómago y se extiende por sus brazos. Nunca pensé que me sentiría tan atraída por un chico así. Es el típico que una madre jamás querría para su hijita, pero lo cierto es que su cuerpo es impresionante, perfecto en su agresividad y en su rudeza, y yo soy una mujer cansada de no tomar las riendas de su vida.

Su corte de pelo, estilo militar, sus ojos de brujo y esos *piercings* macarras le dan un aspecto aún más peligroso, pero eso no impide que me sienta en casa tocando su piel. Y huele tan bien. Tan a limpio, que me parece irresistible.

—El puto condón... —masculla reacio a abandonar su posición—. Tengo en la bolsa que he traído.

—¿Tan convencido estabas de que ibas a tener suerte? —lo vacilo.

—De lo que estaba convencido es de que iba a follarte aunque luego tu padre me pegara un tiro con su escopeta... —Me besa despacio con veneración. Nunca me he sentido más deseada.

—No necesitamos condón. Estoy protegida.

—¿Cómo que estás protegida?

—Desde los veinte uso el DIU para tratar mis cólicos menstruales. No voy a quedarme embarazada.

—Pero eso no previene las enfermedades venéreas. ¿Te fías de mí?

—Al cien por cien. —Le beso el pectoral.

—Sabes que soy un libertino, ¿no?

—Sí, y también que eres un tipo muy listo que siempre se protege —digo arqueando la espalda, alienándolo con mi cuerpo—. De eso también hablan en el baño.

Se acerca a mí, embelesado, y habla sobre mi boca.

—Seré listo, pero contigo me vuelvo muy tonto si estoy pensando en metértela sin protección...

Nos besamos con devoción y hago amago de bajarle el calzoncillo. Él coopera y después maniobra con su cuerpo para acoplarse a mí.

Arrastra mi culo hasta el borde de la tarima y su descomunal miembro me llena por completo de una sola estocada. Ambos gemimos asombrados de que la conexión haya sido tan perfecta. Estoy tan resbaladiza que ha entrado hasta el fondo sin objeción. Andrew no tarda en moverse, entrando y saliendo de mi cuerpo, alucinado, como si no se lo creyese.

—Joder, qué apretada estás... —jadea extasiado.

Al oírlo, me abro más para él y dejo que arremeta contra mí cada vez con más ímpetu. Esto supera con mucho las expectativas que tenía sobre él. Su postura, sus caras, el sexi balanceo de sus caderas, todo es tan erótico que no puedo pensar con claridad. Se esfuerza al máximo por restregarse cuanto puede contra mi clítoris, haciéndome sentir que estoy todo el rato a punto de

romperme.

Cuando no puedo más, le clavo las uñas en el hombro y estallo en oleadas interminables. Él aprieta la mandíbula para no dejarse llevar conmigo. Yo tampoco quiero que termine todavía.

—¡Dios...! —Me agarro a su cuello. Cuando termino, junto nuestras frentes.

Me deja descansar unos segundos, aspirando su increíble aroma masculino y pronto me coge del trasero para levantarme en volandas con él.

Le da una patada a una silla y se sienta, dejándome a horcajadas sobre su cuerpo. Que siga dentro de mí cuando empieza a besarme despacio me alucina mucho. ¡Debo de estar soñando! Pero ni en mis sueños me veía con un hombre tan increíble.

—Si supieras todo lo que te haría... —musita acariciándome.

—Házmelo... Házmelo todo...

Lo oigo gruñir y me incita a mecerme sobre él con movimientos ondulantes arriba y abajo.

—Antes quiero que me des otro... cabálgame, pequeña, quiero verte perder el control.

Sonrío y le beso sin dejar de moverme, hasta que llega un punto que tengo que apartar la boca para coger aire y poder concentrarme en el placer que me da.

—No te contengas, dámelo todo... —musita Drew, amasando mis pechos.

Me entrego a él, como nunca lo he hecho con nadie, sin importarme la imagen que tendrá de mí. Y un sollozo escapa de mi garganta cuando un segundo orgasmo me atraviesa entera.

—Me cago en la puta... —masculla él echando la cabeza hacia atrás. Son segundos de delirio en el maldito nirvana compartiendo lo más glorioso del mundo.

Jamás podría arrepentirme de esta plenitud. Estar con Andrew es un autorregalo, y he sido la última en enterarme de toda la oficina...

—No te molestes en vestirte —me advierte cuando recogemos nuestra ropa del suelo—. Vamos a seguir arriba.

Tira de mí y me obliga a subir las escaleras con la ropa pegada al cuerpo y el culo al aire. Quiero asesinarlo, pero me urge mucho más saber qué tiene planeado hacerme cuando lleguemos a la habitación.

—Buenas noches... —nos sorprende una voz.

¡Es Madison!

¡Por Dios! ¡Sin peinar es como la niña del pozo de *The Ring*!

—¿Podemos hablar, Nataly? —pregunta afligida.

«¡¿Ahora?!».

Llevo un año esperando a que se digne a hablar conmigo con cara de arrepentida y lo hace justo en el momento que más puede joderme. ¡Es increíble!

Le diría que no, pero quiero saber lo que tiene que decirme, porque igual mañana escupo en su comida del *catering*.

Miro a Andrew.

—¿Te importa? Vuelvo enseguida.

—Te espero en la cama —dice como si no pensara renunciar a su única noche de libertinaje conmigo—. No tardes...

—Espérame en la salita —le digo a Madison—. Voy a vestirme.

Al entrar en la habitación cojo mi pijama de elfo, y antes de que pueda ponérmelo, Andrew me atrapa entre sus brazos, desnudo.

—Como sea una chorrada lo que quiera decirte, me voy a cabrear... Esta noche eres mía y solo mía.

Los poros de mi cuerpo entran en ebullición. Ya lo hemos hecho pero necesito más, mucho más de él.

—Tiene pinta de ser algo serio y quiero oírlo. Volveré pronto.

Me mira preocupado.

—No quiero que te diga nada que te quite las ganas de seguir donde lo hemos dejado...

—Si me dice algo malo, te necesitaré más que nunca.

Lo beso sentida y me voy al baño. Quiero lavarme las manos y otras cosas... Tengo un montón de miniAndrews deseando salir de mí.

Cuando aparezco en la salita, Madison me está esperando.

—Siento haber interrumpido tu... polvo de bienvenida.

«Eso lo dudo mucho...».

—No pasa nada. Estamos de maratón. Nos has pillado entre uno y otro. ¿Qué querías decirme?

Su cara es un poema. ¿Tanto le gusta Andrew o es que ella no va bien servida con Dylan? Cuando estábamos juntos lo hacíamos un día a la semana, como mucho; él no parecía necesitar más. Jamás vi en sus ojos la mirada hambrienta de Andrew, y menos después de correrse ya una vez.

—Tengo un problema, Naty... y no quiero que te enfades.

Me pongo seria. Ella no le da importancia a las cosas graves, si se lo está dando a esto, debe de ser terrorífico.

—¿Qué pasa?

—Creo que he perdido el anillo de la abuela. ¡No sé dónde lo he metido! —dice tapándose la cara—. Creo que lo dejé en el baño y debió de caerse. Quizá esté en las cañerías... Lo siento mucho, pero no lo encuentro.

Trago saliva.

No lo encuentra porque lo tengo yo.

De pronto, se fija en mi mano.

—¿Y ese anillo?

Lo escondo por instinto, como si tuviera algo que ocultar.

—Me lo ha traído Andrew de Londres, es una réplica... Encontró una foto y me lo quería regalar para mi cumpleaños, era uno de los vales.

—Y el de una noche de sexo salvaje también te lo estás cobrando, ¿no? —dice desanimada.

Me quedo callada. Nunca había vivido esta situación donde ella es la chafada y yo la folladora con anillo.

—Me alegro de que al menos tengas ese... pensaba que ibas a matarme...

Tiene razón. Lo habría hecho. Por suerte el anillo original está a salvo en mi dedo.

—Lo del anillo ha sido como una premonición, ¿sabes? Como si algo me dijera que no debo casarme con Dylan. Además, está muy raro. No quiere ni tocarme. No sé qué le pasa.

«¿Que qué le pasa? ¡Pues que va a casarse con una víbora!».

—A veces pienso que estamos viviendo en el mundo al revés. Que tú deberías estar con alguien como Dylan y yo con alguien como Andrew. Seguramente todos seríamos más felices...

Oír eso hace que me chirríen los dientes.

¡NI DE COÑA, GUAPA!

¿A mí me toca el infiel y aburrido en la cama, y a ti el dios del sexo que no quiso follarte cuando le ofreciste el culo? ¡JA!

Acaba de ponerse en bandeja una tercera posibilidad para anular la boda: que Madison se lo

piense mejor y la sabotee ella misma.

Tiene mucha razón. Todo en esta situación está mal. Todo, menos una cosa: Andrew enterrado en mi cuerpo.

—No te preocupes, mañana te ayudaré a buscar el anillo —digo sibilina—. Y todas las malas premoniciones desaparecerán.

—Aún así... No sé por qué estoy haciendo esto, Nataly. Andrew tiene razón, ¿qué necesidad tengo de casarme? No quiero tener hijos ya y pronto tendré mi propio dinero...

Abro los ojos como platos al verme en esta encrucijada moral. Podría convencerla ahora mismo de que cancelara la boda, pero si lo hace, Andrew se marchará mañana y no quiero que lo haga. No voy a volver a renunciar a mi felicidad por nadie. Ya me da igual que se casen o no. ¡No durarán ni tres meses! Lo mejor que puedo hacer es esperar a ver por dónde estalla todo esto mientras como palomitas y tengo sexo sudoroso y satisfactorio con Andrew.

—Es normal tener dudas a pocos días de la boda. Pero cuando todo el mundo te vea con tu vestido de novia y se les caigan los ojos por no haber visto nunca nada tan hermoso, merecerá la pena.

—Supongo...

De pronto, veo claro el motivo de su infelicidad: ella no puede ser feliz mientras yo lo sea más.

—Yo no sé si dejar a Andrew antes de la boda —digo de pronto.

—¡¿Qué?! —exclama abriendo mucho los ojos—. ¡Pensaba que os iba bien! ¡Me dijo que estaba enamorado de ti!

—Por eso. Yo no lo estoy. Como amante es un diez, pero no tiene madera de novio ni de marido. No voy a formalizar nada con él y dejar que forme parte de un momento tan familiar puede darle falsas esperanzas...

—¡¿Vas a dejarle porque está demasiado colado por ti?!

—Exacto. Me lo traje para relajar los nervios de la organización de la boda con sexo, pero lo peor ya ha pasado. Igual lo mando de vuelta a Londres... Así, en la despedida, me lio con uno de los amigos de Dylan. Hay un par que no están mal...

La cara de Madi no tiene precio y yo no me he sentido mejor en mi vida. Esto de ser mala, mola demasiado.

Una vez que empiezas, no puedes parar. Se me acaba de ocurrir algo monstruoso. Me doy miedo.

—Vuelve a la cama, Madi. Mañana será otro día. A mí aún me queda mucha noche por delante. Drew es insaciable... —Pongo los ojos en blanco con una sonrisa.

Me levanto y me voy, dejándola verde de envidia.

Cuando llego a la habitación lo hago con una sonrisa de oreja a oreja. Andrew me mira asombrado desde la cama.

—¿Cómo ha ido?

—Increíble... ¡Quería decirme que ha perdido el anillo de la abuela! Le he dicho que mañana le ayudaré a buscarlo. Y cómo no, lo encontraré mágicamente —sonrío maquiavélica.

Llego hasta él y me estrello contra sus labios de pura felicidad. Sus grandes brazos me acogen encantado y nos besamos con sensualidad durante unos segundos. Él es el David de Miguel Ángel y yo soy un elfo, pero no importa, sigue habiendo química.

—Es una gozada verte así... —susurra en mi boca—. Hasta tu forma de besar es distinta.

—Desde que me la has metido, me he vuelto más mala. Debe de ser contagioso.

Drew suelta una carcajada y me acomoda a horcajadas sobre él. Es como si lo hubiéramos

hecho toda la vida. Sigo hablando emocionada:

—No te imaginas cómo está... ¡Le han entrado dudas con la boda! A raíz de tu comentario en la pastelería cree que no necesita el dinero de Dylan.

—Tu hermana sería un gran catalizador para convencer a tus padres de traspasaros el negocio. Podría ser una gran aliada.

—Nunca lo había pensado. ¡Eres un genio!

Lo beso de nuevo y siento un deseo desconocido bullendo dentro de mí. Me siento más poderosa que nunca y no quiero que termine esta sensación. Es hora de tomar el control.

Comienzo a besarle en la boca, pero pronto me desvío hacia su barbilla, su cuello, su pecho y voy bajando y retrocediendo hasta llegar a su miembro. Él se tensa de anticipación al entender mis intenciones.

Nunca me había sentido cómoda haciéndole sexo oral a un hombre. Procuraba evitarlo, pero con Drew no me pasa. Al contrario. Siento que necesito devolverle el favor, porque su forma de lamerme el otro día, rompió mi vergüenza por la mitad.

Le beso la ingle, el muslo, el vientre y doy un rodeo infernal que lo lleva al límite.

—Te has vuelto demasiado mala... —jadea torturado.

Me río y no le hago sufrir más. El espasmo de su cuerpo cuando la introduzco en mi boca es un gran revulsivo para mí. Me acaricia la cabeza y no deja de decir lo fantástico que es y lo bien que se me da. Eso motiva.

No dejo de incrementar el ritmo hasta que intenta frenarme y yo me resisto. Quiero verle estallar en mi boca.

Tenemos toda la noche para hartarnos el uno del otro. Porque esto no se va a repetir nunca más por el bien de mi corazón.



21
Negra navidad

Me despierto abrazado a la suavidad de su piel. Aunque no debería, porque el sol brilla con fuerza, y que yo sepa, los beneficios carnales terminaron al alba. O eso dijimos. Pero se ve que nuestros cuerpos prefieren seguir enredados.

Toc, *toc*, *toc.*

—¿Nataly...? —pregunta alguien desde fuera de la habitación—. Los del *catering* están aquí.

La susodicha pega un brinco en el aire casi inhumano.

—¡Dios mío...! ¡¿Qué hora es?!

—Las diez y diez.

—¡No puse la alarma ayer! —exclama alucinada.

—Bueno, tenías un motivo de peso... y de una longitud considerable.

—¡No bromees ahora! ¡Tengo que ducharme! ¡No puedo aparecer oliendo a ti!

—¿Por qué no? —digo sensual.

—¡No tengo tiempo para juegos!

—Pues anoche estabas muy juguetona...

—¡Maldita sea! ¡Busca un baño y dúchate! ¡Tenemos mucho que hacer!

—Yo solo tengo que vestirme. A mí sí me gusta oler a ti.

—¡¿A mí o a mis entrañas?!

Me da la risa. Es tan graciosa.

—¡Date prisa! —me ordena antes de salir de la habitación envuelta en una toalla y con ropa para cambiarse después.

Cuando por fin aparezco abajo, Nataly ya lleva un rato con los cocineros en el jardín, en la zona habilitada para la comida.

—¿Dónde están los novios? —pregunto a la *wedding planner* del momento—. ¿No iban a probarlo?

—Dylan ha tenido que irse a Londres. Al parecer, anoche, el grupo de música que habían contratado sufrió un accidente de coche cuando volvía de un bolo. No sé qué encontrará a dos días...

—Joder, ¿ha sido grave? ¿Algún muerto?

—No, pero están muy magullados y no pueden tocar. Dylan tiene algunos contactos. Según Madison, esto es otro mal augurio.

—Quizá lo sea... —sonrío tunante—. O quizá les llamé yo y les ofrecí mil libras más por decir esa mentirijilla y que no aparecieran...

—¡¿Qué has dicho?! —grita flipada, y de pronto, ríe—. Vamos a ir al infierno, ¿lo sabías?

—Arderemos en él juntos —musito acercándome a su boca.

—Quieto, «amigo»... El derecho a roce ha terminado. Debemos centrarnos en la destrucción de

mi hermana.

—Yo diría que vamos muy bien. —La cojo de la cintura—. ¿No podemos darnos un pequeño incentivo? —Le beso el cuello.

—Estoy trabajando... —Me empuja coqueta, pero se nota que su nuevo alter ego malvado tiene más ganas que yo de saltarse las reglas. Si algo se me da bien, es convencer a las *bad girls* de burlar las normas.

Y hablando de una... Madison aparece con mala cara.

—¿Cómo van?

Aprovecho para pasarle disimuladamente a Nataly la réplica del anillo modificado de Madison. Ella lo coge con discreción y sabe lo que es sin necesidad de verlo. Sería una buena espía. Le quedaría de lujo un mono de cuero negro, los labios pintados de rojo y un látigo. Uf...

«¡Céntrate, Drew!», pienso al sentir que algo se endurece entre mis piernas. Pero no es fácil. Anoche fue una jodida pasada. Nataly se transformó en Afrodita y yo fui el cabrón afortunado que disfrutó de ello, y verla hoy como la Nataly profesional y dura de la oficina, me pone más todavía.

—Están preparando todo tal y cómo lo harán el día de la boda para medir los tiempos —explica Nataly—. Te avisaré cuando esté.

—De acuerdo... —contesta desganada.

—Por cierto, mira lo que he encontrado detrás de la cisterna. —Le muestra el anillo ufana.

—¡OH, DIOS MÍO! —grita Madi—. ¡Lo has encontrado!

—Te dije que no era ningún mal presagio.

Madison se lo pone en el dedo y sus ojos buscan el de Nataly.

—Fue todo un detalle que le hicieras una réplica —me dice a mí embelesada—. Te lo agradezco mucho, Drew.

—Tranquila, ya me lo agradeció anoche Nataly —sonrío felino.

—¿A qué hora terminará esto del *catering*? —pregunta Madison como si le molestara.

La mirada de Nataly se enciende con ira.

—¡Los he traído porque tú insististe en que querías probar la comida!

—¡Lo sé, pero hoy Dylan no está y...!

—¿Y qué? —pregunto interesado.

—¡Pues que yo no sé si le gustará o no! ¡Yo no entiendo de estas cosas!

—¿No tienes paladar para decidir si algo está bueno o no? —dice Nataly furiosa.

—El menú no es para nosotros, sino para los invitados. Yo no sé lo que le gusta a la gente...

—Pues decide lo que te gusta a ti. ¿O tampoco lo sabes?

—¡A mí me gusta todo!

—No puedes tenerlo todo, Madison —sentencia Nataly con rudeza, pero algo me dice que ya no hablamos de comida.

—Yo solo quería ir a patinar a la pista de hielo... —hace un puchero infantil.

—Puedes ir esta tarde.

—¿Yo sola? Podría venir Andrew conmigo, si tú no puedes.

Veo que Madison le hace un gesto raro a Nataly con los ojos, como si de repente ellas tuvieran una estrategia secreta. *WTF*?!

—Iremos todos... —conviene Nataly certera—. Ahora hay que hacer esto, Madi.

—¿Cuánto queda para empezar a probar cosas? —les pregunta Madison a los cocineros.

—Una media hora.

—Vale, pues luego vuelvo...

Cuando se va y nos deja solos, Nataly parece a punto de romper algo.

—¿Qué te pasa?

—¡Pues que mi hermana es un maldito desastre! ¡No entiende que es ella la que debería quedarse aquí y nosotros seguir con nuestras vidas! No tiene ni pizca de responsabilidad... ¡Se lo hemos hecho todo siempre! Al final me voy a sentir culpable de que sea así...

—Algo de culpa sí tenéis. Persíguela y dile que no puede irse.

—¡¿Se cree que su tiempo vale más que el de los demás?! Ella me pidió esta muestra y la estamos pagando aparte. Bueno, Dylan...

—Pobrecillo... —digo divertido—. Mira que me cae mal, pero no sé hasta qué punto se merece este castigo.

—Se merece sufrir como he sufrido yo —sentencia con rabia.

No me gusta que siga enfadada con él. Eso significa que aún le importa. Lo que me gustaría es que no le afectara ese tío.

—Eh..., pequeña. —Le cojo la cara—. La justicia es una cosa, pero la venganza no lleva a ninguna parte. Que él esté mal, no hará que te sientas mejor. Tú eres sensible... Me gusta que lo seas.

—Lo que soy es tonta, y ya me he cansado de serlo... ¿Está sola y te invita a patinar con ella? ¡¿Cree que me chupo el dedo o qué?!

—¿A qué ha venido ese gesto raro que te ha hecho con los ojos?

—Será porque ayer le dije que iba a dejarte...

—¿Qué? ¡¿Por qué le dijiste eso?!

«Cálmate, chico, no hay nada que dejar, lo vuestro es una farsa. No es real», me dice una voz. Pero me sorprendo, desesperado, deseando que lo sea.

—Madison está triste porque me ve feliz contigo. Por eso le dije que no duraríamos. Le expliqué que, por muy enamorado que estés de mí, no puedes darme la estabilidad que necesito, porque tú no eres de los que se casan y tienen hijos. Solo eres buen sexo.

Esas palabras caen como un jarro de agua helada sobre mi cabeza. Puede que sea un casanova, pero yo nunca he dicho que esté cerrado al amor.

—Y eso es justo lo que Madi quiere. Solo diversión. En eso sois iguales... Anoche llegó a decirme que yo sería más feliz con Dylan y ella contigo. ¡¿Te lo puedes creer?!

Me cuesta contestar con el nudo que tengo en el estómago ahora mismo. ¿Ahora somos iguales en algo?

—Quizá tenga razón... —digo dolido.

Ella me mira alarmada.

—Tú quieres un Dylan... Estuviste a punto de casarte con él.

—Porque pensaba que era de otra manera.

—Pero es el tipo de hombre que te gusta. El que más te pega. Tú nunca te interesarías por un tío como yo, ¿no es cierto?

—Tú no eres lo que pareces, Andrew...

—¿Y qué parezco?

Ella me observa y parece pensárselo a fondo.

—Un rompecorazones... —dice con valentía—. Eso pareces.

—Los tíos como Dylan también rompen corazones, ¿recuerdas? Yo al menos no engaño a nadie...

—Sí que engañas, Andrew. —Alzo las cejas ante el comentario—. Pareces solo eso, un tío morboso que no quiere compromisos y que no promete nada, pero luego te preocupas por mí, me ayudas a salir de mi mierda, me regalas este anillo, me invitas a cenar a un sitio espectacular, pagas a un grupo solo por verme sonreír... y... y todo eso me hace sentir que... que estoy en deuda contigo... y que...

—Tranquila —la interrumpo más molesto que nunca—. No me debes nada. Ya me lo he cobrado todo en carne...

Me voy porque no quiero ver su cara de dolor. O quizá porque no quiero que vea la mía. Esto se está yendo de madre.

¡¿Acaba de acusarme de... esforzarme por enamorarla?!

¡Yo solo hago lo que creo que tengo que hacer! Lo siento si hace que su corazón bombee frenético. ¡Es como una maldición! Un tío guapo, no puede ser amable, porque entonces, ya es el más cabrón del mundo si no te baja la luna. ¡Es injusto!

Me he despertado tan feliz como de costumbre después de una noche de buen sexo, pero rasco un poco en mi interior y resulta que ha sido mucho más que eso.

Tengo que irme de aquí. No puedo permitir que me afecte. Pero debo terminar el trabajo. El que le prometí hacer a cambio de renunciar a la competición en Madlok. Voy a reventar esa boda y a seguir con mi vida. Madison está a punto de caramelo, y mañana, cuando vuelva Dylan, todo acabará.

Me voy a dar una vuelta por el pueblo y pierdo la noción del tiempo. Cuando me ruge el estómago veo que son las cuatro y termino en la caseta de mis bocadillos favoritos. Pura casualidad... Nataly no me ha llamado ni escrito nada, ¿pensará que me he ido?

Supongo que habrá visto que mis cosas siguen allí. Ojalá las hubiera cogido... podría subirme al bus y no mirar atrás. Pero luego recuerdo que yo no soy de los que dejan nada a medias. O no quiero serlo.

Al final, vuelvo a la mansión en busca de Madison. La encuentro en el sofá viendo la tele y le propongo ir a patinar.

—¿Avisamos a Nataly?

—Mejor no... —respondo apocado. Ella no lo discute. Solo sonríe y anuncia que va a cambiarse de ropa.

Espero fuera de la casa más tiempo del que quisiera y veo que no queda rastro de lo del *catering*. El lugar va tomando forma para la boda, pero me parece tan inútil que aparto la mirada, aunque admito que ha quedado bonito.

—¡Estoy lista! —canturrea Madison con una coleta alta, unas orejeras de pelo rosa y con unas mallas elásticas que le hacen una figura increíble. Su plumas es corto y abultado, de color rosa claro.

—Vámonos ya...

—Gracias por acompañarme, Andrew, eres todo un caballero.

La miro aburrido.

—Corta el rollo, Madison, estamos solos. No tienes que decir esas chorradas... Suena muy falso. Y pareces medio tonta. ¿Te gusta parecerlo?

—Solo intento ser agradable. Tan agradable como la buena de Nataly...

La miro extrañado.

—Nataly no suena así.

—¡¿Que no?! «Hola, soy perfecta, siempre hago todo bien. Queredme, por favor» —la imita

con voz repipi.

—Pues te sale bastante bien.

Ella se ríe de forma genuina. No la he escuchado reírse así en todos estos días. Es como si fuera otra persona.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? ¿Habéis discutido? —indaga.

—Algo así...

—Es una esnob. Aquí todos lo son. No sé qué buscas en ella... ¡Puedes tener a la chica que quieras, Andrew!

—Yo no busco nada. Trabajamos juntos y el roce hace el cariño. Empezamos a liarnos de vez en cuando y ahora no puedo quitármela de la cabeza... —confieso como si hablara con un amigo de verdad.

—Te has enamorado —certifica ella—. No hay otra explicación.

Esa explicación no me sirve. La gente no se enamora tan rápido. Me raya mucho sentirme así. No es normal en mí. Aunque la chica sea un diez, nunca me había asaltado este... fervor. Y Nataly no es perfecta, solo es... Nataly.

—Considérate afortunado —dice Madison—. No es nada fácil enamorarse para la gente como nosotros.

La miro alucinado. No doy crédito a cómo cambia cuando hablo con ella a solas. Casi me siento... comprendido.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que el amor es poderoso. Nosotros lo sabemos bien. A diario la gente pierde la cabeza por nosotros y nos aterra caer en la misma trampa. Sentimos que no necesitamos amar, nos basta con dejarnos querer.

Freno en seco.

—A mí no me basta con eso. Hay mucha gente que no me quiere, te lo aseguro.

—No será tanta... y seguramente, sean las personas más importantes de tu vida.

—¿Por qué no eres así todo el tiempo, Madison? Solo sacas tu verdadero yo cuando estamos a solas.

—Porque no merece la pena.

—¿Y por qué conmigo sí?

—Porque nadie te creerá si lo cuentas —sonríe maliciosa—. Eres demasiado guapo para que te tomen en serio. Hace mucho que aprendí que hay que amar nuestra maldición y sacarle todo el partido posible, porque nadie va a tratarte como otra cosa que no sea lo que pareces...

—Estoy flipando... —digo pasándome una mano por el poco pelo que tengo.

—Nadie es nunca lo que parece —continúa ella—. Casi siempre es peor o todo lo contrario. Dylan parece un buen tipo, confiable, estable, pero es un neurótico. Uno que, por suerte, sé controlar. Nataly puede parecer perfecta, porque todo se le da bien, pero no saber valorarlo, es un problema grave de autoestima.

—Tiene un gran trauma contigo —apelo a su conciencia.

—Ella me hizo su enemiga. Decidió juzgarme como mis padres, en vez de apoyarme. Hubiera conseguido lo que hubiera querido con mi ayuda y quizá podría ser yo misma, en vez de hacer todo lo posible por ridiculizarla en su afán de hundirme.

—¡Te follaste a su novio!

—Cualquier tío que se preste a eso, no es bueno para ella. Tú pasaste la prueba. Al idiota de Dylan se le fue la pinza pidiéndome matrimonio, pero luego me acomodé con él y... me di cuenta

que era mucho mejor que cualquier tío con el que hubiera estado antes. Mis gustos para los hombres no son los mejores... He estado con maltratadores, celosos patológicos, ex convictos, drogadictos encubiertos bajo un traje caro... No atino con ninguno. Y a fin de cuentas, Dylan no es tan malo.

—¡Joder, Madison...!

—Tú eres un buen tío, Drew. Y quiero ayudarte con mi hermana.

—¿Ayudarme a qué? —pregunto patidifuso.

—¡A conquistarla! Me ha dicho que va a darte la patada... Y cuando eso pase, ¿qué harás? ¿Crees que podrás volver a ser el *fucker* de siempre? Olvídalo, chaval... ¡Estás jodido!

—¿Qué propones?

—Darle celos conmigo.

—Le he dicho que me pareces insoportable...

—¡¿Eso le has dicho?! —Ríe divertida, aunque algo dolida.

—Pero hablaba de la otra Madison, no de ti.

—Ya, bueno, a mí también me cae mal esa otra Madison... Pero soy así en defensa propia.

¿Qué significa todo esto? Lo único que quiero decirle es que tiene que hablar con su hermana tal y como está hablando conmigo ahora.

—Haremos lo siguiente —continúa ajena a mis pensamientos—. Actuarás como si te hubieras dado cuenta de que tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Y no es tan descabellado pensarlo, somos muy parecidos. Me apuesto lo que quieras a que te haces el tonto muchísimas veces, ¿a que sí?

No sé qué pensar de esta conversación. ¡Madison podría ser genial si quisiera! No le doy más vueltas porque llegamos a la pista de hielo y nos dirigimos al mostrador para alquilar los patines.

En cuanto nos los ponemos, saltamos a la pista. Hacía años que no patinaba sobre hielo. Ella parece dominarlo a la perfección, yo soy como un pato mareado.

Durante un rato me divierto sin pensar en nada ni en nadie. Es agradable estar con la Madison normal, aunque sigo sin entender muchas cosas de ella. Ojalá pudiera tener una conversación de este calado con Nataly. ¡Si supiera que se siente así, podría ayudarla! Deberían ir juntas a terapia, sus vidas pegarían un cambio radical.

Nos reímos mucho y me coge de la mano para que no me quede atrás. No sabía que era tan panoli para esto. Lo único que le falla a este momento es que Madison no es Nataly...

—¿De verdad eres así o esto solo es un filtro y en realidad eres mucho peor, Madi?

Ella sonríe de verdad.

—¡Aprendes rápido, Andrew Norton! Ahí está Nataly. Disimula.

¿Cómo que disimule? ¡Me van a volver loco entre las dos!





22
Como en casa en ningún sitio

«Mira la parejita feliz», pienso de mala leche al verlos.

Mi cabreo va aumentando exponencialmente.

«Seguro que ya están enamorados...».

¡Perfecto! Así podrán darle la patada a Dylan y casarse ellos el sábado en el jardín...

Resoplo disgustada mientras me ato los malditos patines. ¿Qué pasaría si empujara a Madison y se rompiera una pierna?

Andrew sonríe feliz. ¡Y yo preocupándome porque lleva todo el día desaparecido! No sabía dónde había comido y si seguía aquí, pero hubiese preferido que se hubiera ido a la Conchinchina antes que verlo patinando con ella.

¡Y el muy gilipollas me dice que se lo ha cobrado en carne!

¡No sabía que salía tan cara!

Salto a la pista como una auténtica *pro* y los alcanzo patinando con rapidez. Mi hermana y yo hemos patinado toda la vida. Se nos da bien, hasta hacíamos piruetas de muchos tipos juntas.

—¡Hola, Nataly! —saluda Madison colocada de felicidad—. No queríamos despertarte de la siesta. ¿Has dormido bien?

—Uy, síii... Estoy superdescansada.

—Me alegro.

—Tan descansada que podríamos hacer el número especial de cuando éramos pequeñas. ¿Te acuerdas?

—¿Qué número? —pregunta Drew.

—Ay, Andrew quiere verlo. ¡Vamos!

—¡Espera! —grita Madison asustada cuando la agarro. Pero ya es tarde porque he empezado a patinar a toda velocidad, dejando atrás a Drew, y ella no tiene más remedio que seguirme si no quiere caerse de morros.

—¡Nataly, para, hace mucho que no lo hacemos!

—¡Va a salir bien! ¡Tú concéntrate!

—¡Nataly, nooo!

—¿Qué pasa, Madi? ¿De pronto no eres tan atrevida? —digo pasiva agresiva alcanzando una velocidad que a la gente le sorprende tanto que nos abre paso—. Esto es por citarle en la despensa para follártelo a días de casarte...

La giro con fuerza sobre sí misma, como si fuera una peonza humana, y Madison intenta mantener la posición para no matarse, girando tan rápido que apenas se ve un borrón. Los gritos de admiración de la gente no se hacen esperar. Pero lo difícil de este truco no es dejarte llevar por la inercia del momento angular, sino lograr disminuir la velocidad para no parar de golpe y provocar que todos tus órganos y huesos cambien de lugar... Si no...

¡¡PUM!!

Madison cae al suelo y se queda como una cucaracha aplastada. Ya está un poco más cerca del infierno al que pertenece...

—¡Madi! —Andrew se lanza sobre ella, preocupado—. ¡¿Estás bien?! ¡¿Te duele algo?! ¡¿Puedes levantarte?!

—Claro que puede, se ha caído mil veces así...

—¡Cuando tenía quince años y mis huesos eran de goma, no ahora! —se queja la susodicha.

—Esto es como andar en bicicleta, no se olvida. —Me cruzo de brazos sacando el culo.

Andrew me mira decepcionado.

—Te has pasado, Nataly...

—¿Que me he pasado? ¿Y dónde está esa raya imaginaria, muy por encima de robarme el novio una vez y querer robarme al nuevo a solo tres días de tu boda? Lo tuyo no tiene nombre, hermana...

—¡Solo estábamos patinando!

—¡De ahí a encontraros tras los árboles de la iglesia hay un pelo de gamba, que nos conocemos! Estoy harta de que solo seas feliz cuando yo soy una desgraciada...

—Creo que me he roto la muñeca —le comunica Madison a Andrew. Victimizarse es su pasatiempo favorito...

—¿Dónde están las urgencias más cercanas? —pregunta Drew.

—En Chippenham, a quince minutos —respondo.

—Vamos... —masculla Andrew ignorándome y escoltando a Madison hasta la salida de la pista.

La gente me mira como si yo fuera la peor persona de la Tierra y mi hermana una santa beata.

Nota mental: hay que ser mala sin que se note la premeditación.

—Siempre lo hacíamos de pequeñas y él quería verlo... —me excuso.

—¿Vienes o no? —berrea Andrew sin girar del todo la cabeza.

Los sigo agachando las orejas. Yo no sirvo para esto.

Me mantengo callada durante todo el trayecto en coche. Andrew le hace preguntas personales a mi hermana y ella le cuenta su peliaguda trayectoria en Bellas Artes, saltando de un cursillo a otro y sin terminar ninguno. ¿Para qué? Si mis padres le dan lo suficiente para vivir.

—Pintar me relaja mucho —le cuenta ella como si fuera una artista.

Pongo los ojos en blanco. «Claro, Madi, tu vida es TAAAN estresante...».

—Pero me cansé de que no tuviera salidas y he trabajado aquí y allá, en bares, tiendas de ropa, ya sabes...

—¿Vives en Londres?

—Sí, casi siempre con amigas o con algún novio. Castle Combe es muy bonito, pero aquí me aburría como una ostra. Sobre todo cuando Nataly se fue a estudiar cocina y estuve tres años aquí sola mientras iba al instituto.

«Tirándose a todo ser vivo a veinte kilómetros a la redonda».

—¿Y tú, Drew, estudiaste repostería como Nataly?

—No. Primero empecé Derecho, como mi hermano, pero no me gustaba y lo dejé. Hice algún trabajo como modelo de catálogo y me interesé por el *marketing*. Hice un máster y me iba bien como *freelance* hasta que entré a trabajar en Madlok.

—¿Por qué elegiste Madlok?

Los ojos de Andrew me buscan por el retrovisor. Si ella supiera...

—Vi una oferta temporal y la cogí al vuelo. Es una gran multinacional y puedes aprender mucho dentro...

—Ahora está a punto de ser director de *marketing* —participo por primera vez—, pero el puesto le ha salido un poco caro...

Volvemos a mirarnos por el retrovisor y Madi caza que estamos lanzándonos pullas encubiertas.

—¿Cómo es que trabajáis juntos si tú no sabes nada de marketing, Nataly? Yo creía que tú trabajabas en la fábrica de pastelitos echando azúcar y harina a la máquina o supervisando el horneado.

Mi hermana se gira hacia mí, queriendo averiguar detalles que después usará en mi contra. No, gracias.

—Vi una ofertita temporal y la cogí al vuelo... —imito la respuesta de Drew con retintín.

—Me interesa saberlo, ¿cómo pudieron contratarte? Si no tienes estudios ni experiencia en marketing...

—Sí, Nataly... ¿qué tuviste que hacer para que te contrataran? —pregunta Andrew malicioso mirándome por el retrovisor.

—Solo les demostré que el primer paso para vender un producto es conocerlo a fondo. Les gustó mi currículum y les mostré un estudio de mercado previo de la competencia que les pareció muy útil e interesante.

—Nataly es la mejor del departamento —musita Andrew sin mirarme esta vez.

—Entonces, ¿por qué no vas a ser tú la directora?

«¡Por tu culpa, una vez más!», me gustaría gritar. Pero me cruzo de brazos y me quedo callada. Se acabó la cháchara. Madison es peligrosa. Siempre lo ha sido. Si tan solo usara toda su capacidad para el bien... Ella sí habría sido una buena abogada. ¡Del diablo!

Cuando llegamos al hospital, tardan un rato en atenderla y me siento en un sitio apartada de ellos, pero en cuanto se la llevan, Andrew se queda de pie delante de mí y empieza a hablar.

—Podía haberse hecho mucho daño, Nataly...

—Mala hierba, nunca muere.

—No sé qué te pasa, pero déjalo ya. Este no es el camino.

—Quiero que te vayas, Andrew —digo de pronto.

No le miro porque no puedo. Estoy tan cabreada... Pero tiene razón en que he perdido el Norte, ¡por su culpa! Ahora mismo, prefiero no tenerle a que lo tenga ella, así de sencillo. Prefiero que Madison se case con Dylan a que le coja la maldita mano a Andrew.

El aludido se sienta a mi lado y me remuevo inquieta.

«Él no hace nada...». ¡Qué va, solo existir y oler bien!

—No mientas, Nat... Tú no quieres que me vaya...

—Te equivocas. Ya no te necesito. La boda me da igual. Allá ellos...

—Quiero terminar lo que he empezado, ese era el trato.

—No te preocupes, el puesto de dirección será tuyo igualmente. Ya has hecho más que suficiente para ganártelo...

—¡Joder, Nataly...! ¡¿Qué coño te pasa hoy?! ¿Es porque ayer nos acostamos?

—No.

—¡Pensaba que íbamos a ser amigos!

—¡Eso quería! ¡Hasta que me has hecho sentir como un trozo de carne!

—¡¿Yo a ti?! ¡Eres tú la que ha dicho que solo soy buen sexo! ¡A eso me reduces, ¿no?!

—¡No! ¡Eso es lo que le he dicho a Madison! Tú para mí eres...

—¿Un rompecorazones que te hace sentir que le debes algo? —dice con inquina.

—Dios, Andrew... —Me tapo la cara con las manos—. No quería que sonara así. ¡Tú mismo lo dijiste! Me he pasado la vida haciendo cosas por los demás para que me quieran... y cuando eres amable conmigo me obligas a...

La palabra «quererte» se queda en el aire, pero soy consciente de que en este momento es impronunciable. ¡Hace una semana le estaba echando de mi mesa!

—¿Apreciarme? —termina por mí.

—Sí... apreciarte mucho... muchísimo...

—¿Y qué tiene eso de malo? —musita con suavidad—. Quizá hago todas esas cosas porque yo también necesito que me aprecien por algo más que por mi físico. Soy más que eso, ¿sabes?

—¡¿Crees que no lo sé?! ¡Ojalá fueras solo eso! ¡Sería todo más fácil!

Cada palabra que digo me condena más y más. Y Andrew es listo...

—¿Qué sería más fácil? —pregunta más cerca de mi cara.

A la mierda. Hay situaciones en las que solo puede salvarte la verdad.

—Soportar las ganas que tengo de besarte...

Me coge la cara y encaja mi boca con la suya sin permiso. Todo a mi alrededor desaparece para centrarme solo en las caricias de sus labios. He pasado todo el día pensando que jamás volvería a sentir esto. Y cuando he visto por la ventana que se iban juntos a patinar, he creído morir.

—Dijimos que solo una noche... —musito en su boca.

—Me importa una mierda. —Vuelve a besarme con rudeza.

Sus labios me trasladan por momentos a otra dimensión, pero no puedo olvidar dónde estamos y por culpa de quién.

—Podía haberla matado, estoy fatal... —Sigo devorándole.

—No seas dramática... —Atrapa mis labios con fruición y seguimos a lametazo limpio. De pronto, me viene un *flash*.

—¿Ha intentado algo contigo? —pregunto poniéndole una mano en el pecho para que me conteste.

—No. Estábamos en un lugar público. Solo hemos hablado.

—¿De qué?

—De ti. Me ha preguntado si habíamos discutido y le he dicho que sí.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que iba a ayudarme a recuperarte poniéndote celosa.

—Joder... Otro de sus truquitos, seguro.

—Me sorprende lo distinta que es Madison a solas y en público.

—Lo sé, pero ¡la auténtica es la de en público! A solas te come la cabeza a las mil maravillas. Lo hace con todo el mundo. No te dejes engañar, por favor... Tú no... Al final va a conseguir que me largue y no vuelva nunca más. No quiero tener nada que ver con ella...

—Nataly... Yo creo que podríais arreglar vuestras diferencias. Si la escucharas, en vez de juzgarla...

—Dios mío... —Me pongo una mano en el pecho—. ¡Ha estado contigo cinco minutos, y ya estás de su parte! —Lo miro horrorizada—. Vale, ya está, me rindo. Se acabó... —Me levanto y camino hacia el exterior porque me falta el aire. No puedo creer que ya lo tenga en sus garras. Que lo haya alienado con su verborrea barata de una forma tan fácil. ¡No ha hecho falta ni que le toque!

Salgo a la noche con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

«Tranquila, Nataly, tú puedes con esto».

—¡Nataly...! —grita Andrew y viene corriendo hacia mí—. Perdóname, por favor... Tienes razón. ¡Sé que la tienes! Es una sociópata de manual... Una manipuladora nata, mentirosa, sin pizca de remordimientos ni culpabilidad. Por un momento me ha convencido, pero yo sé quién eres... y estoy de tu lado.

Me abrazo a él y lloro todavía más fuerte aferrada a su chaqueta.

—Lo siento mucho... —repite juntando su frente con la mía cuando me tranquilizo. Cierro los ojos y una idea se fragua en mente. Casi una necesidad.

—Quiero que esta noche nos quedemos en el hotel Manor House, en la mejor habitación que tengan. Déjame invitarte... Ayer Madison nos interrumpió y hoy seguro que encuentra la forma de repetirlo. Quiero pasar una noche contigo lejos de ella. Quiero pedir unos sándwiches al servicio de habitaciones y darme un baño relajante juntos en su bañera gigante. No quiero pensar más en ella en lo que queda de noche. ¿Te parece bien?

—Hecho. —Me besa despacio.

El trayecto de vuelta es muy distinto. Sigo callada, imaginando la noche que me espera. Sus ojos me atrapan a través del retrovisor pensando lo mismo que yo, mientras Madison parlotea sobre lo mucho que le duele la muñeca. Al final, solo ha sido una contusión, no tiene nada roto, más que el cerebro...

Cuando llegamos a casa, no damos pistas de nuestros planes. Cogemos lo necesario en una mochila pequeña y algo de ropa limpia para mañana, y nos despedimos con un simple «Ya volveremos».

—¿A dónde vais? —pregunta Madison intrigada.

—Aún no lo sé. Es una sorpresa de Andrew —digo sin más.

Tan solo veinte minutos después estamos en una *suite* preciosa de Manor House, metidos en una bañera enorme enrocada en una pared de piedra con velas alrededor.

—Esto es vida —musita Andrew en mi oído. Su voz se mezcla con el vapor de la habitación y sonrío complacida, apoyada en su pecho.

—Solo una cosa podría mejorarlo...

Me giro y dejo que su boca encuentre la mía con suavidad. Creo que capta que hoy no quiero sexo sucio, sino que me haga el amor con ternura. Pero conociéndole, no sé si eso será posible. La tranquilidad que se respira escuchando solo el sonido del agua cada vez que nos movemos (aparte de la de estar lejos de ella) no está pagada.

Nuestras manos se entrelazan mojadas y Andrew agarra mi dedo con el anillo para fijarse en detalle.

—Te veía en el trabajo y no sabía nada de ti... —dice de pronto—. La historia de tu familia es impresionante y no entiendo qué haces trabajando en MadLok. ¿Tienes pensado lo que harás cuando... lo heredes todo? No puedes dejar que algo así se pierda.

—Lo tengo todo pensado, de hecho, hice un plan de viabilidad hace dos años, pero mis padres no quieren ni oír hablar de modernizar el negocio y yo tampoco quiero desperdiciar mi vida. Aún son jóvenes y espero que vivan mucho tiempo...

—¿Dónde está ese plan de viabilidad?

—En algún cajón de mi habitación... Obsoleto, con toda seguridad. Les dije que si no querían ampliar nada en Castle Combe para no romper la armonía del pueblo, podíamos expandirnos abriendo una sucursal en Londres, pero tampoco quieren y yo no tengo dinero para hacerlo.

—¿Y por qué no abres tú otra pastelería por tu cuenta y los vas convenciendo poco a poco?

—Lo he pensado... Es mi plan B. Estoy ahorrando para ello.

—Seguro que te iría genial... —Me besa la sien—. Tienes un don, Nataly.

Sonrío encantada y me agarro más a sus brazos.

—Tú también tienes tus dones... —musito embelesada—. Y no me refiero al sexo, sino a volverme loca a todos los niveles.

Nos besamos durante tanto rato y de tantas formas distintas que perdemos la noción del tiempo.

Cuando estamos arrugados como pasas, salimos del agua y pedimos la cena. Hemos estado a punto de ir a más, pero nunca me ha gustado hacerlo en el agua. La lubricación pasa desapercibida y sentir esa reacción incontrolable de mi cuerpo, como si estuviera llorando por sentirle dentro, es lo que más cachonda me pone del sexo.

No nos hemos traído pijama, ¿para qué?, y estando desnudos, pronto rodamos juntos por el colchón comiéndonos a besos. No sabía que pudiera ponerme tanto solo el contacto de su piel. No le hace falta tocarme directamente en ningún sitio para sentir que estoy empapada solo de rozar nuestras lenguas sin descanso como si pensáramos que fuera la última vez. A mí tampoco me hace falta comprobar lo duro que está, porque noto su erección pegada a mi cuerpo junto al poderío de sus músculos.

Le dedica su tiempo a lamerme los pechos como si intentara sacar algo de ellos, y como no pare ya, creo que va a conseguirlo.

Cuando ya tengo la sensación de que mi excitación va a bajar por mi muslo de un momento a otro, se abre paso entre mis piernas y consigue que nuestros cuerpos conecten por pura necesidad.

Gimo profundamente cuando se sumerge en mí. Me encantaría saber lo que siente cuando coloca sus codos a cada lado de mi cabeza y se desliza dentro de mí, sin prisa pero sin pausa, de una forma embriagadora.

No podemos dejar de mirarnos como si juntos fuésemos algo único.

—No sé por qué no habíamos hecho esto antes... —dice impresionado.

—Porque yo no era tu tipo ni tú el mío —jadeo excitada.

—Pues parece que estás hecha para mí... ¿Lo sientes?

—Sí... —jadeo cuando se esfuerza más en llegar hasta un punto muy profundo en mi interior. Hasta mi alma. Y lo consigue.

Toco el cielo con las manos cuando llegamos al clímax juntos respirando el uno en la boca del otro.

Es como un sueño hecho realidad.

Mejor que una mañana de Navidad. Y para que yo diga eso...

Ahora tengo miedo porque no sé cómo decirle que no quiero que esto termine cuando volvamos a Londres.

Temo el día que ya no quiera estar más conmigo, porque yo ya estoy total e irremediablemente enamorada de él.





23
Family Man

Con la reserva de la habitación regalaban el desayuno y aprovechamos para ponernos las botas y recuperar energías.

Ha sido una noche intensa. Me he aprendido cada lunar de su precioso cuerpo, cada mota de sus ojos, cada latido de su corazón. Y creo que también me he vuelto un moñas que pasa del sexo oral y termina flipando con un misionero... ¡¿Dónde se ha visto eso?!

Naty dice que Madison es peligrosa, pero ella también lo es, porque estoy agilipollado. Debe venir de familia...

Sobre las once de la mañana aparecemos en la mansión Evans y resulta que Dylan ha vuelto de la ciudad. La cara que trae no es buena y en la de Madison reina un puchero perpetuo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Nataly al verles, y siento que nuestra burbuja de algodón de azúcar acaba de romperse.

—Me ha sido imposible encontrar otra banda con tan poco tiempo de antelación. ¡Todo el mundo tiene algo programado para este fin de semana!

—¡¿Qué vamos a hacer?! ¡¿Poner un maldito DJ?! —se queja Madi—. ¡Quería música en directo!

—Habrá que adaptarse a lo que haya —dice Dylan frustrado.

—¡Yo a lo pobre no me caso! —salta de repente Madison.

—¡No podemos hacer otra cosa, la boda es dentro de dos días!

—¡Pues soluciónalo!

—¡Es demasiado tarde!

—Yo conozco a alguien —digo de pronto deteniendo la discusión. Todos se giran hacia mí.

—¿A quién? —pregunta Madison interesada.

—Mi hermano toca en un grupo. Podría preguntarle.

—¿Son buenos?

—Se defienden... Han participado en alguna boda, pero esporádicamente, ellos tocan por hobby. Pero no lo hacen mal.

—Llámales, a ver si están disponibles —dice Dylan—. Por favor... —musita bajando la cabeza —. Diles que les pagaremos dos mil libras.

Me alejo de ellos y busco su contacto. Kyle contesta enseguida:

—¡Hola, *bro*! ¿Cómo vas? ¿Aún no se te ha caído la picha?

—Sí, de tanto usarla, gilipollas...

—¡Ese es mi hermano!

—Oye, Kyle, necesito un favor.

—¡¿Otro?! ¿Pero quién te crees que soy, una ONG?

—El sábado se casa la hermana de Nataly y se han quedado sin músicos. ¿Podríais venir los

chicos y tú? Os pagarían dos mil.

—¡¿Dos mil?! ¡Esta semana voy a hacerme rico!

—Entonces, ¿podéis?

—Voy a llamarles. No creo que digan que no.

—De acuerdo. Contrataré a alguien para que vaya a casa de papá mientras tú no estás.

—¿Hace falta? Yo creo que estará bien...

—No hay discusión sobre eso. Vuelve a llamarme en cuanto lo sepas, por favor.

Regreso al salón y la crisis familiar continúa donde la dejé.

—Enseguida me dirán algo, pero es muy posible que puedan venir.

—¡Ojalá! —exclama Madison como si la música del evento fuera a definir la felicidad de su matrimonio.

—Hay otro problema... —dice su padre de pronto—. Anuncian una tormenta de nieve para esta noche... No sé cómo amaneceremos mañana. Hay que protegerlo todo bien y tener a mano las palas y el quitanieves.

—¡Maldita sea! ¡¿Qué más puede salir mal?! —exclama Madison harta—. ¡Esta boda está condenada!

—No digas eso... —masculla Dylan—. No llames a la mala suerte.

—¡Si ya está aquí, echándonos las largas!

—¡¿Por qué estás de tan mal humor?!

«Será por el lustre post-orgásmico con el que ha aparecido su hermana esta mañana», pienso mirando a Nataly arrobado.

—No os preocupéis, todo se solucionará —dice como la buena *wedding planner* que es. Le toco el culo porque me parece un amor y esos dos no se merecen ese comentario de apoyo.

—Ahora tenemos que ir a la prueba de vestuario —anuncia Nataly.

La miro horrorizado. ¡¿Qué he hecho para merecer eso?!

—Oye.... —susurro en su oído—. ¿Yo puedo librarme de ir? Podría quedarme jugando al *ping-pong* con Brise y Ben, hace mucho que no hablo con ellos y quiero saber qué andan tramando...

—No puedes, cielo, tienes que venir. Necesitas un traje. Les he dicho que traigan algunos para ti, pero no estaba segura de tu talla.

—¿Seguro que lo necesito? —murmuro en su oreja apelando a la inminente destrucción de la boda y a que me prefiere desnudo.

—Todo está en el aire, Drew. No sabemos lo que va a pasar.

Eso es muy cierto. ¿Qué pasará con nosotros cuando la boda o la no-boda termine? Es la verdadera pregunta del millón.

¿Cómo me sentiré si seguimos juntos? ¿Hasta cuándo durará el fuego que siento por ella? ¿Lo soportaré o me calcinará vivo?

Me avergüenza admitir que mi generación ha crecido bajo el lema de «Quien se enamora, pierde». Por un lado, nuestro instinto nos impulsa a estrechar vínculos con los demás, pero al mismo tiempo, deseamos mantenerlos lo suficientemente flojos para poder deshacerlos con rapidez cuando las cosas se tuercen y así sufrir lo menos posible.

Es el infierno de las relaciones líquidas. El miedo a atarnos a alguien y a sentir una dependencia insana. Miedo al compromiso y a definir tu estado sentimental. Gracias, Facebook...

Mi teléfono suena y les hago un gesto de pulgar arriba a todos cuando mi hermano me dice que asistirán a la boda.

—Estoy deseando conocer a tu pibita... —dice Kyle con sorna.

—De acuerdo, nos vemos —ignoro el comentario, pero lo oigo reírse antes de colgar. No había caído en las consecuencias de que mi hermano aparezca por aquí... me da *cringe* solo de pensarlo.

«Joder... ¡ya empiezo a hablar como mi hermano Tommy!».

La tienda de alta costura donde se realiza la prueba de vestuario resulta ser la casa privada de la única mujer del pueblo que tiene una máquina de coser decente.

Nataly y su madre permanecen en la habitación principal mientras Madison se prueba su vestido de novia. Dylan y yo nos quedamos en un salón que hace las veces de sala de espera. Por algo no quería venir...

—Madison me ha contado que ayer la llevaste a urgencias —comienza Dylan—. Bueno, me ha contado que Nataly y tú discutisteis. Nosotros nunca lo hacíamos...

Frunzo el ceño. ¿Qué me quiere decir con eso?

—Y... ¿no cuentas como discusión que te sorprendiera teniendo sexo con su hermana?

—No, ni siquiera ahí se enfadó conmigo. Le gritó a Madison. A mí solo me miró llorosa, como si fuera una víctima de ella.

—La única víctima fue Nataly.

—Nunca quise hacerle daño. Y no quiero que tú se lo hagas.

Lo miro alucinado. Sé de alguien que va a llegar a su boda con la nariz rota como no se calle...

—Descuida, cuando discutimos, se lo recompenso con creces... Nuestras reconciliaciones son la rehostia.

—¿Por qué no quieres casarte? —me pregunta de pronto.

Abro mucho los ojos. Primero, ¿de dónde ha sacado eso? Segundo, ¿a él qué coño le importa?

—Porque no creo que sea necesario firmar un papel para demostrar un «te quiero». No me gusta toda la parafernalia que lo envuelve. Ni probarme trajes ni elegir flores... Una gran boda no significa que el amor sea mejor, más real o más fuerte.

—Ya, pero los Evans son muy tradicionales, y si no vas a poder hacerla feliz, lo mejor es que la dejes ya...

—Tú también estás a tiempo de dejar a Madison. Creo que te precipitaste al pedirle matrimonio. No tenéis nada en común.

—Todos somos parecidos... Nataly parece muy contenta ahora, pero conmigo también lo estaba. Y gemía igual de fuerte.

Aprieto los dientes al escuchar lo último. Solo imaginarlos juntos me provoca náuseas.

—Será mejor que te preocupes de tus asuntos, Dylan...

—Me preocupo por Naty, ya ha sufrido suficiente...

La puerta se abre y Dylan y yo nos levantamos al momento.

—Ya hemos terminado. Van a estar preciosas las dos —comenta la madre de las chicas.

—Y tú seguro que también, Rosaline —añade Dylan pelota.

—Entra tú ahora, Dylan, Nataly te ayudará. Yo me voy a casa andando, tengo cosas que hacer.

—Adiós, mamá —la despide Madison, feliz de que nos quedamos solos.

Nataly y yo nos miramos sabiendo que este es un momento crucial. No le gusta que me quede a solas con Madison, pero a mí tampoco me hace gracia que lo esté con su ex, que se ha declarado su salvador y no perderá oportunidad para recordarle que no le convengo...

La puerta se cierra con nuestras miradas preocupadas enganchadas.

—Gracias por llamar a tu hermano para cubrir la música —comienza afable Madison.

«Recuerda: es un lobo con piel de cordero».

—De nada...

—No puedo esperar para verte con traje —flirtea—. No dejes que te ponga corbata y lucha por ir con la camisa abierta para que se te vean los tatuajes.

Me muerdo los labios. Dicen que los psicópatas son muy convincentes; nunca lo había experimentado hasta ahora.

—¿De verdad quieres casarte, Madison? ¿Lo ves necesario?

—Lo hago por él. Es su deseo.

—¿Y qué pasa con lo que deseas tú?

—Dímelo tú... ¿Qué pasa con eso? —dice seductora.

—No va a pasar nada entre nosotros —advierto—. Pero si estás tan dispuesta, no deberías casarte. Busca tu felicidad.

Ella sonríe condescendiente.

—No tengo prisa por encontrarla. ¿Crees que tú eres feliz? Castle Combe confunde mucho a la gente... Pero cuando vuelvas a la vida real de Londres serás consciente de que el hechizo con Nataly ha desaparecido y cuando recibas mi llamada, la cogerás.

—Realmente Nataly no te importa una mierda, ¿no? —digo con desprecio—. Yo tengo hermanos y no con todos me llevo bien, pero lo tuyo es pasarse de la raya...

—Mi finalidad no es fastidiarla. No tiene ni por qué enterarse de que hemos estado juntos.

—Entonces el problema es tuyo, que necesitas conquistar todo lo que es suyo por pura envidia.

—No es envidia. Ella me ha despreciado toda mi vida, yo solo trato de demostrarle que la aberración de su hermana es tan capaz como ella de conseguir las cosas.

Al oírla, me recuerdo a mí mismo hablando de Tommy y decido que tengo que cambiar de actitud y hacer las cosas por mí, no por él. ¿Qué quiero yo? ¿Qué me hace feliz a mí? Hace mucho que no me lo pregunto.

—¿Sabes, Mad? Analizas bien a los demás, pero no te das cuenta de tus propias carencias. Típico de los sociópatas... La imagen que tienes de ti misma no tiene nada que ver con la que tenemos los demás. Es bastante penosa.

—En el fondo te atraigo, no lo niegues.

—Podrías ser una chica estupenda, pero estás enferma...

—Todos lo estamos. Al menos yo soy feliz.

—Tú no eres feliz, Madison, si lo fueras, no harías lo que haces.

—Y tú no serás feliz hasta que me la metas.

La puerta se abre y Dylan sale con una cara demasiado satisfecha para mi gusto. Nataly intenta disimular su sonrojo y me dice que entre ya.

—Nosotros nos vamos —acierta a decir Dylan—. Luego nos vemos.

—De acuerdo... —contesta Nataly cortés.

Una vez en la habitación me enseña dos trajes y elijo uno gris oscuro a regañadientes.

—Va a probarse el marengo —le dice a la modista.

Me traen una camisa gris perla y no me la abrocho del todo.

—¿Qué corbata prefieres? —pregunta Nataly enseñándome dos totalmente iguales—. A mí casi me gusta más esta.

—Prefiero no llevar corbata. Son muy agobiantes...

Ella parpadea.

—¿Sabes que cuando seas jefe de departamento tendrás que llevar traje y corbata?

—Hablaré con Recursos Humanos para cambiar eso.

—Y te dirán que si quieres ocupar un puesto de prestigio, tienes que pasar por el aro. Como todos.

—¿Por qué tengo que hacerlo?

—Se llama madurar. Pruébate esta... —Me coloca la corbata alrededor de mi ancho cuello y trata de ajustármela. La acerco a mi cuerpo para impedírselo y sus ojos se estrellan en mi boca.

—A la fiesta de Navidad no llevé corbata y a nadie pareció molestarle.

—Porque saben que eres un rebelde... —Sonríe de medio lado.

—Forma parte de mi encanto. Hay gente que no está hecha para seguir los moldes. Con corbata estaré ridículo, así soy más yo mismo. —Cojo su mano y la adentro en la piel de mi esternón—. ¿Es que no te gusta esto?

—¡Claro que sí! Me parece muy sexi. Pero la mitad de los invitados no te conocen, y si te ven así, solo pensarán que eres un *gigoló* con antecedentes penales.

—¿Y si voy con corbata ya pensarán que soy un hermanito de la caridad? —replico molesto.

—No, pensarán que, por tu estética quizá no es lo que hubieras elegido, pero verán que respetas las normas sociales y te respetarán por ello. La educación y el saber estar no dependen de la forma de vestir, sino de la actitud. Un tatuaje debería ser ornamental, no una declaración de intenciones...

—Quiero besarte —declaro juntando nuestros labios. Ella me acoge con media sonrisa y disfruto el momento. Hasta que recuerdo que...

—¿Qué te ha dicho Dylan? Ha salido con cara rara.

—¿Y a ti Madison? —replica insegura.

—Hemos venido a separarles a ellos y son ellos los que quieren separarnos a nosotros...

Ella sonríe.

—Es paradójico, ¿no crees? —repone.

¡Así que no lo niega! Me voy a cargar a Dylan. Pero si le cuento lo que me ha dicho Madison, sus instintos asesinos también florecerán.

—Te lo dije ayer. —Me besa de nuevo melosa—. Me importa una mierda lo que hagan o dejen de hacer.

Porque ahora me tiene a mí..., pero ¿qué pasará cuando ya no estemos juntos, seguirá sin importarle?

De pronto entiendo que, pase lo que pase, tengo que impedir esa boda, aunque solo sea por justicia divina. Nataly se merece su venganza, no por Dylan, sino por toda una vida. Es importante para todos que Madison pierda esta vez.

Terminamos de coger las medidas y nos vamos a casa. Está empezando a nevar.

Al llegar a la finca nos encontramos a todo el mundo movilizado, pero van como pollo sin cabeza sin orden ni concierto y me maravilla ver cómo Nataly toma el mando.

—¡Brise, Ben, recoged todas las sillas! ¡Papá, Dylan, cubrid la pérgola con ese plástico! ¡Andrew, ayúdame a cubrir los árboles y las estufas de atrás! ¡Y mamá, tú empieza a echar sal, quien termine antes que te ayude!

Nos damos una buena paliza y entramos todos en casa cuando empieza a nevar con más virulencia.

—¡Esto es un desastre natural! —exclama Madison iracunda.

—¿Te refieres a tu pelo o a la tormenta? —la pica Nataly.

Todos nos sentimos mojados ahora que los copos comienzan a derretirse en la ropa y el pelo.

—¡El tuyo no está mejor que el mío, ¿sabes?! —replica infantil.

—La diferencia es que a mí me da igual.

—Las dos estáis preciosas —intercede Dylan. ¿Qué pretende este hombre, montarse un trío?

Madison se marcha humillada escaleras arriba.

—Nataly, ¿qué vas a hacer de comer hoy? —pregunta su madre.

—¿Quieres que nos duchemos y luego te ayudo a preparar algo? —ofrezco sensual en su oído. Me da igual que su madre me oiga.

—No... ¿Sabes qué me apetece? Sentarme frente al fuego un ratito —responde soñadora.

La acompaño y me acurruco junto a ella a los pies del sofá, sintiendo una intimidad que jamás había tenido con ninguna chica. Quizá sea cierto que el encanto de este lugar me está nublando el juicio. Todo es tan especial... El olor a leña, la luz cálida, la alfombra suave, ella apoyada en mi pecho, los calcetines colgando... Hay muchísimos y llevan los nombres de todos bordados a mano. De pronto, me fijo en que hay uno con mi nombre. ¡¿Desde cuándo está ahí?! ¿Cuando lo ha cosido? Las respuestas a esas preguntas son lo de menos, lo importante es que estoy, y que yo sepa, los *bad boys* no tienen calcetín.

Veo que Dylan nos observa con nostalgia y me pregunto si alguna vez ellos estuvieron así. O si fueron juntos a la *suite* de Manor House. A veces siento que estoy adoptando un papel que no me pertenece. Como si fuera un actor invitado a una serie, en la que sabes que el siguiente episodio continuará sin ti.

Por mucho que por momentos sienta que encajamos, Madi tiene razón, mi realidad es otra.



24
Soltero en navidad

Ayer fue un día tan mágico que hoy estoy atontada.

Cuando mi madre nos vio acurrucados frente al fuego, se puso a hacer una crema de verduras por su cuenta para comer y metió unos conejos que le dio la vecina al horno. Caí en la cuenta cuando el olor llegó hasta mi nariz.

—Estabais tan a gusto que no quería molestaros —dijo con ternura. Hacía años que yo no preparaba la comida estando allí—. Id a ducharos, si queréis...

Y mejor no doy detalles de lo que sucedió en esa ducha, pero fue... muy *hot*. Con Andrew siempre lo es. Esa amalgama de músculos no te dan tregua y luego te clava esos ojazos y te besa de una forma que hace que se te olvide hasta tu nombre. Es brusco, pero a la vez tiene gestos inconscientes de lo más encantadores. Es maravilloso... Y por primera vez en mi vida siento que no tengo que hacer nada para mantenerlo a mi lado, todo es natural y sincero. Con él puedo ser yo misma. Una que aún no conocía.

Pero al lío. Eso fue ayer. Hoy es la despedida y llega todo el mundo al pueblo. Promete ser una noche muy loca, sobre todo, por parte de Madison. La noto muy alterada.

Los hombres se han pasado la mañana quitando nieve del jardín y al final ha quedado bastante bien ¡y todo muy blanco! Ha venido un equipo a montar las mesas con su mantelería, la vajilla y las copas y ha quedado tan bonito que me han dado ganas de que alguien se case, me da igual quién. Porque, tal como veo el asunto, no sé si Dylan y Madi terminarán haciéndolo. Después de la conversación que tuve ayer con Dylan en casa de la modista, lo dudo mucho. Si se lo llego a contar a Andrew, probablemente, le habría dado una paliza.

Dylan entró en la habitación de costura más manso que un perro de peluche. Cuando se cambió de ropa me di la vuelta para dejarle intimidad.

—No hace falta que te gires. Me has visto cambiarme mil veces...

—Ya no somos pareja.

—No me lo recuerdes...

Lo miré confusa. ¿Qué significaba eso? ¿Quería volver conmigo?

—Madison estaba preciosa —comenté para nivelar mi presión sanguínea.

—Me lo creo. Pero seguro que tú también. Estos días tienes un brillo especial, Nataly. Lo echaba de menos. Conmigo también lo tenías, ¿sabes?

Me mordí los labios. ¿A dónde quería ir a parar? Para él todo era una maldita competición, eso era lo único que tenía en común con Madison.

Tengo que reconocer que vestido de novio estaba guapísimo, pero ¿quién no lo está?

—Te queda genial —opiné sincera.

—Coincido —secundó la modista—. Creo que no hay que retocarle nada más. Puedes quitártelo, Dylan.

—Gracias, señora Kensington.

Nos dejó solos y él comenzó a desvestirse con un deje muy sexi. ¿Aquello era un estriptis? Aparté la mirada. A fin de cuentas, Dylan era un hombre apuesto y con buena planta que atraería a cualquiera.

—Nataly... —Su voz sonó desesperada—. Puede que sea la última vez que podamos hablar a solas. Mírame...

Obedecí y verlo con la camisa desabrochada y esos ojos que necesitaban asilo, me perturbó un poco.

—Dame un motivo para no casarme con Madison —dijo de pronto muy serio.

—¿Cómo...?

¡Podría darle miles y ninguno tendría que ver conmigo!

—Si me dices que algún día, aunque no sea ahora, tendré alguna posibilidad de volver contigo, no me casaré con ella.

Me quedé con la boca abierta. ¿Dónde está la cámara oculta?

—Estoy... ahora estoy con Andrew...

—Lo sé. Pero puedo esperar. Esperaré a que la cague y rompáis, porque ese tío no es para ti. Jamás podrá darte lo mismo que yo.

—¿Y si te digo que no, te casarás con Madison? —pregunté perpleja.

—Si me dices que no, me dará igual con quién casarme... Al menos así te tendré cerca, por si algún día cambias de opinión.

—Por Dios, Dylan... —me tapé la boca. ¡¿Cómo era posible?!

—Olvídalo. Entiendo que suena a locura... Sé que perdí mi oportunidad contigo. Vas por la vida intentando hacer bien las cosas, y luego, en lo fundamental, la cagas... —se lamentó.

Me di la vuelta mientras terminaba de vestirse y de pronto sentí que me cogía la mano.

—Lo más importante para mí es que puedas perdonarme lo que te hice. ¿Podrás?

Lo miré y, para ser sincera, lo único que sentí por él fue pena. El rencor había desaparecido. No me importaba. No valía la pena...

—Claro... no te preocupes. Está superado.

—Me gustaría que no lo estuviera... —Sonrió con tristeza—. Te deseo lo mejor, Nataly.

—Lo mismo digo...

Después, entró Drew y me sentí a salvo en sus brazos, pero también tuve miedo al sentir que esa felicidad podría no ser eterna. Recordé cómo empezó todo, la amenaza, el chantaje... y ver dónde estábamos ahora me hacía sentir que mi vida se estaba sosteniendo con alfileres.

No he tenido ocasión de pensar en nosotros, en qué somos ahora, porque el tiempo se nos ha echado encima, los invitados han llegado y... ¡MAÑANA ES LA BODA!

«*Keep calm*», pienso mientras me maquillo para la despedida.

Andrew está convencido de que Dylan se va a echar atrás y yo estoy convencida de que Madison va a intentar montárselo con él esta noche. Sea como sea, estaremos preparados.

—¿Lista para emborracharte? —me pregunta Arizona entrando en el baño para retocarse el pintalabios junto a mí.

—Sí, por favor. Necesito un chupito.

—¿Qué tal la semana? ¿Cómo va el plan de seducción?

—El plan se ha ido a la mierda, Ari...

—¿Por qué?

—Porque me he enamorado de él.

—¡¿CÓMO?! ¡¿Del *bad boy*?!

—El mismo... —lamento cerrando los ojos—. He perdido la cuenta de los orgasmos que me ha provocado esta semana y...

—¡¡Pero Nataly!!

—Lo hemos hecho hasta en la cocina...

—¡Sabía que te saldrías siendo mala! —Sonríe con orgullo—. ¿Y él qué piensa de todo esto?

—Él no es de relaciones serias. Que yo sepa nunca ha estado más de una semana con una chica...

—¿Y si tú eres la primera?

—¿Yo? ¿Precisamente yo? Pfff... No sé. Sus ojos me dicen que sí, pero es muy reservado con eso. No hemos hablado de qué pasará cuando volvamos a Londres, pero le he dicho a Madison que no es nada serio, así quizá pierda interés en él. Creo que esta noche va a ir a por todas... —digo preocupada.

—Tú tranquila.

Eso es muy fácil de decir, pero cuando veo a Andrew vestido para matar me recorre un escalofrío. Va de riguroso negro y sin camisa. Lleva una camiseta de pico que le queda espectacular y sus tatuajes sobresaliendo de ella por todas partes. Su único ornamento es el acero que brilla en su cara, cuello, manos y orejas. Con esos ojos y esa sonrisa, no le hace falta nada más.

Para colmo huele de vicio.

—Todas mis fantasías reunidas en un tío... —musita Arizona.

—¿Estáis listas, chicas?

—Sí.

Se queda inmóvil para que bajemos delante de él. Y gira la cabeza como un depredador siguiendo la estela de mi olor cuando lo adelanto. Con ese simple gesto ya me tiene a cien...

Creo que le gusta cómo me sienta el color corporativo del mal. Llevo mi vestido rojo, el que usé en la fiesta de Navidad y él soñó con arrancarme con los dientes. Mis pechos están a la vista, pero esta vez los eclipsan mis pendientes, dos pequeñas bolas de navidad rojas con brillantina verde y blanca. ¡Son fabulosos!

Nos marchamos en varios coches porque hay gente esperando abajo. Me fijo en que los novios no están entre ellos, seguro que Madison quiere hacer su entrada triunfal en la fiesta, apareciendo la última. La conozco demasiado bien.

Llegamos al local y el ambiente es perfecto. Luz ultravioleta con leds de colores, buena música y muchas ganas de beber. Es casi como estar en Londres. De hecho, Andrew me mira, pero todas las camareras lo miran a él y cuchichean sobre su aspecto.

«Esto viene en el paquete, Nataly...».

—¿Estás nerviosa? —pregunta Drew en mi oído.

—Un poco...

—Relájate. —Me acaricia la cintura y me besa el cuello.

—Contigo al lado es difícil... —comento excitada—. Estás como un tren y todo el mundo lo sabe.

—Tú también, y nadie se ha dado cuenta. Yo gano.

Sonrío y el camarero nos acerca los chupitos que hemos pedido.

Cojo el mío con prisa y me lo bebo de un trago. Después escupo fuego y Andrew se ríe de mí.

—Quiero otro.

—No bebas mucho esta noche —me avisa—. Te necesito lúcida. Dylan podría intentar algo contigo...

Bajo la mirada. ¿Por qué está tan convencido?

—¿O ya lo ha hecho? —añade tras una pausa.

—No... Tranquilo. Todo está bien —miento.

—No lo estoy, presiento que va a pasar algo. Juntar a los amigos de Dylan, a los de Madison, a la familia y a los del pueblo es una mala combinación. Puede pasar cualquier cosa...

—¿Desde cuándo eres tan cenizo?

—Es un presentimiento...

—Claro que va a pasar algo... —Le agarro de la camiseta con ímpetu—. Pero entre tú y yo.

Su respuesta es robarme un beso con una inevitabilidad de libro. Adoro ese instinto, y por un momento, creo que él siente lo mismo que yo.

—Veas lo que veas esta noche, será fingido —me asegura—. ¿De acuerdo?

—¿Por qué lo dices? —lo agarro con aprensión.

—Porque voy a provocar un poco a Madison para que intente algo.

—¡No tienes por qué, en serio, realmente me da igual que se casen! —digo preocupada.

—Pero a mí no. Quiero que Dylan desaparezca de tu vida. Es tan manipulador como ella. Y ya tenemos de sobra con una Madison...

¿Significa eso que piensa quedarse en mi vida después?

Intento controlarme con las copas, pero hoy es una de esas noches que bebes con impulsividad, sin darte cuenta, y luego te sube todo de golpe.

El bar empieza a llenarse de gente y comienzo a saludar a todo el mundo. Lamentablemente, conozco a la mayoría, y Andrew se queda a ratos con mis primos y con Arizona.

En un momento dado, la música cambia y anuncian la entrada de los novios. Madi aparece sonriente, adelantándose a Dylan, y os puedo jurar que está más guapa que nunca. Debe haberle llevado horas prepararse así, parece una jodida estrella de cine.

Todos los hombres de la sala se quedan consternados al verla. Lleva una camiseta que es casi un sujetador de encaje blanco con un velo corto de novia colgando. La falda, de cuero negro con volantes, le queda que ni pintada en su figura perfecta. El maquillaje es espectacular, y su pelo, fabuloso. Nada que envidiar a la entrada de Olivia Newton-John en el final de *Grease*.

—¿No hay una bebida para mí? —pregunta en la barra con su habitual tono dicharachero y falso—. ¡Cariño... ¿tú quieres algo?! —Le pregunta a Dylan, que se ha parado a saludar a la gente. A ella le basta con que la miren.

—Madison, tus amigas están allí. —Las señalo.

—¿Puedo pedir antes una bebida? Estoy deshidratada... —contesta borde sin mirarme.

—Solo te estaba avisando.

—Si me pongo a saludar primero, tardaré media hora en echar un trago —contesta seca.

—Como quieras...

—Es mi fiesta, Nataly. ¿Podrías hacerme un favor y desaparecer? —dice con inquina.

Me quedo asombrada por el tono. ¿Qué le ha molestado ahora? Miro a Arizona sin entender por qué me trata así. ¡¿Qué he dicho?!

—Yo creo que han discutido... —susurra mi prima—. ¿Te has fijado en cómo han entrado? Cada uno por su cuenta. Les pasa algo...

Rezo para que esa discusión no tenga nada que ver conmigo. Pero Dylan ya me ha mirado tres veces de reojo en este lapso de tiempo y Madison me odia más que nunca.

Me acojono. Y cuando me acojono, bebo más.

La antigua Nataly huiría al baño o se escondería en el almacén, pero la nueva se acerca a Andrew y le cuento lo que ha ocurrido.

—Parece que está que trina... —expongo enigmática—. Es la noche perfecta para que salte la liebre.

—De acuerdo. Déjame a mí. Tú intenta divertirte, ¿vale?

Le hago caso y me relajo. Bailo con Arizona y pasa el tiempo sin darme cuenta. Bebemos con la tranquilidad de saber que, en algún momento de la noche, estallará la catástrofe, se escucharán gritos y todo habrá acabado. Porque mi hermana tenía cara de que iba a arder Troya. Y cuando está así, es capaz de cualquier cosa...

De pronto, Dylan llega a mi lado con la cara desencajada y me agarra con fuerza.

—Tenemos que hablar.

—¡¿Estás bien?! —pregunto asustada.

—¡No! ¡Ven conmigo!

Me lleva hacia la salida de malas maneras, pero intento frenarle. Yo no quiero irme del local, fuera hace frío, y consigo que se detenga en mitad de las escaleras.

—¡Para un momento, Dylan! ¡¿Qué pasa?! ¡Dímelo ya!

—Acabo de verles... —dice blanco como el papel.

—¿A quiénes?

—A Andrew y a Madison... Enrollándose en el almacén.

En mi cabeza se escucha un derrape y luego un trompazo.

¿Cómo que enrollándose? Ese no era el plan... Seguramente los haya visto juntos, tonteando, y el resto lo haya dado por hecho.

—¿Qué has visto exactamente? ¿Se estaban besando?

—¡Sí! ¡Y no era un simple beso, joder! ¡Se estaban metiendo mano a saco...! Él le ha dado la vuelta y le ha bajado las bragas con intención de...

—Es mentira —digo aturdida.

Andrew jamás haría eso... Pero un mal presentimiento me invade. El poder de manipulación de mi hermana no tiene límites. ¿Qué ha podido contarle para que reaccionara haciendo lo que más daño podría hacerme?

Busco en los rincones de mi mente y aparece la conversación con Dylan... ¡Tendría que habérselo contado! ¡Seguro que la ha tergiversado por completo y la ha usado en su beneficio!

—¿Estás seguro de que eran ellos? —pregunto agarrándome a un clavo ardiendo.

—Seguro. Le he visto la cara a Madison. Él estaba de espaldas, ¡pero es inconfundible! Sus tatuajes, su pelo rapado y su cuerpo, todo envuelto en esa agresividad que le caracteriza... ¡Era él!

Siento que me estoy mareando. ¿Cómo ha podido hacerlo?

—¿Y no los has detenido?

—No... No quería. Creo que el universo tiene su forma de arreglar las cosas, Naty... y lo de esos dos estaba escrito. Pero lo nuestro también...

Dylan me besa con ímpetu y tengo que agarrarme a él para no caerme escaleras abajo. El sabor de sus labios me es tan familiar que mi cerebro tarda un segundo en analizar el recuerdo y alejarlo de mí.

Antes de que pueda apartar mi boca, lo hace él, para cogerme la cabeza y hablarme muy cerca.

—¡Nataly, piénsalo bien, no les necesitamos! A la mierda con ellos. Son de la misma calaña...

Tú y yo, sin embargo, ¡tenemos sentido!

Comienzo a negar sin entender qué broma de mal gusto es esta. Mi mente intenta asimilar que probablemente Andrew se esté hundiendo en mi hermana en este mismo momento y el dolor que siento es tan atroz que me quedo inmóvil esperando a que no me mate.

¡¿Cómo ha podido hacerme esto...?!

Mis ojos se encharcan a una velocidad de vértigo e intento quitar las manos de Dylan de mi cara, pero me quedo sin fuerzas, entendiendo que por mucho que luche, siempre perderé contra ella.

Me ha arrebatado a Andrew... Y es demasiado para soportarlo.

Pensaba que había tocado fondo. Que a partir de ahora, mi vida iba a ser un punto y aparte. Que había llegado la hora de dejar atrás mi abnegación y el no permitirme lo que quiero, el ser excesivamente servil con gente que no duda en aprovecharse de mí en cualquier plano, en el laboral, en el familiar, mis amistades... Por fin me había creído una persona válida y suficiente, no la eterna secundaria que solo puede ser la ayudante de los proyectos de los demás. Pensaba que había llegado mi momento, pero me equivocaba...

Cuando Dylan siente que me desvanezco, me sostiene contra él para que no me caiga.

Al final, me apoya contra su pecho y quiero morirme. Nunca había sentido tanto dolor, esto me supera.

He perdido a Andrew... PARA SIEMPRE.

Porque me da igual la excusa que ponga, jamas le perdonaré que haya estado con mi hermana. Ahora lo sé.



25
Navidad cancelada

Parpadeo un par de veces porque no me creo lo que acabo de ver. ¡Dylan ha besado a Nataly y ella no se ha apartado!

Se ha quedado parada, como si tuviera que pensárselo y mi corazón ha explotado un segundo después.

Ahora la tiene abrazada y siento que el aire no me llega a los pulmones. En el fondo de mi alma sabía que sentía algo por él... Que yo nunca sería suficiente comparado con el tipo perfecto. Para ella solo soy un chico de transición para curar su amor propio. Me siento estúpido por haber pensado que era diferente al resto.

Camino hacia atrás, porque si tengo a Dylan cerca, quizá esta noche termine durmiendo en la cárcel. Necesito salir de aquí.

Busco mi móvil y veo que tengo cinco llamadas perdidas de mi hermano. Quizá haya llegado ya.

Lo llamo, pero no lo coge.

«Joder...».

Siento un dolor horrible en el pecho y me lo presiono para ver si se me pasa. No sé ni qué cojones hago aquí todavía.

—¡Andrew! —me sorprende Arizona—. ¿Has visto a Nataly?

—No... —farfullo. No quiero verla nunca más.

—Ha desaparecido de repente con Dylan —dice sin pensar. Y de pronto, al ver mi cara, constreñida por el dolor, se da cuenta de lo que ha dicho.

—Espero que sean muy felices...

—¡Andrew, espera! —grita ella, pero ya la he dejado atrás. No puedo estar aquí ni un segundo más. Me estoy ahogando y no puedo escapar porque ellos bloquean la salida a la superficie. Siento que si me topo de frente con Dylan, empezaré a tener antecedentes de verdad...

Me pierdo por el local en busca de mi chaqueta y termino en la barra para pedir una botella de whisky nuevecita.

—Lo siento... No podemos vender botellas —contesta la camarera apenada.

—¿No podrías hacer una excepción por mí? —Le pongo ojitos—. Por favor... —La chica cede y va a por ella.

—Son cincuenta libras.

—Gracias, preciosa.

Me atrevo a mirar hacia las escaleras y veo que están despejadas. Ya nada puede retenerme aquí, ni siquiera la llamada de Brise y Ben o los gritos de Arizona rogándome que espere.

En el último momento, veo una mancha roja mirándome con los ojos desorbitados y llorosos, y un gilipollas con cara de memo a su lado.

Aparto la mirada y subo los escalones de dos en dos hasta conseguir aire fresco.

Una vez fuera, echo a correr hacia el primer callejón que veo y me sumerjo en su oscuridad donde solo puedo escuchar mi respiración acelerada.

«Tu aventura de ser un buen chico por Navidad ha terminado».

«Que te jodan...», le gruño a mi subconsciente.

No sé a qué estaba jugando. Ella será más feliz con él. Yo no estoy listo para comprometerme a nada.

Mi móvil suena y veo que es mi hermano.

—¿Dónde coño estás? —me contesta.

—¿Y tú? ¿Estás en Castle Combe?

—Sí, hemos venido con las furgonetas por si mañana no podíamos cruzar el valle por culpa de la nieve. En casa de los Evans nos han dicho que estabais en la despedida. No te encuentro.

—Estoy fuera. Sal...

Cuelgo y espero en mi escondite. No quiero encontrarme con nadie más que con él. No quiero escuchar explicaciones. Solo quiero irme de aquí y volver a mi vida.

«No podrás volver a tu vida de *fucker*», recuerdo las palabras de Madison. Pero follarme a alguien es lo último que me apetece ahora mismo.

—¿Drew?

—Aquí —respondo a media voz.

—¿Qué coño haces ahí? ¿Estás meando?

—No. —Salgo a su encuentro—. ¿Dónde habéis aparcado las furgos?

—En una zona verde a la entrada del pueblo. ¿Estás bien? —pregunta preocupado al verme la cara.

—De puta madre, vámonos de aquí. La banda ya no es necesaria. La boda va a cancelarse.

—¡¿Cómo?!

—Ya me has oído —digo comenzando a andar—. Dame las llaves.

—¡Echa el freno, *bro*! ¡Ya que estamos aquí, nos quedamos de fiesta! Ahí abajo hay unas tías increíbles. ¡Acabo de tirarme a una que era una puta visión, te lo juro! Rubia, falda de cuero, un top de bailarina... Joder... ha sido superior. ¡Y apenas hemos mediado palabra!

Mi corazón se para. ¿Qué coño acaba de decir?

—¿Qué has dicho...? ¡¿Cómo ha sido?! ¡¿Qué te ha dicho?!

—Me ha cogido de la mano y me ha llevado hasta un almacén. Lo poco que he podido verla antes de que se lanzara a mi boca, me ha parecido brutal. Me ha dicho que no me resistiera y que necesitaba sentir mi enorme polla dentro de ella, ¡y después, me ha ofrecido el culo! Como comprenderás, no he podido decirle que no.

—Me cago en la puta... —Me sujeto la cabeza—. ¡¿QUÉ COÑO HAS HECHO, KYLE?!

—¡Lo que debía! No veas qué culo tenía... ¡irresistible!

—Vámonos ahora mismo —mascullo rudo—. Llama a tus colegas antes de que los linchen a todos. Que salgan de ahí.

—¡¿Por qué?! ¡¿Qué pasa?!

—¡¡Que te has tirado a la novia!!

—Ay, madre... ¿El novio no será poli? ¿Tiene pipa?

—¡Camina, burro...! ¿Has usado condón por lo menos?

—Pues no.

—¡KYLE!

—¡Prefiero pillar la gonorrea que joder un momento así!

—Eres gilipollas... —musito meneando la cabeza.

—¡Tenía un culo de diamante! Seguro que estaba limpia.

—¡¿Y el embarazo?!

—¿Tú sabes lo difícil que es acertar en sus días fértiles del mes?

—Eres un desgraciado...

—No me preocupa. Las tías como ella coleccionan píldoras del día después en su mesita de noche.

—No puedo creer que lo hayas hecho... —Me froto la cara.

—Yo tampoco, tío. Pero te diré una cosa, no me arrepiento ni me arrepentiré nunca. ¡Ha sido el puto mejor polvo de mi vida! Y he echado muchos...

—¿Qué ha pasado después? ¡¿Qué te ha dicho?!

—Se ha quedado tirada, como si mi polla fuera supersónica... —Sonríe y pongo los ojos en blanco—. Y me ha dicho que saliera yo primero del almacén.

—Joder...

En ese momento, me doy cuenta de la que se ha liado. ¡Madison lo ha confundido conmigo! No quiero imaginarme cómo se lo restregará por la cara a Nataly... Quiero pirarme de este puto pueblo, pero antes tengo que aclararlo. ¡Porque todo el mundo lo pensará! Incluida Nataly.





26
Jungla de cristal

—Que no cunda el panicazo —dice Arizona—. No sabemos qué ha pasado...

—Yo creo que está muy claro. ¡Se cancela la boda! —clama Dylan enfadado.

Arizona abre mucho los ojos. Yo no. Llevo meses queriendo escuchar eso, y cuando lo oigo, me da absolutamente igual.

—Hay que encontrar a tu hermana antes de que se tire a otro tío —añade Dylan—, está demasiado borracha...

—Yo no quiero ni verla —musito sombría.

—Yo menos...

—Iré yo —ofrece Arizona.

—Nataly, yo... —empieza Dylan cuando nos quedamos solos.

—No quiero hablar. Tengo que hablar con él primero.

—De acuerdo. Pero, pase lo que pase, yo te apoyo... —dice tocándome la cintura, cariñoso.

Me alejo de su toque. En este momento solo siento asco. Muy poco quería a mi hermana si no está afectado. Solo le interesa ganar. Ganarme. Está loco si piensa que tiene posibilidades conmigo.

—¡Hola, chicos! ¡Menudo fiestón, ¿eh?! —saluda Madi beoda. Está tan borracha que apenas se le pueden pedir responsabilidades.

—Tengo hambre, ¿vosotros no?

—¿Has comido algo en todo el día? —pregunto con sospecha.

—Síííí... Una tostada integral. Estaba buena. —Sonríe ebria—. ¿Sabes quién más está bueno? ¡Andrew! —Ríe como una hiena.

—Vámonos a casa, anda... —la empuja Arizona.

—¡Nooo! ¡Yo quiero quedarme! —Tropieza consigo misma.

—Nos vamos a casa AHORA. —La agarro del brazo con firmeza. Madi intenta soltarse de mí, pero al no conseguirlo, se ríe—. Vale, me da igual, yo ya he hecho los deberes...

—Alguien tiene que quedarse aquí dando la cara —dice Dylan.

Miro a Arizona transmitiéndole que no quiero que él venga con nosotras.

—Vale. Hasta mañana.

—Voy a contarlo todo, Nataly —me avisa Dylan—. Voy a decirle a todo el mundo que Madison me ha sido infiel y que no habrá boda.

—¿Estás seguro? Por la mañana te pedirá mil perdones...

—No habrá boda —dice rotundo—. Al menos con ella no... —Me mira con intensidad. ¡¿QUÉ ESTÁ INSINUANDO?!

—¿Qué coño dice este? —pregunta Arizona incrédula—. ¿Acaba de insinuar lo que yo creo? ¡Porque si te casas con él, te mato, Nataly! ¡Por encima de mi cadáver, ¿me oyes?!

—¿Qué cadáver? ¿Quién ha muerto? —pregunta Madi perdida.

—Vámonos ya... —Las empujo a ambas. Cuando creía que la noche no podía ser más surrealista, va Dylan y me sale con eso.

Nos cuesta lo nuestro salir a la calle con Madi en condiciones tan lamentables. La rabia y el dolor me ciegan.

«¿Por qué lo has hecho, Andrew?».

Quiero mirarle a la cara y exigirle explicaciones. ¡Me da igual lo que le haya dicho la víbora de mi hermana! ¡Él ya conoce sus artimañas! Necesito respuestas ya.

—Madi... sé que te has acostado con Andrew, ¿qué le has dicho para convencerle?

Ella se tapa la boca para que no la vea reírse.

—¿Vas a pegarme? He sido muy mala y egoísta... Pero no lo hagas. Ese tío no te convenía, Naty. No señor. Y lo he demostrado.

—¡¿Qué coño le has dicho?!

—¡Nada! Solo le he dicho que era ahora o nunca...

—No te creo, Madison. ¿Puedes no mentir por una vez? ¿Qué le has dicho para cabrearlo tanto?

—Nada de nada. Palabrita. Me ha estado mirando toda la noche como si quisiera devorarme. ¡Se moría por mí!

No puedo entenderlo. Tiene que haber alguna explicación lógica y quiero oírla. Intento llamarle, pero no me coge el teléfono.

Resoplo de impotencia.

—Lo siento mucho, Nataly... —dice Arizona sentida.

—Sí, yo también... —secunda Madison con tono tristón.

—¡Tú cállate! —digo severa—. Eres la persona más despreciable de la tierra, Madison...

—Pero... Lo he hecho por ti... ¡Siempre tengo que andar librándote de todos los idiotas que te pretenden!

—¡Cállate o no respondo de mí! —La amenazo fiera.

Ella se ríe en mi cara.

—Las niñas buenas no pegan, Naty. Y tú eres tan dulce y jodidamente perfecta que sería imposible que...

¡PAM! Le atizo un puñetazo.

No se cae al suelo porque Arizona la tenía ya sujeta por los brazos. Y menos mal, porque acaba de desmayarse redonda.

—¡Nataly...! —exclama mi prima alucinada. Yo me quedo blanca. Y de pronto, ella empieza a reírse—. ¡¿Te has vuelto loca?!

—¡Ay, dios...! —sujeto a mi hermana preocupada—. ¡¿Qué he hecho?!

—Lo que deberías haber hecho hace mucho tiempo, primita...

—¡¿Por qué se ha desmayado?! ¡¿Y si tiene una conmoción cerebral?!

—Tranquila, Rocky. Ha sido un buen gancho en la mandíbula, el clásico K.O. Eres una fiera...

—¡Madre mía...! ¡Lo siento mucho, Madison!

—No te molestes, no puede oírte.

—¡¿Y si no se despierta nunca?!

—Por desgracia, lo hará. Aunque mañana tendrá un buen cardenal en la cara.

—Podemos decir que se cayó al suelo... —digo cagada.

—¿Por qué? Ahora la gente se lo pensará dos veces antes de meterse contigo —sonríe.

—La violencia nunca es la respuesta, Ari. Se me ha ido la pinza.

—Lo que no entiendo es cómo no se te ha ido antes...

Cojo en brazos a mi hermana porque pesa muy poco.

—No he debido hacerlo. Creo que Madison no está bien...

—¿A qué te refieres?

—Quizá esté enferma. Es la única explicación que encuentro. ¡Nadie puede ser tan cruel! No es normal...

—Pues ahora en serio, según mis amplios conocimientos sobre *Anatomía de Grey*, su comportamiento podría deberse a un tumor cerebral...

Normalmente me reiría, pero no me hace gracia. Porque, sea lo que sea, mi hermana no está bien de la cabeza. Una cosa u otra tiene que tener para que me haya llevado al límite de pegarle un puñetazo.

De pronto, la veo como alguien que no sabe lo que hace ni lo que dice, controlada por una enfermedad. Y me siento fatal. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

Cuando llegamos a casa intentamos despertarla mojándole la cara y funciona.

—¿Qué ha pasado...?

—Resbalaste y perdiste el conocimiento —le explico—. Te has dado un buen golpe.

—Quiero agua y dormir —farfulla.

La abastezco y la llevo hasta su habitación con ayuda de Arizona.

—¿Tú qué vas a hacer? —me pregunta mi prima.

—Irme a la cama no, porque no voy a poder dormir. Bajaré al sofá e intentaré contactar con Andrew. Voy a escribirle...

—De acuerdo. Yo voy a volver a la fiesta... Por lo que a mí respecta, Dylan ya no es de la familia y no me fío de nada de lo que diga. Voy a dar la cara por ti...

—Gracias, Ari... —digo emocionada.

Cuando se va, intento llamar a Andrew de nuevo, pero escuchar que está apagado o fuera de cobertura me manda un mensaje muy claro: no quiere hablar conmigo.

Me quedo en el sofá horas, dándole vueltas al asunto, preguntándome por qué y pensando en Madison. Con el tiempo, la gente va apareciendo y ninguno se atreve a decirme más que hola, pero todos me miran con pena.

Cuando llega Arizona, se acerca a mí.

—¿No ha aparecido? —pregunta acariciándome el pelo.

—No.

—Vete a la cama, Nataly. Mañana nos espera un día duro.

—Dylan... —lo llamo al verlo entrar en casa.

—¿Sí?

—Te prepararé el sofá para que duermas esta noche.

Me mira con cara de cachorro abandonado y como no añado nada contesta «gracias».

¿Qué se pensaba, que iba a dormir en mi cama? Se me está calentando la mano otra vez...

Intento dormir, pero es imposible. Me quedo traspuesta en algunos momentos, pero casi todo el tiempo estoy consciente y pensando en él. Cuando por la mañana comienzo a escuchar movimiento en la casa, me levanto y me ducho. Los últimos recuerdos que tengo bajo el agua me hacen llorar. ¿Por qué me besó como si le importara algo? ¿Por qué me ha hecho esto?

Bajo a la cocina y encuentro a mis padres.

—Naty... ¿Cómo estás, cariño? —pregunta mi madre apenada.

Esas simples palabras, tan afectuosas y preocupadas, me hacen llorar de nuevo. Hacía años que

no las escuchaba. Siempre era: «ah, por fin llegas, ayúdame con esto». Como si yo fuera un puñetero robot. Puede que Andrew me haya traicionado, pero gracias a él vuelvo a existir para mis padres.

—He estado mejor...

—Dylan está destrozado —dice de pronto.

Levanto una ceja. No voy a discutir con ella. Voy a la nevera a buscar la leche y casi se me cae cuando oigo:

—Nos ha dicho que está enamorado de ti.

Los miro de hito en hito y me quedo blanca.

—Sabemos que anoche Madison se acostó con Andrew, pero está muy arrepentida y le ha pedido perdón, pero Dylan no quiere seguir adelante. Dice que quiere estar contigo...

¡LO SABÍA!

¡Sabía que Madison se buscaría la vida para echarme a mí la culpa de todo! ¡No importa lo que haga ella!

Busco una bolsa de papel para respirar en ella.

—¿Tú qué sientes por Dylan, hija? —pregunta mi madre cautelosa—. La gente piensa que has traído a Andrew para que pasara esto y recuperarle. ¿Es cierto? ¿Qué va a pasar ahora?

Mi corazón late a mil por hora. ¿Merece la pena ser mala?

¡Pero si no lo he sido!

Lo único que he hecho es aprender a decir no sin sentirme culpable, a pensar en lo que quiero, en vez de hacer lo que esperan los demás. Lo que he hecho es hacerme valer de una vez, y no voy a dar un paso atrás ahora.

—Mamá... —comienzo tras respirar hondo—. Te he dicho un montón de veces que yo no quiero volver con Dylan.

—¿Pero se lo has dicho a él? —cuestiona mi padre preocupado—. Porque creo que piensa que la boda sigue adelante... contigo.

—Joder... —Me cojo la nariz.

Andrew tenía razón. ¡Dylan es un manipulador peor que Madison! Ha ido diciendo eso por ahí para ponerme en un compromiso, nunca mejor dicho, ¡y que al final diga que sí!

¿Cómo se puede ser tan ruin?

—No voy a casarme con Dylan —digo rotunda.

—Pero cariño... —protesta mi madre—. Está todo dispuesto... ¿vas a desperdiciarlo?

—Esto es increíble... —salgo de la cocina con mi taza y me siento en la mesa a desayunar. Hay mucho movimiento por la casa, la gente está inquieta, oigo murmuraciones y me miran de reojo, pero yo tengo las cosas muy claras.

De pronto, aparecen Madison y Dylan. Nadie sabe si han vuelto juntos. Quizá debería haberle aclarado mejor a Dylan que no voy a casarme con él, ¡ni ahora ni nunca!

—Bueno qué... —comienza mi primo Ben—. ¿Va a haber boda o no?

Nos mira a los tres. ¡Como si yo tuviera algo que ver con eso!

—Todavía no lo sé... —dice Dylan clavándome la mirada. Está claro que necesita una aclaración urgente.

Ding dong...

Llaman a la puerta y mi corazón da un vuelco.

No me muevo, porque Arizona ya va corriendo a abrir, pero me pongo de pie, esperando que sea el único que falta.

Andrew entra en el salón, serio, acompañado por cuatro chicos más. La visión me deja sin respiración. Va vestido con la misma ropa de anoche y sigue estando soberbio.

Solo con verle, la situación se convierte en un «me tenías con el hola» en toda regla, porque leo en su mirada que trae una explicación lógica consigo. Lo que provoca en mi cuerpo, por el contrario, es totalmente demencial.

—Hola... —saluda sin dejar de mirarme.

Todo el mundo se asusta por las pintas que traen, sobre todo Dylan. Él sabrá por qué... No quiero ni pensar en lo que ha ido diciendo esta noche por ahí sobre él.

—¡Andrew...! —exclama mi madre nerviosa—. ¿Quienes son tus amigos?

—Este es mi hermano... y los demás, sus compañeros de la banda. Han venido a tocar en la boda.

—Todavía no sabemos si va a haber boda —salta Ben divertido.

Drew me mira serio. Demasiado. Al ver a un clon suyo al lado con la cabeza gacha, sé lo que ha ocurrido sin necesidad de que lo diga. El rencor en su mirada es suficiente para saber que él no ha hecho nada de lo que se le acusa.

—Solo he venido a dejar claro que yo no me acosté con Madison... Fue Kyle, mi hermano.

—Hola —saluda pagado de sí mismo su réplica. Parece algo más joven pero es igual de alto, con tatuajes parecidos y el mismo peinado—. En mi defensa, solo quiero decir que no sabía que era la novia...

Madison los observa de arriba abajo sin poder creérselo.

—¿Tú cuántos años tienes? —pregunta alucinada.

—Veinticinco...

—¡Parece que tienes veinte!

—Es que estoy recién afeitado. Me dijeron que era una boda de pijos... Pero tendrías que verme con perilla...

—Cállate ya, Kyle... —masculla Drew.

No puedo dejar de mirarlo. Ni él a mí.

—Te llamé anoche —consigo decir—. Muchas veces...

—Se bebió a morro media botella de Whisky y se desmayó —explica Kyle—. Apagué su teléfono porque era un coñazo oírlo...

—¿Por qué te fuiste? —pregunto a quemarropa. Es la pregunta que llevo haciéndome durante toda la noche.

—Porque te vi besando a Dylan.

¡BOOM!

—¡¿Qué?! —grita Madison sulfurada.

—¡Lo sabía! —exclama mi madre contenta de tener razón.

—¿Entonces es cierto, van a casarse ellos? —comenta alguien.

—¡BASTA! —grito—. ¡Yo no besé a Dylan! ¡Él me besó a mí!

—Pero no te apartaste —señala Dylan.

—¡Si me aparto, me caigo por las malditas escaleras, garrulo!

—Juntaste tu frente con la suya y lo abrazaste —añade Andrew.

—¡Estaba en *shock*! ¡Acababa de decirme que os había visto a ti y a Madison enrollándoos en el almacén!

—¿Y le creíste? —musita dolido.

En ese momento, entiendo lo mal que se siente. Su expresión es desgarradora y siento que le he

decepcionado al dudar de él. Le he subestimado, como todo el mundo, pero yo... pensé que...

—¡Dylan me juró que eras tú!

—¡Por detrás son iguales! —señala Dylan—. ¡Daos la vuelta!

—Date tú la vuelta, pollo —contesta Kyle.

Dylan se asusta de él y Madison sonríe. Igual se terminan casando ellos...

—Yo iba muy borracha —dice Madison, excusando, una vez más, su actuación—. No me acuerdo de nada, pero estaba enfadada porque Dylan me había confesado que estaba empezando a sentir algo por Nataly otra vez...

La gente me mira como si fuera Eva en el paraíso y hubiera tentado al novio, ¡mientras que Madison es la virgen María!

El año pasado, la infidelidad fue por amor verdadero, este año, ¡es porque yo soy una zorra!

Acojonante...



27
Una boda en navidad

La resaca que sufro hoy es directamente proporcional al dolor que sentí ayer. Pensaba que, por primera vez en mi vida, alguien me había visto de verdad, ¡a mí!, no a mis tatuajes o a mis músculos, y que había una posibilidad real de que ella me valorara, pero le dicen que he hecho algo aberrante y se lo cree a la primera.

Como si el *bad boy* estuviera condenado a caer en los brazos de la *bad girl.* Pero ni yo soy eso ni Madison quería joder a su hermana ni Dylan es el tío perfecto. Yo pequé de ingenuo, Madi estaba cabreada, pero Dylan aprovechó la coyuntura para provocarla, sabiendo que su prometida reaccionaría con rabia.

Y Nataly... Nataly simplemente me falló.

Sus sentimientos por mí no eran tan fuertes como yo creía. Para ella siempre seré el chico que se salta las normas. Sin embargo, lo que yo sentía por ella, estaba fuera de control. Estaba.

Quería haberme ido a primera hora de la mañana, pero Kyle me ha convencido de que tenía que aparecer en casa de los Evans.

—¿Vas a dejar que esa chica piense que has sido tú? ¡Ni hablar!

—¡Tú lo que quieres es que se sepa que la gloria es tuya!

—Para una tía que te levanto...

—¡Esa chica no me gustaba! No me la has levantado.

—Es verdad. Tú estás colado por la hermana y quería conocerla.

—Yo no quiero que la conozcas. Es opuesta a Madison.

—¿Tan fea es?

Lo he mirado fatal.

—Solo quiero irme de aquí y olvidarme de todo, ¿vale?

—Si te vas así, no vas a dejar de darle vueltas en tu vida. Si de verdad quieres romper con todo, hazlo, o te perseguirá para siempre.

—Te odio... —he mascullado—. ¿Por qué en los peores momentos empiezas a decir cosas coherentes y te vuelves un puto gurú?

—Es un don. Y yo quiero ver a mi Barbie a la luz del día. Apenas pude verla anoche. Así podré prescindir del porno durante una temporada.

—Eso ya suena más a ti...

—Vamos, Drew, tú no eres de dejar las cosas a medias.

He gruñido y le he dicho que iríamos. Y aquí estamos...

Pero ha sido una pésima idea venir, porque la mirada de Nataly me está haciendo polvo por momentos y odio sentirme tan débil.

—¡Yo flipo! —exclama Nat—. ¡¿Ahora soy la responsable de que Madison vaya tirándose a tíos por ahí?! Yo no tenté a Dylan, es más, os he dicho a todos, a ti, mamá, a ti, Andrew, e

incluso a ti, Dylan, que no quiero volver contigo! Para mí todo terminó el día que me engañaste y tuviste la flamante idea de regalarle el anillo de mi abuela a mi hermana. El resto os lo estáis inventando todo a vuestra conveniencia. ¡Díselo, Arizona!

—Es cierto. Le odiamos con toda nuestra alma. Yo más que ella.

—¡Nataly, el anillo! —Se fija su madre en su mano—. ¡¿De dónde lo has sacado?!

—Andrew me lo regaló... hizo una réplica.

Nuestros ojo coinciden y los siento como una puñalada.

—¡¿Significa eso que vais a casaros?! —Sonríe su madre alucinada—. ¡Porque tenemos una boda lista para usar!

—Una boda que yo he pagado —se adelanta Dylan ofuscado—. ¡Si Nataly se casa con alguien, será conmigo!

—¡Pero Pichu Pichu... China nos espera! —salta Madison—. Me he comprado un kimono carísimo y un montón de lencería sexi.

—Yo quiero verla. —Levanta la mano Kyle. Y Madison sonríe.

—¡¿Aquí va a casarse alguien o no?! —grita Ben.

Que se haga el silencio y Nataly me mire, hace que se me encojan las pelotas. ¡¿Esa es la alternativa?! ¿No debería ser hablar conmigo y pedirme perdón primero? ¡¿Voy a tener que pasar por el aro cada maldita vez para que me acepten en su puto círculo?!

—Yo con Dylan no —expone Nataly certera—. Y si no vas a casarte con mi hermana, recoge tus cosas y vete de esta casa.

—¡Ayer me puso los cuernos y ahora mismo sigue sonriéndole! —dice Dylan histérico—. ¡¿Cómo voy a casarme con ella?!

—Pues vete, Dylan, yo no te quiero.

—¿Estás segura, Nataly? —pregunta su madre temerosa.

—No he estado más segura de nada en mi vida. Lárgate ya.

El alivio recorre mi sistema como una maldita descarga. Una cosa menos...

Todo el mundo espera a que Dylan se mueva, y cuando lo hace, mi hermano Kyle lo detiene.

—Oye, ¿dónde están mis mil libras?

—¿Cómo?

—Suelen pagarnos la mitad por adelantado antes de desplazarnos a ningún sitio. Esto de las cancelaciones ocurre más veces de las que crees... Apoquina, tío.

—Yo creo que ya te lo has cobrado, ¿no? —replica furioso.

—En ese caso, yo te debería dinero a ti, tío. Apoquina si no quieres irte con la nariz rota.

Madison abre la boca fascinada.

Dylan saca la cartera de mala leche y le da un par de billetes de quinientos. El portazo que pega es estruendoso.

—Andrew... —se me acerca Nataly cohibida—. ¿Podemos hablar en privado, por favor?

Esa pregunta se convierte en la más trascendental de mi vida.

En un segundo veo los dos futuros posibles: en uno, nos vamos a la cocina, nos declaramos y nos besamos terminando con un polvo antológico que me nublará el juicio. Y como todo está preparado para una boda, ella me mirará con ojitos de enamorada, cederé como un capullo, y el lunes cuando volvamos a Londres no sabré ni quién coño soy. Futuro dos: le digo que no es quien yo creía y que no quiero seguir. Me voy triste pero con la conciencia tranquila porque tengo razón. Llego a Londres y la rutina me envuelve con su cálido manto. Ric me asciende y me centro en el trabajo para no pensar mucho en ella. Me vuelvo un máquina y ella está orgullosa de

mí, igual que Tommy. Jamás debieron subestimarme. Día tras día, nos vemos en la oficina y refuerzo mi autoestima porque sé que ella respeta como soy. La invito a cenar para celebrar mi primer triunfo como director y nos acostamos. La experiencia es la hostia, pero después nos vamos cada uno a dormir a nuestra casa. Sin acosos. Sin cambios radicales de vida ni de estado civil que no harían más que señalar mi poca responsabilidad, una vez más.

—No, Nataly... Creo que no tenemos nada de qué hablar.

Su mirada se derrumba y se la mantengo con dificultad. Uno de los dos tiene que pensar con claridad en esta jodida situación.

—Drew... —escucho a mi hermano sorprendido.

—Nos vamos —decido—. Feliz Año Nuevo a todos...

Me muevo sintiendo que mis pies pesan una tonelada.

—¡No me jodas, Drew...! —escucho decir a Brise, pero no me detengo.

—¡Eres un cobarde! —me grita Madison—. Para uno que pasa la prueba... ¡Y tú, llámame! —oigo, pero creo que eso no es a mí.

—¿Tienes redes sociales? —le pregunta mi hermano de vuelta.

—«MadisonEvans», soy fácil de encontrar.

—Y de más cosas... —barrunta la tía Mildred.

—¡Nataly...! —oigo a Arizona preocupada. Y las ganas de volver sobre mis pasos me torturan, pero me obligo a salir de allí antes de que cambie de opinión y la joda.

—¡Eh, *bro*...! —Me alcanza Kyle—. ¿Qué estás haciendo? ¡Ha sido todo un malentendido! ¡Vuelve! ¡Esa chica te quiere!

—Yo no la quiero...

Esas palabras se me clavan en el alma. Pero con cualquier otra contestación no me dejarían salir de aquí. Y lo necesito. Siento que me estoy ahogando, igual que anoche. No puedo dejar que las emociones me destruyan.

«Hoy no».





28
No puedes regalar a tu familia

Intento soltarme del amarre de Arizona porque tengo que irme de este salón antes de que Madison diga alguna gilipollez y me den ganas de arrancarle la lengua.

¡Andrew no se acostó con ella!

Por un momento he pensado que todo se iba a solucionar, pero solo ha sido un segundo, porque su cara me decía todo lo contrario.

Drew es tan transparente y sincero... ¿Cómo pude dudar de él?

«Porque en el fondo, nunca has creído estar a su altura».

Las circunstancias nos han podido y nuestros miedos también. No sé cómo empiezo a andar.

—¿A dónde vas, Nataly? —pregunta mi madre preocupada. De pronto, he pasado de invisible a ser el centro de atención.

—A tomar el aire. Quiero estar sola.

—¿Y el desayuno? —pregunta mi prima.

—Póntelo tú misma —digo antes de abandonar la estancia.

Una vez en el exterior, el blanco refulgente de la nieve recién caída me ciega y el frío azota mi piel, pero lo agradezco. Pensaba que iba a estallar ahí dentro. No hay rastro de Andrew, y quizá sea lo mejor. Ha cumplido y se ha ido, como prometió. Ya no me debe nada.

Observo las sillas ceremoniales, la alfombra roja y la preciosa pérgola. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza casarme hoy con Andrew. ¡No estamos en ese punto para nada! Y no merezco las sobras de la boda de otro. Nunca renunciaría a una pedida como Dios manda solo porque mis padres tengan prisa. Ya no. Ni a la ilusión de preparar una boda durante un año entero. La felicidad que supone todo eso no debería ser subestimada. Además, sé que Andrew no quiere casarse.

Tampoco sé si quiere tener hijos, ¡no lo hemos hablado!, pero yo jamás me casaría con un hombre que no quisiera tenerlos. Porque yo sí los quiero y por fin veo que mi opinión cuenta. Supongo que es cierto que, a veces, el amor no basta. No, si debes renunciar a cosas que para ti son fundamentales.

Andrew y yo venimos de mundos distintos, aunque su hermano me ha caído bastante bien. Parece un buen tío; divertido y sincero. Pero lo que más me ha gustado es su naturaleza espontánea, no parecía tener ni pizca de premeditación.

Me interno en la carpa del banquete. Está todo tan bonito que me dan ganas de llorar, pero ahora que Dylan se ha ido, me alegro de que haya salido por fin de mi vida. Desconocía cuánta paz me daría eso. Es como si mi hermana fuera menos monstruo sin él. Y a ella tengo que soportarla...

De pronto, oigo un ruido de pisadas y me giro.

Me decepciona ver que es Madison; demasiadas comedias románticas a mis espaldas donde él

vuelve y le dice que la quiere contra su voluntad.

—Qué bonito ha quedado... —empieza ella.

—Madison, vete. No quiero hablar contigo.

—Solo vengo a aclarar que yo no tengo la culpa de que Andrew se haya ido...

—Tú lo empezaste todo... Fuiste a por él, pero cogiste al Norton equivocado.

—Por lo que a mí respecta, maté dos pájaros de un tiro...

—Querías hacerme daño —digo exponiendo su crueldad.

—No. Ese no era mi objetivo, Nataly. Sabía que Andrew quería destaparme frente a Dylan y se lo serví en bandeja porque no pensaba casarme con un tío que seguía enamorado de ti, pero de pronto, se prestó a ello y pensé que estaba volviéndote a hacer un favor quitándote a otro cerdo de encima. Una vez más, de nada.

—¡Eres tú quien los seduce! ¡Si no, ellos no harían nada!

—¿De verdad querías casarte con un tío que pensaba en mí cada vez que estabais en la cama?

—¡Eres una maldita egocéntrica, Madison!

—¡Y tú no eres perfecta! ¡Estás ciega! ¡Conozco a los tíos y siempre eliges al yerno perfecto que por dentro está podrido!

—¡La que está podrida eres tú! ¡Eres una indeseable! ¡Nadie te soporta! Y yo menos que nadie.

—El sentimiento es mutuo, Nataly —Pero al decirlo, su mirada y su voz no infunden credibilidad a la frase. Está dolida, porque a fin de cuentas, ella no puede controlar su temperamento.

—Sé que no quieres oír esto, Madison, pero estás enferma.

—¡No digas tonterías!

—Sí lo estás, y si quieres curarte, te apoyaré y estaré a tu lado, pero si no, tengo que alejarme de ti porque haces que mi vida sea una auténtica pesadilla.

—¡Yo no tengo la culpa de que Andrew se haya marchado! ¡Ha sido decisión suya! ¡No puedes culparme siempre de todo lo que te pasa! ¡A todos nos pasan cosas malas!

—¡A ti no te pasan las cosas! ¡A las cosas les pasas tú!

—Y si tú no tuvieras la autoestima tan baja, esto no habría pasado.

—Puede ser..., pero la responsable de que la tenga por los suelos eres tú. Te has encargado de hundirme cada vez que has podido.

—¡Y tú a mí! Te chuleabas de ser la hija perfecta y yo la problemática. ¡La abuela no quería ni verme por tu culpa!

—¡Una persona, Madison! ¡¡Una persona me prefería a mí antes que a ti y no podías soportarlo!! ¡¿Te das cuenta?! Por eso me has robado todos los novios, no para ponerlos a prueba y protegerme. Si no lo ves, súmale paranoia a tu trastorno límite de la personalidad.

—¡Eres una zorra! —Me agarra con violencia—. ¡Ahora mismo debería estar vestida de novia, no discutiendo contigo! ¡No puedo creer que Dylan te prefiera! ¡Él sí está loco! ¡Trajiste a Andrew solo para sabotear la boda!

—¡Porque sabía que no podrías resistirte a quitarme otro novio! ¡Estás enferma, Madison!

Chocamos contra una de las mesas y algunas copas caen al suelo.

—¡NIÑAS, BASTA! —grita mi padre. Arizona y mi madre aparecen por detrás, alucinadas. Seguidas por toda la familia, claro.

Suelto a mi hermana y me levanto del suelo para huir de ellos. Madi se queda quieta, llorando, como buena mártir.

—¡¿Vas a dejar a tu hermana así?! —exclama mi madre.

Me giro con rabia. Todo el mundo me mira. No puedo más.

—¡Por mí puede irse al infierno! ¡Y por cierto, el cardenal de tu cara, no te caiste, te di un puñetazo! Y el anillo que llevas, es la réplica. Andrew te lo cogió para hacerte ese y devolverme a mí el original. No vas a robarme nada más en mi vida. ¡A la familia, te la regalo!

Me voy con gesto airado y todo el mundo se queda en silencio. Incluida Madison. Cosa rara en ella.

Subo a mi habitación y recojo todas mis cosas, apiñándolas de cualquier manera en la maleta. Quién me ha visto y quién me ve...

El pijama de Elfo no lo cojo ni lo guardo en el armario. Lo tiro a la basura.

Todos mis jerséis de Navidad se quedan aquí junto con mi vida anterior.

Salgo por la puerta trasera para no cruzarme con nadie y voy hacia mi coche.

—¡Nataly, espera! —Es Arizona—. Oye, a mí ni se te ocurra regalarme...

—Tranquila. Tú siempre serás mi mejor amiga...

—Naty...

—No trates de detenerme, por favor. Me voy a ir.

—No iba a hacerlo. Solo quería que supieras que estoy orgullosa de ti...

Me mira con cariño y rompo a llorar. Ella me abraza y yo le correspondo.

—Vete. Eres mi heroína —dice imitando un gancho de derecha.

—Te llamaré —le prometo.

—Me iría contigo, pero alguien tiene que quedarse a defender el fuerte. —Me guiña el ojo.

—Te quiero, Ari...

—Y yo a ti.

Voy todo el camino oyendo la radio, en vez de escuchando villancicos, y no sé por qué todas las jodidas canciones hablan de él.

Cuando llego a mi apartamento es como si fuera el de otra persona. O puede que yo ya no sea la misma que cuando me fui.

Aunque hay cosas que nunca cambian, porque me meto en la bañera caliente e ignoro las llamadas de mis padres. No tengo claro si quieren que vuelva o desheredarme del todo, lo único que sé es que quiero pasar esta noche sola. Y quiero empezar el año pensando en mí sin tener en cuenta a nadie. Andrew me ha hecho ese regalo. Y no voy a desperdiciarlo.

Observo el anillo en mi dedo. Es increíble el empoderamiento que me da. Mi abuela fue la única que confió en mi valía y no necesito casarme ni tener novio para ser feliz. Lo único que necesito es ser yo misma y que nadie trate de pisotearme.

Paso la tarde ordenando mis cosas. No es que las tuviera desordenadas, pero quiero reordenarlas junto con mis prioridades. Cuando me canso, me tumbo en el sofá y mando un par de *emails* de esos que pueden cambiarte la vida y que igual no deberías mandar el último día del año, pero lo hago sin pestañear.

Si hay un buen momento para cambiar de vida y tener nuevos propósitos es hoy, 31 de diciembre, el último día del año. El último día de toda una vida de morderme la lengua y tragarme el dolor.

De pronto, me viene a la mente algo que me deja sin respiración.

¡Hoy es el aniversario de la muerte de la madre de Andrew!

Cojo el móvil rápidamente y pienso en llamarlo, pero me freno. Me gustaría ponerle que le acompaño en el sentimiento, pero nadie puede entender lo que sientes. Perder a una madre es algo que te marca para siempre. Lo sé porque mi abuela fue esa persona para mí.

Decido no escribirle y mato el tiempo buscando recetas nuevas de repostería y viendo los últimos vídeos de cuentas que tengo fichadas. Para cuando me doy cuenta, es de noche y me ruge el estómago, acabo de caer en que no he comido nada.

Ni corta ni perezosa, encargo comida china para cenar en honor a la fallida luna de miel de Madison y Dylan. Me los imagino allí, discutiendo sin parar y sin ser realmente felices y una sonrisa asoma en mi boca. Es curioso, pero mis deseos de ser mala han terminado en una buena acción: esos dos no deberían reproducirse entre ellos.

Cuando llega el momento de la cuenta atrás, no lo sigo por televisión, me quedo apoyada en la barandilla de mi balcón, viendo cómo la gente lo celebra en sus casas, en la calle, y viendo unos magníficos fuegos artificiales que al parecer se ven desde mi casa.

No lo sabía porque nunca estoy aquí este día, siempre estoy en la mansión Evans, pero este año siento que ese no es mi sitio.

No puedo evitar pensar en dónde estará Drew. Seguramente, su hermano y sus amigos lo hayan arrastrado a alguna fiesta salvaje y alguna chica se le acerque coqueta.

Me cojo los brazos con aprensión.

Quizá me ha hecho un favor marchándose. Otro, digo. Porque mi confianza no está lo suficientemente trabajada como para soportar una relación con un tío tan increíble como él. Si es que estaba dispuesto a ello antes de juzgarlo, claro, que me parece que no.

Tiene pinta de ser de los que quitan un clavo con otro clavo... y hoy es la noche perfecta para empezar de cero.

«¡Basta ya de pensar en lo que tiene pinta!», me riño. Todavía tengo muchos prejuicios que superar. Lo que tengo claro es que a mí no me la va a clavar nadie hasta dentro de un tiempo. Necesito pensar en mí, aunque mi corazón llore por él.

Dicen que el tiempo lo cura todo.





29
Solo en casa

—No puedes seguir así, *bro*. ¡Anímate! El tiempo lo cura todo.

Nunca he creído en esa maldita frase. Porque algunas cosas siguen doliendo eternamente. Mucho menos, pero no se olvidan. Y me da que Nataly va a ser una de ellas porque es una chica entre un millón. Os lo digo yo, que he conocido millones.

—Déjame tranquilo, Kyle...

—Ayer en la fiesta fuiste un muermo. Tenías a un montón de tías para elegir.

—Es lo último que necesito ahora mismo. Otra tía.

—¿No te habrás vuelto gay? Porque si te pasas a la otra acera, ¡te vas a hinchar a follar!

Pongo los ojos en blanco. ¿Nunca se cansa de decir tonterías?

—He encontrado a Madison en Instagram.

Al oír eso, lo miro como si fuera a asesinarlo.

—Ni se te ocurra contactar con ella.

—¡¿Por qué no?!

—Te lo prohíbo, Kyle. O dejaremos de ser hermanos.

—Vale, vale —dice subiendo las manos.

—Y ni una palabra de todo esto delante de papá. Olvídalo todo y sigue con tu vida.

—A la orden, mi general. —Hace el gesto militar y resoplo terminando de servir la legumbre en una fuente. Es lo único que sé cocinar bien y hoy me apetecía. Además, hacía años que no tenía resaca en Año Nuevo y me he despertado pronto para hacer dominadas en la barra de mi habitación.

Me he prohibido a mí mismo pensar en Nataly. Eso se acabó. Cuando la vea en la oficina, seré profesional y la saludaré, pero quiero centrarme en mi trabajo y asegurarme de que cumple su parte del trato.

El primer día del año se me hace muy largo. No tengo ganas de nada, solo de ir mañana a trabajar. ¡Cualquiera que me oiga! Pero necesito cerrar el ciclo y volver a mi vida.

Al día siguiente, me rayo pensando en qué ponerme para ir a la oficina. Toda la seguridad que tenía en mí mismo ha desaparecido por arte de magia. ¿Por qué ahora dudo de todo? No me encuentro en mi nuevo yo. Nataly me ha afectado más de lo que creía...

Al final —surrealista, lo sé, pero— le cojo un polo a mi padre y me presento en el edificio más pronto que nunca. Siempre llego al filo de la hora de fichar porque me entretengo tonteando con la chica de la cafetería, o con alguna clienta, pero hoy no he desayunado, no me entra nada. Solo quiero... verla con uno de sus anodinos trajes y acabar con mi obsesión. Necesito que todo vuelva a ser como antes...

«No cuentes con ello», dice mi diablo disfrazado de Bola 8.

Me siento en mi mesa y espero a que mis compañeros vayan apareciendo a la voz de «¡Feliz

año! ¿Dónde habéis estado? ¿Salisteis?».

Como no me presto a levantarme, se forma un corrillo de bienvenida en mi propia mesa.

—¿Y tú qué, Drew? ¿Cómo han ido las fiestas?

—Ha sido una Navidad más —respondo reacio a dar detalles.

Cuando comienza la jornada, me sorprende que Nataly no haya aparecido todavía. En su lugar, Ric hace acto de presencia.

—Bienvenidos a todos. Empieza un nuevo año en el que quiero que os esforcéis especialmente. Ya sabéis que me jubilo el mes que viene y voy a estar todo este mes formando a mi nuevo sucesor. Pensaba esperar un poco para decir quién será, pero... puesto que hemos sufrido la baja definitiva de Nataly Evans, ya puedo anunciaros que el puesto es para... ¡Andrew Norton!

Mi jefe aplaude sonriente y todo el mundo le sigue, pero yo soy incapaz de sonreír.

—¿Nataly se ha ido de la empresa? —pregunto confuso.

—Sí. ¡Alégrate, Norton, hubiera estado muy reñido! —Me toca el brazo y sigo sin reaccionar.

—¡Felicidades, Andrew! —me dicen algunos.

—¡¿Andrew, el jefe?! ¡Esto va a ser pura jauja! —celebra otro.

—A ver cuánto dura... —masculla otra.

—¿Nataly se ha ido? —pregunta Charlie abatido. Otro pobre diablo enamorado de ella.

—Ven a mi despacho en diez minutos, Drew, tenemos mucho de qué hablar.

Ric nos deja y me libro de la celebración de mis compañeros, yéndome al baño.

Me mojo la cara y me miro al espejo. ¿Nataly ha dejado Madlok? ¿Por qué?

Pienso en llamarla, porque ese no era el maldito trato. No sé si podré hacer esto sin ella. ¡La necesito! La empresa la necesita...

¿Y si nunca vuelvo a verla?

«Eso es lo que quiere ella», me castiga mi ángel.

«El puesto es tuyo, no mires atrás», dice mi demonio.

Me dirijo al despacho de Ric pensando que enfocarme en el trabajo me irá bien. Intento concentrarme en todo lo que me dice, pero solo puedo pensar en ella y en el poco sentido que tiene que no esté aquí.

—¿Lo has entendido?

—Sí. —Pero es mentira. No he oído una puta palabra. Su voz suena en estéreo y apenas puedo respirar.

No sé cómo sobrevivo a ese primer día, pero llego a casa y encuentro a mi padre en su sillón, como cada tarde.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien? —le pregunto como de costumbre sin esperar respuesta. Mi padre me mira, pero no dice nada—. Estaré en mi habitación si me necesitas...

Me encierro en ella y paso de los mensajes de mis amigos preguntándome si voy a ir al gimnasio hoy. Normalmente, por las tardes, voy al gym con alguno de ellos o quedo con alguna chica que he conocido. A eso se reduce mi vida. Algún día tengo que trabajar, pero suelo hacer mucho deporte. Con este físico no se nace, hay que trabajarlo a diario, pero admito que no lo hago por eso, sino porque estoy enganchado al ejercicio. Es mi forma de sentirme bien y de canalizar mi energía. Me gusta cuidar mi salud.

Pero ahora mismo, a nivel emocional, estoy hecho trizas. Y si lo comento con alguien, me dirá que la solución es no enamorarse jamás. Pero dudo que alguien pueda protegerse de eso. El amor no se planea, ocurre en un instante. Hay una atracción. Y si la alimentas con besos interminables, se vuelve viral, como todo.

Pasan los días y el abatimiento persiste, pero intento hacer vida normal.

Mi padre me mira cada día, como si quisiera decirme algo, pero no se anima y yo tampoco.

Kyle se pasa a cenar algunos días y llena la casa de jovialidad.

—¿Cómo estás, *bro*?

—Bien...

—No mientas —dice mi padre de pronto. Y me alucina que se meta ahora que tiene apoyo—. Está deprimido.

—¿Qué te pasa? ¿Es por Nataly?

—¿Quién es Nataly? —pregunta mi padre chismoso.

—Su amiga en apuros. Y tiene una hermana que no veas...

—¡Ya basta, Kyle! —exclamo exacerbado. Los dos me miran con extrañeza.

—¿Tienes algún problema con esa chica?

—Le dio calabazas...

—¡Kyle!

—¡Es la verdad! ¡Si has cambiado de opinión, ve a buscarla!

—No he cambiado de opinión. Somos muy distintos.

—No seréis tan distintos si trabajáis en lo mismo.

—Ella ya no trabaja allí... —digo serio, empezando a recoger la cena.

—Oh, oh —dice Kyle con guasa—. Entonces de ahí proviene toda tu desesperación. ¡No sabes nada de ella! ¿Quieres que le pregunte a Madi cómo está y qué está haciendo?

—¿Qué? ¡Te dije que no contactaras con ella!

—¡No lo hice! ¡Fue ella! Me encontró por el nombre de la banda. Solo hablamos...

—No hables con ella. Va en serio, Kyle. Esa chica no está bien.

—Ya sé que no está bien. Me ha contado muchas cosas.

—Bloquéala ahora mismo, es una orden.

—¡Sí, señor! —Hace el gesto militar—. Dice que su hermana no le habla.

—¡No quiero saber nada, por favor! —Me pongo nervioso.

—Kyle, no le incordies... —dice mi padre—. Andrew..., seguro que puedes arreglarlo. No puedes seguir así.

—¡¿Y tú sí?! ¡¿Qué te parecería que me encerrara en mí mismo y me dedicara a mirar por la ventana sin disfrutar de la vida?! ¡Porque es lo que llevas haciendo un año!

—Tu chica no ha muerto, la mía sí.

—Mamá odiaría verte así. ¡Te has rendido!

—Ya no tengo motivos para vivir.

—Eso duele, ¿sabes? ¡Nosotros seguimos aquí! Podrías ir a terapia para intentar curarte en vez de avocarnos a ver cómo te dejas morir.

—No tengo fuerzas ni para eso...

—¡Yo puedo acompañarte!

—Tú bastante tienes con lo tuyo. Y no te veo moviendo el culo para resolver tus problemas, así que...

—¡Lo mío no tiene solución, papá! ¡Yo no soy lo que ella busca y nunca lo seré! ¡Hay cosas que no se pueden cambiar!

—¿No erais solo amigos? Pues sedlo.

—Él no puede tener amigas —dice Kyle—. ¡No ves que es un *sex-symbol*!

—¿Tú también, Kyle? Vete a la mierda...

Me voy de casa y empiezo a correr sin ningún motivo, como el puto Forrest Gump, y sin saber muy bien cómo, mis piernas me llevan hasta la casa de Nataly. Sospechoso, teniendo en cuenta que vive en la otra punta de la ciudad. Las ganas de llamar al timbre y verla son muy potentes, pero me obligo a marcharme.

«¡Pasaste de ella por un motivo, Drew, sé consecuente!», dice mi ángel.

Tiene razón... Ella se merece más. Se merece cumplir todos sus sueños... y pensando en eso, se me ocurre una idea.

Una idea que es solo un visión. Una muy difícil de llevar a cabo. Pero, a partir de ese momento, vuelvo cada día corriendo hasta allí para ahondar más en la logística de cómo conseguirlo. Y cada día me cuesta un poco más marcharme sin llamar a su puerta.

Pero tengo un plan.

Por una vez, voy a ser bueno.



30
Mientras dormías

Veinte días después...

Saco la última hornada de galletas y miro satisfecha el resultado. En breve montaremos el expositor de San Valentín en Delicias Evans y he hecho galletas en forma de corazón con un glaseado delicioso. Hay que adelantarse quince días a la fecha para mejorar las ventas.

Mis padres tampoco dejaron que les regalase. Me estuvieron llamando cada día hasta que recuperaron la autoridad para seguir metiéndose en mi vida y les siguiera ayudando con Delicias Evans. Llegaron a rogar y... bueno, son mis padres.

Me gustaría adornar esta tanda de galletas para no tener que hacerlo mañana, pero ya es tarde, y me he quedado sin colorante.

Mi plan es viajar a Castle Combe para llevarlas directamente a la pastelería y luego volver a Londres. No pasaré por casa, porque sé que Madison sigue acampada allí. Dejó su piso cuando se fue a vivir con Dylan y ahora no tiene dónde vivir ni ganas de hacerse la colada ella misma.

—Deberíais hablar, hija... —me dijo mi madre por teléfono.

—No tengo nada que hablar con ella.

Es la misma frase que me dijo Andrew, así que sé exactamente cómo se siente con respecto a mí. Y como no hubiera soportado el azote de su indiferencia en la oficina, dejé MadLok vía email. Me gustaría saber qué tal le va como director. Simple curiosidad.

Por mi parte, estoy buscando un buen préstamo y un local adecuado para abrir mi propia pastelería. Delicias Evans tiene décadas de historia, pero mi abuela la fundó desde cero con mi edad y cuando llegó a viejecita era un negocio de lo más lucrativo. Yo puedo hacer lo mismo. He decidido que quiero algo que sea solo mío, no mío y de Madison. Pero de momento no ha habido suerte. Los locales que están en buenas zonas son carísimos.

A la mañana siguiente, compro colorante y decido terminar de decorar las últimas galletas *IN LOVE* cuando llegue al pueblo. Pone eso en la galleta con sirope de chocolate blanco, por eso las he llamado así. Pensaba ir después de comer, pero tengo tiempo y prefiero conducir de día.

Al llegar, hace un sol radiante en el helado Castle Combe. Aparco cerca de la entrada de la pastelería y cargo con varias bandejas de galletas hasta el interior.

—¡Ya estoy aquí! —saludo al entrar, pero obtengo el silencio por respuesta.

No veo nada porque las bandejas superan mi cabeza y las apoyo en el primer mostrador que encuentro.

Cuál es mi sorpresa cuando, al girarme, veo a Andrew sentado con mis padres, explicándoles lo que parece un montón de papeleo.

Me quedo bloqueada. ¿Qué hace él aquí?

No entiendo por qué no me ha llamado ni por qué le ha crecido tanto el pelo y solo lleva una

disimulada bolita de plata en la nariz, pero lo peor es verlo con traje y corbata. Ni rastro de pendientes o anillos. ¡¿Dónde está mi Andrew?!

—Hola... —musita con culpabilidad.

Sus ojos azules se me clavan en el corazón como si fueran dos estalactitas. Siempre me ha fascinado que su mirada sea tan expresiva. Es capaz de transmitir tantas cosas sin hablar... Y esta vez me habla de arrepentimiento. No sé si por lo nuestro o por otra cosa... ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Qué haces aquí? —pregunto confusa.

—He venido a hablar con tus padres...

—No te esperábamos tan pronto, Nataly —carraspea mi madre, como si acabara de pillarlos *infraganti*.

—¿Qué es todo esto? —pregunto señalando los papeles. Al ver cifras de venta, una idea horrible me viene a la cabeza. Ahora todo cuadra. El secretismo, Andrew vestido como un vendedor de biblias...

—¿Qué intentas, Drew? ¿Engañarles para conseguir una patente?

—Hija... —dice mi padre nervioso.

—¿Ahora que eres uno de ellos, te dedicas a robar ideas?

—No es lo que crees...

—Lo que creo es que quieres apuntarte un tanto como director de MadLok comercializando una especialidad de Delicias Evans. Ya veo... Yo no te intereso, pero mi legado sí.

—Nataly... —musita mi madre.

—No se preocupe, señora Evans. Es lógico que defienda lo que es suyo.

—¡Claro que voy a defenderlo!

En ese momento me doy cuenta de que no puedo darle la espalda a mi legado. No puedo empezar de cero mi propio negocio y vender o traspasar Delicias Evans cuando mis padres falten. ¡Aquí está el alma de mi abuela, pero la mía también! Y que sea él quien venga a usurparla, me duele mucho.

—¿Me dejas explicarme? —pregunta Andrew con tono formal poniéndose de pie.

Desde luego, parece otro. Ya no da miedo, ahora solo lo ves y quieres que te convenza para comértelo, como buena serpiente en el paraíso.

—No tenemos nada de que hablar, ¿te suena de algo?

—Fui un imbécil... —admite abatido—. No tendría que haberme ido así. Tendría que haberte llamado después, cuando no fuiste a trabajar y me sentí vacío. O haber llamado al timbre de tu casa todas las veces que corrí hasta allí... Tenía que haber hecho muchas cosas si hubiera estado pensando en mí, pero solo estaba pensando en ti. En lo que tú quieres. En lo que te mereces... y me he estado devanando los sesos para lograr explicarles a tus padres lo que serías capaz de hacer abriendo una sucursal de Delicias Evans en Londres...

Mi boca se abre con asombro. ¿Corrió hasta mi casa...?

—Les he mostrado todo lo que has conseguido este año en MadLock y ellos mismos han visto que eres capaz hasta de organizar una boda de postín. Tienes mucho talento, Nataly, y lo estás desperdiciando... Solo necesitas un poco de ayuda.

Mis ojos abnegados en lágrimas no entienden por qué debo seguir sufriendo tan lejos de él cuando lo único que deseo es abrazarle. ¿Ha venido a ayudarme?

—No voy a desperdiciarlo más —intento explicar sin sollozar—. Por fin me he decidido a emprender un negocio yo sola, pero no será fácil. Con mis ahorros me llegaría para abrir una pequeña tienda en un barrio alejado, pero los dos sabemos que se necesita un buen local en pleno

centro si de verdad quieres tener proyección, y ahora no puedo permitírmelo...

—Lo sé... Por eso estoy aquí, Nataly.

Mi pecho se calienta. No es una declaración de amor, ha venido a hacer justicia. Pero algo es algo. Miro a mis padres.

—Mamá, papá... Me encanta este lugar y adoro lo que representa, pero en Castle Combe no me sirve de nada. Tengo que hacer algo con mi vida, ¡necesito hacerlo!, pero no al precio de renunciar a mi legado...

—Piénsenlo bien, señores Evans —intercede Andrew—. Nataly está destinada a llegar muy lejos, y si no dejan que lo haga con Delicias Evans, el legado familiar se perderá en unos años. En un futuro, traspasarán el negocio, y sus hijas se repartirán el dinero que saquen por él, pero si dejan que Nataly tome las riendas, podría convertirlo en una leyenda.

Mi corazón se desboca al oírlo hablar así.

¡Todavía no puedo creer que esté delante de mí diciendo todas esas cosas! Pensaba que no volvería a verle nunca.

—Ustedes la conocen mucho mejor que yo y saben de lo que es capaz... Les recomiendo que no desaprovechen su don. ¡Podrían jubilarse anticipadamente y disfrutar de la vida ahora que todavía pueden!

—Andrew tiene razón —Se escucha una voz proveniente de la cocina. Madison aparece y me choca verla sin arreglar. También parece otra persona. Va vestida con ropa informal y lleva puesto un delantal. ¿Qué leches estaba haciendo ahí dentro?

Cuando me mira, aparto la vista y pienso en marcharme. ¿Por qué siempre tiene que aparecer para fastidiarlo todo?

—Papá, mamá... —comienza mirándoles—, deberíais confiar en Nataly. Todo lo que toca lo convierte en oro. Si continúa su camino sola, todo esto se perderá, y la abuela no trabajó tan duro para que eso pasase. Formó a Nataly para que su legado continuara, dejad de ponerle trabas.

—Uno de los motivos por los que no lo hemos hecho antes es porque esto no es solo de Nataly, sino que también es tuyo, y no queríamos que discutierais... Las familias se rompen por temas de dinero y de herencias.

Sonrío por la ironía.

—Lo mío con Madison está roto sin necesidad de todo eso.

—Renuncio a mi parte —sentencia Madison sin perturbarse.

—¡No puedes renunciar! —exclama mi padre.

—Sí que puedo.

Yo me quedo sin habla. ¡¿Qué está pasando?! ¿Se ha vuelto loca de verdad? ¿Tiene un plan B para quitarme el negocio una vez dé beneficios? Porque no me lo creo. Madison nunca haría algo tan ilógico por mí. ¿O sí? ¡Ah, ya lo entiendo!

—Claro, cuando la empresa vaya bien, te será muy fácil alegar que no estabas en plenas facultades mentales cuando renunciaste. Tu novio acababa de dejarte en el altar...

—Estoy yendo a terapia —replica con firmeza—. Y no es por Dylan, es por ti. Solo llevo tres semanas, pero me ha hecho ver que esto es lo mínimo que puedo hacer por ti después de todo lo que te he hecho pasar...

Mi cara se descompone. ¡No me creo lo que estoy oyendo!

—Mamá, papá... —continúa su discurso—, si sois listos y de verdad queréis ayudarme, dejaréis que Nataly expanda el negocio familiar a Londres. Nos ha dado la espalda por mi culpa y solo vosotros podéis hacer que vuelva...

Se marcha de nuevo a la cocina y Andrew me mira con ternura al ver que yo me deshago en lágrimas. ¿Por qué sonríe? Es como si diera por hecho que solo porque Madison se lo haya pedido, mis padres fueran a ceder.

—Nataly, hija... ¿de verdad crees que puedes expandirlo sin romper el encanto de nuestra tradición? Eso me mataría —dice mi padre.

El corazón me da un vuelco y abro mucho los ojos.

¡Maldita Madison! ¡Podía haberme ayudado hace años!

—¡Claro que puedo! —reacciono—. ¡Llevaré el espíritu de Castle Combe al centro de Londres! ¡Montaré una tienda tan de cuento que la gente tendrá que pararse obligatoriamente!

—Y cuando prueben vuestros productos, se desmayarán —añade Andrew con una sonrisa traviesa.

—Pero hay un problema... —digo con tristeza—. Es una inversión muy cara, y yo tengo algo de dinero ahorrado, pero no me alcanza y no estoy dispuesta a pediros el dinero de vuestra jubilación. Estoy hablando con varios bancos para intentar conseguir un préstamo, pero es complicado...

—Por eso he venido, Nat —interviene Andrew mirándome fijamente—, sé de dónde sacar el capital que necesitas.

Que me llame Nat me calienta el corazón de una forma que no puedo explicar, pero trato de enfriarlo cuando entiendo que ha venido a hablar de negocios, no de amor. «¡Céntrate!».

—Te escucho...

—He encontrado el local perfecto para la pastelería, pero he calculado que un año de alquiler y convertirlo en Castle Combe alcanzarán el medio millón de libras...

—Por Dios Santo... —masculla su padre asombrado.

—Por eso no sería mala idea venderle la patente de una de las Delicias Evans a MadLok —añade Drew—. Les hice una propuesta, les di a probar un pastelito, y están muy interesados. Esta es la cifra que ofrecen...

Me da un papel con la oferta y por poco me desmayo al verla.

—¡¿Un millón?! Pero...

—¡¿Qué acabas de decir?! —exclama su madre alucinada.

—He venido, sobre todo, a deciros que la rechacéis —continúa Andrew con profesionalidad—. Podríais sacarles dos millones...

Mis padres y yo nos miramos alucinados y no entendemos nada.

—El estudio de ventas que he realizado desde mi puesto de dirección indica que se prevé un beneficio de hasta quince millones el primer año...

—Voy a desmayarme —dice mi madre con la mano en la frente.

—Nat... Con ese dinero podrías pagarles un buen traspaso de negocio a tus padres, construir la tienda y cubrir el alquiler hasta que dé beneficios...

Andrew me mira como un auténtico ejecutivo, y yo no sé qué pensar porque no salgo de mi estupefacción. No sé si estoy emocionada u horrorizada de que me haya puesto en esta encrucijada. Y de pronto caigo...

—¿Qué pastelito les has ofrecido? —pregunto desconfiada.

—El RainKiss...

—¡¿QUÉ?!

—No solo es delicioso, sino que es fácil de elaborar, con materia prima barata y un embalaje práctico. Es una de esas genialidades que ocurren pocas veces en la vida...

—¡No puedo cederles el RainKiss! —exclamo alterada.

—Claro que puedes, ¿sabes por qué? Porque es una creación tuya. Ese pastelito va a hacerte famosa, Nataly... Contarás cientos de veces la historia de que lo creaste a la edad de dieciséis años y eso te permitió convertir Delicias Evans en un imperio. Tu abuela lo comenzó todo, pero si cedes el RainKiss a MadLok, empezará realmente la leyenda. Tu elaboración llegará a todos los rincones del planeta y la gente sabrá que es tuyo y que tienes una encantadora tiendecita en mitad de Londres que recoge a la perfección el espíritu entrañable de Castle Combe. Pondrás este pueblo y a la tienda original en el punto de mira del mundo... Y todo será mérito tuyo, de nadie más.

—¡¡Tienes que aceptarlo, hija!! —grita mi padre.

Miro a Andrew con los ojos llorosos y una emoción inaudita. Su forma de sonreírme no es la de acabar de llegar a un buen trato, sino la de un te quiero. Mi sonrisa se ensancha tanto que termino riéndome y lo veo acercarse a mí con sus aires lobunos.

Me limpia las lágrimas de la cara con sus pulgares y capto en sus ojos sus irrefrenables ganas de besarme.

Me agarra la cara y lo freno:

—Lo aceptaré con una condición... —consigo decir. Él me mira maravillado—. Que te quites este traje, vuelvas a ponerte tus pendientes y anillos y trabajes conmigo...

Su boca hace el amago de rozar la mía, pero se queda a tres milímetros de mis labios, dejándome con las ganas, para decir:

—Yo no quiero solo trabajar contigo... Lo quiero todo.

Me besa y mi cuerpo se relaja contra él como si por fin pudiera descansar después de un mes sin saber a dónde pertenece.

Andrew deja de besarme para abrazarme con fuerza y sonrío contra su hombro. ¿Esto es real?

—Te he echado tanto de menos que casi me muero —confiesa.

—Yo también... —digo llorosa.

—Creo que estoy enamorado de ti... —Me mira sincero.

—Yo te quiero desde que le dijiste a Ben que se levantara a por la salsa de almendras —declaro y él se ríe.

—Yo desde que te vi con tu pijama de Elfo...

Nos miramos embelesados.

—Te quiero, Nat...

—¡Ay...! —escucho a mi madre emocionada. Cuando la miro, no puede soportarlo y estalla en júbilo—. ¡¿Vais a casaros?!

—Mamá, no empieces... —digo hastiada pero feliz—. No vamos a casarnos. Así que quítatelo de la cabeza, ¿vale?

Andrew me mira divertido.

—Bueno, quizá algún día sí...

—¡Ja! Eso tendrás que ganártelo, *bad boy* —bromeo dándole otro pico—. De momento, tenemos mucho que hacer.

—Ya lo creo.... Si supieras todo lo que quiero hacerte... —masculla en mi oído sensual.

—¡Me refería a la tienda!

—Yo no.

Nos besamos de nuevo y me pregunto si estoy soñando. Pero no. Es que los sueños, muchas veces, pueden hacerse realidad. Sobre todo si nacen en Navidad. Por algo es tan mágica.





Epílogo 1
Serendipity

Tres meses después...

Había una vez un local perfecto, precioso y vacío en una de las calles más concurridas de Londres. Nadie lo alquilaba debido a su prohibitivo precio, pero fui yo y me lancé de cabeza a por él.

«Si confías en tu producto y no escatimas en la decoración, no puede salir mal», dijo Andrew, y lo alquilamos con vistas a contratar a un diseñador que convertiría aquel espacio metropolitano en el mismísimo Castle Combe.

A su vez, Drew presentó la contraoferta de la patente y MadLok la aceptó. Por poco me desmayo cuando me lo dijo por teléfono. El día de la firma, entré en las oficinas con un vestido de Shein y me fui de allí dos millones más rica porque una tarde de adolescencia me aburría y me puse a hacer experimentos cerdos con los restos de una tarta.

Me alegré de poder darles a mis padres un buen pellizco a modo de traspaso de negocio para que pudiesen disfrutar de su jubilación al máximo, pero también me abrumó la ardua tarea que teníamos por delante. ¡Quería que todo fuera perfecto! Hay cosas que nunca cambian, aunque Andrew me ayudaba a relajarme y a disfrutarlo.

El plan era dejar su trabajo en cuanto cobrara la patente, pero decidimos que se quedara un tiempo más en MadLok para asegurar el buen lanzamiento del RainKiss mientras hacíamos las obras del local y poníamos en marcha nuestro negocio.

Amelia me aseguró que me ayudaría a contratar y a formar a dos nuevas reposteras. No había vuelto a pensar en Madison y tampoco a preguntar por ella, pero junto con los papeles oficiales del traspaso, había un poder notarial mediante el cuál, Madison renunciaba a su parte de Delicias Evans. Creo que mis padres le dieron algo de su dinero en compensación, pero no me lo han confirmado, es un tema que me inquieta un poco porque no me parece justo del todo.

Por lo demás, las cosas van viento en popa. Las obras siguen avanzando y alucino de lo bien que está quedando con ese toque rústico y acogedor, esas vitrinas espectaculares, el suelo de madera noble y toda la decoración de bosque encantado. No puedo estar más contenta.

A nivel personal, vivo en una maldita nube desde que Andrew vive conmigo. El primer mes, iba y venía todos los días desde casa de su padre. Nunca se quedaba a dormir. Fue su progenitor quien le insistió en contratar a una chica para que se quedara las noches con él.

—No quiero ser el culpable de que esa relación salga mal. ¡Si es tu novia, tienes que quedarte a dormir con ella, Andrew!

—Pero papá... ella no me necesita para dormir.

—Eso crees tú. Pero el momento en el que más echo de menos a tu madre es cuando me despierto por las mañanas y no está a mi lado. Por favor, duerme allí, puedes pasarte después del

trabajo a vigilarme...

Y eso hizo. Con lo que no contábamos es con que el señor Norton se encariñara tanto de su cuidadora. Era una chica joven, muy agradable, que tenía novio, pero no importaba, él bebía los vientos por ella y estaba encantado con su compañía. Al parecer, lo único que le hacía falta era un poco de estrógeno en su vida.

También se mostró encantado cuando me conoció a mí e íbamos a comer con él los fines de semana. Incluso vino al local para verlo y nos dio algunos buenos consejos.

Su actitud empezó a mejorar, gracias sobre todo, a que Isabella, su cuidadora, lo convenció de que asistiera a terapia. Ella misma lo acompañaba por las mañanas después de dejarle la comida hecha.

Con su hermano Kyle coincidía de vez en cuando, pero seguía siendo el mismo guasón que no dejaba de meterse con Andrew porque, según él, yo lo había reformado.

—Cuando quieras te doy una paliza, chaval...

—Uh, qué miedito —Sonrió.

Andrew lo miró con fijeza y Kyle se calló abruptamente. Era muy gracioso verlos discutir. Drew siempre le reñía cuando me preguntaba por Madison, pero tampoco sabía qué contestarle. Vivía muy tranquila sin ella, pero a la vez, me sentía un poco mal.

Esta mañana he venido a Castle Combe para ir a la pastelería. También para ver a mis padres, y cuando me insisten en que me quede a cenar, cedo. Es hora de reencontrarme con Madison.

Cuando entro en la mansión es como si hubieran pasado años, mi vida es tan distinta... Voy a parar al salón y justo me encuentro a Madison poniendo la mesa. ¿Desde cuándo ayuda en casa?

Cuando me ve, se pone nerviosa. Eso sí es nuevo...

—Hola —saludo con educación.

—Hola... ¿Cómo estás? ¿Cómo va la tienda?

—Bien. Ya han empezado las obras.

—Ah, qué bien.

—¿Tú cómo vas... con lo tuyo?

Sus ojos se abren como platos.

—¿A qué te refieres?

—A la terapia.

—¡Ah! ¡Bien, bien...!

—¿A qué pensabas que me refería? Has puesto cara de susto.

—No, a nada. Me va bien...

—¿A qué consulta vas?

—A la de Chippenham.

—¿Cuántos días a la semana?

—Empecé yendo todos los días, pero ahora solo voy un día a la semana.

—Ah... Me alegro. Eso significa que estás mejor, ¿no?

—Sí... Yo... me alegro de que hayas venido... —dice cortada.

¡Es como si tuviera a otra persona delante! Una que se frota los dedos con inseguridad. ¿Le han lavado el cerebro o qué?

—¿Qué tal te va con Andrew? —pregunta interesada—. O sea... quiero decir, que espero que os vaya bien. ¿Va bien?

—Sí. Muy bien.

—Vale... —Aparta la mirada.

Intento averiguar si esperaba que nos fuera mal o si se alegra de verdad.

—¿Y a su hermano? ¿Lo ves mucho?

Me parece una pregunta rara.

—A veces...

—¿Cómo está? ¿Tiene novia?

¡Acabáramos...! «Hola, Madi».

—Por favor, no te acerques a él... —digo temerosa.

—¡No, no! ¡No pensaba! Solo quería saber si... Déjalo.

Levanto una ceja. ¿Qué narices le pasa?

Mis padres aparecen y parecen felices de sentarnos a la mesa los cuatro juntos. Mi madre ha preparado una ensalada y un picoteo de pan con embutidos. El jamón ibérico tiene muy buena pinta y todos lo disfrutamos. Todos menos mi hermana, que igual ahora se ha vuelto vegana de repente. Vete a saber...

—¿Un poco de vino, Nataly? —ofrece mi madre.

—No, gracias, tengo que conducir de vuelta.

—¡Oh, pero deberíamos brindar! Puedes quedarte a dormir hoy, si quieres... —sugiere mi madre.

Me lo planteo porque Andrew ha quedado a cenar con su padre, y si me quedo a dormir, probablemente él también se quede allí.

—Vale, me quedo. Que rule el vino...

Mi madre sonríe y me sirve un poco.

—¿Y tú, Madison?

—No, gracias.

¿Desde cuándo rechaza alcohol?

Seguimos cenando en una calma apacible, hablamos de Delicias Evans, del local y de los viajes que tienen planeados mis padres. Madison no abre la boca.

—¿Qué planes tienes tú? —le pregunto cuando no puedo más—. ¿Has pensado en buscar un trabajo? ¿Volverás a Londres? Porque aquí te estarás aburriendo mucho, ¿no?

—Todavía no sé lo que voy a hacer... Papá y mamá me dieron cien mil libras, así que no tengo prisa...

La culpa me corroe. Si Andrew oyera esa cifra, se escandalizaría. Diría que es insuficiente a cambio de la mitad de la herencia de un negocio como Delicias Evans.

—No me encuentro muy bien —dice entonces Madi—. Si me disculpáis... Me ha alegrado verte tan bien, Nataly. Te lo mereces.

Se va y nos deja solos.

—¿Qué le pasa? —pregunto a mis padres. Debería dejarlo pasar y seguir con mi vida, pero no puedo. Es superior a mis fuerzas. ¡Mi hermana ya no es mi hermana!

—No lo sabemos... Está muy distinta.

—¿Está tomando alguna medicación que la deje así de... mosquita muerta?

—Algo está tomando, pero no sabemos lo que es.

—Parece deprimida. ¿Qué hace todo el día en casa metida?

—Ver la tele. Pasear. Dormir... Poco más.

—¿No habla con nadie?

—Está todo el día anclada al móvil, supongo que por ese medio hablará con gente... A nosotros no nos cuenta mucho. ¿Por qué no hablas tú con ella, Nataly? —me pide mi madre.

La propuesta me incomoda. Le dije que no quería saber nada más de ella, pero la veo muy rara y no puedo seguir con mi vida como si nada. ¡Haga lo que haga, me perturba! Igual el problema soy yo... pero no puedo hacer un ojos que no ven. ¡Es mi hermana!

—Voy a hablar con ella...

—Gracias a Dios... —murmura mi padre.

No sabía que estaban tan preocupados.

¿Les daba miedo pedírmelo? Mi puñetazo ya es legendario...

Me levanto y camino hasta su habitación preparándome para encontrarme con evasivas, o peor, con una mala contestación de las suyas que me hará polvo, pero no me detengo.

La puerta de su cuarto no está cerrada y la veo tumbada en la cama.

—Madison... ¿estás bien?

—Sí. Solo estoy cansada.

—¿De qué?

Se queda callada y sus ojos comienzan a brillar de forma sospechosa.

—¿Qué te pasa? —entro en su espacio.

—Que la he cagado, Nataly...

—¿Por qué lo dices? ¿Con qué?

—Estoy embarazada...

Mi mundo sufre un temblor y el suelo se abre. ¿Cómo...?

—¿Estás segura? ¡¿De quién es?!

Su cara de culpabilidad no me gusta nada. Es como si la respuesta no fuera a gustarme un pelo. Baja la mirada y cierra los ojos, afligida.

De pronto, una idea cruza mi cabeza. ¿Cuándo fue la última vez que Madison tuvo sexo...?

La respuesta explota en mi cabeza como una bomba nuclear.

—¿Es del hermano de Andrew? Por lo del almacén...

—Tuve la regla en Navidad, ¡no creí que pasaría nada! El mes siguiente no me vino, pero mi psicólogo me avisó de que la medicación podía tener ese efecto secundario ¡y tampoco le di importancia! Empecé a hincharme y lo achaqué a estar aquí, comiendo la comida de mamá y apenas sin moverme... Pero el otro día fui a hacerme un análisis de sangre y me lo dijeron. Todavía no lo asimilo. ¡Ya estoy de cuatro meses...! Es tarde para abortar.

—¡¡POR DIOS, MADISON!!

Intento que no me dé un ataque. Ella me mira con tristeza.

—No se lo digas a Andrew, por favor.

Oigo sus palabras, pero no las entiendo.

—¡¿Cómo no voy a decírselo?! ¡Se enterará de todas formas! ¡Esto es muy fuerte!

—Lo sé... supongo que por fin el karma me la ha devuelto.

Jamás pensé que cuando ese día llegara, mi hermana me diera pena, pero así es. Que empiece a llorar, me mata del todo.

—Eh, tranquila... No es el fin del mundo... No es la muerte, no es una enfermedad, es...

—Un castigo. Por toda mi maldad.

—Un niño inocente jamás es un castigo —digo categórica—. Si no quieres ser madre, tienes varias opciones. Por ejemplo, buscar a una pareja que esté desesperada por tener un hijo y no pueda, pero primero deberías decírselo al padre. Además, mamá y papá seguro que intentan convencerte para que te lo quedes con su ayuda, pero no dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer. Es tu vida, Madison... Tú decides. Yo lo he aprendido hace poco...

—¡¿Cómo voy a tener un bebé si estoy enferma?! Soy egoísta y no quiero que sufra...

Sonrío al oírla.

—Si te preocupa que sufra, no eres tan egoísta como crees.

—Mamá y papá están muy ilusionados con su nueva vida y no puedo estropeárselo por tener que encargarse de mí y de mi problema. Me sentiría fatal...

—Kyle tiene que saberlo. También es su responsabilidad.

—Esa es otra... Su opinión podría complicar todavía más las cosas. ¡También está loco! A saber cómo reacciona... Y no quería meteros a Andrew y a ti en medio. Esto puede causaros problemas. Siempre lo estropeo todo... —Se tapa la cara para llorar.

—No llores, por favor... —digo con pena—. Y no te preocupes por nosotros, lo importante ahora eres tú. Tienes razón con mamá y papá, es su momento, pero me tienes a mí. Yo puedo ayudarte...

—¿Tú? —farfulla llorosa con incredulidad.

—Sí —sonrío con afecto.

—No me lo merezco.

—Yo creo que sí. Porque, por una vez, estás haciendo las cosas bien. Creo que todo esto te ha hecho madurar, Madi...

—No. Has sido tú. Y ha sido doloroso... empezando por el cardenal que me dejaste en la barbilla.

—Lo siento mucho... —digo avergonzada.

—No, lo siento yo. Debías estar muy mal para que alguien como tú suelte un puñetazo... Me he portado fatal contigo. Era como si no pudiera controlarlo.

—La culpa es mía. Tenía que haberte metido en vereda hace muchos años... y haberme dado cuenta antes de que te pasaba algo...

—Me habría ahorrado muchas cosas desagradables, sí, como ver a Dylan cortándose las uñas de los pies...

Suelto una carcajada. La verdad es que era un espectáculo. Las recogía y jugaba un rato con ellas, y a veces las mordía. Era como ver un documental de animales.

—Entonces, ¿mamá y papá no lo saben?

—No.

—No se lo digas todavía... —aconsejo—. Te volverán loca con lo que ellos quieren que hagas, primero debes pensarlo tú, y cuando lo tengas decidido, se lo cuentas.

—Yo no sé tomar decisiones...

—Pues es hora de que lo hagas. Pero lo primero es decírselo al padre, sobre todo si estás pensando en no quedártelo. ¿Por qué no vienes mañana conmigo a Londres? —le propongo—. Le invitaremos a cenar y se lo diremos juntas. Andrew nos ayudará.

—Me da mucho miedo...

—¿Por qué?

—¡Porque creerá que soy tonta! Al principio me contactó, ¿sabes? Estuvimos hablando unos días. En realidad, Kyle es bastante majo. Pensaba que me pediría vernos, porque conectamos, pero un buen día dejó de escribirme y mi psicólogo me recomendó cortar esa relación si quería que nuestra situación mejorara algún día. Así que lo olvidé. Pero ahora...

—O sea, que te gustó.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Si apenas le conozco!

—Pero lo poco que conoces de él, te gusta. La conversación, cómo se lo monta, su físico...

¿verdad?

—¡No sigas por ahí! Es un completo desconocido. Pero fue muy comprensivo conmigo los primeros días...

—O sea, que estás coladita por él —digo con malicia.

—¡NO! Simplemente no quiero verle. Además, estoy hecha un asco y no tengo ganas de arreglarme. ¡Y estoy gorda!

—No lo estás. Estás tan preciosa como siempre.

—No es buena idea, Nataly...

—Tienes que hacerlo y cuanto antes, mejor. Confía en mí. Todo va a ir bien.





Epílogo 2
Last Christmas

Tengo un problema. Llevo treinta y cinco horas sin verla y me parece preocupante lo mucho que la echo de menos. Nunca me había pasado con ninguna chica.

No es como cuando no estábamos juntos y echaba de menos su recuerdo y la incertidumbre de si volvería a verla me mataba. Ahora sé exactamente lo que me estoy perdiendo al no tenerla al lado, sus labios suntuosos, su sonrisa ilusionante, las caricias de su mirada... Saber que esta misma noche su cuerpo desnudo se rozará contra el mío hace que cada minuto que pasa tenga más mono.

—¿Por qué Nataly quería que fuera a cenar a vuestra casa? —pregunta Kyle—. Tienes cara de que te mueres por estar a solas con ella...

—No lo sé, pero tendrá una razón de peso.

—¿Más pesada que tus huevos?

Kyle se ríe y yo termino riéndome también.

—No sé cómo puedes estar tan flipado por ella llevando ya tres meses. ¡Yo siempre me acabo aburriendo de las tías a las dos semanas!

—Porque no has encontrado a la persona adecuada. Antes yo no quería casarme y ahora sueño con los dos en medio de un fiestón dándonos un beso de película mientras la gente aplaude. Es horrible... —Me froto la cara.

—Estoy deseando enamorarme y volverme tan loco como tú —dice kamikaze.

—Cuidado con lo que deseas...

—Es verdad. ¿Por qué complicarme? Me gano bien la vida con la informática y a las tías guays les mola mi rollo. Tú, en poco tiempo, la dejarás preñada y te convertirás en papaíto. ¡Será tu fin!

—No flipes, chaval. Ahora tenemos un negocio que sacar adelante. Ella no está pensando en eso.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Lo hemos hablado. Ya no tenemos secretos.

—¿Habéis hablado de tener hijos? —se ríe inmaduro—. Entonces es que vais en serio. Uhhh.

—Muy en serio. Estoy deseando verla... Odiaría volver a mi vida de antes. No quiero ni pensarlo, porque me reventaría vivo. Nataly es...

—Por Dios, no lo digas, no te aguanto. ¿Qué pinto yo en esta cena? Le diré que no tengo hambre y me iré...

—¡Ja! En cuanto entres por la puerta y huelas la comida, querrás quedarte.

—Así que es por eso. Te ha conquistado por el estómago.

—No, pero es la misma sensación. Es como entrar a un sitio y que el olor se te meta por la nariz haciéndote salivar. Lo que me pasa con ella es muy parecido. Incontrolable. Irracional. Animal.

—¡Cállate ya!

Sonrío y aparco enfrente de la casa.

No tardamos nada en subir.

En cuanto abro la puerta, grito que ya estamos allí y avanzo buscando a mi objeto de deseo. Cuando la veo, oigo fuegos artificiales en mi cabeza, así de loco me tiene. Avanzo hacia ella y de pronto, veo a Madison y freno en seco. Es como si alguien me hubiera golpeado con un bate.

¿Qué me he perdido? ¿Qué hace aquí?

—Hola, Kyle... —murmura Madison.

Mi hermano, que viene detrás de mí, se queda parado y en silencio mirándola fijamente.

Miro a Nataly con los ojos desorbitados pidiéndole respuestas, pero en sus ojos hay una calma inusitada y comprensiva.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunto buscando una explicación.

—No... —Nataly se acerca para besarme, pero apenas puedo saborearla. No, teniendo a un Critter en mi salón.

Kyle me mira confuso y las saluda:

—¡Las hermanas Evans al completo! ¿Cómo estás, Madison?

—He estado mejor... —responde sombría y Nataly le acaricia el brazo a modo de consuelo.

¿Qué coño le pasa? ¿Está enferma de verdad? ¿Es terminal? Porque solo así me cuadraría que la hubiera perdonado.

—Chicos... será mejor que os sentéis —empieza Nataly—. ¿Queréis una cerveza?

—Sí —contestamos al unísono sin dudar. Kyle percibe mis vibras. Sabe que esa chica es una bomba a punto de estallar.

Tomamos asiento en el sofá y Madison lo hace en el sillón.

—¿Estás bien? —le pregunto a Madison cuando Nataly se va a por las bebidas. Ella se encoge hombros. No parece la misma.

—Mi hermana me ha obligado a venir. Yo no quería... —Al decirlo mira a Kyle de reojo. Él le devuelve la mirada extrañado. Es como si apenas la reconociera sin su expresión gamberra en la cara.

Nataly vuelve y soy todo oídos. Las miro a la espera.

—¡¿Y bien?! —me impaciento.

—No es fácil de decir... —musita Madison.

—¿Esto es una cita a ciegas? —dice Kyle confuso.

—No. Todo lo contrario —masculla Madi a la defensiva.

—Madison tiene algo que contarte, Kyle... —la ayuda Nataly.

Miro a mi chica y la veo parpadear despacio, dándome a entender que me prepare yo también. ¡Ay, madre...!

—Yo... —titubea Madi—. Estoy embarazada. Es tuyo, Kyle.

—¡¡¿QUÉ?!! —chilla el aludido—. ¡¿CÓMO ES POSIBLE?!

—¿Tengo que explicártelo?

—¡Lo hicimos una sola vez!

—No hizo falta más...

Mi hermano me mira escandalizado como si yo pudiera salvarle de esto.

—¡¿Cómo es posible?! Pero si fue hace mil... ¡¿De cuánto estás?! —pregunta Kyle analizando su tripa. Lleva una sudadera ancha y no se le nota nada, pero han pasado meses desde su encuentro en el almacén.

—Me di cuenta tarde... —musita acongojada—. Estoy de cuatro meses.

—¡¿QUÉ?!

—¡Pensaba que no me venía la regla por la medicación que estoy tomando!

—Esto no puede estar pasándome a mí... —farfulla Kyle agarrándose la cabeza.

Nataly me mira haciéndome gestos para que diga algo, pero no sé ni qué decir. ¡Estoy en *shock*! Una cosa así a mí me vendría grande, pero a Kyle... no quiero ni pensarlo. Además, ¡no están enamorados!

—¿Es tarde para abortar? —pregunto de repente.

—Sí —contesta Madi abatida—. Y antes lo daría en adopción.

Kyle levanta la cabeza con violencia.

—¿Qué coño estáis diciendo? —masculla severo—. ¡Aquí nadie va a abortar ni se lo va a quedar un extraño! ¡Es mi hijo! Si no lo quieres, me lo quedo yo.

Se me cae la boca al suelo. Su mirada contundente no miente, aunque sea lo más irresponsable que hay en la tierra. No soy el único que está flipando, ellas también parecen sorprendidas.

—Yo no he dicho que no lo quiera —contesta Madison.

—¡Estáis hablando de deshaceros de él!

—He venido a consultarte qué crees que es lo mejor.

—¡¿Lo mejor?! ¡Lo mejor sería que tú y yo tuviéramos cinco años más y estuviéramos juntos, pero no es el caso!

—Por eso... Quizá lo mejor para él sea irse con una familia que lo quiera y esté preparada, no con dos cabras locas como nosotros.

—No me conoces de nada, ¿vale? No sabes cómo soy.

—Sé que te tiras a una tía sin saber ni su nombre y sin condón.

—Ahí te ha dado —intervengo.

—Vale, a veces hago gilipolleces, pero con la familia no se juega. Yo nunca abandonaría a un hijo mío. Y tampoco a un hermano. Jamás sería como Tommy... —dice mirándome con intensidad.

Tarde o temprano, la mierda siempre sale a la luz.

—Mi hermano hace como si no existiéramos —explica Kyle—. Pero en el fondo de su alma, no hay noche que se acueste sin pensar en nosotros y en lo mal que ha obrado, sobre todo este último año desde que murió mi madre. Vivir con remordimientos, no merece la pena. Y seré un puto loco, pero tengo la conciencia muy tranquila.

Madison lo mira alucinada.

—Entonces... ¿puedo contar contigo para... criarlo?

—Sí. Nos apañaremos. Tómatelo como si fuéramos una pareja que estuvo unos años junta, tuvieron un hijo, y luego rompieron. Nuestras vidas hubieran seguido por separado y nos turnaríamos al niño. Pero no quiero verle dos fines de semana al mes, quiero la custodia compartida.

—De acuerdo... —acepta Madison sin dudar.

—Nosotros os ayudaremos —añade Nataly—. ¿Verdad, Drew?

—¡Claro! Contad con ello —acaricio la espalda de mi hermano.

—Joder... —Kyle se pasa la mano por la cabeza—. Qué locura... ¿Tú cómo estás? —le pregunta a Madison—. Pareces un poco... indispuesta.

—Prueba a tener un ser devorándote desde dentro...

—Si tiene mi apetito, tienes que empezar a comer más o acabará con tus reservas... ¿Dónde vives?

—Ahora mismo estoy en casa de mis padres... en Castle Combe. Me quedé sin novio y sin casa, todo a la vez.

—Y embarazada —puntualiza Kyle.

—Pero papá y mamá van a irse de viaje y no puedes quedarte sola allí, Madison —dice Nataly —. Deberías venirte aquí, puedes quedarte con nosotros mientras buscas piso y demás...

—¿Aquí? —pregunto perplejo. ¡Adiós a mi nidito de amor!

Mi hermano, que parece notar mi sufrimiento, dice:

—¿Por qué no te vienes a mi casa una temporada? Tenemos mucho de que hablar sobre la crianza del bebé. Puedo ayudarte a encontrar un piso. Podemos abrir una cuenta conjunta, poner un poco de dinero cada mes y comprar lo que necesitemos para su llegada.

—No... —replica Madison enseguida—. No quiero molestarte tanto. No tienes que cuidar de mí...

—Mientras lleves a mi hijo dentro, te cuidaré con mucho gusto.

Nataly se lleva la mano a la boca con disimulo. Sé que los gestos caballerosos de macarras tatuados son su debilidad.

—Yo... —sonríe Madi cohibida—. Es que no me parece buena idea...

—Lo hago por la parejita feliz. —Nos señala a Nataly y a mí—. Están viviendo un momento muy bonito y único y contigo molestando por aquí se les va a acabar la luna de miel...

—¡Eso no es cierto, no nos molestas! —exclama Nataly.

—Gracias, tío... —musito de forma casi inaudible.

—Está bien... —reacciona Madison—. Puedo quedarme unas semanas contigo mientras encuentro piso.

—Perfecto. ¿Y esa cena, Nataly? Huele de maravilla... —dice Kyle guiñándome un ojo—. ¿Te ayudo a poner la mesa?

—Ya la ha puesto Madison, pero puedes ayudarme a sacar la lasaña del horno.

—¿Lasaña? Ya entiendo por qué mi hermano te ama...

Siempre pensé que Kyle sería mi eterna preocupación, que tendría que cuidar de él hasta que cumpliera los cincuenta, pero acaba de demostrarme que él también sabe cuidar de mí, y de que es más legal de lo que pensaba. Ni siquiera aceptó los tres mil que le prometí en Navidad, me los encontré un día en la mesa de mi habitación. Creo que me vio tan mal que le di pena.

Madison y yo nos quedamos solos en el sofá y nos miramos.

—¿Cómo estás? Además de embarazada, digo.

—Mejor... Ya no soy una loca sociópata, si es lo que estás preguntando. Estoy yendo a terapia y me va bien.

—Me alegro por ti...

—Yo también me alegro por vosotros. Lo digo de verdad. Nunca me he alegrado tanto de que un tío no me haga ni puto caso.

Sonrío débilmente.

—Algo en el universo me decía que no debía acercarme a ti. Y ahora ya sé lo que es... —Señalo su vientre. Ella pone los ojos en blanco y sonríe.

—Ha sido una gran sorpresa... —admite—. Creo que si lo hubiera sabido al principio de todo, probablemente hubiera abortado sin decírselo a nadie; no sería la primera vez... —Aparta la vista —. Pero ahora, no sé... Sabiendo que tengo el apoyo de Nataly, lo veo de otra forma. Ella hace que todo salga bien siempre...

—Sí. Tienes suerte de que sea tan buena.

—Lo sé... Y Kyle me ha sorprendido mucho. Me da mucha confianza. Hablamos un poco al principio, pero después dejó de escribirme...

—Porque yo se lo rogué —confieso—. No quería que hubiera problemas...

—Pues ya ves que siempre encuentro la manera de causarlos... —dice avergonzada—. Cuando me enteré, me quería morir...

—¿Seguro que no es de Dylan? —pregunto con tacto—. ¿No lo hicisteis en Navidad?

—En Navidad tuve la regla y Dylan era muy aprensivo con eso. No lo hicimos. Solo le hice una mamada en la ducha.

—Menuda joya te hubieras llevado...

—Quiero pensar que yo la salvé a ella y ella a mí —musita.

—La hiciste sufrir mucho...

—Ya lo sé. Y te estoy muy agradecida de que ahora la estés haciendo feliz. Intentaré no meter más la pata... Creo que la medicación funciona. Ya no hay voces en mi cabeza haciéndome pensar que va contra mí y que tengo que... no sé...

—Me alegro de que estés mejor, y no tienes que preocuparte por Nataly, pero mi hermano sí me preocupa...

Madison me mira sin entender.

—No la cagues con él —aclaro—. Es decir, no caigas en lo de siempre, Madison... Cuida su amistad. No compliques las cosas con sexo por mucho que te apetezca. Va a ser el padre de tu hijo o hija... Considéralo un apoyo, no un consolador. O la cosa puede acabar mal y vernos todos arrastrados por la vorágine. Tú decides... ¿Prefieres cenas cordiales y de buenas, o malos rollos, complicaciones y peleas?

—Te aseguro que es en lo último que estoy pensando...

—Ya, pero si convivís, surgirá. Los dos sois muy sexuales.

—¿Con un bombo de seis meses? Seré supersexi, sí...

—Es solo un consejo. Piénsatelo dos veces, ¿de acuerdo?

—No te preocupes...

—¡A la mesa, chicos! —grita Nataly desde la cocina.

Nos reunimos todos en el comedor y Kyle y Madison se miran como si los dos hubieran recibido la misma advertencia sobre el otro.

Esa noche, Madison se queda a dormir en casa. Seguro que Kyle tiene que hacer limpieza y desinfección de su piso antes de que pueda recibir visitas femeninas que no vayan a quitarse las bragas...

No por eso me corto un pelo y disimulo las ganas que le tengo a Nataly. Cuando nos deseamos las buenas noches, rodamos por la cama juntos y nos besamos con ímpetu.

—Qué ganas tenía de estar contigo... —confieso entre sus labios—. No sé que has hecho conmigo, pequeña..., pero me tienes loco.

Ella sonríe en mi boca y vuelvo a atraparla.

—Yo también te he echado de menos. ¡Ha sido un día increíble! El reencuentro con Madison, la noticia... No puedo creer que vayamos a ser tíos.

—Si te digo que se me pasó por la cabeza un par de veces, me tomarás por loco...

—Tu visión de futuro me tiene impresionada, señor director.

—Pues ahora preveo un orgasmo inminente...

La beso con pasión y nos vamos desnudando. En menos de un minuto estoy dentro de ella, sintiendo lo mejor del mundo. Me había acostado con mil chicas, pero nunca así, esto es nuevo y

no quiero que se acabe nunca.

—Nat... —jadeo sin dejar de moverme en su interior. Estoy tumbado sobre su cuerpo, con sus piernas amarradas a mi cintura.

—¿Sí?

—Los hijos pueden esperar... pero no sé cuánto tiempo podré seguir viviendo sin que seas mi mujer...

—¿Me estás pidiendo matrimonio? —dice divertida. Y excitada.

—Todavía no, solo es una advertencia... Ahora mismo tenemos mucho trabajo, pero cuando todo termine, en el momento que menos te lo esperes... serás mía.

Volvemos a besarnos con pasión y explotamos juntos en un orgasmo brutal.

Cuando todo se calma, somos reacios a despegarnos y eso es lo que más me gusta.

—¿Y cómo sabes que te diré que sí? —pregunta con guasa. Una pizca de esa maldad dulce que me vuelve loco y que no ha perdido destella en sus ojos.

—Porque pienso marcarme un Dylan y pedírtelo delante de toda tu familia el día de tu cumpleaños.

Ella se parte de risa.

—No te atreverás... —dice emocionada.

—Espera y verás. No podrás decir que no, pequeña.

Nos besamos sonrientes y sé que no existe un grado más de felicidad que este. Y que, si tuviera que pedir un deseo, sería lo de menos, porque ella sería mi estrella fugaz.



Epílogo 3
¡Al fin es navidad!

Ocho meses después, el día de Navidad

Sabéis que la Navidad es muy especial para mí, pero la de este año, se lleva la palma. No solo porque mi querido sobrino Richi, de tres meses, nos tenga robado el corazón a todos, sino porque hemos conseguido traer a casa de mis padres a Kyle y al padre de Andrew.

Desde que Richi nació, su estado de ánimo ha dado un cambio radical. El niño es el nuevo amor de su vida. Madison y Kyle tienen niñero siempre que quieran y ya sabemos quién lo irá a recoger al colegio cuando llegue el momento.

Delicias Evans London abrió sus puertas en primavera y fue un éxito rotundo. Entre el bombo que le dio Madison en sus redes sociales, comiendo algunos de sus pastelitos de forma pornográfica y que hicimos una gran inauguración con luces, acróbatas y todo lo que os podáis imaginar, no dimos abasto desde el principio. El boca a boca también ayudó y no podríamos estar más contentos.

Andrew preparó una campaña publicitaria increíble en MadLok para lanzar RainKiss en Halloween, y a partir de ese momento, todo fue una locura. Nos hemos planteado abrir una segunda tienda en Londres, porque las filas que se forman son mortales. No sé a dónde nos llevará esto, pero lo verdaderamente importante es que HOY, SÍ HOY, es el día que se supone que Andrew va a pedirme matrimonio.

Cada vez que le he sacado el tema estos meses se ha hecho el loco diciendo que él nunca dijo qué Navidad sería, si esta o la de dentro de tres años. Pero le conozco, y su forma de hacerme el amor me dice que no podrá esperar mucho más. Lo nuestro no ha decaído ni un ápice. No creía que fuera posible ser tan feliz, y menos, desde hace un mes...

Se ve que en Halloween se nos fue un poco la pinza celebrando el lanzamiento de RainKiss... Dos semanas después, empecé a notar molestias y fui al médico. Al parecer, Andrew me folló tan fuerte aquella noche que desplazó el DIU y... Eureka. Estoy embarazada.

Todavía no se lo he dicho, porque si él se hace el misterioso con lo de la boda, yo también puedo con esto. ¡Muajaja! Ahora soy mala cuando quiero.

Mi mayor deseo sería sorprenderle porque algo en sus ojos me dice que se lo va a tomar bien. Bueno, algo no, es su expresión cada vez que coge a su sobrino. Ese miedo de que le guste la sensación, esa tristeza de que tenga que esperar porque queremos hacer las cosas «bien». Pero este año he aprendido que no existe lo de «bien» o «mal», tienes que vivir según lo que te dicte el corazón en cada momento, de esa forma seguro que no te equivocas.

El día de mi cumpleaños me he levantado pronto porque quería preparar el desayuno con mucho cariño para nuestros nuevos invitados y no he visto ningún regalito en forma de cajita con mi nombre bajo el árbol. Está claro que me va a hacer sufrir hasta el último momento.

—Buenos días —dice Madison apareciendo en la cocina.

Otra a la que la maternidad le ha cambiado por completo. Bueno, miento. Fue la terapia. Si la gente supiera lo milagrosa que es..., aunque ella se ha esforzado mucho por salir de ese pozo.

Me alegra que me hiciera caso. Su comportamiento este año ha conseguido que la perdone toda una vida de desplantes y me ha hecho darme cuenta de que, a quienes más quieres, son quienes más te duelen.

Mi fracaso con Madison, como hermana mayor, me llevó a ser una perfeccionista enfermiza. No fue hasta que renuncié a ella, que me sentí libre de no serlo tanto. Y ahora que la he recuperado, puedo ser yo misma de verdad, porque sin ella, no estaba completa. Tenía una espinita clavada. Y ahora la herida se ha curado.

—¿Qué tal has dormido? —pregunto interesada.

—No muy bien...

—¿Y eso?

—Con Kyle en la misma habitación que yo y dándole la teta al bebé de madrugada... Ha sido horrible.

—Pensaba que estabais acostumbrados...

Inciso. Madison tiene su propio piso, consiguieron uno en el mismo edificio que Kyle, lo cual les facilita mucho las cosas, pero cuando nació Richi, él insistió en que se mudara el primer mes a su casa para ayudarla. Ya llevan tres meses allí...

—En casa es distinto —dice intentando controlar sus nervios—. Cada uno tiene su propia habitación y yo tengo mi butaca para sentarme y darle de mamar a Richi. Respetamos mucho el espacio del otro, por la cuenta que nos trae..., ¡pero aquí es imposible!

—La casa está a tope. No hemos tenido más remedio que hacer que compartáis habitación. Pensábamos que había confianza...

—¡Ese es el problema, Nataly, que hay demasiada! Estoy haciendo verdaderos esfuerzos por no tirármelo, pero ya no puedo más...

—¡¿Qué?! —Sonrío con guasa.

—Llevo un año deseándole en silencio... ¡Ha sido tan amable conmigo! ¡Y es tan buen padre! ¡Y está tan bueno! ¡Es una tortura!

—¡Sabía que te gustaba! —exclamo emocionada.

—Gustar no es la palabra, esto va mucho más allá... y creo que él siente lo mismo por mí. Nos hemos estado frenando por el bien de la convivencia, el de Richi y el vuestro, pero... ¡le quiero! Un mes antes de dar a luz, casi nos besamos una noche...

—¡No me digas! —Dejo todo lo que estoy haciendo y la escucho intrigada.

—Estuvimos muy cerca, respirando en la boca del otro, pero al final, todo quedó en nada. ¡Seguro que me hubiera provocado el parto, Nataly...! Tiene unos músculos sobrehumanos. Tendrías que verlo haciendo ejercicio en casa... ¡Chorreo como una maldita potra salvaje!

—¡¡¡Me meo!!!

—Solo quiero que me coja y me parta en dos con su zambomba. Si lo hiciéramos, me rompería en sus manos, estoy segura, porque las ganas que nos tenemos son de otro planeta...

—¡¿Por qué no me lo habías contado antes?!

—¡Porque Andrew me dijo que no la cagara con su hermano y que no me lo tirara! Pero si no lo hago, creo que me voy a morir —dice mirándome seriamente.

—¡Qué fuerte! —digo alucinada.

—Cuando di a luz, me besó en el hospital.

—¡¿De verdad?!

—Sí. El momento nos superó con Richi en brazos, pero luego me pidió perdón. Y yo a él. No hemos vuelto a hablar del tema. La cuarentena no era el mejor momento. Pero ahora que ya estoy bien, que vuelvo a ser la misma y que puedo dejarme descuartizar sin problema, ¡solo quiero ofrecerme a él en sacrificio!

Intento aguantarme la risa, pero no puedo.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé... Pero esta noche ha sido mortal. No hemos pegado ojo durmiendo en la misma cama, y cuando Richi ha llorado porque tenía hambre, se ha quedado mirándome ¡y se relamía los labios como si quisiera quitarle la leche al niño!

—Esta tarde sácate leche y nos quedamos nosotros a Richi por la noche. Estaréis solos... —digo con malicia.

—¡¿Y que se entere toda la familia?!

—¡¿Qué más da?! ¡Ya es tradición! La gente ya sabe cómo se las gastan los Norton...

Nos reímos juntas.

—No sé si es una buena idea liarnos...

—Últimamente tomas buenas decisiones. —La miro con cariño.

—Pfff... Deséame suerte.

—No la necesitas. —Le guiño un ojo.

Voy en busca de Andrew para contarle el bombazo cuanto antes, pero cuando llego a la puerta de mi habitación, la encuentro entreabierta y oigo voces. Si hubiera estado cerrada, hubiera pegado la oreja...

—Te lo juro, *bro*, me voy a volver loco... No sé si voy a poder aguantar otra noche durmiendo con ella. ¡La deseo demasiado!

Sonrío al escuchar a Kyle.

—¿Por qué no hablas con ella? Dile lo que sientes.

—¿Por quién me tomas, por un puto poeta eunuco? ¡Yo solo quiero cogerla y dejarle un par de cosas bien claritas con mi polla...!

—Pues hazlo.

—¡No puedo! ¡Es la madre de mi hijo!

—¿Te estás oyendo?

—La noche que supe que iba a ser padre, Nataly me previno sobre ella. Me aconsejó que no me dejara llevar y que no me acostara con ella si quería que las cosas fueran bien. ¡Y ha tenido razón! Estamos genial. No quiero que nada cambie. Y si doy el paso, todo se joderá...

—O quizá vaya a mejor, ¿no lo has pensado?

—Estoy cagado... Creo que me he enamorado de ella... y no quiero perderla. Es muy importante para mí. Si tengo que guardarme la polla para que todo vaya bien, lo haré...

—¡Sí que estás enamorado! —certifica Drew con guasa.

—¿Qué hago, *bro*? ¡Dime qué hago...!

—¿Qué crees que siente ella?

—A veces pienso que lo mismo, pero otras, me rehuye. Casi nos besamos antes de que diera a luz, pero se apartó cuando ya casi la estaba saboreando. Cuando nació Richi, se me fue la olla y la besé en el hospital...¡¿quién hace eso?! ¡Tenía el chichi lleno de puntos! Le pedí perdón y no ha vuelto a sacar el tema. Cagado es poco... Si me dice que no, será muy violento...

—¿Quieres que la sondee? Puedo averiguar si le gustas.

—No te lo va a decir. Pero quizá a Nataly sí... Pregúntale a ella.

Entro en la habitación con una sonrisa cómplice y los dos me miran. Kyle tiene al bebé en brazos. La imagen es muy cómica.

—Acabo de hablar con Madison... —anuncio—. Me ha dicho que te quiere, literalmente, y que está deseando que la mates con tu tranca o algo así...

La cara de Kyle es anticipación pura.

—¿Hablas en serio o te estás mofando porque nos has oído?

—No le digas que te lo he dicho —sonrío.

—Joder...

Se va corriendo de la habitación y Andrew y yo nos sonreímos y nos acercamos el uno al otro.

—Me he despertado y no estabas en la cama... —me riñe—. ¿Ya has estado haciendo de las tuyas en la cocina?

—No sé de qué me hablas... —Nos besamos y juntamos las frentes.

—Feliz cumpleaños, pequeña...

—Gracias... Estoy deseando que me des mi regalo, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí...

Volvemos a besarnos y disfruto del mejor regalo de todos: él.

—Tendrás que esperar a después de comer... es cuando abres tus regalos...

—Malo.

—Siempre...

No os imagináis lo largo que se me hace y el calor que me da mi jersey de cuello alto de renos viendo las miradas que se echan Kyle y Madison durante la comida. Estos dos no llegan a la noche...

Tras sacar los postres, me siento en mi sitio y todo el mundo me da su regalo. Tardo casi una hora en abrirlos todos, y por supuesto, Andrew se queda para el final con cara de pillo. Nunca había estado tan nerviosa.

Al final, el muy idiota se pone de pie y hace restallar una cucharilla contra un vaso para darle más bombo al asunto.

—Ha llegado la hora de darte mi regalo —dice con guasa. Y mete la mano en su bolsillo trasero.

El corazón me late a mil por hora mirándolo expectante, y de pronto, saca un papel.

Me da la risa porque ya sé lo que es. ¡Un maldito vale!

Me lo pasa y lo abro con una sonrisa.

—Léelo en voz alta —me pide solemne.

—Vale por... una vida a tu lado —digo emocionada.

«Aw», se escucha a toda la familia.

—Dale la vuelta —musita Andrew.

Lo hago y encuentro unas letras boca abajo. Lo giro y las leo: «Mira debajo de tu servilleta».

La aparto sin perder un instante y aparece una cajita negra con los bordes dorados. Nada más verla, mis ojos se inundan de agua y lo miro extasiada.

—Nataly Evans... ¿me harías el honor de casarte conmigo?

Río y lloro a la vez.

—¡¡Sí, quiero!!

Me pongo de pie y nos besamos entre vítores. Los más exagerados son los de su hermano

gritando que es un *fucker*. Menos mal que mi familia ya está curada de espanto... Todo el mundo nos felicita y veo que mis primos se intercambian dinero.

—Has tenido suerte... —dice Ben.

—Te dije que en menos de un año, y aquí está, justo a tiempo. Sabía que Drew no me fallaría —contesta Brise.

—¿Alguien quiere más café? —pregunta Madison por encima del revuelo.

—¡Yo sí! —contesta mi tío Murray.

—De acuerdo, haré más... —Madison se va. No sé si porque esto le ha traído malos recuerdos o porque Kyle le ha dicho algo y necesita salir de aquí, pero entre las felicitaciones de parientes, veo que el susodicho, se va detrás de ella.

«Ese va a por leche...», dice mi demonio.

Unos dos minutos después, termina el alboroto y la gente se sienta y sigue con su café, pero entonces empieza otro tipo de alboroto en la cocina.

Y ese ruido me suena. Me suena mucho...

—¡Oh, joder...! —se escucha gritar a Madison.

Todo el mundo se queda en silencio y siento decir que se oyen desde los jadeos hasta los empujones rítmicos.

—¡Dios, Madison...! —se escucha a Kyle.

El padre del aludido empieza a reírse como si fuera el único que entendiera lo que ocurre y hace botar al bebé en sus rodillas, encantado de la vida.

Andrew baja la cabeza avergonzado, con media sonrisa asomando en su boca. Yo tampoco puedo evitarla.

Mis tías les tapan las orejas a sus hijas adolescentes que, por la cara que ponen, deben pensar que Kyle la está matando.

—Iré a... —dice mi madre.

—No querida, mejor que no vayas... —La agarra mi padre asustado.

Un minuto después, se escucha un aullido descomunal y muchos explotamos de risa. Sobre todo cuando Drew murmura «Feliz Navidad...».

Poco después, mi hermana aparece en el salón con la bandeja del café y con signos de seguir acalorada.

—Aquí está el café.

—¿Y la leche? —pregunta el tío Murray.

—Eh...

—La traigo yo —aparece Kyle. Y todo el mundo se echa a reír a lo bestia—. ¿Qué es tan gracioso?

—Nada... —digo yo poniéndome de pie—. Siéntate Kyle, os estaba esperando para contaros una cosa.

Mi sonrisa se ensancha al ver que, mi hermana, sin querer, acaba de volver a robarme el protagonismo del día. Hace un momento me han pedido matrimonio y ya nadie se acuerda porque lo ha eclipsado su polvo apoteósico. Ya tengo asumido que no lo hace con mala intención, y la vida me ha enseñado que solo debo tener paciencia y, muy importante, guardarme un as bajo la manga.

Dicen que quien ríe el último, ríe mejor.

—Familia... Estoy embarazada.

—¡¿QUÉ?!

Lo he dicho mirando a Andrew para no perderme ni un segundo de su expresión de sorpresa. Mi prometido me mantiene la mirada mientras una sonrisa lucha por abrirse paso en su boca.

Se pone de pie y me rodea con el brazo para decir algo al resto:

—Familia... Vamos a por más café.

Se me lleva del salón mientras todos se ríen y yo con ellos. Todo el mundo felicita a mis padres y habla del tema.

—Has jugado muy sucio... —Me arrincona contra la encimera.

—Tú tienes tus secretos y yo los míos.

—Me lo merezco...

De pronto, el móvil de Andrew suena en su bolsillo. Pone cara rara, porque todos sus seres queridos están aquí y mira la pantalla.

Su cara se descompone y me enseña el móvil alucinado.

«Tommy llamando».

—¡Cógelo! —exclamo.

—¿Sí...? —pregunta Drew pensando que se ha equivocado.

—Andrew... Feliz Navidad.

—Feliz Navidad... —farfulla mi chico nervioso. Sé que no entiende por qué le llama. Ni siquiera conoce a su sobrino, solo envió una cesta prenatal con una tarjeta, que seguramente mandaría su secretaria.

—Estamos en Castle Combe, en casa de mi novia... Bueno, de mi prometida ahora.

—¡Ah, felicidades...! ¿Y papá?

—Papá está aquí, con su nieto en las rodillas. Está enamorado de él... y Kyle acaba de empezar a salir con... la madre de su hijo.

—Caramba... qué de noticas... Te llamo porque he pensado que... ya que no nos hemos visto en Navidad, quizá podrías venir en Nochevieja a mi casa. A Manchester... Estáis todos invitados.

Andrew abre mucho los ojos y yo asiento con énfasis para que reaccione.

—¿Drew?

—¡Sí, sí...! Voy a hablarlo con ellos ahora, pero... seguramente vayamos. Si quieres que vayamos... —dice cohibido.

—Sí, será genial. Avísame cuando lo sepas para prepararlo todo. Mis hijos están deseando conocer a su primo.

—De acuerdo, te llamo. Adiós.

—¡Andrew...! —exclamo cuando cuelga, pero él cierra los ojos sentido. Sé lo importante que ha sido la llamada para él. A pocos días de Navidad estaba alicaído porque este año Tommy no había dicho nada al respecto.

—Ven aquí, anda... —Lo abrazo.

—¿Crees que debemos ir?

—¡Pues claro! Es una gran noticia.

—Me encantaría contarle lo bien que nos va todo...

—Y también podrás decirle que vas a ser padre...

—Joder...

Me abraza sentido y no puedo imaginar más felicidad.

—Gracias por chantajearme... Me has hecho el hombre más feliz del mundo... —murmura en mi oído.

—Gracias a ti por enseñarme a ser yo misma...

Me mira divertido y observa mi diadema de árboles.
—Gracias por hacerme amar la Navidad... Eso sí era difícil.
—Estás a un jersey de reno de ser el hombre de mi vida...
Sonríe en mi boca y me besa usando su lengua con lascivia.
Este año he debido de ser muy buena... porque tengo todo lo que deseaba por Navidad.

FIN





